



IMPOSTORA ACCIDENTAL

Una Dulce
Comedia
Romántica



★★★★★
Hilarante

AMBER EVE

★★★★★
Increíble

La Impostora Accidental

Amber Eve

Copyright © 2022 por Amber Eve

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado, escaneado u otro, sin el permiso por escrito del editor. Es ilegal copiar este libro, publicarlo en un sitio web o distribuirlo por cualquier otro medio sin autorización.

Esta novela es completamente una obra de ficción. Los nombres, personajes e incidentes que se presentan en ella son producto de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

Capítulo 1

Hay una oveja en el autobús.

No, no es algo que se vea a menudo. Tendría que estar de acuerdo contigo en eso. Ni siquiera aquí en las Tierras Altas de Escocia, donde probablemente hay más ovejas que personas. Créeme cuando te digo que yo estaba tan sorprendida como tú, y eso que crecí aquí, así que no hay mucho que me sorprenda de este lugar.

El hecho es que hay una oveja en el autobús, y me mira con sospecha mientras el vehículo deja las afueras de Fort William y avanza relucientemente por la costa hacia Heather Bay. El dueño de la oveja —un granjero anciano con una pipa apagada en la boca— también me está mirando, al igual que las tres adolescentes en el asiento trasero, cuyos ojos delineados con kohl han estado fijos en mí desde que me escabullí disculpándome a mi asiento, con la cabeza gacha como si eso de alguna manera pudiera evitar que me vieran.

Probablemente sea por El Asunto.

Quiero decir, *podría* ser que tenga lápiz labial en los dientes, o la falda metida en las bragas. Ambas cosas serían muy típicas de mí, y ni siquiera me hagas empezar con aquella vez que me quedé dormida poco después de aplicarme autobronceador y desperté con una huella blanca de mano en mi cara naranja neón.

Podrían estar mirándome fijamente por cualquiera de esas razones, en realidad.

Pero probablemente sea por El Asunto.

Es *siempre* por El Asunto.

El Asunto es la razón por la que dejé Heather Bay en primer lugar. Es la razón por la que juré que nunca volvería. Es la razón por la que Tam, el conductor del autobús, me saludó por mi nombre cuando subí mi maleta por los escalones, y también es la razón por la que aceptó mi promesa de que mi madre le pagaría tan pronto como llegara a casa. Tam conoce a mi madre,

¿sabes? Todo el mundo conoce a mi madre. En Heather Bay todos conocen a todos los demás. Lo que significa que todos saben sobre *El Asunto*; y, muy pronto, todos sabrán que Emerald Taylor apareció en la parada de autobús en Fort William, diciendo que no tenía dinero.

Típico de Emerald. Simplemente típico.

Esa es la voz de Ben en mi cabeza, por cierto. Es mi ex novio desde hace —*mira el reloj*— unas 10 horas, y aunque nunca ha estado en las Tierras Altas en su vida, habiendo nacido y crecido en Londres, cree que lo sabe todo sobre el lugar, porque ha visto el programa de televisión *Outlander* algunas veces, y Escocia es así, ¿verdad?

Pero no. *No* realmente. Bueno, *para nada*, en realidad. O no a menos que *realmente* viajaras en el tiempo hasta los años 1800, y te contaré un secreto: las piedras erguidas son *solo piedras*, así que no puedes hacer eso. Lo siento. No se lo digas a nadie.

Heather Bay en sí es bastante pintoresco, eso sí es cierto. Tiene una linda hilera de casitas pintadas en colores pastel que a la gente le gusta fotografiar para Instagram, un puerto de postal y una pequeña playa bordeada de restaurantes de mariscos. Incluso hay un castillo en una isla en medio del lago, pero no es misterioso *ni* está embrujado, y no, Jamie Fraser de *Outlander* no vive en él, así que siempre ha sido un poco decepcionante, la verdad.

Dejando de lado los castillos no embrujados, supongo que puedo entender por qué a los turistas les gusta la Bahía, como se le conoce localmente. Probablemente me gustaría si yo fuera una de ellos. Pero no lo soy, para mi desgracia. Soy la infame Emerald Taylor, también conocida como la Persona Menos Deseada de Heather Bay, lo cual es solo una de las razones por las que mi situación actual es un poco complicada, en realidad.

Las otras razones están todas sentadas ahí, mirándome en silencio como si fuera una exhibición en un museo, y me está haciendo sentir tan incómoda que realmente desearía que mi teléfono estuviera funcionando, para poder fingir que estoy haciendo algo muy ocupado e importante en él, en un intento de evitar la incomodidad.

Lamentablemente para mí, sin embargo, mi teléfono murió en algún lugar entre Londres y Fort William —al mismo tiempo que mi voluntad de vivir— así que, en su lugar, tengo que conformarme con mirar por la sucia ventana del autobús, esperando secretamente el momento en que coronas esa última colina justo fuera de Heather Bay, y ves el pueblo extendido ante ti, las casitas de colores pastel reflejadas en el mar brillante, y las montañas alzándose detrás del pueblo, sus colores cambiando a cada hora.

Lo negaría si me lo preguntaras, pero es bonito.

Hermoso, incluso, de una manera salvaje y agreste.

Pero aun así no quiero estar aquí, y estoy decidida a odiar cada segundo de mi regreso a casa.

Y punto.

Levanto la barbilla y miro desafiante a la oveja, como si fuera ella quien se atrevió a sugerir que podría disfrutar de estar en casa de nuevo. La oveja me devuelve la mirada como si hubiera herido sus sentimientos. El granjero se da la vuelta para mirarme acusadoramente y, justo en ese momento, un fuerte rugido ahoga el traqueteo y los chirridos del autobús cuando un coche deportivo rojo brillante pasa zumbando junto a nosotros, obligando a Tam a dirigirnos directamente hacia la cuneta al lado de la carretera.

Silencio.

Luego un fuerte balido indignado cuando la oveja, que se deslizó por todo el pasillo cuando Tam frenó de golpe, registra su descontento con la situación.

—¡Edna! —balbucea el granjero, casi dejando caer su pipa mientras se tambalea hacia el animal—. ¿Estás bien, Edna?

¿Edna? ¿La oveja se llama Edna? ¿Es... una oveja mascota? ¿O acabo de morir en un accidente de autobús y ahora he entrado en una realidad alternativa donde todos tienen algún tipo de animal familiar?

—No te preocupes por Edna, Jimmy —dice Tam, quien no parece estar en absoluto preocupado por nuestra actual situación fuera de la carretera—. Es a ese Jack Buchanan a quien deberías echarle un vistazo.

—Sí —responde Jimmy, llevando a Edna de vuelta a su lugar legítimo a su lado—. Pensé que ese era su coche. Es un maldito fantástico.

Se escucha un murmullo de emoción de las tres chicas en la parte trasera del autobús y, una vez que he comprobado que sigo viva y que no se ha producido ningún daño real al autobús o sus ocupantes, sigo la dirección de sus miradas hacia donde el coche deportivo rojo se ha detenido un poco más adelante en la carretera. El conductor —el «fantástico cabrón», supongo— está de pie junto a él, inmerso en una conversación con otro granjero más, que parece haberse bajado de su tractor para ver qué está pasando.

(Por cierto, no todo el mundo en las Highlands es granjero. Sé que probablemente parezca así ahora mismo, pero también tenemos nuestra buena cantidad de tipos ostentosos, aparentemente, así que solo puedo esperar que los guionistas de *Outlander* estén tomando nota).

No puedo ver mucho de la cara del Señor Fantástico a través de la suciedad en la ventana del autobús, pero lo que sí puedo ver de él es suficiente para decirme que obviamente no es un lugareño de Heather Bay. Lleva un abrigo de camello sobre un suéter azul marino y vaqueros

oscuros, sus ojos están ocultos detrás de un par de gafas de sol de diseñador, y sus impecables zapatos de ante van a quedar absolutamente *arruinados* por el barro en el que está parado ahora mismo.

Supongo que el karma instantáneo realmente te va a alcanzar, ¿eh?

—¿No es increíble? —suspira una de las chicas detrás de mí a sus amigas, y olvido que se supone que debo intentar mantener un perfil bajo mientras me giro en mi asiento para mirarla.

—¿Increíble? —digo, antes de poder detenerme—. ¿Te refieres al tipo que acaba de sacar de la carretera a un autobús lleno de gente? ¿Ese tipo?

Bueno, «un autobús lleno de gente» podría ser exagerar un poco. Son seis personas y una oveja, y nos deslizamos suavemente hacia una zanja poco profunda en lugar de derrapar por un precipicio traicionero. Pero ese no es el punto. El punto es que si Tam no hubiera sido tan rápido con el volante —y si hubiéramos ido a más de los habituales 24 kilómetros por hora en ese momento— este tipo con su coche de crisis de mediana edad y sus estúpidos zapatos de ante podría habernos matado. Y créeme, yo *no* sobreviví al segundo peor día de mi vida y viajé de vuelta a las Highlands solo para morir en un viejo autobús oxidado con una oveja.

—«*Ese tipo*» es Jack Buchanan —dice la chica que lo había descrito como «increíble», como si esperara que esto significara algo para mí—. Es el hombre más rico del país y el más sexy. Y básicamente es el señor de toda esta zona. Así que, sí, *es* bastante increíble, en realidad.

Me mira desafiante antes de hacer estallar su chicle en mi cara para subrayar su punto, y mi teoría de la «realidad alternativa» vuelve a surgir.

Además de despertar en una realidad diferente, parece que también he viajado un par de cientos de años atrás, a cuando las Highlands aún eran gobernadas por «señores» y todas las criadas del pueblo querían atrapar a uno.

Sabía que era un error volver aquí.

Respirando profundamente para calmarme, me vuelvo hacia la ventana, deseando no haber hablado. Los adolescentes me asustan, especialmente las chicas. Preferiría enfrentarme a un ejército entero de vampiros, digamos, que a tres chicas adolescentes. Los vampiros solo pueden matarte, después de todo; las chicas adolescentes, por otro lado, pueden *destruirte* totalmente. No me preguntes cómo lo sé.

—Creo que el Sr. Buchanan es solo el *octavo* hombre más rico de Escocia —empieza a decir Jimmy el granjero, pero si eso es cierto o no tendrá que seguir siendo un misterio para siempre, porque antes de que pueda continuar, las puertas del autobús se abren con un pitido y una figura familiar entra por ellas.

McTavish.

Por supuesto que es McTavish.

—Jimmy —dice alegremente, asintiendo al granjero—. Tam. Edna.

Sus brillantes ojos azules pasan sobre las adolescentes antes de posarse sobre mí, y me encojo en mi asiento con horror mientras él sonríe en reconocimiento, su amplia sonrisa revelando dos huecos negros donde deberían estar sus dientes delanteros.

Cuando estábamos en la escuela juntos, McTavish aún tenía sus dientes. Todo lo demás en él es más o menos igual diez años después, desde su pelo de pajar hasta la sonrisa tonta que siempre parecía tenerme como objetivo.

McTavish era el chico de al lado, pero no en el sentido de una novela romántica, así que si eso es lo que estás pensando, voy a detenerte ahí mismo. En primer lugar, cuando digo «al lado» me refiero a que la granja de los McTavish podría haber sido *técnicamente* el edificio más cercano a la cabaña de mis padres, pero no estaba exactamente *al lado*. Y en segundo lugar, solo me han interesado los hombres que ni siquiera saben que existo, lo que pone al labrador humano que es McTavish firmemente fuera de carrera.

McTavish ha estado presente en cada ocasión importante de mi vida en Heather Bay, así que tiene sentido que esté aquí ahora para mi regreso.

—Emerald, ¿eres realmente tú? —pregunta, pareciendo genuinamente encantado de encontrarme aquí.

—Sí, es ella —confirma Tam, antes de que pueda hablar.

—Oh, definitivamente es ella —asiente Jimmy.

—Te dije que era ella —susurra una voz detrás de mí.

(Edna no dice nada, por ser una oveja. Pero si las ovejas pudieran hablar, ciertamente tendría algo que decir).

—Ha vuelto sin dinero —continúa Tam, como si yo no estuviera allí. Realmente desearía no estarlo—. La madre de Emerald vendrá mañana y me traerá el dinero del billete de autobús.

Juro por Dios que Edna resopla con incredulidad ante esto. ¿Quién sabía que las ovejas podían ser tan descaradas?

—Oh, no te preocupes por eso —dice McTavish, metiendo la mano en su bolsillo y sacando un puñado de monedas—. Toma, esto debería ser suficiente.

—No, no lo hagas —digo, levantándome de mi asiento para detenerlo, pero McTavish simplemente me hace un gesto para que me aparte, sonriendo con su sonrisa desdentada.

—Es bueno verte de nuevo, Emerald —dice tímidamente, mirándome desde debajo de su maraña de pelo rubio—. No pensé que volverías aquí, después de... bueno, ya sabes.

Un silencio incómodo desciende, que Edna rompe con un fuerte balido. Le agradezco en silencio, mientras le ofrezco a McTavish mi mejor intento de sonrisa, aunque sonreír es lo último que me apetece hacer ahora mismo.

—Gracias, McTavish —digo—. Y gracias por pagar el billete del autobús. Te devolveré el dinero mañana, lo prometo. Es que mi tarjeta del banco dejó de funcionar, y solo tenía suficiente efectivo para el billete de tren, así que yo...

—Disculpen, ¿hay alguna posibilidad de que podamos acelerar esto un poco? Tengo un lugar al que debo ir.

Incluso la oveja guarda silencio mientras todos se giran para mirar al conductor del coche deportivo, cuya cabeza ha aparecido por la puerta del autobús, sus ridículas gafas de sol no logran ocultar la profunda arruga de molestia entre sus cejas.

Jack Buchanan —el "lord" que supuestamente es dueño de la mitad de las Tierras Altas— levanta la muñeca para consultar lo que estoy bastante segura es un Rolex, y el propio autobús parece contener la respiración con asombro.

—Lo siento, señor Buchanan —dice McTavish—. Me distraje hablando con mi amiga aquí. Ella solía vivir en el pueblo pero...

—Eso es genial —dice el poderoso lord, sin siquiera molestarse en mirarlo—, pero, como dije, tengo un poco de prisa aquí, así que si no le importa...

Vaya. Adiós a toda la fantasía del "sexy lord" que las jóvenes del pueblo claramente han estado alimentando. Diría que este tipo es más el señor Darcy que Jamie Fraser, pero eso sería muy injusto para el pobre Darcy. Al menos él tenía algunos modales.

—Sí, podemos ver que tienes prisa —dice una voz femenina, que me sorprende reconocer como la mía—. Así es como casi nos matas, por si no lo habías notado. Ah, por cierto, todos estamos bien. Gracias por preguntar.

Hay un solo instante de silencio horrorizado, luego Jack Buchanan entra completamente en el autobús, agachándose ligeramente para evitar golpear la cabeza con el techo bajo. Consigo un vistazo rápido de sus finas facciones y labios carnosos bajo una cabeza de pelo oscuro y alborotado que parece que ha estado pasándose las manos por él con frustración, antes de apartar la mirada rápidamente avergonzada.

¿Por qué demonios dije eso? Normalmente no desafío a extraños en los autobuses, ni siquiera a los que acaban de sacar el autobús en cuestión de la carretera. ¿Qué pasó con "mantener un

perfil bajo", Emerald?

—Mis disculpas —dice Jack Buchanan rígidamente, sonando como si estuviera leyendo las palabras de un guion—. Me alegro de oír que están bien. De verdad. No quise... Es solo que...

Se lleva la mano a la cabeza y se sube las gafas de sol, revelando el tipo de ojos azul brillante que probablemente admiraría si no estuviera aún hirviendo de rabia por el descaro de este hombre. Detrás de mí, hay un suspiro colectivo de admiración del contingente adolescente.

—Miren, realmente lo siento —continúa Buchanan—. Pensé que les había dado suficiente espacio cuando adelanté, pero, bueno, obviamente no. Pagaré por cualquier daño, tienen mi palabra.

—Oh, bueno, *entonces* todo está bien —digo, sorprendiéndome de nuevo—. Supongo que puedes conducir tan peligrosamente como quieras, siempre y cuando puedas pagar por los daños que causes. ¿Cuál es la tarifa actual por una pierna rota, por cierto? Solo por curiosidad.

Sus ojos azules se entrecierran casi imperceptiblemente.

—Disculpa —dice, sonando todo menos arrepentido—. ¿No creo haber captado tu nombre?

Abro la boca para responder, pero antes de que pueda hablar, mis compañeros de viaje comienzan a clamar para asegurarle que está perfectamente *bien* que su terrible conducción pudiera haber causado un accidente grave. ¡Vaya, positivamente *disfrutamos* siendo arrojados a esta zanja, mi lord! Me recuesto en mi asiento, con los brazos cruzados rebeldemente sobre el pecho para señalar mi descontento. Jack Buchanan pasa unos minutos asegurando a todos lo increíblemente arrepentido que está, pero sus ojos siguen volviendo a mí, como si fuera un problema que está tratando de resolver, y para cuando toda la adulación ha empezado a disminuir, me siento como si hubiera estado encerrada en una discusión silenciosa con él todo el tiempo.

—Bien —dice McTavish cuando el "lord" finalmente desembarca—. Si todos se quedan quietos, traeré mi tractor y los sacaré de esta zanja. Luego ayudaré al señor Buchanan con su coche. Es una suerte que estuviera trabajando en este campo cuando pasaron.

—Me *encantaría* "ayudar" al señor Buchanan —se ríe tontamente la chica que mastica chicle, con los ojos abiertos de admiración mientras observa al objeto de su afecto retirarse. El coche deportivo rojo sigue atascado en el barro al otro lado de la estrecha carretera, y reprimo una pequeña sonrisa de satisfacción mientras veo a su dueño fruncir el ceño mientras intenta limpiar el barro de los zapatos de ante que probablemente cuestan más que el alquiler que le pago a Ben cada mes.

Pagaba a Ben cada mes.

Ya no pagaré alquiler, por supuesto, dado que Ben me dejó esta mañana, casi como si fuera solo otro elemento en su lista de "Cosas por hacer".

01 - Cancelar suscripción de *Netflix*.

02 - Dejar a Emerald.

03 - Abandonar abruptamente la ciudad, efectivamente dejándola sin hogar en el proceso.

04 - Negarse a responder preguntas sobre cualquiera de los puntos anteriores, ni siquiera sobre lo de *Netflix*.

No tengo idea de cuáles podrían haber sido el resto de los elementos en la lista de Ben, sin embargo, porque estaba demasiado ocupada metiendo apresuradamente mis cosas en una maleta y comprobando los horarios de tren como para siquiera *pensar* en por qué podría haber terminado nuestra relación y devuelto las llaves de su piso en menos tiempo del que me toma beber mi café de la mañana.

Y ahora estoy aquí. Y ya estoy haciendo enemigos.

Cierro los ojos contra la ola de agotamiento que de repente me asalta, y, cuando los abro de nuevo, el autobús está siendo sacado hacia atrás de la zanja, luego empujado hacia adelante hasta que está casi nivelado con el coche deportivo.

Al pasar, Jack Buchanan levanta la mirada, y yo me quedo mirando a través de la ventana su cara de niño bonito, endurecida por un toque de barba incipiente. Se parece un poco a lo que habría sido James Dean si hubiera vivido en la época moderna y hubiera usado menos gel para el cabello. Esto es bastante inconveniente para mí, porque James Dean es mi novio imaginario secreto, a quien amo sin reservas, y este Jack Buchanan es... bueno, un imbécil de primera categoría.

Qué desperdicio.

Mientras el autobús pasa junto al coche, nuestras miradas se cruzan brevemente a través de la ventana sucia. Él frunce el ceño, como si la simple visión de mí lo hubiera ofendido, y yo inmediatamente le devuelvo el gesto, obsequiándole con mi mueca más feroz; esa que Ben dice que me hace parecer un pitbull con esteroides.

Ahí está. Eso le enseñará.

Me recuesto, negándome a bajar la mirada hasta que finalmente él baja la suya, apartándose con una expresión de asco en su rostro.

He ganado.

Bueno, si consideras que hacer enojar a un desconocido en las remotas Tierras Altas es "ganar".

Es una pequeña victoria, sin duda.

Una minúscula, de hecho.

Sin embargo, es todo lo que tengo por ahora, así que la estoy contando.

Y, a juzgar por la expresión en su rostro, Jack Buchanan también la está contando.

Capítulo 2

Posibles razones para la repentina y misteriosa desaparición de mi exnovio, Ben: Una lista

Otra mujer. *Poco probable, considerando que aún a veces se mete las camisas dentro de los calzoncillos a pesar de mis mejores esfuerzos por hacer que deje de hacerlo, pero supongo que no puedo descartar nada en este momento.*

Programa de protección de testigos. *Posible. Improbable, pero posible.*

Doble vida secreta. *Ver arriba.*

Llamado repentinamente para cuidar a una tía enferma. *Excepto que, hasta donde yo sé, su tía está viva, bien y entrenando para el maratón de Londres. Así que probablemente no.*

Descubrió que el honor de su hermana ha sido comprometido por un oficial ruin, y ahora Ben debe vengarla. En realidad *esa es la trama de Orgullo y prejuicio.*

Descubrió un complot terrorista y ahora tiene 24 horas para salvar el mundo. *Es posible que vea demasiada televisión además de leer demasiadas novelas románticas.*

Simplemente decidió que finalmente "había tenido suficiente de mis tonterías", como siempre decía que haría algún día.

Escribí mi lista en el tren de Londres a Edimburgo, y se la presento a mis padres tan pronto como llego a casa, en un intento de evitar cualquier pregunta que puedan tener sobre toda la situación de "Ben me dejó y luego desapareció sin dejar rastro" que me ha traído de vuelta a Heather Bay después de mi ausencia de diez años.

Desafortunadamente para mí, sin embargo, la lista solo crea *más* preguntas.

—No entiendo —dice mamá, luciendo preocupada. Esto no es exactamente inusual: mamá siempre luce preocupada. Es su estado natural. Ruby Taylor es una Preocupada de Grado A. Si preocuparse fuera un deporte olímpico, ella sería famosa por ello.

Mi madre se preocupa por todo, desde si ha dejado la plancha encendida por error, hasta qué pasaría si alguien (con lo que se refiere a papá) coloca los cubiertos al revés en el lavavajillas, y luego alguien (papá, de nuevo) tropieza y cae sobre los extremos puntiagudos de los tenedores y cuchillos.

Pero sobre todo, se preocupa por mí. Lo cual supongo que es bastante justo, considerando cuánto le he dado para preocuparse a lo largo de los años.

—No entiendo —dice de nuevo, profundizándose la línea entre sus ojos—. Ben siempre pareció un chico tan agradable y estable. Pero ahora estás diciendo que crees que estuvo involucrado con la mafia todo este tiempo, ¿Emerald?

—Bueno, no dije eso *exactamente* —digo, removiéndome en mi asiento—. Solo... quiero decir, tiene que haber algún tipo de explicación, ¿verdad? Y no dejó una nota ni nada para decirme cuál podría ser, así que...

—¿Así que tu imaginación se ha puesto a trabajar, como de costumbre? —dice papá astutamente—. ¿Y qué es eso de perder tu trabajo? ¿Cómo sucedió eso? La mafia de nuevo, supongo?

Ah, sí. *Eso*. Con todo el drama de la repentina partida de Ben esta mañana, casi había olvidado que *también* me habían despedido de mi trabajo apenas un par de horas antes.

Pero sí, *eso también* me sucedió hoy, lo que significa que esencialmente acabo de perder a mi novio, mi hogar y mi medio de vida casi simultáneamente. Lo cual sería casi increíble si no fuera... bueno, *yo*, básicamente.

Todo es muy *yo*. Y eso es *sin* siquiera mencionar la forma en que mi tarjeta bancaria decidió dejar de funcionar más temprano hoy, dejándome con apenas suficiente dinero para el tren a Fort William, y nada más. Ni siquiera le he contado a mamá y papá sobre eso todavía.

—No, lo del trabajo *realmente fue* un accidente —digo con seriedad, inclinándome hacia adelante en mi silla—. Ya saben cómo es la industria editorial; el trabajo de nadie está seguro. Simplemente no podían permitirse mantenerme, dijeron. Podría haberle pasado a cualquiera, dado el clima económico actual.

Mamá y papá no tienen idea de cómo es la industria editorial, por supuesto, y, para ser totalmente honesta, *yo* solo tengo una vaga idea del "clima económico actual". *Es* cierto que la gente está siendo despedida en todas partes en este momento, así que estoy segura de que mi repentino desempleo no fue nada personal. Estoy mucho menos segura de que se pueda decir lo mismo de Ben, sin embargo; y la razón principal por la que estoy presionando tanto con esta

teoría de la "mafia" es simplemente porque que él estuviera involucrado con la mafia sería mucho más fácil de entender que él simplemente... *dejándome*.

¿Por qué simplemente me dejaría?

¿Y por qué no me importa más?

—Pero seguramente hubo algún tipo de *señal* —insiste mamá—. ¿Cuál fue la última cosa que te dijo?

Pienso cuidadosamente en esta mañana —*¿realmente* fue solo esta mañana?— cuando llegué a casa del trabajo menos de una hora después de haber salido, para encontrarme a Ben empacando frenéticamente una maleta. Estaba tan apurado que ni siquiera se molestó con esos estúpidos cubos pequeños para empacar que siempre le encantaron tanto. Así supe que algo andaba mal. Bueno, eso y el hecho de que había esperado hasta que pensó que yo estaría en el trabajo antes de intentar huir.

Esa también fue una pista importante.

No me dijo a dónde iba, ni por qué. Todo lo que dijo fue que lo sentía, y que yo "lo entendería algún día". Oh, y *hubo* una cosa más:

—Me dijo que recordara apagar las luces cuando me fuera —les digo a mamá y papá mientras el recuerdo vuelve a mí—. Siempre se preocupaba por la factura de la electricidad.

—Eso es sabio de su parte —comienza a decir papá, antes de que mamá lo silencie con una mirada severa.

—¿Y eso fue todo? —pregunta ella, confundida—. ¿No dijo nada más?

Niego con la cabeza miserablemente. Así fue realmente como sucedió; cómo terminó la relación más seria de mi vida. Esas fueron las últimas palabras del hombre con el que había vivido durante los últimos cinco años y con quien había estado considerando tentativamente conseguir un gato, hasta que Ben decidió que probablemente sería alérgico a él.

Recuerda apagar las luces. No acumules una factura de electricidad enorme.

Sin duda, algo profundo. Con una relación tan chispeante de pasión como esa, no es de extrañar que me esté costando sentir algo más que alivio por su fin. Alivio y, bueno, *confusión*. Sería seguro decir que la confusión es probablemente mi principal emoción en este momento. Porque nunca se me habría ocurrido que Ben pudiera simplemente marcharse así, sin avisar. Es lo más anti-Ben que ha hecho jamás. Este es un hombre que solía anotar lo que planeaba ver en la televisión cada semana en una pequeña libreta que guardaba específicamente para ese propósito. La espontaneidad nunca fue lo suyo. Si lo hubiera sido, supongo que me sentiría un poco más molesta por su repentina partida. Tal como están las cosas, sin embargo, creo que aún

no he asimilado nada. Nada de esto. De hecho, sentada aquí en la mesa de la cocina, con una copa del vino casero de papá y un plato de pollo de aspecto sospechosamente verde frente a mí, estoy empezando a preguntarme si he exagerado al volver corriendo aquí.

Tiene que haber una explicación razonable para todo esto, ¿verdad? Como... alienígenas, por ejemplo. Esa es una que no puse en mi lista.

—¿Tal vez ha sido abducido por alienígenas? —sugiero, dando un sorbo tentativo a mi vino.

—¿Tal vez esté muerto? —contraataca mamá, elevando considerablemente las apuestas.

—Sí, ojalá —estoy de acuerdo—. Eso al menos sería una explicación decente para todo esto.

—Ese es el espíritu —dice papá, dándome una palmada alegre en la espalda—. Tienes que mantenerte positiva. ¡Toma, prueba uno de estos!

Me ofrece un plato de los pasteles que he estado mirando desde que llegué, y tomo uno agradecida.

Eso es demasiada azúcar, Emerald. Te vas a poner gorda.

Ese es Ben de nuevo. La verdad es que desearía que se callara. Esta es *mi* crisis, después de todo, no la suya. Y si quiero comer pastel, maldita sea, lo haré. Luego esconderé la evidencia en el fondo del contenedor de reciclaje, y él nunca lo sabrá.

No es que sea asunto suyo.

Ya no.

—¿Y cuánto tiempo crees que te quedarás? —pregunta mamá, tratando de sonar casual—. Es que no pensamos que quisieras volver después de Lo del Asunto.

—Oh, solo unas noches —digo, ignorando despreocupadamente el último comentario—. Solo hasta que averigüe cuál será mi próximo movimiento.

Papá asiente obedientemente. Creo que Jude Paw, su caniche de juguete, también está bastante convencido. Pero mamá me conoce demasiado bien como para dejarse engañar por mi actuación.

—¿Es así, cariño? —pregunta, mirándome con duda—. ¿Y cuál crees que será? ¿Volverás a Londres? ¿A la editorial?

Finjo considerar esto cuidadosamente.

—Sí, probablemente —digo con confianza.

No, absolutamente no, dice mi cerebro, sorprendiéndome con su repentina capacidad para contradecir sin problemas las palabras que acaban de salir de mi boca.

Nunca vas a volver allí y lo sabes. Lo odias allí. Y también odiabas tu relación con Ben. Por eso no estás más molesta por ello. Por eso estás sentada aquí comiendo pastel y hablando de

abducciones alienígenas, en lugar de llorar sobre tu almohada, o lo que sea que normalmente harían las personas que acaban de ser abandonadas.

El cerebro puede estar hablando fuera de turno aquí, pero está diciendo la verdad. Es una verdad que nunca he dicho en voz alta, ni siquiera me la he admitido a mí misma, realmente. Pero es una verdad de todos modos, y tan pronto como reconozco su existencia —aunque sea en silencio— sé que nunca voy a escapar de ella.

Londres siempre había sido mi sueño. Incluso de adolescente, me había imaginado sentada en un pintoresco café de la acera, tecleando en mi portátil, usando una linda boina rosa y absorbiendo la atmósfera y la creatividad de la ciudad mientras trabajaba en esa novela que siempre había querido escribir. Yo... creo que en realidad podría haber estado pensando en París, ahora que lo pienso.

Porque Londres no fue nada de eso para mí. En realidad, era solo ruidosa, sucia y demasiado bulliciosa para poder escuchar tus propios pensamientos, y mucho menos escribir. El apartamento que compartía con Ben era más pequeño que incluso la cabaña más diminuta de mi hogar, y mi trabajo como editora de libros no era ni de cerca tan glamuroso como me había imaginado. Pensé que solo tendría que leer novelas de misterio todo el día y salir a fiestas elegantes por las noches. En cambio, terminé editando revistas académicas para un hombre llamado Darren, que siempre olía a cebollas. Ah, y ni siquiera *tenía* una boina rosa. Lo cual era desafortunado, realmente.

(Nota mental: comprar boina rosa. Solo, ya sabes, *por si acaso*.)

Al final, irme no fue tan difícil como pensé que sería.

Es solo la parte de "volver a casa" la que duele.

—Bueno, si necesitas algo para ir tirando —dice mamá, claramente no engañada por mi muestra de confianza—, siempre podrías llamar a Francesca. Su empresa de limpieza le va muy bien ahora, ¿sabes? Tiene una oficina en la calle principal y siempre está buscando limpiadores. Estoy segura de que te echaría una mano.

—No *necesito* que me echen una mano —digo.

Esto es una mentira descarada, obviamente. Nunca he necesitado más que me "echen una mano" que en este preciso momento, y mi mejor amiga, Frankie, estaría más que dispuesta a hacerlo. Así es ella. Incluso si *no* hubiera logrado de alguna manera establecer un negocio de limpieza exitoso en el tiempo que he estado fuera, estoy bastante segura de que lo habría hecho ahora, solo para poder ofrecerme un trabajo en él.

Pero no quiero trabajar para Frankie; una verdad que no tiene nada que ver con Frankie en sí, y todo que ver conmigo.

Aceptar un trabajo con Frankie significaría comprometerme a quedarme en las Highlands, al menos por ahora. Significaría admitirme a mí misma que nunca voy a volver a Londres, y probablemente nunca voy a volver a la industria editorial tampoco.

Significaría admitir que he fracasado. Otra vez. Y, bueno, creo que es justo decir que ya lo sé, pero saberlo y admitirlo son dos cosas diferentes. Puede que lo sepa, pero si no lo *admito*, no puede ser verdad, ¿no?

En realidad, mejor no contestes a eso.

—De todos modos, no puedo conseguir trabajo aquí —señalo, tomando otro sorbo del vino de papá. Sabe a vinagre mezclado con pies, pero me lo trago de todas formas—. Nadie me quiere aquí. No después de El Incidente.

—Ah, vamos, eso fue hace mucho tiempo —dice mamá en tono tranquilizador—. Estoy segura de que todos ya lo han olvidado.

—No lo han hecho —interviene papá—. De hecho, el viejo Jimmy lo mencionó en el pub la semana pasada. Parece que Bella McGowan está formando un comité para intentar finalmente arreglar el salón del pueblo después de que nuestra Emerald... bueno. ¿Sabías que no hemos tenido un Día de Gala desde que te fuiste, Emerald? Debido a...

—¿Este pollo está verde o me lo estoy imaginando? —lo interrumpo, desesperada por cambiar de tema.

—Sí —confirma mamá, sin el menor atisbo de vergüenza—. La receta decía que usara menta, pero no tenía, así que simplemente usé un poco de colorante alimentario verde. Es lo mismo. Come un poco más, Emerald; pareces el codo de un gato. ¿Es que no tenían comida decente en ese Londres?

Papá y yo miramos el pollo con dudas, y me hago una nota mental de ir a hacer la compra mañana, para no consumirme por la cocina de mamá. Luego recuerdo que no tengo dinero para pagarlo, y el pánico empieza a crecer.

—Bueno, estoy agotada —digo, empujando mi silla hacia atrás tan repentinamente que Jude Paw se levanta de un salto y empieza a ladrarme sorprendido—. Creo que me iré a la cama.

Es verdad que estoy bastante cansada. Este día ha durado aproximadamente dos semanas ya, y ha sido casi tan traumático como El Incidente en sí. Sin embargo, por cansada que esté, en realidad me voy a la cama para poder tumbarme en ella y mirar fijamente al techo, haciendo todo

lo posible por no pensar en el hecho de que estoy de vuelta en mi habitación de la infancia, a la grandiosa edad de veintiocho años.

Otras cosas en las que no quiero pensar incluyen:

Ben.

Por qué Ben se fue.

Yo perdiendo mi trabajo.

El incidente del paso Dyatlov. Porque nunca me dormiré si empiezo a obsesionarme con ese misterio en particular otra vez.

¿Qué demonios voy a hacer ahora?

Haré una lista de las cosas en las que no quiero pensar, decido. Porque honestamente se está volviendo difícil llevar la cuenta de todas ellas. Por ahora, sin embargo, es hora de ir a la cama.

Capítulo 3

A la mañana siguiente, ocurren tres Cosas Muy Malas en rápida sucesión. La primera es mi llamada al banco, que confirma que mi tarjeta bancaria defectuosa de ayer no fue, de hecho, un accidente, como había supuesto. No hay ningún fallo técnico, ni pirateo de la cuenta, y definitivamente *no* he caído en una realidad alternativa, por mucho que intente convencer al hombre al otro lado del teléfono de que este debe ser seguramente el caso.

Simplemente no tengo dinero.

En realidad, tengo *menos* que nada de dinero, porque parece que *alguien* se ha gastado todo mi descubierto, además de agotar mi tarjeta de crédito. Y tengo una muy buena idea de quién fue.

La segunda cosa es mi llamada al arrendador de Ben en Londres, quien confirma que Ben terminó el contrato de arrendamiento ayer por la mañana, perdiendo el depósito que había pagado cuando se mudó. Así que no puedo volver ahora, incluso si quisiera. Ben realmente se ha ido. No hay una "explicación razonable" para lo que sucedió ayer; ni siquiera una totalmente inverosímil que involucre a señores de la mafia o abducciones alienígenas. O, si la hay, entonces tengo que aceptar que probablemente nunca voy a saber cuál es.

Mierda.

(Ah, y la tercera cosa es que Jude Paw ha defecado en mi zapato. Lo cual, para ser honesta, parece mucho menos importante de lo que hubiera sido si su descubrimiento no hubiera sido precedido por las dos primeras Cosas Muy Malas. De todos modos, estoy añadiendo al perro a mi lista de Enemigos Mortales. Como diría mamá, ese es uno al que hay que vigilar).

Mientras cuelgo el teléfono al arrendador, me doy cuenta de que algo raro está sucediendo en mi pecho. Probablemente sea mi corazón rompiéndose. Sí, debe ser eso. Esto debe ser lo que se siente al tener el corazón roto: un poco como siempre he imaginado que se sentiría un ataque al corazón, solo que ligeramente más doloroso. Si esto fuera una película, este sería el momento en

que alguien preguntaría si necesito un vaso de agua. Siempre me he preguntado por qué la gente hace eso, en realidad. ¿Qué tiene el agua que se supone que es bueno para el shock? ¿Por qué no ginebra, por ejemplo? ¿O vodka? ¿O cualquier cosa que no sea la estúpida agua? Y, ¿por qué estoy pensando en esto, de todos modos? ¿Por qué no estoy pensando en Ben, dado que aparentemente acaba de romperme el corazón?

Concéntrate, Emerald. Si te van a romper el corazón, lo mínimo que podrías hacer es prestarle atención.

Tanteo suavemente los bordes de esta nueva emoción, preguntándome qué más se esconde debajo. Y lo que descubro es bastante sorprendente, dadas las circunstancias.

Porque no es un corazón roto.

Es alivio.

Estoy aliviada de que Ben haya terminado las cosas. No estoy contenta con la forma en que lo hizo, obviamente, y estoy francamente furiosa —sin mencionar *aterrorizada*— por el hecho de que aparentemente se haya llevado todo mi dinero con él. Lo que ha hecho ha cambiado mi vida, mucho más de lo que perder mi trabajo podría haberlo hecho.

Aunque, tal vez mi vida necesitaba un cambio. Y, de acuerdo, obviamente esta no es la forma en que elegiría hacerlo. Ni de cerca. Cuanto más lo pienso, sin embargo, más empiezo a darme cuenta de que, aunque desesperadamente quiero recuperar mi dinero, no quiero a Ben ni mi trabajo. Porque no era feliz con ninguno de los dos.

Y tal vez no todos los "accidentes" resultan ser para mal.

* * *

—Fue Ben —les digo a mamá y papá durante el desayuno—. La cuenta estaba a nombre de los dos, y él... simplemente la vació. Luego compró un vuelo a Los Ángeles con mi tarjeta de crédito. Aparentemente, está volando en primera clase.

Hago lo posible por dar esta noticia de la manera más objetiva posible, pero no puedo evitar que se note un temblor de indignación en mi voz cuando les digo que mi ex novio está en la soleada California con los ahorros de toda mi vida (bueno, tales como eran, de todos modos. Miren, Londres es un lugar caro para vivir, ¿de acuerdo?) mientras yo estoy atrapada aquí en las Highlands, sin nada.

Espero que su asiento de primera clase viniera con un niño gritando que le pateara repetidamente la espalda. Espero que la turbulencia le hiciera derramar su copa de champán de cortesía sobre su entrepierna. Espero... espero que el viento sople muy fuerte y le desordene el

pelo, y que no pueda encontrar la marca particular de té que afirma es lo único que puede beber.

Así de mucho lo odio.

—Es un perro de primera clase —dice mamá ferozmente. Por un segundo, no estoy segura de si está hablando de Ben o de Jude Paw, que me está mirando acusadoramente desde el otro lado de la habitación, como si pensara que podría haberme gastado el dinero yo misma.

—Pero honestamente, Emerald, ¿en qué estabas pensando? —Mamá empieza a limpiar vigorosamente las encimeras de la cocina mientras me dispara preguntas—. ¿Por qué no tenías tu propia cuenta bancaria, por el amor de Dios? ¿Y por qué estaba usando tu tarjeta de crédito? ¿No te hemos enseñado nada? Siempre dije que deberías haber salido con McTavish cuando tuviste la oportunidad. Él nunca habría hecho una jugarreta como esta.

La miro fijamente, repasando rápidamente las palabras de sabiduría que ella y papá me han impartido a lo largo de los años. Está lo de comer muchos arándanos para prevenir las infecciones urinarias, y el muy citado consejo sobre hacer gárgaras con agua salada para evitar el dolor de garganta. Hay una cantidad vertiginosa de datos aleatorios sobre peces de parte de papá. Sin embargo, no ha habido nada sobre cuentas bancarias o tarjetas de crédito, hasta donde puedo recordar, y me siento momentáneamente más animada al asimilar este hecho.

¡Esto es culpa de *ellos*, no mía! Mis padres nunca me dijeron que *no* abriera una cuenta bancaria conjunta con mi novio, así que ¿cómo iba yo a saber que iba a terminar así? Ben era contador, además de ser "un chico agradable y estable", para citar a la propia mamá. Había pensado que mi dinero estaba más seguro con él que conmigo, razón por la cual había aceptado hacerlo titular adicional de mi tarjeta de crédito.

Pero no. Resulta que mi dinero *no estaba*

seguro. Y Ben no era un «buen chico» en absoluto, ¿verdad? No, parece que Ben —el agradable y confiable Ben, con su corte de pelo sensato y sus calcetines y calzoncillos a juego— tenía una identidad secreta como un imbécil de clase mundial. Por un segundo, desearía haber sabido esto sobre él; podría haberlo hecho un poco más interesante. Sin embargo, descubrirlo ahora ha sido el mismo tipo de impacto que recibí cuando tenía doce años y el caballo de los McTavish me mordió el trasero.

—Nunca me gustó ese muchacho —dice papá, quien está ocupado con la tapa del acuario tropical que ocupa casi una pared entera. Uno pensaría que después de toda una vida como pescador, papá habría tenido suficiente de peces al jubilarse, pero aparentemente no—. No le gustaba el whisky. No puedes confiar en un hombre al que no le guste el whisky.

Me resisto a señalar que a mí tampoco me gusta el whisky y simplemente asiento con solemnidad en señal de acuerdo. Preferiría no pensar en Ben ahora mismo. No contesta su teléfono —parece estar desconectado— y, de todos modos, realmente necesito concentrarme en lo que voy a hacer a continuación y cómo voy a salir de este lío en el que me ha dejado. Porque, el hecho es que puedo vivir sin Ben, pero no puedo vivir sin dinero. Y mi corazón puede que no esté *roto*, exactamente, pero sí siento que está en camino de explotar por el puro pánico que recorre mi cuerpo en este momento.

—¿Has llamado a la policía? —dice mamá, como si esta idea brillante no se me hubiera ocurrido ya—. Estoy segura de que el joven Dougie estará encantado de aconsejarte. Aunque recuerda que tiene media jornada los miércoles.

El joven Dougie es el único y solitario oficial de policía de Heather Bay. Tiene cincuenta y ocho años, y no necesito hablar con él para saber que no podrá ayudarme, porque Brian del banco me lo dijo cuando hablé con él esta mañana.

—No, la policía no podrá hacer nada —dijo alegremente, sonando como si estuviera disfrutando a fondo los detalles de mi crisis financiera—. Si la cuenta estaba a nombre de ambos y este Ben era titular de la tarjeta de crédito, me temo que tiene todo el derecho de tomar el dinero. No es robo. Es solo un poco mierda, en realidad. Entonces, ¿realmente crees que podría tener conexiones con la mafia?

Estoy bastante segura de que «un poco mierda» no es una frase que Brian haya sacado del manual del banco, aunque sea precisa. Empiezo a pensar que Brian-del-banco no se está tomando todo esto tan en serio como yo.

—Entonces, ¿qué *puedo* hacer? —pregunto, con lágrimas en los ojos. El pánico ha tomado el control firme a estas alturas. Está bloqueando todo pensamiento racional. También está haciendo que mis piernas se sientan un poco raras, como si no estuvieran dispuestas a sostenerme por más tiempo.

—Oh, no hay nada que puedas hacer —me asegura Brian alegremente—. Vas a volver a llamar y nos dejarás saber qué sucede, ¿verdad? Quiero saber qué está haciendo Ben en Los Ángeles.

—Tú y yo ambos —digo antes de colgar. Me *encantaría* saber qué está haciendo Ben al otro lado del mundo, y estaría aún más interesada en saber por qué pensó que estaría bien usar mi dinero para hacerlo.

Iré a ver a Dougie en la comisaría a primera hora de la mañana, decido, mirando mi reloj y dándome cuenta de que es demasiado tarde para llegar allí antes del mediodía. Sé que Brian dijo que no habría nada que la policía pudiera hacer, pero tengo que intentarlo al menos, ¿no?

Primero, sin embargo, hay algo mucho más importante que tengo que hacer.

Necesito llamar a Frankie.

Parece que voy a necesitar ese trabajo que mamá sugirió que le pidiera después de todo.

* * *

En la década que he estado fuera de las Highlands, mi mejor amiga Frankie se ha convertido de alguna manera en una mujer de negocios, lo cual es aún más extraño dado que, si nuestra escuela hubiera sido del tipo que tiene anuarios al estilo americano, Frankie habría sido votada como «La más probable de ser arrestada».

Ahora, sin embargo, es una mujer de carrera hecha y derecha, con su propio negocio de limpieza próspero, y estoy absolutamente asombrada de ella.

—¿Prefieres que te llamen jefa o simplemente reina? —bromeo, observando con una mezcla de sorpresa y diversión cómo pasa sin esfuerzo de una tarea a otra, caminando con importancia por la pequeña oficina que alquila en la calle principal de Heather Bay, mientras contesta su teléfono que suena constantemente con un cantarín: «*Highland Maids*, habla Francesca» en un acento que no suena del todo como el suyo.

—Prefiero que te calles y me echés una mano —responde bruscamente, una vez que termina la llamada—, en lugar de quedarte ahí sentada viéndome trabajar.

—Claro, claro. Por eso estoy aquí. ¿*Highland maids*, en serio? —pregunto con duda, tomando la sudadera con el logo estampado que me está entregando, que ya puedo decir que me quedará al menos dos tallas más grande—. ¿No sería más apropiado un traje de sirvienta francesa con ese nombre?

—Entonces tendría que llamarlo *French maids*, no *Highland maids* —contraataca Frankie, poco impresionada—. Oh, ya sé que la palabra «maid» probablemente ofenda tus sensibilidades feministas, Emerald —agrega, volviendo a hojear la agenda—. Pero los turistas se lo tragan todo. Ya sabes cómo son. Vienen aquí pensando que se van a topar con un lord de verdad, y les gusta la idea de tener su propia sirvienta de las Highlands para que los cuide mientras están aquí.

Asiento, dando un rápido sorbo al café excepcionalmente amargo que Frankie me entregó cuando llegué. Es cierto que los turistas acuden en masa a esta parte de las Highlands, pensando que algún highlander grande y duro con kilt va a venir y los va a barrer de sus pies. Dado que gran parte del negocio de Frankie proviene de londinenses con segundas residencias, o de las casas de vacaciones junto a la playa, supongo que tiene sentido exagerar un poco todo esto, aunque cualquiera que visite Heather Bay se va a decepcionar al encontrarlo completamente carente de lores, o incluso de una banda de campesinos rudos, para ser totalmente honesta.

—¿Crees que se sienten decepcionados? —le pregunto a Frankie pensativamente, balanceando mis pies mientras me siento en la encimera frente a ella—. Cuando descubren que no están en un episodio de *Outlander*, quiero decir. Porque yo misma aún no lo he superado, la verdad. No me vendría mal ver a Jamie Fraser emergiendo de la niebla de vez en cuando.

Miro con nostalgia por la ventana mientras hablo, tratando de fingir que la niebla marina que se acerca desde la costa es romántica y misteriosa, en lugar de simplemente fría y húmeda. Siempre pragmática, Frankie está ahí para devolverme a la realidad con un giro de ojos bien practicado, mientras cierra de golpe su agenda de trabajo y se gira para mirarme.

—Puede que no tengamos a Jamie Fraser —señala—, pero tenemos a nuestro propio lord de nuevo, ahora que Jack Buchanan se ha mudado desde Edimburgo. Eso debería mantenerlas entretenidas por un tiempo.

—Hablando de Jack Buchanan —digo, recordando—, ¿te conté que lo vi ayer?

—¿Viste a Jack Buchanan? ¿Al *mismísimo* Jack Buchanan?

A Frankie le gusta fingir que está por encima de los chismes locales, pero puedo notar que está interesada por la forma en que pasa la mano por sus alborotados rizos rubios, arreglándoselos como si esperara que el hombre en cuestión entrara por la puerta en cualquier momento.

—Sí, al *mismísimo* Jack Buchanan —respondo, divertida—. Según todo el mundo en el autobús, al menos.

—No conozco a nadie que lo haya conocido —dice Frankie, maravillada—. Empezaba a preguntarme si era una persona real o solo algo que los lugareños inventaron para atraer turistas, como el Monstruo del Lago Keld.

Para ser justos, ese es el tipo de cosas que hacemos aquí. Este es un país que tiene al unicornio como animal nacional; no se puede decir que no entendamos de marketing.

—No, es bastante real —confirmo—. Es un verdadero imbécil, en realidad. Sacó el autobús de la carretera con su coche deportivo y luego me lanzó una mirada de desprecio cuando pasamos junto a él.

—¿Una mirada de desprecio? —Frankie mueve las cejas de manera sugestiva—. Qué suerte la tuya.

—No *ese* tipo de mirada de desprecio —respondo, estremeciéndome ante la idea—. Una mirada de desprecio *real*. Una mirada de *te odio y quiero que mueras*. Como si me despreciara absolutamente.

—Oh, tú crees que todos te desprecian, Emerald —responde Frankie con desdén—. Es solo por Lo Que Pasó. ¿Sabías que está viviendo en la antigua finca ahora?

—¿Ah, sí?

Este pequeño dato me interesa a pesar de mí misma. Me han dicho que los Buchanan son unos de los terratenientes más ricos de las Tierras Altas, pero nunca he sabido que ninguno de ellos *viviera* aquí realmente. Bueno, ¿por qué *lo harían*, en realidad?

La finca Buchanan ocupa el mismo lado del lago que la cabaña de mamá y papá, y la antigua mansión en el centro ha estado vacía desde que tengo memoria. Ha estado vacía desde que *mamá* y *papá* tienen memoria, de hecho, lo cual es decir mucho.

—Oh, sí —confirma Frankie—. Ha renovado completamente la casa, al parecer. Me pregunto si ya tendrá una empresa de limpieza —añade pensativa—. Porque ese es un trabajo por el que no me importaría hacer una propuesta. *Criadas de las Highlands*, limpiadoras de la mansión del lord. ¿Cómo suena eso?

—Suena como si fueras un personaje de *Downton Abbey* —digo, sonriendo ante la pequeña reverencia que hace para subrayar su punto—. Aunque supongo que si este Jack Buchanan es tan rico como todos dicen, podría ser bueno para el negocio. No estoy segura de que valga la pena, sin embargo. ¿No escuchaste la parte donde te conté que sacó el autobús de la carretera?

Frankie se encoge de hombros.

—Mientras pague a tiempo, no me importa cómo sea en persona —dice—. No es como si fuera probable que lo conozca, de todos modos. Pero basta de Jack Buchanan. —Se pone de pie, mirando críticamente la sudadera que me he puesto obedientemente, que será mi nuevo uniforme de trabajo.

Como predije, Frankie estuvo más que dispuesta a darme un trabajo cuando la llamé y le expliqué mi situación. A juzgar por la expresión de su cara ahora, sin embargo, no estoy segura de que tenga mucha confianza en mi capacidad para hacer el trabajo realmente.

—Sabes limpiar, ¿verdad, Emerald? —pregunta, mirándome con sospecha.

Suspiro. —Sí, claro que sé limpiar —le digo—. Ben dirigía un barco bien apretado, ¿sabes?

Lo hacía. Siempre lo decía exactamente así, también. "Dirijo un barco bien apretado", decía, puliendo meticulosamente las copas de vino que el lavavajillas no había limpiado lo suficientemente bien. Era como si *ser ordenado* fuera su sustituto de tener personalidad.

—No sé qué le viste —dice Frankie, poniendo los ojos en blanco.

—No sé qué le vi —digo, casi simultáneamente.

Frankie sonrío, pareciendo de repente la despreocupada chica de 17 años que solía robar el alcohol de su hermano e ir a explorar la antigua finca Buchanan conmigo.

—Oh, todo saldrá bien, Emerald —dice consoladoramente—. Estarás bien, ya verás. Y será divertido trabajar juntas. Como en los viejos tiempos, ¿no?

Le devuelvo la sonrisa, sintiéndome un poquito mejor. Limpiar casas juntas quizás no se parezca ni remotamente a los «viejos tiempos» a los que ella se refiere, cuando Frankie era la alborotadora del pueblo y yo su fiel compinche, pero tampoco estoy segura de que quisiera que fuera así. Aquellos viejos tiempos no fueron precisamente buenos, al menos para mí, aunque es cierto que nos divertíamos juntas. Y si bien trabajar como limpiadora no es exactamente el trabajo de mis sueños, al menos hay muy pocas posibilidades de que me despidan, como me pasó con mi trabajo «de verdad».

Al fin y al cabo, ¿en cuántos problemas puede meterse una limpiadora?

Capítulo 4

—¡Ay!

Frankie y yo caminamos a grandes zancadas por la calle principal de Heather Bay. O más bien, Frankie camina a grandes zancadas. Yo voy tropezando detrás de ella, arrastrando una aspiradora llamada Bessie (o eso me dice Frankie), y rezando desesperadamente para que nadie me reconozca.

Y así es como me encuentro chocando directamente contra Jack Buchanan.

O cómo *él* se encuentra chocando contra *mí*, mejor dicho. Porque, seamos sinceros, él tampoco puede haber estado mirando por dónde iba, ¿verdad? Ahora que lo pienso, parece ser un hábito suyo. ¿Este hombre va en serio dando tumbos por las Highlands, sacando autobuses de la carretera y derribando mujeres? Porque ciertamente lo parece, y la disculpa que estaba a punto de pronunciar por interponerme en su camino muere en mi lengua tan pronto como levanto la vista y veo contra quién acabo de chocar.

Oh.

Él.

Otra vez.

—¡Ay! —digo de nuevo, agachándome para frotarme el tobillo, que se raspó contra el exterior de plástico de Bessie durante la colisión. No es la peor lesión del mundo, pero aun así, soy una damisela en apuros aquí. ¿De verdad ni siquiera va a preguntar si estoy bien?

Aparentemente no.

Jack Buchanan (quien, por lo que he entendido, siempre es mencionado por su nombre completo por los residentes de Heather Bay, como corresponde al señor local) ni siquiera reduce el paso después de que su hombro roza el mío, casi enviándome volando hacia la concurrida

carretera junto a nosotros. En su lugar, simplemente continúa caminando a grandes zancadas por la calle con sus dos acompañantes de traje, ocupando toda la acera, casi como si fuera suya.

Lo cual, según la buena gente de Heather Bay, prácticamente *lo es*.

Lo odio.

No, en serio: lo odio.

En serio, ¿quién *hace* eso? ¿Quién simplemente choca contra la gente y ni siquiera se disculpa? ¿O se *da cuenta*? Y, de acuerdo, entiendo que no fue *totalmente* su culpa, así que tal vez sienta que no tiene nada por lo que disculparse. Yo, en cambio, me disculpo por todo, sea responsable o no. Incluso me disculpé con el lavavajillas la semana pasada, cuando intenté abrirlo en medio de su ciclo por error. Pero Jack Buchanan no puede dedicar un segundo de su tiempo tan importante para asegurarse de que la mujer contra la que se estrelló está bien?

Qué amable.

No.

—Oh, Dios mío, ¿era *él*? —pregunta Frankie mientras Jack Buchanan desaparece al doblar la esquina, totalmente ajeno al odio ardiente que ahora albergo hacia él—. ¿Era el señor?

No es propio de Frankie quedar deslumbrada por las celebridades, pero en el poco tiempo que llevo aquí, ya he notado que Jack Buchanan parece tener algún tipo de influencia misteriosa sobre la gente de este pueblo, incluida mi mejor amiga.

—Sí —confirmo, todavía frotándome el tobillo—. Qué imbécil, ¿verdad? Es la segunda vez que me veo involucrada en un accidente que él ha causado.

*Un accidente que **tú** causaste, Emerald. Podrías haberte apartado de su camino, ¿sabes?*

—Basta, Ben —digo severamente mientras Frankie se da la vuelta—. Tú me *dejaste*, ¿recuerdas? Así que ya no tienes derecho a ser la voz en mi cabeza. Estás despedido. Y punto.

Este breve discurso me hace sentir momentáneamente mejor, pero entonces Frankie mira por encima de su hombro hacia mí, con el ceño fruncido de preocupación.

—¿Estás bien, Emerald? —pregunta, con la voz más suave de lo habitual—. Por un segundo pensé que estabas hablando sola. Me preocupo por ti, ¿sabes?

Compongo mi rostro en una expresión cuidadosamente neutral. Frankie y yo no solemos hacer esto. Somos lo suficientemente cercanas como para ser hermanas, pero la nuestra no es una de esas relaciones sensibleras donde te sientas a trenzar el cabello de la otra y compartes confidencias hasta altas horas de la noche, y no solo porque el cabello de Frankie se niegue a ser contenido en algo tan mundano como una trenza. Estoy acostumbrada a que mi madre se

preocupe por mí, pero que Frankie lo haga significa que mi situación actual debe ser *realmente* seria. Mucho más de lo que había pensado, incluso. Eso no es un pensamiento reconfortante.

Sin embargo, no es un pensamiento que tenga que entretener por mucho tiempo, porque para cuando me he levantado y cojeado unos pasos más por la calle principal, estamos casi al nivel del antiguo ayuntamiento, y de repente no puedo respirar.

El edificio frente a mí es una ruina decrepita y desagradable a la vista, justo en medio de la calle digna de postal, y parece estar succionando todo el oxígeno de la atmósfera. El resto de la calle es un arcoíris de colores pastel, que una revista nacional describió recientemente como "hecho para Instagram". El ayuntamiento, sin embargo, está en blanco y negro, y los transeúntes están cruzando la calle en lugar de pasar directamente frente a él.

Me detengo en seco, sin querer mirarlo, pero sin poder apartar la vista tampoco.

Mi culpa. Todo es mi culpa.

En los años que han pasado desde la última vez que lo vi, había logrado convencerme de que no estaba tan mal como pensaba. Que probablemente solo estaba *un poco* quemado, en lugar de completa y totalmente destruido, como Manderley en *Rebeca* después de que la señora Danvers perdiera la cabeza.

—Anoche soñé que volvía al salón comunal de Heather Bay —murmuro entre dientes, mientras sigo allí de pie mirándolo fijamente. A decir verdad, no es que lo hayan arrasado por completo. Sigue en pie. Todavía tiene techo. Bueno, *parte* de un techo. El resto está hecho de una triste lámina de plástico que se agita miserablemente con el viento, sonando un poco como un aplauso lento y sarcástico.

Damas y caballeros, demos una cálida bienvenida de Heather Bay a Emerald Taylor, Destructora de Salones Comunes y Arruinadora de Relaciones.

La calle está vacía ahora que Jack Buchanan y sus secuaces han desaparecido, pero no puedo quitarme la sensación de que me están observando. Lo cual, para ser justos, siempre es una posibilidad en Heather Bay.

Mamá me dijo que el pueblo no había podido permitirse arreglar el lugar después de El Incidente. Sabía que había habido varios intentos de recaudación de fondos, pero ninguno había sido suficiente para devolver el edificio a su antigua... Quiero decir "gloria" aquí, pero el salón era bastante anodino en realidad, incluso antes de que casi se quemara, así que no nos emocionemos.

De todos modos, puede que no fuera el edificio más bonito de la calle principal de Heather Bay, pero al menos era *utilizable*, hasta que llegué yo y lo quemé accidentalmente. Está en el

estado en que se encuentra ahora por mi culpa.

Yo estoy en el estado en que me encuentro ahora por mi culpa.

Y puede que no pueda hacer mucho con respecto al salón comunal quemado, pero *sí puedo* hacer algo sobre el resto de los desastres que he logrado hacer de mi vida. O al menos *intentarlo*.

—¡Emerald! ¡Vamos! —Frankie chasquea los dedos frente a mi cara, sacándome de mi ensimismamiento.

—Estabas en las nubes —dice, haciendo girar impaciente las llaves del coche entre sus dedos—. No puedes hacer cosas así mientras estás en el trabajo, ¿sabes? Nos pagan por hora. ¿Estás segura de que estás bien, Emerald? *De verdad* que empiezo a preocuparme por ti.

—No tienes que preocuparte por mí —le digo con firmeza, enderezando los hombros y agarrando con fuerza el mango de plástico de Bessie—. Estoy bien. Estaré bien. Como una mujer nueva, de hecho. La vieja Emerald se ha ido, Frankie. Lo que ves es Emerald 2.0: una persona totalmente diferente.

Cuanto más lo pienso, más me atrae esta idea.

Quizás en lugar de pensar en mi regreso a Heather Bay como algo malo que me ha devuelto al punto de partida, podría intentar replantearme la situación; verlo como una oportunidad. No estoy retrocediendo, estoy empezando de nuevo. No soy un completo desastre, soy... soy un trabajo en progreso. Emerald 2.0, como acabo de decirle a Frankie. Y, vale, esta idea se me acaba de ocurrir literalmente en este momento. Probablemente necesite un poco de refinamiento.

Pero es un comienzo.

Y está sucediendo justo cuando Frankie está a punto de llevarme a mi primer trabajo como criada de las Highlands, lo que parece un momento tan bueno como cualquier otro para reinventarme.

Emerald 2.0, allá voy...

Capítulo 5

La lluvia omnipresente tamborilea persistentemente contra el parabrisas mientras Frankie entra en el camino de entrada del número 6 de Selkirk Lane, y nos deja a Bessie y a mí fuera de la furgoneta con la marca *Highland maids* antes de salir disparada hacia su siguiente trabajo.

—Bueno, Bessie —digo en voz alta, haciendo una nota mental de no acostumbrarme a hablar con mi aspiradora—. Esto es bonito, ¿verdad?

Selkirk Lane es una hilera de casas de campo modernas situadas a orillas del lago Keld. Estas casas ni siquiera existían cuando me fui a Londres, y su repentina aparición a orillas del lago es testimonio de lo popular que se ha vuelto este pueblo. Puedo notar incluso desde fuera que el número 6 va a ser el tipo de casa en la que siempre he soñado vivir, y, mientras introduzco la llave que Frankie me ha dado en la puerta principal recién pintada, agradezco que haya decidido empezar poco a poco conmigo, con un trabajo fácil que debería llevar un par de horas como mucho. O eso dice ella, al menos.

—La dueña no está —me había dicho durante el trayecto—. De hecho, ni siquiera se ha mudado todavía; apenas había terminado de desempacar cuando la llamaron de vuelta a Londres antes de tiempo. Algún tipo de emergencia, al parecer. Pero la empresa de mudanzas hizo un poco de desorden, así que solo quiere una limpieza rápida para que esté lista cuando regrese. Puedes hacer eso, Emerald, ¿verdad?

Asentí, aliviada de saber que la dueña de la casa no estaría respirándome en la nuca mientras limpiaba. Porque eso sería de todo tipo de incómodo, ¿verdad? Aunque entrar en la casa de otra persona cuando *no* está allí tampoco es *menos* incómodo, la verdad, como descubro cuando abro la puerta del número 6 y dudo un segundo antes de entrar.

—¡*Highland Maids!* —grito, tal como Frankie me instruyó, estremeciéndome un poco ante el nombre—. ¿Hay alguien en casa?

Pero no hay respuesta, así que rápidamente me doy la vuelta y arrastro a Bessie adentro, antes de cerrar la puerta tras de mí con un golpe.

Tenía razón; esta casa es suficiente para hacer llorar de envidia a una chica. No porque sea particularmente grande o grandiosa, ni nada por el estilo —de hecho, es bastante compacta según los estándares de "gente rica"—, sino porque la persona que la posee es claramente una mujer según mi propio corazón.

Las estanterías de la sala de estar están llenas de libros.

Las estanterías del dormitorio están llenas de zapatos.

Los estantes de la nevera están llenos de vino.

—Mujer misteriosa, te saludo —digo, enchufando a Bessie y poniéndome a trabajar—. Porque obviamente tienes tus prioridades claras, quien quiera que seas.

Sin embargo, aparte de las pertenencias, no hay muchas pistas sobre la personalidad de la dueña; ni fotos enmarcadas ni postales por ahí, ni siquiera una colección de imanes de nevera "peculiares" con los nombres de los lugares que ha visitado para delatarla. Tiene sentido, supongo. Frankie dijo que aún no se había mudado, así que probablemente no ha tenido mucha oportunidad de hacerla acogedora todavía, aunque parece que la mayoría de sus cosas ya están aquí.

Valientemente intento contener mi curiosidad sobre la dueña y mantener las comparaciones entre nosotras al mínimo mientras trabajo por toda la casa, fregando suelos y limpiando superficies. Pero es inútil; mi imaginación ya ha empezado a desbocarse, y para cuando arrastro a Bessie arriba para empezar con los dormitorios, ya he imaginado una vida y personalidad completas para ella.

Es una artista, decido. Una increíblemente exitosa, que ha comprado esta casa, aquí en lo salvaje de Escocia, para poder pintar en paz y tranquilidad. Nunca comete errores ni tiene "accidentes". Nunca, por ejemplo, ha tenido que caminar hasta la casa de sus amigos en pijama porque se quedó encerrada fuera de su propio piso mientras sacaba la basura. Nunca se ha puesto quitaesmalte en la cara pensando que era desmaquillante de ojos. Ni ha pasado veinte minutos fingiendo conocer a alguien que en realidad no reconoce, en lugar de simplemente preguntar su nombre. No se queda despierta por la noche avergonzándose por algo estúpido que dijo cuando era adolescente y que nunca, nunca podrá superar, y *definitivamente* no intentó afeitarse las cejas cuando tenía once años, en un intento de hacerlas menos "cejudas".

(Por cierto, volvieron a crecer. Mal, por supuesto. Pero *aun así*

Oh, y nunca ha quemado ningún salón del pueblo, ni ha perdido ningún trabajo. Y nunca lo hará tampoco.

Es yo, en otras palabras; pero la *otra* yo: la yo que podría haber sido si mi vida no hubiera salido tan catastróficamente mal cuando estaba a punto de cumplir dieciocho años. Si fuera real, probablemente la odiaría. Tal como están las cosas, sin embargo, solo existe en mi mente, porque aunque *alguien* obviamente es dueño de esta casa, es muy poco probable que sea una versión más glamurosa y elegante de Emerald Taylor, ¿verdad?

Aun así, es divertido imaginar cómo podría ser la persona que vive aquí, y sonrío para mis adentros, cogiendo un tubo de pintalabios del tocador que estoy limpiando y pasándomelo distraídamente por los labios.

¡Mierda!

Me quedo mirando mi reflejo en el espejo, con los labios ahora de un atractivo tono rojo cereza, mi expresión tan sorprendida como si no me los hubiera pintado yo misma.

¿Por qué hice eso?

Busco frenéticamente un pañuelo y, al no ver ninguno, apenas logro evitar llevarme la mano para quitarme el pintalabios con la esquina de mi uniforme de *Highland Maids*

sudadera. Eso no serviría. No quiero volver con Frankie con el pintalabios manchado por todo el uniforme, así que en su lugar me miro severamente en el espejo.

—Esto no está bien, Emerald —me digo con firmeza—. Te pagan por limpiar, no por jugar con el maquillaje de otra persona. Ahora, devuélvelo y sigue con tu trabajo.

Dando un fuerte suspiro, vuelvo a colocar la tapa dorada en el tubo de pintalabios y lo coloco de nuevo en el tocador, aproximadamente en el mismo lugar donde lo encontré. Solo me dejé llevar un poco, eso es todo.

Demasiado ocupada soñando despierta, como siempre, comenta Ben en mi cabeza. Por eso nunca logras nada. Y ahora probablemente vas a terminar perdiendo otro trabajo, ¿no?

Aprieto los dientes mientras le doy una última pasada al tocador. Ben está equivocado. No se ha hecho ningún daño, y me aseguraré de que nunca vuelva a suceder, eso es seguro. Porque eso sería exactamente el tipo de cosa que haría la antigua Emerald, y ya no soy ella, ¿verdad? Emerald la Primera habría encontrado una manera de arruinar este trabajo de alguna manera, ya sea probándose el pintalabios de una clienta, derramando lejía por toda la alfombra, o simplemente cayendo de cabeza por las escaleras y rompiéndose el cuello estúpidamente.

Emerald 2.0, sin embargo, no hará ninguna de estas cosas.

Porque Emerald 2.0 es una persona diferente. Una persona *mejor*. Una que simplemente agacha la cabeza, hace su trabajo y absolutamente *no* mira dentro de ese armario al otro lado de la habitación, con su puerta tentadoramente entreabierta.

Emerald 2.0 no tiene "accidentes".

Y estoy decidida a mantenerlo así.

* * *

Quince minutos después, estoy de pie frente al espejo en el dormitorio principal, vistiendo un ceñido vestido blanco con un par de sandalias de tiras altas que encontré debajo de la silla al lado de la cama.

Ups.

No quise hacerlo, lo juro. Fue... lo susurra... un *accidente*.

No, en serio, *lo fue*.

La cosa es que ella había dejado la ropa amontonada en una silla en la esquina de la habitación, y cuando la recogí para ordenarla, no pude evitar notar que éramos de la misma talla; ropa y zapatos. Incluso entonces, *aún* no iba a hacerlo realmente, pero la tela del vestido era tan sedosa, y la etiqueta en el interior era una que nunca había visto de cerca, y mucho menos probado. ¿Cómo podía resistirme?

(Pregunta retórica. Por favor, no contestes.)

Solo iba a probarme el vestido, lo prometo. Solo rápidamente, para ver si se *sentía* tan bien como se veía. Pero luego los zapatos estaban tan obviamente hechos para combinarse con él, y cuando terminé de abrochar las delgadas tiras, se sintió casi como si estuviera deslizándome en la *vida* de otra persona, en lugar de solo en su ropa. Y fue un alivio, si soy honesta.

Seamos realistas; he estado deseando poder ser alguien más toda mi vida, así que es bueno finalmente *parecer* otra persona. Tanto es así que descubro que realmente no me apetece volver a cambiarme. O al menos no ahora mismo.

Diciéndome a mí misma que solo serán unos minutos, y que volveré a poner todo en su lugar tan pronto como termine aquí, enciendo a Bessie de nuevo y reanudo mi aspirado, mientras pretendo ser Freddie Mercury en el video de 'I Want to Break Free'. Oh, no finjas que nunca lo has hecho.

¡Música! Tan pronto como se me ocurre la idea, me pregunto por qué no se me ocurrió antes. La música es una de las pocas cosas en las que puedo confiar para animarme cuando estoy deprimida, y sería la manera perfecta de hacer este trabajo un poco menos aburrido, ¿no? En la

película de mi vida, esta sería la escena de montaje, y toda buena película necesita una escena de montaje, ¿verdad?

Bajo corriendo a la planta baja para agarrar mi teléfono de mi bolso, teniendo mucho cuidado de no caerme por las escaleras en el proceso, y uso el Bluetooth para conectarlo a los altavoces que vi en la sala de estar, antes de seleccionar una lista de reproducción y presionar "reproducir". ¡Ahí está! Un poco de Taylor Swift será justo lo que necesito para terminar este trabajo.

Acabo de llegar al primer estribillo de *Shake It Off* —y sí que lo estoy sacudiendo, créeme— cuando el sonido del timbre de la puerta sonando abajo interrumpe groseramente mi limpieza. Bueno, mi *baile*. Y tal vez solo *un poco* de canto, también. Mira, amo a Taylor Swift. ¿Qué puedo decirte?

Me detengo, jadeando ligeramente por mis esfuerzos, preguntándome qué se supone que debo hacer.

¿Debo responder?

¿Es eso lo que se supone que debe hacer una criada en esta situación?

Es decir, sé que eso es lo que se suponía que debía hacer una criada en la época *victoriana*, obviamente, pero a pesar del nombre ligeramente dudoso que Frankie ha elegido para su empresa, somos solo limpiadoras, realmente, no *sirvientes*, y no estoy segura de si responder a la puerta sería pasarme de la raya aquí. Por otro lado, si *no* respondo, y resulta ser algo importante, ¿me meteré en problemas? ¿Se meterá Frankie en problemas?

Espera: probablemente *sea*

—¿Frankie, verdad? Seguro que ha venido a ver cómo estoy, o... o a traerme más productos de limpieza o algo así.

Cuando el timbre suena por segunda vez, resonando por toda la casa, me paso rápidamente la mano por la boca para deshacerme del delator lápiz labial rojo, luego me desenredo rápidamente del cable de Bessie antes de bajar las escaleras, dando un rápido trago de la lata de Coca-Cola Light que traje conmigo mientras voy.

Estoy a punto de abrir la puerta cuando el timbre suena de nuevo, el sonido más fuerte ahora que estoy justo al lado.

Es entonces cuando recuerdo que llevo la ropa de otra persona, así como su lápiz labial. Y, por lo que sé, la "otra persona" a quien pertenecen podría estar al otro lado de esa puerta.

Mierda.

No hay tiempo para preocuparse por eso ahora, sin embargo, porque puedo ver la figura sombría de la persona moviéndose impacientemente detrás del cristal, lo que significa que

también pueden verme. No hay otra opción más que abrir la puerta, así que, mientras la figura detrás levanta una mano y presiona impacientemente el timbre una vez más, agarro el pomo y, sin darme tiempo a pensar en lo que diré si es la dueña de la casa quien está allí, abro la puerta.

Allí en el umbral no está otro que Jack Buchanan.

Sí, el *mismísimo* Jack Buchanan.

Otra vez.

—¡Tú! —balbuceo antes de poder contenerme, casi atragantándome con mi bebida por la impresión—. ¿Qué estás haciendo *tú* aquí?

Por una fracción de segundo, me pregunto si está aquí para disculparse por casi atropellarme, luego me doy cuenta de que la idea de que él de alguna manera supiera dónde encontrarme, y luego apareciera en mi trabajo de limpieza, es aún menos plausible que la idea de que un hombre como él se rebaje a disculparse.

Detrás de él, noto el coche deportivo rojo de ayer agazapado en el camino de entrada, como si estuviera al acecho de su próxima víctima.

Y es entonces cuando derramo mi lata de Coca-Cola por todo mi vestido.

Su vestido, mejor dicho. El vestido de la dueña de la casa.

Su vestido ahora *empapado*.

Mierdamierdamierda.

Jack Buchanan me mira, confundido, con una pequeña arruga formándose entre sus cejas.

—Eh, hola —dice, finalmente, extendiendo su mano—. Soy Jack. Y tú debes ser Scarlett, ¿no?

Capítulo 6

—¿Scarlett?

Lo miro horrorizada, tratando de no pensar en el líquido frío que se filtra por el vestido de la dueña de la casa y llega hasta mi sujetador. (Que afortunadamente es mío, por si te lo estabas preguntando).

¿Por qué me está llamando 'Scarlett'?

—Eh, sí. Tú *eres* Scarlett, ¿verdad?

No puedo descifrar si su tono es de irritación o simplemente de confusión. Lo que *sí* sé es que sus ojos son de un tono de azul que haría que Taylor Swift buscara un bolígrafo para escribir algunas letras sobre ellos, y no la culparía ni un poco. ¿Alguien puede traerme una guitarra? Porque de repente tengo ganas de escribir algo de música country.

—Um, creo que te has equivocado de... color —suelto tontamente, todavía tratando de entender su pregunta—. ¿Querías decir Emerald?

Y de todos modos, ¿cómo supiste mi nombre, o algo parecido a mi nombre?

Jack Buchanan suspira profundamente, luego esboza una pequeña sonrisa forzada, en un intento transparentemente poco entusiasta de compensar. Ah, vale, *está* irritado, entonces. Me alegro de que hayamos aclarado eso.

—¿Scarlett Scott? —lo intenta de nuevo, esta vez hablando deliberadamente despacio, como lo harías con un niño pequeño. O un simplón—. ¿La prima de Finn McNeil? ¿De alguna manera me convenció de que sería buena idea que saliéramos a cenar? ¿Mi asistente Elaine llamó para concertar una cita la semana pasada?

Vale, ahora está diciendo nombres además de colores. Abro la boca para decírselo, pero entonces dos pensamientos me golpean simultáneamente:

Parece que la mujer que he estado imaginando tiene un nombre. Se llama Scarlett Scott. Lo que hace que todo lo que acabo de hacer en su casa se sienta mucho peor, de alguna manera.

¿Acaba de decir "cita"?

Cierro la boca bruscamente de nuevo, mi mente dando vueltas. Obviamente tengo que decirle que se ha equivocado; que no soy esa Scarlett Scott que está buscando, que solo soy la limpiadora. Pero estoy usando su ropa. Y su lápiz labial. Y escuchando música en sus altavoces, en su casa, donde me he sentido como en la mía. Este hombre puede que no tenga ni idea de quién soy, pero seguramente sabrá que las limpiadoras normalmente no llevan vestidos blancos ajustados y sandalias de tiras mientras trabajan. Y, si se da cuenta de que en realidad no son míos...

Mierda. Mierda, mierda, mierda.

Puedo sentir el pánico creciendo en mi pecho mientras miro estúpidamente su rostro irritablemente atractivo. De cerca, Jack Buchanan es casi perturbadoramente guapo. Su pelo está despeinado, su mandíbula tiene el más leve rastro de barba incipiente, y sus labios son carnosos y ligeramente enfurruñados. Realmente sería un gran James Dean. Todo lo que necesita es un cambio rápido de ropa y un cigarrillo colgando de su boca y estaría listo. Ya tiene dominada la mirada taciturna y hosca, y por lo que he visto de él hasta ahora, me aventuraría a adivinar que no es una actuación.

—Disculpa, ¿nos hemos conocido antes? —pregunta de repente, frunciendo el ceño en concentración—. Siento que te conozco de algún lado.

—No, no lo creo —digo rápidamente, esperando que el vestido blanco y las sandalias sean lo suficientemente diferentes del conjunto de jeans y suéter de ayer para mantenerlo confundido sobre esto—. Ni siquiera tomo el autobús.

O... tal vez no.

—¡El autobús! Eso es —dice, su rostro aclarándose y luego oscureciéndose de nuevo al recordar las circunstancias exactas de nuestro último encuentro—. Estabas en el autobús ayer. El que...

—... forzaste a meterse en una zanja? —termino servicialmente. Sus mejillas se sonrojan ligeramente bajo su barba incipiente.

Al menos es capaz de sentir vergüenza. Supongo que eso es algo.

—También casi me atropellaste en la calle hace un rato —continúo, de repente vislumbrando una salida a esta bizarra situación y aferrándome a ella con ambas manos—. Probablemente no lo recuerdes, sin embargo. Estabas un poco, um, *distraído*. Aun así, probablemente sea mejor

olvidar todo el asunto de la "cita", dadas las circunstancias, ¿no crees? Quiero decir, estoy a favor de que me barran los pies, pero no estoy segura de querer arriesgarme una tercera vez.

Sintiéndome satisfecha por la forma en que he maniobrado hábilmente para salir de esta (En serio, ¿una *cita a ciegas*? ¿Con *este tipo*? Tienes que estar bromeando...), me muevo para cerrar la puerta en su cara sorprendida, pero él llega primero, insertando su pie en el hueco, y luego haciendo una mueca de dolor cuando la puerta lo golpea.

—¡Ay!

Retrocede de nuevo, mirándome como si hubiera intentado deliberadamente mutilarlo.

—Lo siento —susurro débilmente—. No te vi ahí.

Un poco como cuando no me viste antes, en realidad.

—Bueno. —Se inclina para masajearse el pie en su caro zapato de vestir —realmente debería pensar en invertir en un buen par de botas, para ser honesta— y luego se endereza de nuevo, su cabello cayendo atractivamente sobre un ojo.

—¿Eso te hizo sentir mejor? —pregunta, con solo un indicio de sonrisa—. Por lo del autobús, quiero decir. Y... lo que sea que hice antes que obviamente no recuerdo.

—Un poco —admito, preguntándome por qué no suena más enojado.

—¿Te gustaría intentarlo con el otro pie, tal vez? —continúa, meneando el pie en cuestión de una manera que probablemente me haría sonreír si no lo odiara tanto—. ¿O quizás considerarías aceptar mis humildes disculpas en su lugar? Porque sé que conduzco demasiado rápido y no siempre presto suficiente atención a las personas a mi alrededor, pero puedo asegurarte que nunca tengo la intención de *lastimar*

nadie. Y lamento mucho haberlo hecho. ¿Tregua?

Miro con recelo la mano que me tiende.

Realmente necesito irme ahora. Ni siquiera debería estar *hablando* con este hombre, mucho menos estrechándole la mano. Y *definitivamente* no debería estar hablando con él mientras llevo la ropa de otra persona. No soy la persona con la que él ha venido a tener una cita. No, solo soy su limpiadora. Su estúpida e idiota nueva limpiadora, que casi con toda seguridad va a ser despedida en su primer día de trabajo, si alguien se entera de que revisé su ropa y luego me la probé.

Adiós a Esmeralda 2.0.

—Mira —suspira Jack Buchanan, con la mano aún extendida—. ¿Empezamos de nuevo?

Se aclara la garganta y me mira a los ojos. Mi estómago da un vuelco, tomándome por sorpresa.

¿Qué demonios fue eso?

—Soy Jack —dice, sonriendo por primera vez desde que lo conocí, haciendo que mi traicionero estómago vuelva a dar un vuelco—. ¿Y tú eres...?

Dudo.

El problema es que no soy solo yo quien se meterá en problemas por este monumental error de juicio, ¿verdad? No, será Frankie. O el negocio de Frankie, más exactamente. Porque nadie quiere una criada —de las Highlands o no— que se ponga su ropa y se sienta como en casa. Así que no hace falta ser un genio para darse cuenta de que *Highland maids* podría irse a la quiebra en aproximadamente el tiempo que me tomó bailar una canción de Taylor Swift con la ropa de otra persona.

Tenías un trabajo, Esmeralda. Literalmente un trabajo. Y lo arruinaste por completo.

Lo que significa que solo hay una cosa por hacer.

—¡Hola! —digo entre dientes, ofreciéndole a Jack Buchanan mi mano cubierta de Coca-Cola—. ¡Soy Scarlett! ¡Es un placer conocerte!

* * *

En cuanto a accidentes, este es bastante grave, incluso para mí, y el hecho de que lo esté haciendo por el bien de Frankie y no por el mío propio no hace mucho para aliviar la molesta sensación de culpa que me acompaña de vuelta a la casa.

Mi plan —que improvisé apresuradamente en el camino de la puerta a la sala de estar— era hacerlo pasar, ofrecerle una bebida y luego inventar alguna excusa por la que "Scarlett" no podría salir con él después de todo. Eso parece lo más fácil de hacer, dadas las circunstancias. Aparte de simplemente decir la verdad, obviamente, como debería haber hecho desde el principio. O, ya sabes, *no haberme probado la ropa de otra persona* para empezar. Eso habría sido lo *realmente* más fácil de hacer, ¿no? Sin embargo, para mí, la opción más fácil siempre ha sido de alguna manera la *más difícil*. Por eso fingir brevemente ser otra persona es la elección que parece que he tomado.

Y *será* breve. Solo lo haré pasar, me disculparé y luego, una vez que se haya ido, terminaré el trabajo por el que me están pagando y me iré directamente a casa. Sin daños, sin falta. Una lección bien aprendida.

Pero es que... es Jack Buchanan. El hombre con el que todo el mundo en el pueblo parece estar obsesionado, justo aquí frente a mí. Parecía tan adorablemente confundido cuando lo hice pasar al baño de abajo en lugar de a la sala de estar, y lleva este traje tan bien cortado...

Siempre he sido débil ante un hombre con traje.

Ben nunca usaba trajes. Solo jerséis "sensatos" y una selección de conjuntos "elegantes pero informales" que siempre parecían como si su madre los hubiera elegido por él. Tal vez realmente lo hacía.

Este hombre, sin embargo, nació para llevar traje. Tiene exactamente la combinación correcta de delgadez y musculatura para llenarlo a la perfección, y su camisa de cuello abierto simplemente está rogando ser desabrochada un poco más.

Eh, no por *mí*, obviamente. La ropa ya me ha metido en suficientes problemas por hoy; un hecho del que me acuerdo cuando le ofrezco una bebida, y él simplemente mira su reloj (Sí, definitivamente un Rolex...), y luego observa fijamente el vestido manchado, que está empezando a empapar mi sujetador.

—La reserva es para las 7 en punto —dice señalando, pasándose una mano por su cabello castaño oscuro y dejándolo aún más despeinado de lo que estaba al principio—. Y supongo que probablemente querrás ocuparte de eso primero, ¿no?

Sus ojos bajan a mi pecho y luego rápidamente se desvían, con una expresión indescifrable en su rostro.

—¡Oh! ¡Sí, por supuesto! Es que, la puerta, ya sabes, me sobresaltó. La Coca-Cola. —Señalo innecesariamente a mi pecho, imitando el acto de derramar mi bebida, y decido abruptamente no volver a salir en público nunca más. O, al menos, no hasta que haya aprendido a hablar como una persona normal.

Asiente en silencio, y aprovecho la oportunidad para darme la vuelta y dirigirme a las escaleras que salen directamente de la sala de estar, tropezando con el cable de Bessie en el camino.

Suave, Esmeralda; realmente suave.

De vuelta en la habitación de Scarlett, echo un vistazo al espejo y dejo escapar un grito involuntario de horror cuando veo el lápiz labial rojo manchado en mi mejilla.

—¿Está todo bien ahí arriba?

Jack Buchanan suena como si no pudiera importarle menos si todo está bien aquí arriba o no. De hecho, suena casi esperanzado. Como si de alguna manera pudiera estar a punto de librarse de esta "cita" que se supone que vamos a tener.

Tú y yo, amigo. Tú y yo.

—¡Todo está bien! —grito alegremente—. Solo... me golpeé el dedo del pie. ¡Ay!

Silencio.

Me apresuro al baño para limpiarme la cara y froto frenéticamente la mancha de Coca-Cola, que, en mi primer golpe de suerte del día, no es tan mala como temía. Parece que la mayor parte

de la bebida ha caído sobre mi pecho derecho —manteniendo la elegancia como siempre por aquí— y creo que va a salir. O al menos eso espero.

Por favor, Dios, haz que salga. Sé que las manchas en los vestidos probablemente no son tu mayor prioridad ahora mismo, con todas las guerras y hambrunas y eso, pero si pudieras hacerme este favor, prometo que...

—¿Estás segura de que estás bien ahí arriba?

La voz incorpórea desde abajo ahora suena simplemente irritada, y me molesta irracionalmente que intente apresurarme. ¿No se da cuenta de que estoy tratando de hacer un trato con Dios aquí?

No hay tiempo para eso ahora, así que abandonando el espejo del baño, recojo mi sudadera descartada de *Highland maids* del suelo, donde la dejé, antes de darme cuenta de que absolutamente no puedo volver a bajar con esto puesto. Sería como bajar con un cartel en la frente que dijera: "¡Oye, en realidad solo soy la limpiadora!"

La mancha de Coca-Cola se ha desvanecido un poco, gracias a mis esfuerzos en el baño, pero todavía hay una enorme zona húmeda donde la froté, así que hago lo único que parece posible y rápidamente rebusco en el armario de Scarlett una vez más, esta vez sacando una camisa blanca impecable, que me pongo sobre el vestido. La camisa cubre la mancha y parte de mi escandaloso escote. Mi atuendo sigue siendo totalmente inapropiado para cualquier lugar de Heather Bay, aunque es solo la pura culpa por lo que he hecho hasta ahora lo que me impide volver al armario y buscar algo más adecuado.

Ya he arruinado un vestido; no puedo arriesgarme a destruir otro. Y créeme, lo *haría*.

Esto está mal. No, en serio, esto está muy, muy mal. Frankie confía en mí para limpiar esta casa, y en su lugar, básicamente la estoy robando. He hecho algunas cosas estúpidas en mi vida, pero esto está a la altura de aquella vez que confundí al repartidor de pizzas con un invitado a una fiesta que estaba dando mi amiga e intenté arrastrarlo a la casa conmigo. Así que hablo con cierta autoridad sobre este asunto.

Voy a devolver esta ropa exactamente donde la encontré tan pronto como él se vaya, me digo a mí misma, mientras me ajusto apresuradamente la camisa un poco más alrededor del cuerpo y empiezo a bajar las escaleras que llevan a la sala de estar, medio esperando que esté vacía cuando llegue allí.

Pero no está vacía.

No, Jack Buchanan sigue sentado allí donde lo dejé, con un pequeño ceño de concentración en su rostro mientras teclea algo rápidamente en su teléfono. Incluso está logrando teclear de mal humor. Me pregunto brevemente si también duerme de mal humor, y una imagen aparece en mi

mente de él acostado en la cama, con los brazos cruzados sobre el pecho con aire taciturno y los labios haciendo pucheros, incluso mientras duerme.

Probablemente no sea la mejor idea que esté pensando en cómo se ve Jack Buchanan en la cama, ¿verdad? Me aclaro la garganta culpablemente, y él levanta la mirada y me ve observándolo.

—¿Lista? —pregunta con la voz de un hombre que está a punto de ser arrastrado a la horca contra su voluntad.

¿Por qué este tipo es tan poco amigable? ¿Lo están obligando a ir a esta supuesta "cita" a punta de pistola? ¿O simplemente está muy decepcionado con la persona con la que lo han emparejado?

No debería importarme realmente, por supuesto. No es como si realmente fuera a *salir* con el tipo. Pero esta es la tercera vez que nuestros caminos se cruzan desde que he vuelto a Heather Bay, y la tercera vez que su reacción ha sido menos acogedora que la de Jude Paw cuando se dio cuenta de que había vuelto a casa.

Todos mis instintos me dicen que continúe con El Plan: bajar, poner alguna excusa educada, y luego mostrarle la salida a Jack Buchanan de esta casa y de mi vida.

Pero nunca he sido de las que confían en sus instintos. Por eso, en lugar de mostrarle la puerta, simplemente me echo el pelo sobre el hombro y le dedico lo que espero sea mi sonrisa más encantadora.

—Sip —digo alegremente, mientras desciendo por la escalera, como Rose en Titanic—. ¡Lista cuando tú lo estés!

Capítulo 7

—Hola, Frankie. ¡Estoy en un coche con Jack Buchanan! Te veré mañana en el trabajo — tecleo frenéticamente, y de manera subrepticia, en mi teléfono. Pero lo que sale es más bien un montón de letras y palabras ininteligibles. Aunque estoy segura de que Frankie entenderá lo que quiero decir.

No debería estar contándole esto en absoluto, claro está, dado que inevitablemente llevará a preguntas incómodas sobre dónde lo conocí y cómo demonios acabé aquí. Pero, bueno, supongo que me preocuparé por eso más tarde. Al igual que me preocuparé por cómo decirle al hombre que está a mi lado que en realidad no soy quien él cree que soy, cómo voy a arreglar el vestido que arruiné y, ah sí, cómo voy a enderezar mi patética excusa de vida.

Haré una lista de cosas por las que preocuparme. Será más fácil así.

Mientras deslizo el teléfono de vuelta a mi bolso, lanzo una mirada rápida al asiento del conductor. Estoy incómodamente apretujada en uno de los asientos delanteros del descapotable, con las rodillas cerca de la barbilla. Nuestro no tan amigable multimillonario local (según el Viejo Jimmy y Tam el Conductor del Autobús, en todo caso...), sin embargo, parece perfectamente cómodo mientras conduce hábilmente el pequeño coche por las sinuosas carreteras que serpentean por las colinas hacia el pueblo. Puedo oler su colonia. *Literalmente* huele a dinero.

—Vas demasiado rápido —digo, antes de poder contenerme—. A este ritmo, vas a sacar a alguien de la carretera otra vez.

—Gracias por el consejo —dice secamente—. Ciertamente lo tendré en cuenta.

Vaya. Así que es así, ¿eh?

Conduce en silencio, concentrándose en la carretera, y sin molestarse en hacer charla trivial. Estoy agradecida por eso también, en realidad. Quiero decir, vale, supongo que *es* un poco

grosero que apenas me haya dirigido una frase completa desde que llamó a la puerta de Scarlett, pero aun así, nada de conversación significa que no hay oportunidades ni de hacer el ridículo, *ni* de revelar mi verdadera identidad, así que probablemente sea lo mejor.

—Entonces, ¿vienes por aquí a menudo? —suelto de repente, como para demostrarme a mí misma que estaba equivocada en lo de "sin oportunidad de hacer el ridículo".

—¿Dónde? ¿Esta carretera?

La tenue línea entre sus ojos se profundiza mientras frunce el ceño en mi dirección.

—No, ¡por supuesto que no! Me refería a... donde sea que vayamos. Por cierto, ¿a dónde vamos?

—Hice una reserva en Sartori —dice, nombrando el mejor restaurante de Heather Bay—. ¿Espero que esté bien para ti?

Asiento con la cabeza, decidida a no decir nada más si puedo evitarlo.

—Y para responder a tu pregunta, no, no voy allí a menudo —dice, con los ojos aún en la carretera—. De hecho, casi nunca. No voy a muchos lugares por aquí. Valoro demasiado mi privacidad.

Ya me lo estás diciendo, pienso, pero —por una vez— no lo digo. No es que lo culpe, entiéndeme. Si yo fuera multimillonaria (según el Viejo Jimmy y Tam el... ya sabes el guion, estoy segura), probablemente tampoco estaría pasando el rato en un pequeño pueblo escocés empapado por la lluvia, fuera o no de mi propiedad. Estaría en una playa en las Bahamas. O de compras en Rodeo Drive.

En otras palabras, estaría en cualquier lugar menos aquí. Sin embargo, aquí es donde el destino me ha traído, y cuando Jack se detiene justo enfrente del restaurante, me encuentro abriendo mi boca otra vez.

—Oh, no puedes aparcar aquí —digo con importancia—. No en la calle principal. Estos espacios son solo para los dueños de los negocios.

—Yo soy el dueño de este negocio —responde, como si fuera obvio—. ¿No te lo dijo Finn?

—¿Finn? —Lo miro con expresión vacía, antes de recordar vagamente que Finn es el nombre de la persona que nos organizó esta "cita". Es el primo de Scarlett, aparentemente, y su nombre va a ir a mi lista de Enemigos Mortales tan pronto como llegue a casa.

—Oh, sí, claro —digo casualmente, sacando las piernas del coche bajo y haciendo mi mejor esfuerzo por ponerme de pie con gracia, aunque los zapatos de Scarlett tienen un tacón mucho más alto de lo que estoy acostumbrada—. Es solo que dijiste...

—Dije que no venía aquí a menudo —dice Jack suavemente, sosteniendo la puerta abierta para mí—. No que no tuviera ninguna conexión con el lugar. De todos modos, realmente no la tengo. Es puramente una inversión de negocios. No me ocupo de nada más al respecto.

Lo sigo obedientemente adentro, tirando de mi vestido hacia abajo con timidez mientras camino. Imagina ser dueño de un restaurante y apenas visitarlo. Imagina tener "inversiones de negocios" de las que apenas sabes nada. Imagina pasar tus manos por ese pelo desaliñado como de niño, luego deslizarlas bajo su... no. Mejor *no* imaginemos eso, pensándolo bien. Esto puede ser una "cita", pero no es *mi* cita. Es la cita de Scarlett Scott. Y voy a tener que hacer todo lo posible para no estropeársela completamente.

El pensamiento de Scarlett me revuelve el estómago de nervios. Estaba tan ocupada pensando en Jack Buchanan y su pelo que casi había olvidado que se suponía que yo era Scarlett. Y ahora, mientras sigo a Jack a una mesa en la esquina de la sala, me doy cuenta de que pretender ser Scarlett va a ser un problema, dado que lo estoy haciendo justo en el corazón de mi ciudad natal. Y aunque Jack puede que no venga aquí a menudo, prácticamente todos los demás que conozco *sí lo hacen*; y podrían estar aquí ahora mismo, por lo que sé.

Puedo hacerlo, me digo severamente, tomando el asiento que Jack está sosteniendo cortésmente para mí. *Puedo ser Scarlett Scott durante una hora; o el tiempo que me tome salir de esta. Puedo ser inteligente y elegante, justo como imaginé que ella sería. Puedo ser segura. Puedo ser cualquier cosa menos mi yo habitual. Porque **tengo** que serlo.*

Por extraño que parezca, ese pensamiento me tranquiliza un poco. No soy yo, Emerald Taylor, quien está sentada frente al recién regresado señor de Heather Bay. Es Scarlett Scott; reconocida artista, portadora de vestidos blancos, dueña de un cabello verdaderamente magnífico. *Él* cree que eso es quien soy, después de todo; y si Scarlett Scott es la mujer con quien él cree que está cenando esta noche, entonces Scarlett Scott es quien seré.

Esperemos que no haya nadie que me conozca aquí para reconocerme.

—¡Señor Buchanan!

El trasero de Jack, lujosamente vestido, apenas ha hecho contacto con su asiento, cuando Tony, el camarero, se nos acerca, poniendo en nuestras manos dos menús del tamaño aproximado de la Biblia, para luego retroceder y sonreír con entusiasmo en dirección a Jack, mientras me ignora por completo. Hasta ahora, todo bien.

—Maravilloso verlo, señor Buchanan —dice Tony, con las manos juntas de deleite—. Siempre es un placer. Verá que le reservamos la mejor mesa, como siempre. Volveré enseguida con algo del 39 que mandó traer.

—Excelente —dice Jack, viéndose vagamente complacido por primera vez desde que llegamos—. No puedo esperar para probarlo. Sé que a Scarlett le va a encantar.

Me mira expectante, y de repente se me seca la boca. No tengo ni idea de qué es un "treinta y nueve", pero Scarlett presumiblemente sí lo sabe, así que voy a tener que seguir la corriente.

—Oh, qué maravilla —digo, frotándome las manos y esperando desesperadamente que un "treinta y nueve" no resulte ser algún tipo de acto sexual extraño, que es lo que me suena a mí—. ¡Me encanta un buen sesenta y nueve! *Treinta* y nueve, quiero decir. *Treinta*. Y nueve.

Ay.

¿De verdad dije eso? ¿Y *tenía* que frotarme las manos al mismo tiempo? ¿Crees que una persona puede morir realmente de vergüenza? Porque sospecho que estoy a punto de poner a prueba esa teoría.

—¿Disculpa?

Jack frunce el ceño. Lo hace mucho, he notado. Va a necesitar Botox pronto si no tiene cuidado con eso.

Miro hacia abajo a mi menú, fingiendo que no lo escuché, pero él sigue mirándome fijamente con esos ojos suyos de canción de Taylor Swift, así que me veo obligada a levantar la vista y responderle.

—Um, sí, me encanta —digo con firmeza, deseando que Tony se apresure con las bebidas para tener algo que hacer con mi boca que no sea hablar. Porque, seamos sinceros, hablar no me ha estado funcionando muy bien hasta ahora, ¿verdad?—. Yo... simplemente me encanta un treinta y nueve. Como dijiste que me gustaría.

Los ojos azules de Jack se abren con sorpresa.

—Pero no puedes saberlo hasta que lo hayas probado —dice secamente—. Y no puedes haberlo probado, porque...

—¿Emerald? ¿Eres tú?

Giro agradecida en mi silla, tan aliviada por la interrupción de esta conversación tortuosa que podría abrazar a la persona responsable de ponerle fin.

Entonces me doy cuenta de que es la madre de Frankie, Joan, quien está golpeando con entusiasmo la ventana del restaurante y saludando en mi dirección.

Oh no. Por favor, Dios, no. No dejes que entre aquí y arruine mi tapadera.

—¡Emerald! ¡Pensé que eras tú! Tu madre me dijo que habías vuelto —exclama, ignorando las protestas de Tony mientras entra apresuradamente en el restaurante, sacudiendo enérgicamente la lluvia de su paraguas mientras se acerca.

—Um, hola señora Allison —Me remuevo incómoda en mi asiento, preguntándome si podría salirme con la mía diciéndole a Jack que "Emerald" es solo un extraño saludo local que todos usan por aquí. ¿No? No lo creo.

—¿Cómo estás, Emerald? —está diciendo ahora, con la cara llena de preocupación—. Sé que Francesca dijo que ibas a estar...

—¡Genial! —la interrumpo—. ¡Estoy realmente, realmente genial! Pero, oh vaya, ¿ya es esa hora? ¡El señor Allison se estará preguntando dónde estás!

—Oh, él estará bien, Emerald —responde, sonando como si alguien la hubiera retado a decir mi nombre tan a menudo como fuera posible—. Ya conoces a Jim. ¡Mientras tenga su pinta de cerveza y su fútbol, está feliz como una lombriz!

De la forma en que va esta conversación, me sorprende que no haya dicho "Feliz como Emerald". Siento que debe haber querido hacerlo.

—Bueno, estoy segura de que debe echarse de menos —digo, reclinándome en mi asiento y tratando desesperadamente de actuar como si fuera lo más normal del mundo que yo esté sentada en un restaurante, teniendo una cena romántica con el señor que casualmente es dueño del lugar.

—Supongo que sí, Emerald —dice la madre de Frankie, metiendo su bolso bajo el brazo mientras finalmente capta la indirecta—. Bueno, me voy. Recuerda decirle a tu madre que le mando saludos, Emerald.

—Lo haré, señora Allison —digo, sabiendo que absolutamente no lo haré, o tendré que explicar cómo me topé con ella—. ¡Adiós!

Y con un alegre saludo con la mano y un último "¡Adiós, Emerald!", se va.

Mientras el silencio desciende sobre la mesa, vuelvo a coger mi menú y finjo estudiarlo intensamente.

¿Tal vez no notó que me llamaba "Emerald"? Solo lo dijo, ¿qué, seis veces? ¿Siete, quizás? ¿En el espacio de unos dos minutos?

—¿Emerald? Pensé que tu nombre era Scarlett.

La expresión de Jack es inescrutable, pero esa línea entre sus ojos se ha profundizado. Mi tapadera está a punto de ser descubierta.

—Emerald es mi segundo nombre —digo rápidamente, la mentira saliendo de mi lengua con una facilidad que me sorprende incluso a mí—. Pero es como me llama la mayoría de la gente.

—¿Tu... tu nombre es Scarlett Emerald? —pregunta, con la insinuación de una sonrisa jugando en sus labios—. ¿En serio?

Me sonrojo tan rojo como el nombre que acabo de reclamar. Cuando lo pones así, suena bastante estúpido, ¿verdad?

—Sí —digo con indiferencia, volviendo a coger el menú—. Mis padres, eh... les gustan los colores. Deberías ver su casa. Parece el plató de un programa infantil.

Cruzo los dedos con fuerza, esperando que mamá me perdone esta mentira. La casita está en realidad decorada en elegantes tonos crema y blanco, que mamá describe como "lo último en ese Instagram", y papá como "una tontería", considerando que viven en una colina embarrada en la campiña escocesa.

Por una fracción de segundo, Jack *casi* se ríe. Lo veo coqueteando en los bordes de sus hermosos labios, pero luego desaparece, reemplazado por la expresión cuidadosamente neutral que parece ser la norma para él. Probablemente no sea un buen momento para decirle que el nombre de mamá es Ruby, aunque eso *sí* es verdad.

—Creo que también te llamaré Emerald —dice por fin, su mirada sosteniendo la mía una fracción de segundo más de lo cómodo—. Te queda mucho mejor que Scarlett. Va con tus ojos.

—A mí también me gustan tus ojos —le digo, devolviéndole torpemente un cumplido que en realidad no me hizo—. Son... —Quiero decirle que me recuerdan al azul profundo del mar frente a la costa de Heather Bay cuando se acerca una tormenta, pero eso me parece demasiado, incluso para mí, así que me conformo con un—: Son... muy *azules*. —Empiezo a entender por qué mi carrera como escritora nunca despegó. Y por qué ya no tengo novio.

Me mira por un segundo, con la comisura de la boca temblando antes de volver a asentarse en su habitual ceño fruncido y desconcertado.

—Así que Finn dijo que eras de Londres —dice—. Pero tu acento me suena escocés. ¿O me equivoco?

—¿Finn? Ah, sí, claro. Finn. Mi primo Finn.

Que le den a este Finn, en serio. Su nombre definitivamente va a ir a mi lista. Justo en la cima.

—Eh, he estado en Londres por un tiempo —digo al fin, decidiendo mantenerme lo más cerca posible de la verdad que pueda—. Me mudé allí para la universidad y me quedé. Pero nací en Escocia. No muy lejos de aquí, en realidad.

—Claro —dice, aclarándose el rostro—. Así que estás volviendo a casa, ¿no? Debe ser agradable.

Hay muchas palabras que usaría para describir mi regreso a Heather Bay, pero "agradable" no es una de ellas.

—Oh, sí —respondo con alegría—. Encantador. ¿Y tú? ¿Eres de por aquí?

Sé que no lo es, pero no estoy segura de si Scarlett lo sabe o no, así que decido ser cautelosa con mis preguntas. En cualquier caso, estoy segura de que le hará bien pensar que no tengo la menor idea de quién es. Ni de lo rico e importante que podría ser.

Su acento es lo que Frankie y yo llamamos "escocés pijo". Así que hay un poco de acento de las Highlands por ahí, pero tienes que escuchar muy atentamente para encontrarlo. Los turistas estarían profundamente decepcionados con él. No ha usado ni una sola vez una buena palabra escocesa como "Sassenach". Puede que sea casi indecentemente atractivo, pero definitivamente no es Jamie Fraser, eso es seguro.

—Me crié en Edimburgo, principalmente —dice en un tono de voz que me advierte que no haga más preguntas—. Aunque mi familia es originaria de las Highlands, así que de alguna manera, supongo que también he vuelto a casa. Así que supongo que eso es algo que tenemos en común.

Lo dice como si acabara de descifrar la pista final en el concurso del pub. Es como si esperara una medalla por haber logrado encontrar algo en común con la mujer torpe con la que se ha visto obligado a tener una cita a ciegas.

Se me erizan los pelos de la nuca.

Jack Buchanan y yo podríamos haber vuelto recientemente a Heather Bay, pero eso es lo único que tenemos en común.

—¿Y te gusta? —pregunto, jugueteando con los cubiertos—. Heather Bay, quiero decir.

—¿Gustarme? —Jack levanta la vista de su menú, sus ojos azules sorprendidos—. Me encanta —dice, como si fuera obvio—. Me encanta la soledad que tiene. La belleza salvaje. No crecí aquí, pero de alguna manera se siente como mi hogar.

¿Ves? Te dije que no teníamos nada en común.

—Bueno, ¿pedimos?

Esta vez, su tono es el de un hombre que ha completado toda la charla trivial en la que está dispuesto a participar. La ha tachado de su lista de tareas pendientes, como una tarea que debe completarse. Yo soy una tarea que debe completarse. O Scarlett lo es. Lo que hace que mi presencia aquí sea aún más incomprensible, en realidad.

—Entonces, ¿por qué aceptaste esto? —no puedo resistirme a preguntarle una vez que Tony ha tomado nuestros pedidos—. Esta cena, quiero decir.

Esta *cita*, quiero decir. No iba a preguntárselo, pero tengo que saberlo. ¿Por qué *necesitaría* un empresario asquerosamente rico, con el tipo de apariencia de estrella de cine que tiene Jack Buchanan, que le organicen una cita a ciegas? Y por qué yo, para el caso. Scarlett, más bien.

¿Por qué Scarlett?

Jack se reclina en su asiento y me mira seriamente.

—Fue idea de Finn —dice, encogiéndose ligeramente de hombros—. Ya sabes cómo es Finn cuando se le mete una idea en la cabeza.

Asiento, poniendo los ojos en blanco ligeramente. —Ese Finn —digo con aire de entendida—. Cómo es, ¿eh?

(¿Cómo es, sin embargo? Porque no tengo ni idea, lo cual es desafortunado dado que se supone que es mi... ¿primo, era? ¿Tío? Dios, esto es horrible. Nota mental: averiguar cómo es Finn. Quienquiera que sea.)

—Eh, ¿y cómo conoces a Finn? —me atrevo a preguntar, esperando desesperadamente que no esté a punto de sacar al tipo de la parte de atrás del restaurante de alguna manera—. No creo que lo haya mencionado.

—Ah, estudiamos juntos en la universidad de Edimburgo —responde Jack, con un tono aburrido—. Empezamos a hablar porque sabía que él también era de Heather Bay y quería saber cómo era. Aunque hacía años que no lo veía. Su mensaje fue un poco inesperado, en realidad. Solo acepté porque...

Me inclino hacia adelante con interés, pero antes de que pueda descubrir lo que está a punto de decir, Tony regresa con dos copas y una botella que sospechosamente parece whisky.

Por favor, que no sea whisky.

Es whisky.

Por supuesto *que lo es*.

—El 39 —dice Tony, presentándoselo a Jack como si le estuviera entregando un Óscar—. Disfrútalo.

Desaparece de nuevo, dejando a Jack para que nos sirva a cada uno una generosa porción del líquido ambarino.

—Estaba deseando esto —dice, levantando su copa para ver la luz a través de ella, y mirándola de una manera que desearía que alguien me mirara a mí. Él, idealmente—. Espero que tú también. Salud.

Levanto la mirada, preguntándome qué quiso decir con eso último. Pero ¿por qué yo —Scarlett— estaría deseando beber whisky? ¿Por qué *alguien* lo desearía?

Sin embargo, no hay otra opción. Jack está esperando mi respuesta, así que sonrío resignadamente mientras levanto mi copa y la choco con la suya.

¿Quizás este whisky sea un whisky agradable? ¿Quizás este sea el momento en que finalmente descubra qué es lo que la gente ve en esta horrible bebida?

O quizás simplemente me queme la garganta, como siempre lo hace, dejándome con los ojos como platos y jadeando en medio del restaurante.

(Pista: es la segunda opción. *Siempre* es la segunda opción).

Jack me mira fijamente, luciendo sorprendido y no particularmente complacido.

—¿Estás bien? —pregunta finalmente—. Quizás deberías tomar un trago.

Solo cuando levanto el vaso a mis labios por segunda vez me doy cuenta de que se refería al agua, no al whisky. Incluso está alcanzando la jarra que Tony dejó cuando nos trajo los menús. Pero ya es tarde para eso, porque a estas alturas ya me he lanzado con otro trago de whisky; uno aún más grande esta vez.

Y es entonces cuando empiezo a ahogarme.

A ahogarme *de verdad*, quiero decir: el whisky está llenando completamente mi vía respiratoria, hasta el punto de que no puedo respirar.

Levantándome instintivamente, con los ojos desorbitados por el pánico mientras pequeños puntos negros comienzan a nublar mi visión, hago lo único que se me ocurre, que es inclinarme hacia adelante y toser, presionando mis manos contra mi estómago en una especie de maniobra de Heimlich.

Afortunadamente, funciona. Con un sonido parecido al de un inodoro descargando, el líquido atrapado sale por el mismo camino por el que entró. "¡Va a explotar!", pienso estúpidamente, sintiendo como si estuviera teniendo una extraña experiencia extracorporal mientras veo una fuente de líquido dorado salir de mi cuerpo como si estuviera siendo exorcizado, salpicando en todas direcciones al caer...

...directamente sobre Jack Buchanan.

Capítulo 8

Bueno, eso fue un desastre total y absoluto.

Me despierto a la mañana siguiente con la voz de Ben en mi cabeza, enumerando todas las cosas que hice mal ayer, empezando por el lápiz labial y terminando con ese momento en el restaurante donde yo... no, es inútil: ni siquiera puedo pensar en ello sin hacer un gesto de vergüenza tan intenso que prácticamente es un entrenamiento.

Si hubieras dicho la verdad desde el principio, no estarías en esta situación.

—¡Maldito Ben! —murmuro, buscando a tientas mi teléfono—. Quizás si *tú* me hubieras dicho la verdad desde el principio, nada de esto habría pasado. No te paraste a pensar en *eso*, ¿verdad?

Para silenciar la voz de Ben, abro una nota y hago una lista:

Lista maestra de Emerald de cosas de las que preocuparse:

Hacerse pasar por otra mujer. ¿Totalmente ilegal, o solo *un poco* ilegal, dependiendo de hasta dónde llegue?

Posibilidad de que me descubran por lo anterior: ¿cárcel, o solo ser completamente rechazada por todos los que conozco para siempre?

Tomar prestada la ropa de otra persona sin permiso.

Derramar Coca-Cola Light sobre una prenda (muy cara).

Ser vista por la madre de Frankie.

Hacer el ridículo total frente a Jack Buchanan y todos los demás en el restaurante más concurrido de Heather Bay.

Cubrir completamente su traje —su traje realmente, realmente caro— con whisky regurgitado.

¿Cómo pagar mi tarjeta de crédito antes de que vengan los agentes judiciales a por mí?

¿Qué voy a hacer con el resto de mi vida?

¿Y si hay un apocalipsis zombi?

¿Por qué sigo pensando en Jack Buchanan como si realmente me *gustara*?

Con la excepción del número 10, del que me he preocupado desde que tengo memoria, todas estas preocupaciones son bastante urgentes, así que, una vez que termino con mi lista, vuelvo a abrir la aplicación de Notas en mi teléfono y comienzo otra.

HACER: URGENTE

Terminar de limpiar la casa de Scarlett.

Ir a trabajar y enfrentar a Frankie.

Inventar una razón convincente para haber salido con Jack Buchanan anoche. Una que no implique hacerme pasar por una de las clientes de Frankie. ¿Me lo encontré en la calle y me invitó a cenar? ¿No era él, sino solo otro hombre increíblemente rico e implausiblemente guapo?

¿QUÉ?

Averiguar cómo sacar el whisky de un traje.

Buscar en Google el costo de un traje Armani.

Encontrar un nuevo trabajo.

Mudarme a París.

Dejar de pensar en Jack Buchanan.

No, en serio, Emerald, simplemente PARA.

Lo digo en serio.

Dejo el teléfono con un suspiro y me levanto del sofá, que es donde dormí anoche.

Ah, sí: estoy de vuelta en casa de Scarlett. Probablemente debería haber añadido eso a mi lista de cosas de las que preocuparme, ¿no? ¿O tal vez debería empezar una nueva llamada Cosas de las que sentirme culpable? ¿Una lista de Listas que necesito hacer? Suena como un plan.

Me quedé en casa de Scarlett, aunque no porque *quisiera*, sino simplemente porque es donde Jack me dejó después de nuestra desastrosa "cita" de anoche, y era demasiado tarde para llamar a mi padre y pedirle que viniera a buscarme, como una adolescente que ha estado en casa de una amiga.

Sin embargo, al menos sé que nunca volveré a ver a Jack Buchanan. Lo cual obviamente no me ayuda a averiguar cómo voy a reemplazar el traje que arruiné, pero *sí* significa que no tendré que seguir con la ridícula farsa de ser Scarlett Scott. Lo cual no estaba haciendo precisamente bien, ¿verdad?

No hace falta decir que nuestra "cita" llegó a un fin abrupto después de que cubriera completamente a Jack con el contenido de mi vaso de whisky, a través de mi boca. No habló en absoluto en el camino de vuelta, y yo no me atreví. La tensa posición de sus hombros y su

mandíbula me habían dicho todo lo que necesitaba saber sobre su estado de ánimo, y me alegré de finalmente bajar del coche tambaleándome en el camino de entrada de Scarlett, que, por supuesto, era donde me había traído de vuelta.

—Por favor, envíame la factura de la tintorería, o... —chillé, mi voz apagándose mientras finalmente me miraba, su expresión tan impasible como siempre.

—Está bien —dijo secamente—. Por favor, no lo menciones.

Luego se inclinó y cerró la puerta de golpe detrás de mí, antes de alejarse rugiendo en la noche. Fantástico.

Entré en la casa y rápidamente me cambié a mi propia ropa antes de quedarme dormida en el sofá. Justo me estoy felicitando por el raro momento de buen juicio que me hizo elegir el sofá en lugar de la cama —lo cual realmente habría sido pasarse de la raya, francamente— cuando el sonido del timbre hace que mi cabeza palpite en protesta.

Mierda.

Me agacho detrás del sofá, con la mente dando vueltas. No puede ser Scarlett, me digo a mí misma, con el corazón latiendo en mi pecho; ella simplemente entraría. Pero *podría*

ser Frankie, viniendo a revisar la limpieza que se suponía que debía hacer ayer por la tarde, o el molesto primo de Scarlett, Finn, quien, por lo poco que sé de él, parece demasiado interesado en la vida de los demás, o -

—Emerald, ¿estás ahí?

Es Jack Buchanan.

Obviamente.

Bueno, nada más me ha salido bien desde que volví a Heather Bay, así que ¿por qué esto debería ser diferente?

—Emerald, sé que estás ahí. Puedo verte a través de la puerta —grita, con voz impaciente.

Atrapada.

No hay nada que hacer, así que arrastro mi reacio ser hacia la puerta y la abro lo suficiente para asomarme.

—Hola.

Jack lleva un traje diferente —pero igual de impecable— al que tenía anoche y está recién afeitado y guapísimo a pesar de lo temprano que es. Frunzo el ceño, odiándolo por ser tan perfecto. Supongo que ese es su rasgo tóxico. Bueno, eso y su personalidad, obviamente.

—Hola —croó con mi voz mañanera—. Si estás aquí por el traje, lo siento muchísimo. Solo dime cuánto costó y te transferiré el dinero tan pronto como lo tenga. Puede que me lleve unos-

—No estoy aquí por el traje. No me importa el traje.

Lo miro sorprendida.

—Debe importarte —susurro, esperando que mi voz suene ronca en lugar de carrasposa—. ¿Qué era, Armani?

—Prada, en realidad. —Parece molesto—. Pero está bien. Tengo montones de trajes.

—Supongo que sí, siendo multimillonario y todo eso.

No puedo creer que acabo de decir eso, pero él solo sonríe ligeramente —o frunce el ceño un poco *menos*, más bien.

—No soy multimillonario —dice—. Bueno, tal vez en papel-

No puedo decir si está bromeando o no, así que simplemente archivo esta información y me encojo de hombros. Es más seguro si simplemente no hablo alrededor de este hombre. O de cualquier otra persona, en realidad.

—Quería asegurarme de que estuvieras bien —dice, cuando no le respondo—. Parecías bastante alterada cuando dejamos el restaurante.

—Bueno, sí. —Abro la puerta un poco más, revelando mi ropa arrugada de dormir y mi pelo sin peinar—. ¿Tú no lo estarías? Me sentí tan estúpida.

Aunque Jack Buchanan probablemente nunca se ha sentido estúpido en su vida. Es el tipo de persona que pasa por la vida haciendo todo bien y nunca sabiendo lo que se siente al estar fuera de lugar o avergonzado. Lleva trajes Prada y es multimillonario-pero-solo-en-papel. Es exactamente lo opuesto a mí en todos los sentidos posibles, y solo quiero que me deje en paz ahora, para poder ir a ser torpe por mi cuenta, como siempre lo he sido.

—Quizás —dice, con expresión pensativa—. Realmente no lo he pensado. De todos modos, puedo ver que te he pillado en mal momento —mira de nuevo mi atuendo con ironía—, así que no me quedará. Solo quería darte esto.

Me entrega un sobre blanco y rígido —la factura de su tintorería, supongo— y luego se gira y camina de vuelta a su coche, que es diferente del de anoche, noto. ¿Cuántos coches tiene, de todos modos?

Tan pronto como se va, corro al baño y me miro en el espejo. Mi pelo parece un pajar, mi rímel se ha acumulado bajo mis ojos y los restos del lápiz labial de Scarlett están manchados en una mejilla. Nunca me he visto más sexy. Sin embargo, hay una gracia salvadora, y es el pequeño pero significativo hecho de que, cuando me puse mi propia ropa anoche, no me di cuenta de que tenía mi sudadera de *Highland Maids* al revés, con el logo oculto a la vista.

Al menos eso es una cosa menos de la que preocuparse. Ahora solo tengo que pasar por todas las otras cosas de mi lista.

* * *

Frankie no me tiene programada para empezar a trabajar hasta el mediodía hoy, así que tan pronto como llego a casa desde lo de Scarlett —gracias a que papá me llevó, quien se niega a dejarme sentar en el asiento delantero ya que Jude Paw ya ha pedido el asiento del copiloto— abro mi portátil, me desplomo en la cama individual y paso la siguiente hora leyendo todo lo que puedo encontrar sobre Jack Buchanan, ignorando los mensajes de WhatsApp que siguen llegando de Frankie.

Ella había escrito: "¿Estás borracha?" En respuesta a mi ininteligible mensaje de texto. Y, luego, más temprano esta mañana: "Recuerda, se supone que debes empezar a trabajar a las 12:00, así que si tienes resaca, solo bebe mucho café antes de venir".

Nada sobre su madre viéndome con Jack en Santori, afortunadamente, así que debe no haber hablado con ella todavía; una pequeña misericordia más. El café que papá trae a mi habitación unos minutos después es otra, así que me siento allí bebiéndolo y hago otra lista:

Cosas que sé sobre Jack Buchanan:

Tiene 35 años. (Fuente: Wikipedia).

Estaba diciendo la verdad cuando dijo que no era multimillonario. Según CelebrityNetWorth.com, es solo un millonario común y corriente. Así que, básicamente un pobre. Solo un tipo común y corriente que casualmente tiene un helipuerto en su jardín.

Tiene un helipuerto en su jardín. (Fuente: La amiga de mamá, Shona, que estaba en la cocina cuando regresé esta mañana y que sabe todo sobre... bueno, *todo*, realmente).

Aunque parte de su fortuna fue heredada, él mismo hizo una gran parte lanzando una startup tecnológica que parece desarrollar aplicaciones de algún tipo, aunque pasé por alto esa parte. Hizo el resto, mientras tanto, invirtiendo en otros negocios, principalmente los involucrados en tratar de revertir el cambio climático. (Fuente: Lista de Tatler de los Solteros Más Codiciados de Gran Bretaña, 2019) Así que es básicamente un lord con conciencia. Lo que va a hacer que sea mucho más difícil para mí odiarlo.

Además de su finca en Heather Bay, se cree que también posee apartamentos en Londres y Nueva York, además de una casa en el sur de Francia, que voy a fingir que es un castillo, y donde sus padres viven la mayor parte del tiempo. (Fuente: El mismo artículo de Tatler).

Tiene una hermana menor llamada Rose, que tiene debilidad por las estrellas del pop y una vez se rumoreó que salía con el Príncipe Harry, aparentemente. (Fuente: Columna de chismes del

Daily Mail). La acecharé más tarde.

Tiene una profunda aversión por las pelirrojas escocesas incómodas con la costumbre de derramar o escupir sus bebidas. (Fuente: Emerald Taylor, Anoche).

Eh, eso es prácticamente todo, en realidad.

Eso es todo, también. No hay mención de una novia. Ni siquiera rumores de un romance o fotos borrosas de él saliendo de una discoteca con una estrella de reality TV. Aparte de los hechos escuetos que acabo de enumerar, Jack Buchanan es un verdadero hombre de misterio. Así fue como Tatler lo describió, de hecho: "Jack Buchanan: Gigante tecnológico, terrateniente escocés y hombre de misterio". Su escritor logra hacer que su elusividad suene enigmática y sexy, pero, en lo que a mí respecta, es simplemente muy sospechoso. ¿Qué clase de persona no tiene Instagram? ¿O ni siquiera un antiguo perfil de Facebook? ¿Cómo se supone que voy a acecharlo sin redes sociales?

Aunque, no debería estar acechándolo en absoluto, ¿verdad? Los números 8 al 10 de mi lista de tareas implican no pensar en él, y ya soy una impostora inmunda: no puedo añadir "acosadora" a mi lista de crímenes; eso sería demasiado, incluso para mí.

Dejaré de pensar en Jack Buchanan. Ahora mismo. En este preciso instante.

Porque, seamos sinceros: él definitivamente no estará pensando en *mí*, ¿verdad?

* * *

Solo cuando estoy arrastrando a Bessie afuera para esperar a que Frankie nos recoja, recuerdo el sobre que Jack me dio durante nuestra incómoda interacción en la puerta esta mañana.

Maldición.

Va a ser la factura de su tintorería. Tiene que serlo. Sé que dijo que no le importaba el traje, pero ¿qué otra cosa habría sentido la necesidad de presentarme por escrito? A menos que sea una orden de alejamiento, obviamente. Un documento legal que me prohíba acercarme a menos de 10 metros del Sr. Buchanan; o -

Una invitación.

A una fiesta.

Bueno, un baile, para ser exactos. Un baile de máscaras. En la Noche de San Juan. En su mansión.

Estoy de pie fuera de la casa, mirando fijamente la gruesa tarjeta color crema en mis manos. Jack Buchanan me ha invitado a un baile en su casa, la que tiene el helipuerto y la sauna, y la piscina cubierta, y... bueno, me inventé lo de la piscina, pero parece el tipo de cosa que tendría, ¿no?

La lluvia comienza a caer mientras estoy ahí parada en el camino de entrada de mamá y papá, mi corazón acelerado mientras me imagino llegando, como Cenicienta, con un hermoso vestido de noche (¿Dónde conseguiré un hermoso vestido de noche?), mis ojos ocultos tras una máscara enjoyada (¿Y una máscara enjoyada?), y mi exuberante melena roja (¿Extensiones, tal vez?) ondeando detrás de mí. —¿Quién es esta hermosa, pero misteriosa desconocida? —oigo susurrar a las voces mientras paso frente a ellos, hacia Jack, quien se gira cuando me acerco y extiende su mano.

—Scarlett —me sonrío, tomando mi mano entre las suyas—. Mi hermosa Scarlett...

Y entonces, de repente, vuelvo a la realidad de golpe. Porque, el hecho es que no me ha invitado a *mí* a su baile en absoluto, ¿verdad? No, la ha invitado a *ella*: Scarlett Scott. Lo dice justo aquí en negro... bueno, dorado y blanco. "El Sr. Jack Buchanan solicita la compañía de la Srta. Scarlett Scott en un baile de máscaras..."

No me molesto en leer más, porque no importa. Es para Scarlett, no para mí. Scarlett, con su casa perfecta y su ropa perfecta, y lo que imagino que es su piel y cabello perfectos. Scarlett, con toda su vida perfecta que podría haber sido mía, si tan solo hubiera logrado de alguna manera dejar de estropear las cosas todo el tiempo.

Pero los hombres no invitan a mujeres como yo a sus fiestas. No nos invitan a ninguna parte, en realidad. Y Jack Buchanan no me ha invitado a *mí* esta vez tampoco. Ha invitado a Scarlett, y Scarlett será quien podrá ir.

—Bueno, de todos modos no quería ir a tu estúpido baile de máscaras, Jack Buchanan —le digo a mi reflejo en la ventana frontal de la casa—. No habría ido aunque me *hubieras* invitado.

Si tan solo realmente lo creyera.

Capítulo 9

—¡Dios mío, Emerald, no puedo creerlo! ¡Jack Buchanan! ¡EL Jack Buchanan!

Frankie acaba de estacionar frente a la casa, y ni siquiera se molesta en salir de la furgoneta antes de empezar a gritar desde el asiento del conductor.

Mierda.

Me tomo mi tiempo para cargar a Bessie y al resto de su equipo de limpieza en la parte trasera de la furgoneta, tratando de evitar mirar a Frankie a los ojos mientras mi mente da vueltas.

Ella sabe sobre Jack y yo. Su madre debe habérselo contado. Y no tengo absolutamente ninguna explicación razonable que pueda darle.

—Mira, Frankie —digo, finalmente reuniendo el coraje para darme la vuelta y enfrentarla—, sé que parece malo, pero...

—¡Oh, no es malo; es increíble! —dice Frankie, casi bailando al salir de la furgoneta para ayudarme a cerrar las puertas—. ¡Quiero decir, no podía creerlo cuando recibí la llamada! ¡Al principio pensé que debía estar bromeando!

—Lo sé —respondo con tristeza—. Debería habértelo dicho, es solo que todo sucedió tan rápido, y...

—¿Decirme? —Parece desconcertada, pero no enojada. Lo cual es bienvenido, aunque *un poco* confuso—. ¿Por qué *tú* me lo habrías dicho? ¿Conoces a Elaine?

—¿Elaine?

El nombre me suena familiar de alguna manera, pero no puedo ubicarlo, hasta que...

—Sí, Elaine, ¿la asistente de Jack Buchanan?

Bingo.

Mierda. ¿Cómo lo sabe *ella*? ¿Jack dijo algo que le hizo darse cuenta de que yo no era Scarlett? Pero ¿qué? Y ¿cómo?

—Frankie, puedo explicarlo —empiezo, pero Frankie ni siquiera finge escuchar mientras vuelve a subir a la furgoneta y gira la llave en el encendido.

—Como te digo, no podía creerlo cuando me dijo quién era —continúa mientras me uno a ella—. ¡Y luego cuando dijo que quería contratarme para limpiar en la fiesta, bueno! ¡Menos mal que ya estaba sentada, digámoslo así!

—Espera, ¿qué? ¿La fiesta? Frankie, ¿de qué estás hablando?

—¡Emerald! —Me mira exasperada mientras sale del camino de entrada—. ¿No has estado escuchando ni una palabra de lo que he estado diciendo? ¿Elaine? ¿La secretaria de Jack Buchanan? ¿Me llamó esta mañana?

—Sí, entendí esa parte —digo con impaciencia—, pero ¿qué es eso de una fiesta?

Frankie pone los ojos en blanco, pero puedo decir que está ansiosa por contarme por la forma en que sus mejillas se han vuelto rojo tomate, como siempre lo hacen cuando está emocionada.

—Bueno, Jack Buchanan está organizando este baile de máscaras —comienza.

—Sí, en la Noche de San Juan, lo sé.

—Va a ser enorme. Masivo. Todo el que es alguien estará allí, aparentemente. *Todos*.

Supongo que esta última parte la obtuvo de Shona o alguien así, en lugar de Elaine; no suena como algo que diría una asistente profesional, de alguna manera, pero es muy propio de Shona. Teléfono, telegrama, cuéntale a Shona McLaren.

—Así que necesitan limpiar la casa para eso, obviamente —continúa Frankie—. Pero, la cosa es que es demasiado grande para que el ama de llaves la maneje sola. De hecho, entre tú y yo y Elaine, parece que no ha estado haciendo mucho, realmente. Solo limpiando el polvo de las habitaciones que más se usan, que son apenas unas pocas, ya que él es el único que vive allí.

Por supuesto, Jack Buchanan *tendría* un ama de llaves a tiempo completo. *Por supuesto* que la tendría. Bueno, no es como si él hubiera estado limpiando esa casa gigantesca por su cuenta, ¿verdad? Una imagen repentina de Jack Buchanan con un delantal con volantes atado sobre su impecable traje y un plumero en la mano me hace sonreír de repente, pero una mirada rápida de Frankie me devuelve a la realidad.

—De todos modos, parece que el ama de llaves se reportó enferma tan pronto como se enteró de esta fiesta para la que tendría que prepararse —dice—. Y van a necesitar usar toda la casa para ello, porque habrá gente quedándose por unos días antes y después. Creo que quiere ofrecerles toda la experiencia de 'señor de las Tierras Altas', ¿sabes? ¿Fiesta en la casa completa con caza, tiro, pesca y todo eso?

—¿Así que es un poco como cuando el Sr. Rochester tuvo la fiesta en la casa en Jane Eyre? — interrumpo ansiosamente, interesada a pesar de mí misma. Y, está bien, debo admitir que estoy un poco decepcionada al saber que Jack es aparentemente del tipo de caza-tiro-pesca, no parece su tipo de cosa de alguna manera, pero ese es un problema para la Emerald del Futuro. Haré una nueva lista tan pronto como llegue a casa.

—Um, sí, supongo —Frankie me da una mirada extraña, luego vuelve sus ojos a la carretera.

—De todos modos, ahí es donde entramos nosotras —me dice—. Nos van a necesitar unos días a la semana en la preparación de la fiesta, y de nuevo por unos días después, para limpiar. ¿Puedes creerlo, Emerald?

Levanta la mirada, sus ojos brillantes. —Esta es una gran oportunidad. Será difícil manejarlo porque ya estamos bastante ocupadas, pero no podía rechazarlo. Podría ser el punto de inflexión para mi negocio. ¡Imagina cuando se corra la voz de que somos la empresa de limpieza utilizada por Jack Buchanan! Todos querrán contratarnos. En fin...

Ha vuelto al modo empresaria. —Voy a necesitar toda la ayuda posible para esto. Estoy tan contenta de que estés aquí, Emerald. Va a ser de gran ayuda. No sé qué habría hecho sin ti.

Le devuelvo la sonrisa lo mejor que puedo, aunque todo mi cuerpo está repentinamente rígido de horror.

¿Qué era eso que me estaba diciendo a mí misma sobre cómo iba a olvidarme de Jack Buchanan? ¿Cómo, exactamente, se supone que voy a hacer eso cuando él sigue arrojándose directamente en mi camino, me pregunto?

* * *

Problemas para que la Emerald del Futuro se preocupe:

¿Cómo evitar limpiar la casa de Jack Buchanan con Frankie? ¿Fingir estar enferma? ¿Simular mi propia muerte? ¿Desarrollar una misteriosa alergia a los millonarios? ¿Qué?

¿Cómo asegurarme de que no me reconozca si no puedo evitarlo?

¿Dónde comprar un vestido de gala en las Highlands?

¿Cómo pagar un vestido de gala?

¿Y si al nuevo lord realmente le *gusta* matar animales por deporte?

Después de unos segundos de reflexión, tacho también el número 5. El hecho es que, si a Jack realmente le *gustan* los deportes de sangre, tanto mejor. No para el reino animal, obviamente —apestaba ser ellos en este escenario—, sino para mí, Emerald Taylor, que tendré dificultades para sentirme atraída por alguien que puede o no haber matado a la madre de Bambi. Y, a pesar de todo, todavía me preocupa que enamorarme de él pueda ser una posibilidad aquí.

Pero no. No puede ser. No solo porque le mentí sobre quién soy, sino porque el tipo es un completo imbécil, ¿recuerdas?

Al menos, eso es lo que me estoy diciendo a mí misma.

Por ahora, sin embargo, tengo un problema en el que pensar para la Emerald actual. Uno bastante urgente, de hecho, porque todavía estamos en la furgoneta, de camino a mi próximo trabajo, y Frankie acaba de decirme de quién es la casa que limpiaré a continuación.

—Es Lexie —dice, sin mirarme de una manera que se siente deliberada—. Lexie Steele. La recuerdas del instituto, ¿verdad?

Oh, sí. Sí que la recuerdo. Recuerdo a Lexie, por supuesto.

Lexie Steele: la chica más popular del instituto. La chica que todas las demás querían ser. La chica que yo quería ser. Y, bueno, no estoy diciendo que Lexie fuera una *zorra*, exactamente. Es solo que...

—Pero Lexie es una zorra total —le digo a Frankie, antes de poder contenerme—. Por favor, dime que estás bromeando. Por favor, dime que solo me llevas a limpiar la casa de Voldemort. O la de Drácula, tal vez. Cualquier cosa menos la de Lexie Steele.

—Oh, no es tan mala, Emerald —dice Frankie con cuidado. Frankie siempre vio lo mejor en todos. Incluso en mí—. Ha cambiado desde el instituto. Todavía estás molesta porque no te dejó entrar en su grupo.

—No, no lo estoy —digo, aunque esto es absolutamente cierto—. Ni siquiera *quería* estar en su grupo. No sé a qué te refieres.

—Emerald, intentaste teñirte el pelo de rubio —señala Frankie—. Se te puso naranja brillante, ¿recuerdas?

Asiento a regañadientes. El pelo rojo *no* se lleva bien con la decoloración, déjame decirte. Pero Lexie Steele tenía las ondas rubias miel más hermosas, para complementar sus ojos azules, así que yo también quería ondas rubias miel. Lexie incluso tenía un toque de bronceado, y, hasta el día de hoy, no tengo idea de cómo lo logró viviendo en las Highlands. Mi propia piel es tan pálida que se quema si me paro bajo una luz eléctrica por mucho tiempo. Lexie, por otro lado, podría haber interpretado a la animadora en una película estadounidense para televisión. Era toda rubia y radiante, y yo, con mi pelo rojo y mis pecas, y mi manera de tropezar con mis propios pies sin previo aviso, la adoraba absolutamente.

Desde lejos, eso sí. La adoraba desde lejos, porque, como dije, Lexie era una zorra. No de una manera grande y dramática; esto no es *Carrie*, después de todo. Sino de esa manera sutil e

increíblemente dolorosa que algunas personas tienen de hacerte saber que no eres bienvenida, sin decir una palabra.

No era bienvenida en el mundo de Lexie cuando era adolescente, y definitivamente no lo seré ahora. Lo sé tan seguramente como sé que Jack Buchanan nunca me llamará de nuevo, y que Jude Paw probablemente solo está esperando el momento para hacer caca en mi otro zapato. Porque no encajo. Ni en Londres, ni aquí en las Highlands, y definitivamente no en la casa frente a la que acabamos de estacionar.

Y ninguna cantidad de vestidos prestados o identidades robadas va a cambiar eso.

Capítulo 10

La casa de Lexie es rosa; lo cual tiene sentido, realmente. De niña, Lexie era una de esas chicas obsesionadas con el rosa cuya madre le gustaba vestir como una Barbie de carne y hueso, y, como adulta, obviamente ha mantenido la temática de color.

Su casa es una de las casas de piedra pintadas en colores pastel que bordean el paseo marítimo de Heather Bay, aunque la de Lexie está un poco apartada del resto, casi como si le avergonzara que la vieran con ellas. Está en un pequeño promontorio, con un jardín que se extiende hasta el mar, y estoy casi segura de que incluso puedo ver algunas rosas en el jardín. Rosas, naturalmente.

—Puede que no esté en casa —dice Frankie con duda, mientras me ayuda a sacar a Bessie de la furgoneta—. A menudo está trabajando a esta hora del día.

—¿O podría estar muerta? —sugiero, en un intento de optimismo que resulta ser tan infundado como suele serlo para mí, cuando empujo a regañadientes la puerta principal pulida de la casa para revelar a Lexie Steele, en carne y hueso.

Y vaya cantidad de carne que es, además.

Lexie está tumbada en una esterilla de yoga (no necesito decirte de qué color es, ¿verdad?) frente a la ventana panorámica de su soleada sala de estar, vistiendo unas mallas ajustadas color crema que complementan su brillo dorado (¿De bote, seguramente?) y muestran su firme abdomen. Su sujetador a juego está estirado al máximo, y tengo solo unos segundos para pensar en cuánto tiempo me llevaría derramar algo sobre esa tela pálida cuando ella se sienta y me mira fijamente a los ojos.

Tal vez no me reconozca. Ha pasado más de una década, después de todo.

—¿Emerald? —dice Lexie, entrecerrando los ojos mientras observa mi uniforme de limpieza—. ¿Emerald Taylor? ¿Eres tú de verdad?

Lexie no parece llevar maquillaje, pero no hay un poro visible en su piel. Mientras se levanta y se dirige hacia mí, su cabello rubio cae obedientemente en su lugar, como una cortina dorada y brillante que cae al final de un espectáculo. Es el tipo de mujer que puede hacer que Primark parezca Prada, mientras que yo solo puedo hacer ese truco al revés. Ella es la personificación andante de la palabra *glamurosa*.

Yo, por el contrario, siempre tengo un aspecto *inacabado*, de alguna manera. Soy la personificación andante de la palabra *desaliñada*. No importa cuánto tiempo dedique a mi cabello y maquillaje, para cuando salgo de casa, parece que no me he molestado. Mi cabello se enreda con la más mínima brisa. Mi lápiz labial siempre termina en mis dientes. Me siento cada vez más sucia solo por estar al lado de Lexie, con su inmaculada ropa de entrenamiento color crema que en mí se arruinaría en dos minutos.

—¿Emerald? —dice de nuevo, dando un paso más cerca—. ¿Eres tú?

Por un segundo, pienso en negarlo. Le dije a Jack Buchanan que era Scarlett Scott y me salí con la mía, después de todo. ¿Tal vez podría decirle lo mismo a Lexie? Como Scarlett, podría ser diferente. Podría moverme sin miedo por el mundo, sin preocuparme de que todos los que me conocieran estuvieran pensando en La Cosa. Ser Scarlett podría ser lo que me salve.

O podría simplemente decir la verdad y ser la aburrida Emerald de siempre.

—Um, sí —digo, sonando aún más estúpida de lo que me siento—. Soy yo. Hola. —Luego hago un extraño saludo con la mano, lo que me hace querer cortarme la mano.

—¡Oh, vaya, pensé que eras tú! ¿Cómo estás?

Para mi total sorpresa, Lexie me rodea con sus brazos, envolviéndome en una espesa nube de perfume mientras me abraza como si realmente me *apreciara*.

Vale, esto es raro. ¿Por qué Lexie Steele está siendo amable conmigo?

Es una pregunta justa. Si no fuera por La Cosa, estoy bastante segura de que Lexie ni siquiera me recordaría. Y sin embargo, aquí está, actuando como si fuéramos mejores amigas. Lo que es aún más extraño, sin embargo, es que sigue haciéndolo todo el tiempo que estoy conectando a Bessie y desempacando la deslumbrante variedad de productos de limpieza que Frankie me ha proporcionado, todos en su propio pequeño estuche de transporte.

Lexie sigue hablando mientras trabajo, siguiéndome por la casa (que, me complace notar, no es tan bonita por dentro como por fuera. De hecho, tiene un poco de aire de "viejita", lo que me hace preguntarme si la heredó de su abuela o algo así), todavía charlando sobre sí misma. En unos veinte minutos más o menos, estoy en posesión del conjunto completo de hechos relacionados con Lexie Steele y su vida desde la última vez que la vi, incluyendo:

Su mudanza a Edimburgo, para la universidad.

Su regreso a las Highlands, para hacerse cargo del negocio familiar, que tiene algo que ver con el whisky, por lo que puedo entender. *Todo* en Heather Bay tiene algo que ver con el whisky, sin embargo, así que me desconecto un poco en esta parte.

Su serie de relaciones desastrosas, y su absoluto horror de estar soltera a casi 30 años. (—Sé que probablemente estés acostumbrada, Emerald —dice Lexie dulcemente—, pero simplemente no es como imaginé mi vida, ¿sabes?)

Su enamoramiento de Jack Buchanan. Lo cual, espera: ¿qué fue eso?

—Espera. ¿Conoces a Jack? —digo, levantándome de mi posición a gatas debajo de la mesa de la cocina tan rápidamente que casi me dejo inconsciente—. ¿Cómo es eso?

Esta es la frase más larga que le he dicho a Lexie Steele desde que entré en su casa. Probablemente sea lo más que le he dicho en toda mi *vida*, en realidad, y me horroriza darme cuenta de que me estoy sonrojando al decirlo, como si pensara que va a saber instantáneamente por qué lo estoy preguntando. ¿O tal vez ni siquiera lo notará?

—Oh, Dios mío, Emerald, ¿te estás sonrojando? —chilla Lexie emocionada—. No me digas que a ti también te gusta. Porque yo lo vi primero, ¿sabes? —Menea un dedo manicurado hacia mí mientras saca una botella de agua de aspecto caro del refrigerador.

—En realidad no lo *conozco* como tal —admite al fin, apoyándose contra la encimera de la cocina y dando un trago a su bebida—. Pero está en la misma industria que la nuestra, así que lo he visto un poco por ahí, en eventos y cosas así. Dios, está buenísimo. ¿No crees que está buenísimo?

Asiento en silencio mientras ella se gira y mira por la ventana, que da al mar. Las olas tienen hoy un aspecto sombrío de color gris oscuro, pero aún hay un pequeño grupo de turistas montando con determinación su tienda de playa y riendo mientras el viento casi se la arranca de las manos. Lexie y yo nos quedamos allí observándolos durante unos minutos mientras reúno el valor para hacer mi siguiente pregunta.

—Dijiste que Jack Buchanan está en la misma industria que tú —digo finalmente, tratando de sonar lo más casual posible mientras empiezo a vaciar el lavavajillas—. Pero pensé que habías dicho que estabas en el negocio del whisky. ¿O lo entendí mal?

—No, tonta —dice Lexie, terminándose el resto de su agua y dejando la botella vacía en la encimera para que yo la recoja—. Mi familia tiene una destilería, ¿recuerdas? Y Jack también. O, al menos, la tendrá; la está montando ahora. Se llama The 39, por el año en que su abuelo fundó su destilería original. Aparentemente, había hecho unos cuantos barriles de esta mezcla especial

suya —el abuelo, quiero decir— y planeaba convertirlo en toda una *cosa* —Lexie gesticula ampliamente—. Pero luego lo reclutaron y *murió*, y eso fue todo.

Dice esto sin ninguna emoción, pero mi corazón late tan rápidamente que apenas puedo hablar. ¿*The 39*? ¿No era así como Jack llamó a la bebida que intentó darme anoche? ¿La que le escupí encima? ¿*Realmente* acabo de escupir el legado del abuelo de Jack Buchanan, como si fuera un lote dudoso de refresco con gas?

Sí. Sí, lo hice. No es de extrañar que me odiara.

—Entonces, Jack está tratando de montar esta destilería para, ¿qué? ¿Honrar a su abuelo? —digo cuidadosamente, esperando desesperadamente que Lexie vaya a decir que no, por supuesto que no: que lo está haciendo para, no sé, robar la herencia de los huérfanos, o alguna otra razón nefasta que lo haga parecer un poco menos noble.

—Sí, eso creo —responde Lexie alegremente—. Eso es lo que he oído, de todos modos. Oh, es tan bueno verte de nuevo, Emerald —estalla de repente—. Probablemente no debería decir esto, pero solía estar realmente celosa de ti en la secundaria. ¿Puedes creerlo?

Sus ojos recorren rápidamente mi cuerpo de arriba a abajo, como para confirmar lo absurdo que era que alguna vez hubiera envidiado a alguien como yo.

—¿Lo estabas? —Esta información es tan sorprendente que borra de mi mente todos los pensamientos sobre Jack y mi despiadado rechazo al legado de su abuelo. ¿Lexie Steele estaba celosa? ¿De *mí*?

—¿Por qué? —suelto, congelada en el acto de sacar una fuente del lavavajillas—. ¿Ni siquiera me hablabas en ese entonces?

Ni siquiera sabías que existía, quiero decir, pero no lo hago. Eso sería demasiado necesitado incluso para mí.

—¿No lo hacía? —Lexie mira hacia otro lado, su voz vaga—. No recuerdo eso. Solo recuerdo cuando te eligieron como Reina de la Gala aquella vez, y cuánto deseaba haber sido yo en su lugar. Aunque eso no terminó muy bien para ti al final, ¿verdad?

Con un estruendo nauseabundo, la fuente se me escapa de las manos y se hace añicos en el suelo de baldosas, sus fragmentos rodando en todas direcciones, como si estuvieran tan ansiosos como yo por escapar de la incomodidad de esta escena. Aprovecho los siguientes minutos caóticos, mientras Lexie finalmente se digna a venir a ayudarme, para reprimir firmemente los recuerdos que están haciendo todo lo posible por salir a la superficie como resultado de las palabras de Lexie.

El Día de la Gala; el evento del año en Heather Bay, cuando todos se visten y desfilan por las calles, con bandas de música, camiones decorados y niños escolares sobreexcitados.

El año del que habla Lexie es el año en que me eligieron Reina del pueblo, un honor otorgado a una estudiante del último año cada año. Un honor que de alguna manera recayó ese año en la persona menos probable de Heather Bay: yo.

No pensaré en estas cosas. Porque pensar en estas cosas significa pensar en La Cosa, y absolutamente no puedo pensar en La Cosa. Simplemente no puedo.

Por supuesto, tiene sentido que Lexie hubiera estado celosa de que yo fuera Reina ese año. Ella era la elección natural para el papel, después de todo; la que todos habían asumido que sería elegida para el papel. Estaba tan segura de que lo conseguiría que, de hecho, había oído que su madre ya le había comprado un vestido para ello: algo rosa y espumoso, sin duda, que Lexie de alguna manera habría logrado hacer parecer que venía directamente de las pasarelas de París.

Pero entonces se habían contado los votos, y de alguna manera era *mi* nombre el que se sacó del sombrero, bueno, del cuenco de plástico barato. Todavía puedo recordar el silencio que siguió al anuncio, luego los susurros, luego las miradas. Incluso Frankie se había sorprendido. La madre de Lexie había exigido un recuento, pero el recuento se había hecho, y el resultado era correcto; era yo. Yo iba a ser la Reina de la Gala de Heather Bay. Lo que significaba que yo era la que iba en el carruaje al ayuntamiento ese día... y yo era la responsable del accidente que lo incendió.

—Ojalá hubieras sido tú también —le digo a Lexie con pesar, mientras nos sentamos sobre nuestros talones, escaneando el suelo en busca de los últimos fragmentos de la ya desaparecida fuente—. De verdad.

Lexie me lanza una sonrisa, y por un segundo me pregunto si posiblemente podríamos ser amigas, ahora que somos mayores y ella no tiene absolutamente ninguna razón para envidiarme más. No es que alguna vez la tuviera, en mi opinión. Entonces la puerta principal se abre de golpe, y de repente la madre de Lexie está allí frente a nosotras, luciendo casi exactamente como la recuerdo, con el pelo teñido de rubio y un aspecto afilado y frágil. Lleva unos vaqueros casi tan ajustados como las mallas de Lexie, y su rostro parece extrañamente estirado, de alguna manera, como si alguien hubiera tomado la piel y la hubiera metido en su línea del cabello. Es como Lexie, solo que mayor. Y, bueno, *más aterradora*.

—Por el amor de Dios, Alexandra —le dice a Lexie, ignorándome completamente mientras sus ojos recorren la habitación—. Levántate de ese suelo. La limpiadora puede terminar lo que sea que estés intentando hacer ahí abajo. Para eso le pagamos.

Es cierto, por supuesto, pero la actitud altanera de la mujer me pone a la defensiva instantáneamente, al igual que la manera en que se niega siquiera a reconocer mi presencia, aunque puedo notar por cómo se le ensancharon los ojos al verme que sabe exactamente quién soy.

Me aparto del suelo disculpándome, tratando desesperadamente de no llamar la atención, un intento que fracasa espectacularmente cuando de alguna manera logro tropezar con el pie extendido de Lexie y me encuentro de nuevo en el suelo.

—Lo siento —articula Lexie disculpándose mientras extiende su mano para ayudarme a levantarme. No estoy segura si se está disculpando por la actitud arrogante de su madre o por haberme hecho caer sin querer, pero, de cualquier manera, agradezco el pequeño acto de amabilidad. Creo que voy a llorar, en realidad.

Oh, por favor ahora no, Emerald. Por favor, no te hagas ver aún más estúpida de lo que ya te has visto. Te lo suplico.

Tragándome las lágrimas con dificultad, murmuro mis excusas y regreso a la sala de estar para recoger a Bessie y compañía. Durante todo el tiempo que estoy empacando mis cosas, puedo escuchar voces alzadas desde la cocina mientras Lexie y su madre discuten. Los muros de piedra de la cabaña son demasiado gruesos para que pueda distinguir lo que están diciendo realmente, pero cuando por fin abro la pesada puerta principal y me dirijo por el sendero, arrastrando a Bessie detrás de mí, todavía puedo oírlas discutiendo. O la madre de Lexie, de todos modos. Sea lo que sea que está diciendo, suena como si estuviera realmente regañando a su hija, y Lexie simplemente lo está aceptando, casi como si estuviera acostumbrada.

Pobre Lexie. Puede que tenga el pelo perfecto —y la piel perfecta, y los dientes, y, oh, *todo*, realmente—, pero, ahora mismo, no la envidio ni un poco. Creo que incluso podríamos ser amigas, de hecho. Imagínalo: yo y Lexie Steele, dos chicas geniales, juntas por fin. ¡Esto podría ser lo único que haga que volver a casa sea casi soportable!

Es solo cuando llego a la puerta cubierta de rosas al final del sendero que me doy cuenta: Lexie me contó todo lo que podría querer saber sobre su vida, pero no me preguntó ni una sola cosa sobre la mía.

Capítulo 11

Esperaba que Frankie estuviera esperándome para recogerme, pero cuando llego al punto designado, un poco más allá en la calle de la casa de Lexie, es McTavish a quien encuentro allí.

En su brillante tractor amarillo, que está ocupando todo el ancho de la estrecha carretera en la que está estacionado actualmente, con una fila de conductores irritados haciendo cola impacientemente detrás.

Vaya manera de terminar el día.

—Hola, Emerald —dice McTavish alegremente, saltando del asiento del conductor y tomando a Bessie de mí—. Espero que no te importe. Pensé que sería agradable ponernos al día ahora que has vuelto, pero cuando fui a casa de tu madre, me dijo que te habías ido a ver a Frankie, y cuando fui a ver a Frankie, me dijo que estabas aquí. Así que aquí estoy.

Hago una pausa, mirando el tractor con horror. Ser paseada por las calles de Heather Bay en él es prácticamente lo último que quiero ahora —o *nunca*, en realidad—, pero parece que no tengo mucha elección en el asunto. Varios de los coches que McTavish está bloqueando han comenzado a tocar la bocina agresivamente, y no hay forma de que llegue a casa con Bessie a pie, así que permito que McTavish lance la aspiradora al tractor, antes de subirme yo detrás de él.

No sé si alguna vez has montado en un tractor, pero, bueno, digamos que no son exactamente vehículos de pasajeros. Estoy prácticamente encaramada encima de McTavish mientras avanzamos a un ritmo dolorosamente lento, y ni siquiera estoy segura de que sea legal que yo esté aquí arriba, ahora que lo pienso. Supongo que es una suerte que Dougie, el policía del pueblo, tenga la tarde libre.

McTavish, sin embargo, está completamente imperturbable al viajar dolorosamente despacio por nuestro pueblo natal, con una mujer de cabello alborotado y una aspiradora en su regazo. Al

igual que Lexie, se ve exactamente como la última vez que lo vi; y la vez anterior a esa, en realidad, que fue en aquel desafortunado día de gala hace diez años. Lleva un par de gruesas botas de trabajo con unos vaqueros desgastados, un antiguo forro polar azul marino, y tiene una gorra de *haggis volador* embutida sobre su cabello rubio pajizo. Parece que acaba de viajar en el tiempo desde nuestra juventud para salvarme de mí misma.

Bueno, aparte de los dientes que le faltan, obviamente.

Realmente *quiero* preguntarle sobre los dientes que le faltan.

Absolutamente *no puedo* preguntarle sobre los dientes que le faltan.

—¿Qué le pasó a tus dientes? —suelto mientras arrancamos por la carretera que serpentea a lo largo del paseo marítimo—. Lo siento —añado al instante—. No sé por qué dije eso. Por favor, ignórame.

Afortunadamente para mí, a McTavish no le perturba mucho —ni siquiera yo—, así que se ríe con buen humor.

—Oh, no pasa nada —dice, mirándome directamente a los ojos de esa manera que tiene. La mayoría de la gente no te mira realmente cuando habla; miran alrededor y solo hacen contacto visual muy ocasionalmente. McTavish, por otro lado, siempre parece estar mirando directamente a tu alma, y lo está haciendo ahora. Me estremezco incómodamente, preguntándome si de alguna manera puede darse cuenta de que he estado haciéndome pasar por Scarlett Scott para beneficio del señor local. Porque siento como si tuviera la palabra "IMPOSTORA" estampada en la frente con tinta invisible, y si alguien pudiera leerla, sería McTavish.

—Me los quitaron de un golpe, ¿no? —dice ahora, como si me estuviera recordando algo obvio. No quiero indagar más, así que simplemente asiento, como si supiera exactamente de qué está hablando.

McTavish, sin embargo, no es el mejor conversador del mundo —cuando dijo que quería "ponerse al día" aparentemente quiso decir "sentarse en silencio juntos en un tractor"—, así que una vez que hemos intercambiado los obligatorios "¿Cómo has estado?" y "¿Qué has estado haciendo?", viajamos el resto del camino a casa en un silencio amistoso.

—Gracias, McTavish —digo mientras finalmente salto del tractor frente a la casa de mis padres. (Puedo ver a mamá asomándose emocionada por la ventana, sin siquiera intentar esconderse detrás de la cortina. Estará encantada de verme llegar a casa con "un buen muchacho" como McTavish, estoy segura)—. Es bueno ver una cara amistosa por aquí. Aunque Lexie también fue bastante amable, para ser justos. Tuvimos una conversación muy agradable.

—¿Sí? ¿La tuvisteis?

Si no hubiera estado mirándolo cuando lo dijo, habría perdido completamente la expresión que pasa fugazmente por su rostro al decirlo, y, tal como está, ni siquiera puedo empezar a descifrarla de todos modos.

Antes de que pueda dedicar demasiado pensamiento a McTavish y sus expresiones faciales, sin embargo, tengo un asunto mucho más urgente en qué pensar, porque justo cuando estoy a punto de tomar a Bessie y entrar en la casa para enfrentarme a mamá y sus preguntas, mi teléfono suena con una alerta de mensaje, y miro hacia abajo para ver un nombre que realmente no esperaba ver nunca en mi pantalla:

Jack Buchanan.

Me está enviando un mensaje.

A mi teléfono, que... espera: ¿cómo consiguió mi número?

Miro nerviosamente a mi alrededor, casi como si esperara verlo escondido en los arbustos, espiándome... luego me estremezco al recordar de repente cómo había insistido en darle mi número después de nuestra "cita", para que pudiera hacerme saber cuánto le debía por la tintorería. Solo espero haberle dado el nombre correcto para archivarlo, eso es todo.

"Scarlett/Emerald. Disculpas por lo de ayer. Me gustaría compensarte. Te recogeré esta noche a las 8pm. Jack."

Me siento en el escalón de la entrada, todavía mirando fijamente el teléfono mientras mi cerebro se esfuerza por desentrañar las muchas rarezas del mensaje de Jack; como la forma en que lo formuló como una orden, en lugar de una sugerencia; cómo parece que ni siquiera se le ha pasado por la cabeza que yo podría no estar libre —o incluso no querer verlo—. Oh, y la forma en que firmó su nombre en un mensaje de texto, como lo hace mamá. (Mamá incluso firma así en los mensajes de voz. Dirá lo que sea que tenga que decirte, luego hará una pausa por un segundo e irá, "Con amor, mamá", como si estuviera escribiendo una carta). Es lindo en mamá, pero un poco menos lindo en un hombre que supuestamente hizo su fortuna diseñando aplicaciones, y que presumiblemente debería saber cómo funcionan los teléfonos a estas alturas.

Sin embargo, eso es lo que menos me preocupa, porque Jack no solo parece no saber cómo funciona la tecnología moderna, sino que tampoco parece saber cómo funcionan las *mujeres*. Es decir, uno no simplemente *convoca* a alguien a una cita, ¿verdad? ¿O asume que dirán que sí?

Pero Jack obviamente lo hace, y ahora estoy metida en un gran lío, porque por mucho que quiera molestarme por sus modales oficiosos, si soy honesta, lo que realmente siento es un cosquilleo de emoción.

Quiere verme de nuevo.

A mí, Emerald. Bueno, a Scarlett.

Debe haberle gustado yo —ella— aunque sea un *poquito*, entonces. Lo suficiente como para querer verme —verla— de nuevo al día siguiente. Lo cual, dado que es, sin duda, el hombre más atractivo que he conocido en toda mi vida, es el impulso al ego que tanto necesito ahora mismo.

No es que vaya a *reunirme* realmente con él, por supuesto.

Quiero decir, *claro* que no.

Incluso si *quisiera* —que definitivamente *no quiero*— sería una locura absoluta, a una escala de la que ni siquiera yo soy normalmente capaz. Porque el hecho es que él cree que soy Scarlett Scott. Y no hay absolutamente ninguna manera de explicar que no lo soy sin:

a) Hacer que parezca que estoy loca.

y

b) Potencialmente hacer que demanden a la empresa de limpieza de Frankie. O lo que sea que pasa cuando una limpiadora decide ponerse la ropa de su empleadora.

(¿Qué *pasa*, sin embargo, me pregunto? Porque mis frenéticas búsquedas en internet han arrojado sorprendentemente poco sobre el tema.)

Por otro lado, me he estado sintiendo terrible por lo que pasó con el whisky desde la revelación de Lexie sobre el abuelo de Jack y cómo fue su último deseo que su nieto continuara su legado. Vale, puede que me haya inventado lo del último deseo. Pero parece el tipo de cosa que diría el abuelo completamente ficticio que acabo de inventar en mi estúpida cabeza. ¿Y qué horrible sería estar honrando ese deseo y que una pelirroja idiota prácticamente vomite sobre ti?

Horrible.

Terrible.

Realmente debería disculparme. De nuevo. Apropiadamente esta vez, quiero decir. Mientras esté sobria, me refiero.

Podría reunirme con él solo por un minuto o dos, supongo. ¿Solo para explicar? (¿Explicar *qué*, sin embargo? ¿El hecho de que no soporto el whisky, o el hecho de que no soy la persona que él cree que soy? Porque de alguna manera no creo que ninguna de esas cosas le siente mejor a Jack Buchanan que el whisky de su abuelo me sentó a mí.)

Entonces recuerdo a Frankie, y lo emocionada que estaba cuando me dijo que había ganado el contrato para limpiar la casa de Jack. Ahora que realmente va a trabajar para él, es aún más importante que me mantenga fuera de su camino y me asegure de que nunca, nunca descubra mi pequeño engaño accidental. Puede que haya hecho muchas cosas estúpidas en mi vida, pero nunca me perdonaría si arrastrara a mi mejor amiga conmigo arruinando este trato para ella.

Nunca. Amigas antes que ligan, como dicen. (Espera: ¿*realmente* dicen eso? ¿O me lo acabo de inventar también?)

Así que no iré a esta cita. De ninguna manera. Nunca. Ni aunque me pagaran.

Y además: no tengo absolutamente nada que ponerme para una cita con un multimillonario (pero solo en papel). Ni siquiera con un millonario promedio.

Caso cerrado.

Capítulo 12

Voy a la cita, obviamente.

Vamos, has leído hasta aquí; ¿de verdad te parezco alguien que toma buenas decisiones? ¿Incluso ante el rostro —el rostro realmente imposiblemente atractivo— de alguien como Jack Buchanan?

Por supuesto que no.

Culpo a Lexie. A Lexie y su historia desgarradora sobre el abuelo enfermo de Jack y su último deseo de crear una marca de whisky; una historia que se vuelve aún más desgarradora cada vez que pienso en ella, sobre todo porque a estas alturas me la estoy inventando casi por completo. Es decir, el abuelo no estaba realmente "enfermo" en la versión de Lexie, ¿verdad? Probablemente estaba bastante en forma, de hecho, dado que era lo suficientemente joven y saludable como para ser enviado a la guerra. Además, dudo mucho que sus últimas palabras fueran sobre whisky, aunque *era* escocés, presumiblemente, así que nunca se sabe. Sin embargo, incluso teniendo todo esto en cuenta, esta nueva versión de Jack Buchanan como un hombre de familia devastadoramente atractivo me ha llegado al corazón. Es un poco como cuando Elizabeth descubre que Darcy fue quien pagó para que Wickham se casara con su hermana, y una vez que he tenido ese pensamiento, es imposible sacudírmelo.

Así es como me encuentro de vuelta en la casa de Scarlett Scott, menos de 24 horas después de haber jurado que nunca volvería allí.

Ups.

Aunque esta vez no voy a entrar *dentro*. De ninguna manera. Es decir, puede que sea conocida por mis malas decisiones en la vida, pero no soy *tan* mala. Al menos, no todavía.

Así que, este es el plan:

Voy a decirle la verdad a Jack.

Voy a suplicarle que no meta a Frankie en problemas por esto; después de todo, no es su culpa que yo no pueda pasar un solo día sin estropearlo de alguna manera.

Voy a disculparme —*otra vez*— por mi reacción a su whisky.

Y luego voy a excusarme educadamente y no volveré a verlo nunca más.

(O no a menos que él *realmente* quiera.)

(*Me pregunto si querrá, sin embargo.*)

Ese es el plan, de todos modos, y mientras dejo caer mi bolso en el escalón de la entrada de Scarlett y lucho por quitarme el uniforme de limpieza, me siento bastante satisfecha conmigo misma por ello. Estoy *aterrorizada*, obviamente. Eso ni siquiera hace falta decirlo. Puede que no sepa mucho sobre Jack Buchanan, pero una de las pocas cosas que capté anoche es que no es un hombre que tolere a los tontos con facilidad. Y, seamos sinceros, he sido una verdadera tonta, ¿no?

Así que estoy preocupada por la reacción de Jack ante mi gran confesión de "No soy Scarlett", pero voy a hacerlo de todos modos. Porque eso es lo que la *propia* Scarlett haría; o eso me he estado diciendo a mí misma, de todos modos. Soy muy consciente de la ironía de canalizar a la Scarlett *imaginaria* que he inventado para reunir el valor de decirle a Jack que *no soy ella*, pero el hecho es que la Scarlett Scott que existe en mi mente es todo lo que siempre he querido ser y más. Y odio admitirlo, incluso a mí misma, pero hay una parte de mí que en realidad disfrutó fingiendo ser ella la otra noche.

No fue *divertido*, exactamente —o no a menos que consideres que casi ahogarse hasta morir frente a una audiencia es "divertido", de todos modos. Pero fue liberador, de alguna manera. Ponerse en los zapatos de otra persona; literal y figurativamente. Meterse en la *vida* de otra persona. ¿No es eso lo que siempre he querido? ¿Ser otra persona? ¿No tener que ser *yo* por un ratito?

Quiero ser la versión ficticia de Scarlett Scott, la que he creado en mi propia cabeza. No quiero decir que quiera seguir fingiendo *ser* ella ante Jack; todo lo contrario, de hecho. Pero quiero ser *como* ella. Vivir sin miedo, como imagino que ella lo haría. Hacer lo *correcto*, incluso si también es lo difícil. Lo *honesto*. Hacer... un montón de otras cosas que suenen apropiadamente nobles en las que no puedo pensar ahora mismo, porque olvidé desabrochar el polo que Frankie nos hace usar debajo de nuestros sudaderas antes de intentar quitármelo por la cabeza, y ahora está atascado en algún lugar alrededor de mis orejas, bloqueando mi visión y haciendo que mi cara se ponga lentamente morada.

Gracias a Dios que el escalón de la entrada de Scarlett está oculto de la calle principal.

Ah, sí: el escalón de la entrada de Scarlett. Estoy esperando a Jack aquí, en lugar de en mi propio escalón —bueno, el escalón de mis padres— no porque quiera continuar con el engaño, sino porque la noticia que tengo que darle no es exactamente el tipo de cosa que quieras enviar simplemente en un mensaje de texto, ¿verdad? No, quiero decírselo con delicadeza, así que voy a encontrarme con él aquí, en el lugar donde él cree que vivo, y luego le diré la verdad en persona.

En cuanto a por qué me estoy *desvistiendo* aquí, bueno, eso es culpa de Frankie, en realidad. Me envió a otro trabajo de limpieza casi tan pronto como regresé de casa de Lexie, y sabía que no habría tiempo para volver a casa y cambiarme antes de encontrarme con Jack, así que metí apresuradamente algo de ropa en una bolsa para cambiarme más tarde. Y ahora aquí estoy: brazos atrapados por encima de las orejas, cabeza atascada en un polo, viejo sujetador grisáceo a la vista... así que es lógico que este sea el momento perfecto para oír el ronroneo de un motor de coche girando hacia la entrada de Scarlett Scott, ¿no?

Oh, mierda. Oh, no. Oh, por favor, Dios, no. Por favor, que no sea Jack, que ya esté aquí. Y por favor, que pueda quitarme este maldito polo de la cabeza...

Es inútil. Cuanto más lucho, más atrapada en la camiseta me quedo. Creo que en realidad podría estar intentando asfixiarme. Déjenmelo a mí ser la primera persona en el mundo en ser asesinada por su propia ropa. Menú obituario será *ese*, sin duda.

Ahora estoy totalmente en pánico. No por la situación de la camisa —realmente desearía que no fuera el caso, pero en realidad no es la primera vez que mi ropa se vuelve contra mí de esta manera—, sino por la situación con él.

La situación de *Jack Buchanan*.

La situación de *Dios mío, el hombre más sexy que he conocido probablemente está mirando mi sujetador gris descolorido justo ahora*.

En cuanto a situaciones, no es la mejor en la que he estado, tengo que decir. Es decir, esto no es ni remotamente cómo habría planeado que Jack me viera desnuda por primera vez. O *cualquier* vez. Casi con seguridad va a ser la *última* vez que me vea desnuda también, porque no hay forma de confundir el sonido de ese motor de coche. Solo un carísimo deportivo pequeño hace ese ronroneo particular al detenerse, y solo el residente multimillonario en papel de Heather Bay posee uno de esos.

Ahora realmente *quiero* morir.

Está bien, camisa; llévame. Haz lo peor. Solo, por el amor de Dios, hazlo rápido, para que no tenga que enfrentarlo.

Sin embargo, la camisa no escucha y, unos segundos después, oigo el crujido de pies sobre la grava antes de que un par de manos se extiendan y arranquen la prenda ofensiva de mi cabeza.

—¡Ay! —Un chillido involuntario de dolor escapa de mis labios cuando el cuello apretado de la camisa casi me arranca ambas orejas.

Realmente debo hablar con Frankie sobre estos uniformes.

Mis ojos están cerrados y, por un momento, considero simplemente *mantenerlos* así. Simplemente darme la vuelta y alejarme ciegamente, y fingir que esto no sucedió realmente.

—Um, ¿Scarlett? ¿Emerald, quiero decir? ¿Estás bien?

Abro los ojos a regañadientes, y ahí está él: camisa blanca, jeans azul oscuro, cabello oscuro cayendo sobre un hermoso ojo azul. Y ahí estoy yo: sujetador grisáceo, abdominales flácidos, pantalones de chándal negros y holgados en los que he pasado todo el día fregando los suelos de otras personas.

Otra excelente primera impresión de mi parte, entonces.

—¡Hola! —chillo nerviosamente, fingiendo sorpresa al ver a Jack parado ahí—. ¡Vaya, si hubiera sabido que ibas a ver mi ropa interior, me habría puesto algo más bonito!

Y entonces caigo muerta, justo ahí en el camino de entrada.

Bueno, no, no lo hago. Solo *desearía* poder caer muerta, porque *en serio*, Emerald? ¿*En serio*?

Esta vez no hay rastro de sonrisa en los labios carnosos de Jack Buchanan. Probablemente porque no hay absolutamente nada gracioso en llegar a una cita y encontrar a la mujer con la que se supone que vas a salir medio desnuda en la puerta, ¿verdad?

Pensándolo bien, no respondas a eso.

—¿Necesitas cambiarte? —pregunta Jack, con expresión impasible—. ¿O eso es lo que estabas intentando hacer?

—¡Oh! ¡No! Solo... dame un segundo —digo, metiendo rápidamente la mano en el bolsillo de mis pantalones de chándal y soltando un suspiro de alivio cuando me doy cuenta de que la llave de Scarlett todavía está ahí. Frankie estaba tan emocionada por la noticia de su nuevo contrato de limpieza que se olvidó de pedírmela, así que todavía la tengo.

Y así es como termino entrando avergonzadamente en la casa de Scarlett Scott por tercera vez.

Accidentalmente, por supuesto.

* * *

Estoy a veinte minutos de mi segunda cita con Jack Buchanan, y hasta ahora se está desarrollando casi exactamente como la primera. Veamos:

Yo fingiendo ser otra persona: listo.

Yo teniendo algún tipo de accidente relacionado con la ropa: listo.

Jack llevándonos a ambos en un silencio sepulcral a algún destino desconocido, mientras da todas las indicaciones de que preferiría estar en cualquier otro lugar: listo, listo.

Solo puedo esperar que estuviera demasiado distraído por mi casi desnudez como para notar a Bessie sentada junto a la puerta principal cuando llegó.

Sin embargo, hay *una* gran diferencia entre esta cita y la anterior. Esta vez estoy usando mi propia ropa. Lo cual es un progreso, ¿verdad?

En noticias menos positivas, sin embargo, cuando subí apresuradamente a la habitación de Scarlett para cambiarme, volqué la bolsa de ropa que había traído conmigo sobre la cama, solo para encontrar lo siguiente:

Un camisón negro ceñido que compré para lo que *pensé* que iba a ser un fin de semana apasionado con Ben, pero que resultó ser solo yo sentada en la habitación del hotel, bebiendo todo el minibar y viendo telenovelas mientras Ben jugaba al golf con "los chicos".

La parte inferior de un bikini, al menos dos tallas más pequeña.

Mi fiel chaqueta de mezclilla, que tengo desde que era adolescente.

Un solo calcetín negro, dueño desconocido.

En la disyuntiva entre el camisón negro y mis viejos pantalones de chándal sucios, el camisón gana, así que me lo puse tan rápido como pude sin quedarme atascada en él, luego me eché la chaqueta de mezclilla por encima. La Emerald que empacó esta bolsa aparentemente no vio la necesidad de zapatos (¿A menos que el calcetín debiera cumplir ese papel en particular?), así que me metí los pies de vuelta en las zapatillas deportivas que llevaba cuando llegué, esperando que la combinación de "vestido" sedoso más chaqueta y zapatillas se vea casualmente cool, en lugar de hacerme parecer una bolsa de ropa sucia que se levantó y echó a andar. Que, para ser franca, es como sospecho que me veo.

Con eso hecho, rápidamente metí la bolsa que contenía mi uniforme de limpieza y el resto de mi ropa debajo de la cama de Scarlett, luego bajé las escaleras estrepitosamente, evitando cuidadosamente el espejo que tuve que pasar en el pasillo.

Y ahora aquí estoy, sentada junto a un Jack Buchanan silencioso, que no me dirige ni una sola palabra hasta que finalmente nos detenemos frente a lo que parece ser un enorme almacén a orillas del lago. Hay un gran letrero con el número '39' en un lado, así que supongo que debe ser la destilería de la que me habló Lexie; un hecho que Jack confirma mientras sostiene la puerta del coche abierta y espera a que yo salga.

—Te mostraré la destilería más tarde, si quieres —dice, indicándome que lo siga por un sendero que conduce a la parte trasera del edificio—. Pensé que primero comeríamos, si te parece bien.

Asiento en silencio, sin confiar en mí misma para hablar todavía. Justo cuando me pregunto dónde diablos planea comer en una destilería de whisky, un repentino destello de color llama mi atención, y miro justo a tiempo para ver un brillante tractor amarillo saliendo por la puerta por la que acabamos de entrar.

¿McTavish?

¿Qué estaría haciendo McTavish aquí?

Esa tendrá que ser otra pregunta para otro día, sin embargo, porque para entonces estamos doblando la esquina del vasto edificio, para encontrarnos de pie junto al lago, que brilla suavemente en la luz moribunda del sol. A nuestra izquierda, un conjunto de escaleras de madera conduce por el costado de la destilería, hacia lo que parece una caja de cristal que sobresale del lateral.

—Esto será el restaurante, eventualmente —explica Jack, mientras nos guía por las escaleras—. Supongo que Finn te contó sobre mis planes de abrir el edificio al público, ¿no? Así que tendremos visitas guiadas a la destilería, una tienda de regalos, un restaurante... ya sabes cómo es.

No lo sé, por supuesto, pero parece que Scarlett sí, así que solo asiento de nuevo y no digo nada, mientras Jack abre la puerta de la caja de cristal que llamó restaurante.

—¡Oh, vaya!

Las palabras salen de mí en cuanto paso por la puerta y entro en lo que se siente como una ventana directa al lago. El cristal de suelo a techo que forma cada lado ofrece vistas panorámicas de una orilla a la otra, mientras que el suelo pulido es casi exactamente del mismo tono que el agua misma, haciéndome sentir como si fuera parte del impresionante paisaje que se extiende ante mí.

—¿Te gusta?

Miro a Jack, que sonrío con esa sonrisa rara suya; una sonrisa que se siente un poco como el sol saliendo después de una tormenta, y lo hace parecer casi infantil. Debe ser algo realmente especial ser la razón de esa sonrisa. Pero, por supuesto, no está dirigida a mí, sino al lago mismo, lo cual supongo que es bastante justo, dado que *él* no es el que lleva un par de zapatillas viejas y un camisón.

—Me *encanta* —digo, sinceramente—. Nunca he visto nada igual. Siento como si estuviera flotando justo encima del agua. Es asombroso. De verdad.

—Lo es, ¿verdad? —Ahora está sonriendo ampliamente; este proyecto suyo obviamente significa mucho más para él de lo que incluso yo podría haber imaginado, y su entusiasmo es tan contagioso que es imposible no devolverle la sonrisa.

—¿Vamos?

El vasto espacio sobre el agua parecía vacío cuando entramos, pero al mirar en la dirección que Jack está señalando, veo una mesa preparada para dos en el extremo más alejado de la habitación, acurrucada en una esquina donde se encuentran dos paredes de cristal. Hay un cubo de champán junto a ella, y siento una oleada de alivio al ver que aparentemente no voy a ser sometida al temido whisky de nuevo. Luego, con la misma sensación de hundimiento que tengo en la cima de una montaña rusa —o cada vez que reviso mi saldo bancario— recuerdo la razón por la que vine aquí; no para tener una cita romántica junto al lago con el hombre frente a mí, sino para disculparme por mi comportamiento en la última. Y para ser sincera sobre quién soy realmente.

—Jack, hay algo que necesito decirte... —digo, decidiendo que probablemente sea mejor acabar con esto antes de que pierda el valor. Sin embargo, antes de que pueda escupir mi confesión, un fuerte golpe me hace saltar cuando un par de puertas dobles al otro lado de la habitación se abren de golpe y aparece un camarero llevando dos platos.

—Bienvenida a El 39 —dice Jack, con sus ojos brillando de placer—. Eres nuestra primera invitada.

Capítulo 13

Ha pasado poco más de una hora y todavía no le he dicho a Jack que en realidad no soy la mujer que él cree que soy.

No es que no *quiera* decírselo, entiéndeme. Bueno, quiero decir, en cierto modo *sí* es que no quiero decírselo. Seamos sinceros, nadie *quiere* soltar un «Por cierto, ¿mencioné que he estado fingiendo ser otra persona todo este tiempo?» en una segunda cita, ¿verdad? Eso es más bien algo para una tercera cita, si me preguntas. O para *nunca*. Nunca también me vale.

Pero voy a mencionarlo, lo juro. La culpa me comerá viva si no lo hago. Solo que no voy a mencionarlo *ahora mismo*, porque la verdad es que algo inesperado sucedió cuando Jack Buchanan me sonrió. Empecé a disfrutar.

No puedo evitarlo; es que es tan *interesante*. Y, bueno, *sexy*. Jack Buchanan es tan increíblemente *sexy* que, durante los primeros minutos de nuestra cita, mientras el camarero sirve un entrante de salmón ahumado y Jack descorcha expertamente el champán, me quedo ahí embobada mirándolo, pareciendo un poco como probablemente se veía el salmón antes de llegar a nuestros platos.

Hay algo en la forma tan natural en que abre la botella de champán, como si lo hubiera estado haciendo toda su vida. Sus manos fuertes y elegantes en el cuello de la botella. Sus labios carnosos y ligeramente prominentes en la copa.

No debería permitírsele ser tan atractivo. No debería permitírsele simplemente andar por ahí haciendo que la gente se sienta como me estoy sintiendo yo ahora. Es una ventaja tan injusta, nacer hermoso.

De repente, soy incómodamente consciente de que llevo un camisón bajo mi vieja y desgastada chaqueta vaquera, y escondo cuidadosamente mis pies bajo la mesa para evitar llamar la atención sobre mis poco sofisticadas zapatillas deportivas. Soy un pez fuera del agua aquí; lo cual *también*

es un poco como el salmón que estoy comiendo ahora, en realidad. Sospecho que el hecho de que tenga más en común con mi cena que con mi cita probablemente no augure nada bueno, ¿verdad?

Entonces Jack empieza a hablar sobre su abuelo y la destilería, y me permito relajarme y simplemente *escucharlo*, lo cual no es particularmente difícil, ya que cuando Jack Buchanan habla de algo que le apasiona, su entusiasmo es completamente contagioso. De hecho, me encuentro deseando no odiar tanto el whisky, porque lo está haciendo sonar tan maravilloso.

La historia que me contó Lexie resulta ser bastante precisa. Como ella había dicho, el abuelo de Jack, que había vivido en Heather Bay toda su vida —nada menos que en la vieja casa solariega que Jack posee ahora— había soñado con iniciar su propia marca de whisky desde que era joven. Había empezado a trabajar en su primera malta en 1939, justo antes de que comenzara la guerra. Y eso, como dijo Lexie, fue todo.

—Nunca lo conocí, por supuesto —dice Jack con nostalgia mientras colocan nuestros platos principales frente a nosotros; una versión muy elegante de haggis, neeps y tatties, que instantáneamente me hace la boca agua—. Y mi padre tampoco, en realidad; nació unos meses después de que mi abuelo se fuera a la guerra. No tengo idea de cómo se las arregló mi abuela. Debió haber sido una época muy dura para ella.

Me detengo en el acto de llevarme un tenedor lleno de haggis a la boca.

—Eso es muy triste —digo, y lo digo en serio. Si no tengo cuidado, podría fácilmente empezar a llorar al pensar en la desconocida abuela de Jack dando a luz a su primer hijo, solo para descubrir que su marido nunca lo conocería. Su nieto, sin embargo, está decidido a cumplir su legado, y muerdo con fuerza mi tenedor para evitar avergonzarme comenzando a llorar por la familia de otra persona. Este realmente no es el momento de dar rienda suelta a mi lado súper sentimental, y me gustaría idealmente pasar al menos *una* cita con Jack Buchanan antes de que descubra mi tendencia a llorar por todo. Eso *también* me parece más apropiado para una tercera cita.

—Le encantaría este lugar, sin embargo —dice Jack, mirando alrededor—. Siempre quiso retribuir algo al pueblo, y realmente quiero hacer eso realidad. Planeo lanzarlo en el baile de máscaras el próximo mes. No quería hacer un gran alboroto, pero mi gerente de relaciones públicas me convenció de que sería una buena idea, así que va a haber todo un evento, con algún tipo de tedioso *trekking* y, oh, no sé, un montón de cosas que han estado organizando. No he estado prestando mucha atención, para ser honesto.

—¿No te gusta el alboroto?

Esto parece muy propio de él, para ser sincera. Me lo puedo imaginar haciendo pucheros en un rincón en algún lugar, como el señor Darcy, mientras todos los demás se divierten en su fiesta.

—No —Jack sonríe con pesar—. Lo odio. Odio toda esa charla banal, ¿sabes? Las conversaciones falsas, fingir ser alguien que no eres solo para que la gente compre lo que les estás vendiendo. Preferiría esconderme en mi oficina y seguir con el trabajo. O estar en el piso de la destilería, rodeado por el olor del lúpulo y los alambiques de cobre. Eso es lo que se siente como hogar para mí. No estar atrapado en una habitación haciendo charla superficial con personas que solo están interesadas en mi dinero o en lo que puedo hacer por ellas. Nada de eso es real. Nada de eso importa realmente.

Trago nerviosamente. Este *realmente* no parece ser un buen momento para mi gran anuncio de «No soy Scarlett». Y no es exactamente una novedad que a Jack Buchanan no le guste la gente que finge ser alguien que no es —¿a *quién* le gustaría, después de todo?—, pero lo que *yo* estoy haciendo es falsedad de otro nivel. Fuera de toda escala. Me va a odiar cuando lo descubra. Y, de repente, que él *no* lo descubra es lo más importante del mundo para mí.

—¿Y tú? —pregunta de repente, clavándome esos ojos azules suyos—. ¿Qué significa el hogar para ti, Emerald?

Dudo, preguntándome cómo demonios se supone que debo responder a esto. Porque yo no soy como él. No tengo una gran pasión en la vida, ni un legado que intentar cumplir. Ni siquiera tengo un abuelo muerto, cuyo último deseo deba honrar. En serio, ¿qué tiene que hacer una chica para conseguirse un pariente muerto o dos por aquí?

Sobre el hombro de Jack, el sol se está hundiendo lentamente en el cielo. Desde aquí, puedo ver Westward Tor, la colina que se asienta en las orillas del lago, su escarpado acantilado cubierto del brezo púrpura que dio nombre al pueblo de abajo. La mayoría de la gente encuentra el Tor ominoso y poco acogedor; y con buena razón, también - apenas pasa un invierno aquí sin que algún desafortunado escalador tenga que ser rescatado en helicóptero de la cima. Para mí, sin embargo, siempre ha sido un lugar de refugio - un sitio al que escapar cuando ya no puedo estar dentro de mi propia cabeza. Como el día que incendié el ayuntamiento, por ejemplo, y corrí todo el camino hasta el Tor, para sentarme en su ventosa cima y llorar contra el viento.

De repente, sé cómo responder a la pregunta de Jack.

—¿Ves esa colina? —digo, señalando detrás de él.

Él se gira en su asiento para mirarla.

—¿Te refieres a esa montaña?

Me río para mis adentros. Se nota que es un chico de ciudad.

—Es solo una colina —le digo—. Una grande, sí, pero no lo suficientemente grande como para ser una montaña.

Jack asiente, de la manera de alguien que está tomando notas mentales, por si lo interrogan más tarde.

—Veo que tengo mucho que aprender sobre este lugar —dice con pesar—. Supongo que esperaba que simplemente me llegara, una vez que me mudara aquí. Como si lo llevara en la sangre o algo así.

—Estoy segura de que lo llevas —digo suavemente—. Pero también requiere un poco de acostumbrarse. Incluso para los que crecimos aquí.

Me muerdo la lengua, dándome cuenta de que estoy a punto de decir demasiado, pero él me está mirando con una expresión curiosamente intensa, que me hace querer continuar; abrirme a él.

No debo hacer eso. Por ahí acecha el peligro.

—Para ti está bien, sin embargo —dice, aún sosteniendo mi mirada—. Eres local, aunque hayas estado fuera por un tiempo. Yo soy un recién llegado. Un forastero.

—No realmente —le aseguro, conmovida por este momento de vulnerabilidad—. Es decir, vale, no creciste aquí, es cierto. Pero tu familia sí. Eso significa algo. En cualquier caso, no es como si estuviéramos viviendo en el siglo XVII o algo así, donde todo es guerra entre clanes y... y *brujas* y esas cosas. Y sabes que ya no apedreamos a la gente, ¿verdad?

Jack sonríe, sus mejillas formando hoyuelos encantadores, y siento una punzada aguda de culpa por mentirle.

Porque la mayor parte de eso fue una mentira. No la parte sobre las brujas y las lapidaciones, obviamente; eso era bastante cierto. Pero todavía es fácil sentirse como un forastero en un lugar como Heather Bay. Confía en alguien que lo sabe.

—Estoy decepcionado —dice Jack con sarcasmo, girando el tallo de su copa de champán entre sus elegantes dedos—. Esperaba encontrar las Highlands plagadas de brujas. Pensé que podrían ser bastante divertidas.

Levanta una ceja, y mi ritmo cardíaco se eleva con ella.

—Oh, no te preocupes, todavía hay muchas brujas —le aseguro, pensando en Lexie y su madre—. Pero basta de hablar de mí —añado rápidamente, ganándome otro destello de esos hoyuelos—. Quiero saber más sobre ti.

—No, espera —interrumpe, su expresión repentinamente seria—. No terminaste de contarme sobre la montaña... perdón, la *colina*. ¿Qué ibas a decir sobre ella?

Oh.

Lo miro, sorprendida. No puedo creer que realmente recordara de lo que estaba hablando y volviera a ello. No puedo creer que realmente estuviera *interesado*. Ben nunca lo estaba.

—Oh, um, ¿me preguntaste qué significaba el hogar para mí? —respondo, tropezando ligeramente con mis palabras—. Bueno, es esa colina. El Tor.

Jack asiente, esperando que continúe.

—Cuando vivía aquí —digo cuidadosamente, tratando de recordar lo que le conté sobre mi pasado en nuestra desafortunada primera cita—, solía subir al Tor cada vez que me sentía triste. Y a veces cuando me sentía feliz, también, en realidad. Básicamente, cada vez que necesitaba espacio para pensar. Para simplemente ser *yo*, sin la presión de las expectativas de todos los demás sobre mí. Es... bueno, es un buen lugar para sentarse y estar a solas con tus pensamientos, ¿sabes?

Estoy sonrojada cuando termino este breve discurso, pero, para mi sorpresa, Jack sigue asintiendo, como si supiera exactamente de lo que estoy hablando y no me encontrara remotamente estúpida por decirlo.

—Entiendo eso —dice, con una expresión nostálgica mientras se vuelve para mirar de nuevo la colina, ahora solo una silueta contra el cielo—. A veces solo quieres salir de tu propia cabeza, ¿no? Apagar todo el ruido.

Parpadeo rápidamente. Jack no puede saber lo cerca que sus palabras hacen eco de lo que acabo de pensar. Pero lo dijo como si lo sintiera, y ahora no es solo un tipo sexy y rico que conduce demasiado rápido y mira a todos por encima del hombro. Es una persona real, de carne y hueso; y mi plan de evitar enamorarme de él a toda costa está empezando a sentirse como si estuviera destinado a fracasar.

—Entonces —digo pensativamente, dando otro sorbo a mi champán—. No te gustan las fiestas, ni las conversaciones triviales; ¿qué te gusta?

—¿Qué quieres saber?

Hmm. ¿Qué *quiero* saber?

Hay muchas cosas que me *encantaría* preguntarle a Jack Buchanan ahora mismo. Como qué está haciendo aquí conmigo, si tiene alguna ex novia reciente con la que podría estar pensando en volver, y exactamente *cuán*

molesto que estaría si descubriera que le estaba mintiendo. En su lugar, sin embargo, decido ir a lo seguro con la primera pregunta que me viene a la cabeza.

—En la película de tu vida, ¿quién te interpretaría?

En mi defensa, es una pregunta perfectamente razonable; el tipo de pregunta que te podrían hacer en una entrevista de trabajo, o como parte de uno de esos horribles ejercicios para romper el hielo que te hacen hacer como actividad de "formación de equipos". Siempre he pensado que se puede saber mucho de una persona por quién quiere que la interprete en una película, y, para su crédito, Jack se toma la pregunta en serio, frunciendo el ceño mientras lo piensa.

—Jett Carter —dice por fin, nombrando al actor más cotizado del planeta—. No tan guapo como yo, por supuesto, pero es el único actor lo suficientemente bueno para captar mi naturaleza mercurial.

Sus ojos brillan mientras lo dice, y de repente no hay suficiente aire en la habitación. O eso, o realmente hay algo mal con mi respiración.

—Vamos, tu turno. ¿Qué hay de ti?

—Oh, nunca lo he pensado realmente —digo con naturalidad, aunque definitivamente sería una Vivien Leigh pelirroja—. Te equivocas con Jett, sin embargo. Definitivamente te interpretaría James Dean. Antes de que muriera, obviamente.

Hay una breve pausa mientras registro la absoluta estupidez de mi último comentario, y luego, para mi asombro aliviado, Jack estalla en carcajadas. *Realmente* riendo, quiero decir. Y no de la manera "Oh Dios mío, Emerald, ¿por qué eres tan idiota?" como Ben solía reírse de mí, sino como si realmente pensara que soy *graciosa*.

Esto es nuevo.

—Me alegro de que me lo hayas aclarado —dice, sonriendo mientras rellena nuestras copas—. En cuanto a ti, señorita *Nunca lo he pensado realmente*, voy a decir que te interpretaría una joven Nicole Kidman. Antes de que se hiciera toda la cirugía plástica.

Sonrío, encantada. Cuando le hice esta pregunta a Ben, dijo que me interpretaría la chica que era la pequeña huérfana Annie. Lexie Steele una vez dijo que podría ser la hermana más fea de Ginny Weasley. Pero Jack Buchanan acaba de compararme con una de las actrices más hermosas del mundo, y si no supiera mejor, casi estaría tentada a pensar que está coqueteando conmigo.

¿Está coqueteando conmigo?

Por favor, Dios, que esté coqueteando conmigo...

El sol casi ha tocado el agua ahora, y nos sentamos allí por unos momentos en un silencio agradable, viendo cómo se hunde bajo las olas, dejando el cielo rayado de rojo y oro. Es la hora dorada - el "Gloaming" como lo llamamos en Escocia - y siempre he pensado que era el momento más hermoso del día aquí; un tiempo mágico, casi místico cuando casi podrías creer que te has deslizado a un cuento de hadas.

Es casi perfecto.

Casi.

Lo único que lo haría verdaderamente perfecto sería si esto fuera realmente *real*. Si Jack y yo estuviéramos *realmente* en una cita. Si él supiera exactamente quién soy, y no le importara.

Debería decírselo. *Tengo* que decírselo. Es lo correcto; lo que haría 'Scarlett Scott'. Y he bebido suficiente champán ahora para darme el valor de hacerlo. Cogiendo mi teléfono, tomo rápidamente una foto de la puesta de sol que llena toda la ventana primero, solo para tener algo a lo que pueda mirar para recordarme este momento, antes de que todo se vaya al garete. Luego tomo un respiro profundo, y un trago igualmente profundo de mi champán, y me vuelvo hacia la mesa...

... para ver a Jack mirando intensamente su teléfono, una línea de preocupación arrugando su hermosa frente.

Oh.

Vale.

¿Quizás esto no está yendo tan bien como pensaba? Realmente creía que estábamos empezando a construir una conexión, con él abriéndose sobre su destilería y yo... bueno, divagando sobre brujas, y montañas, y *¿realmente* dije algo sobre apedrear a la gente? ¿En serio, Emerald?

Sin embargo, cuando abro la boca para hablar, veo que Jack no solo está mirando su teléfono; ahora se está levantando de la mesa, todavía mirando el dispositivo en su mano, como si yo ni siquiera estuviera allí.

—Lo siento mucho por esto, Scarlett —dice, sin molestarse siquiera en mirarme—. Pero voy a tener que irme. Por favor, siéntete libre de quedarte todo el tiempo que quieras. Disfruta del resto del champán. Mi conductor te llevará a casa cuando estés lista.

Y luego se ha ido; saliendo a zancadas del restaurante sin mirar atrás, mientras yo me quedo allí sentada mirando su espalda que se aleja y preguntándome qué demonios acaba de pasar.

¿Qué demonios *acaba* de pasar, sin embargo? Porque honestamente no tengo ni idea. Repaso rápidamente en mi memoria, buscando lo que sea que debo haber hecho para que se fuera tan rápidamente, pero, por una vez, no hay nada. Aparte de ese incidente incómodo en el que básicamente le mostré todo en la entrada de Scarlett - que, vale, no fue mi mejor momento, seguro - me he comportado impecablemente esta noche. No me he atragantado con mi bebida, ni he escupido whisky sobre nadie. No me he caído ni he roto nada. Ni siquiera he hecho una sola pregunta incómoda, o intentado romper un silencio incómodo con una broma que cae en saco

roto. Ha sido muy poco propio de mí, de hecho. La verdadera Scarlett seguramente no podría haberlo hecho mejor.

Y sin embargo, Jack se ha ido, dejándome sentada aquí sola, sin explicación. Y, vale, sé que dos citas no cuentan exactamente como una relación - especialmente cuando ambas se cortan tan excepcionalmente cortas como estas. Pero, aun así, no puedo evitar sentirme un poco como si me hubieran dejado. Otra vez.

Capítulo 14

Durante los siguientes tres días, me sumerjo en mi nuevo trabajo.

Es el comienzo de la temporada de verano, así que los chalés de vacaciones que constituyen la mayor parte del negocio de Frankie en esta época del año están todos reservados, lo cual es una bendición para Frankie y su negocio, pero también algo bueno para mí, porque al menos el trabajo me ayuda a distraerme de mis listas cada vez más largas de Cosas en las que No Quiero Pensar Ahora Mismo y Enemigos Mortales.

Lista de Enemigos Mortales de Emerald:

Ex-novio Ben

Jack Buchanan

Finn Como se llame

Brian del banco

Jude Paw

Hay algo terapéutico en la limpieza. Solo somos Taylor Swift y yo, alisando sábanas, vaciando cubos de basura y poniendo orden en el caos. Bueno, si no puedo lograrlo en mi propia vida, al menos puedo hacerlo en el trabajo, ¿no?

Así que limpio y ordeno, hago camas y barro suelos, y no pienso en Jack Buchanan en absoluto. O no mucho, de todos modos. No más de unas cuantas veces por hora, lo cual no es nada, en realidad.

No he sabido nada de él desde que se marchó de nuestra cita en la destilería. Ni una sola palabra. Ni siquiera un mensaje de texto diciendo que acababa de enterarse de que su loro mascota había muerto, o que el gemelo perdido que no sabía que tenía se había presentado en su casa, exigiendo su parte de la herencia.

Nada en absoluto.

Seré sincera: estoy bastante molesta por ello. Incluso si hubiera sido una cita normal, habría sido de muy mala educación que alguien se fuera así sin más. Pero esta no había sido una cita cualquiera, ¿verdad? No, esta había sido la cita en la que iba a sincerarse, a admitir que no era Scarlett Scott, y a redimirme por la terrible manera en que me había comportado al usar su ropa y robar su identidad. Iba a ser difícil, pero honorable, y estoy realmente bastante molesta porque Jack Buchanan me ha robado la oportunidad de exonerarme de esa manera.

¿Cómo se atreve, verdad?

(Ah, y también fue la cita en la que realmente empecé a enamorarme de él. Bueno, ciertamente logró cortar eso de raíz, ¿no?)

Si tan solo hubiera podido decir la verdad, ahora sería una persona completamente diferente. Confesarle todo a Jack —asumir mis errores en lugar de simplemente huir de ellos, como suelo hacer— me habría convertido en Emerald 2.0. En cambio, sigo siendo solo Emerald la primera: de vuelta en Heather Bay, durmiendo en su habitación de la infancia, con la cabeza metida en el inodoro.

—¿Una taza de té, Emerald? El agua acaba de hervir.

Me incorporo, golpeándome la cabeza con la cisterna en el proceso. No estaba bromeando sobre tener la cabeza metida en el inodoro, por cierto; lo he estado limpiando durante los últimos cinco minutos, mientras su dueña, Bella McGowan, me ofrece una selección cada vez más tentadora de delicias horneadas desde la cocina. Empezó con solo una galleta —que rechacé, debido a toda la situación del "inodoro"— pero ha estado subiendo la apuesta desde entonces, con bollos, pasteles y galletas de mantequilla.

Bella es una de esas señoras mayores que no está contenta hasta que te ha sobrealimentado hasta el punto de reventar, y si no termino este trabajo pronto, probablemente estará en camino de cocinarme una comida de tres platos, y Frankie me despedirá por comer en el trabajo.

Aunque, por otro lado, una taza de té suena bien, y el baño está positivamente reluciente, así que...

—Sería encantador, Bella —respondo, quitándome los guantes de goma—. Estaré contigo en un segundo.

La casa de Bella es un bungalow de los años 50, de un tipo que los turistas siempre se sorprenden de encontrar en las Tierras Altas. Piensan que todo son castillos en ruinas y encantadoras cabañas de piedra, pero esta casa probablemente se consideraba el colmo del lujo cuando Bella y su difunto esposo, Frank, la compraron recién casados, y apenas ha cambiado desde entonces, por lo que puedo decir.

Tampoco Bella, por cierto. Ha sido una figura fija en Heather Bay desde que tengo memoria, y ya parecía anciana cuando yo era una niña pequeña (aunque, bueno, también mis propios padres, que no pueden ser *mucho* más jóvenes que ella...), así que supongo que ahora debe tener unos 117 años, aunque se ve más o menos igual que siempre, con sus inteligentes ojos marrones, su pelo gris erizado y sus botas Doc Martens moradas.

Ah, y la insignia de *One Direction* que lleva prendida en su esponjoso cárdigan magenta.

Eso sí que es diferente.

—Oh, adoro al pequeño Harry —dijo Bella con cariño cuando lo comenté—. Me alegra mucho, sí que lo hace.

A pesar de saber más sobre mí que la mayoría de la gente, Bella es una de las pocas personas en Heather Bay que aún no ha mencionado El Asunto, por lo que supongo que probablemente sea lo suficientemente seguro tomar una taza de té rápida con ella antes de irme a mi próximo trabajo.

Entonces veo la caja.

Está sobre una pequeña mesa de café en el centro de la habitación, y, al principio, pienso que es solo una caja de madera normal, que contiene, no sé, ¿rompecabezas? ¿Guías de televisión? ¿Más pasteles? Entonces Bella se da cuenta de que la miro con curiosidad y decide darme casualmente un ataque al corazón.

—Oh, pensé que te gustaría ver eso, Emerald —dice, pasándome una humeante taza de té, en una taza con la cara sonriente de Harry Styles en el frente—. Son algunos pequeños recuerdos del último Día de Gala de Heather Bay. Lo saqué del garaje cuando Frankie me dijo que te enviaba a hacer la limpieza, para que pudieras verlo.

Estoy tan sorprendida que casi me ahogo con el té. Es una locura cómo algunas personas pueden simplemente decir las palabras "Día de Gala de Heather Bay" sin tener un ataque de pánico. Yo, mientras tanto, ni siquiera puedo *pensar*

sin sentirme mal del estómago y, de repente, el plato de scones que Bella ha puesto frente a mí no se ve tan tentador como antes.

—Oh, por el amor de Dios, Emerald, ¿aún sigues preocupándote por el pasado? —dice Bella perspicazmente—. No fue tu culpa. Lo sabes, ¿verdad? Toma, come un scone.

—Pero *sí* fue mi culpa —digo, inclinándome hacia adelante y casi derramando mi taza de té en el proceso—. Fui yo, Bella, yo lo hice. Y no creo que lo supere nunca. Jamás.

—Tonterías —dice Bella tajantemente, mirándome fijamente con su mejor mirada de ex directora—. Por supuesto que lo superarás. Fue un accidente. Los accidentes pasan, niña.

—Sí, *a mí* —respondo, cediendo y tomando uno de los scones—. Los accidentes me pasan *a mí*. Y no puedo evitarlos, por más que lo intente.

—Bueno, no lo lograrás con esa actitud —dice Bella, negándose a consentir mi dramatismo—. No eres indefensa, Emerald. Lo que pasó en el Día de Gala fue un accidente, pero eso no significa que toda tu vida tenga que ser uno. Tú tienes el control. Sabes eso, sin embargo. Eres una chica inteligente.

La miro con rebeldía por un momento. Instintivamente quiero discutir con ella; señalar que *no* soy una chica inteligente y que *no* sé cómo tomar el control de mi vida, pero el hecho es que tiene razón.

—¿De verdad crees que fue solo un accidente? —pregunto, permitiéndome hundirme en los cojines del sofá—. Siempre he asumido que fue mi culpa y que nadie me perdonaría nunca por ello. Apenas podía pasar por el ayuntamiento cuando volví aquí. No puedo creer que haya hecho eso.

—Creo que descubrirás que la gente tiene memoria más corta de lo que piensas —dice Bella amablemente. Esto no es estrictamente cierto, por supuesto; en mi experiencia, la buena gente de Heather Bay tiene un recuerdo casi total de todo lo que ha sucedido en el pueblo en los últimos 100 años más o menos, y, para los recién llegados, siempre está Shona McLaren para ponerlos al día. Sé que Bella está tratando de hacerme sentir mejor, sin embargo, y se lo agradezco, así que solo sonrío débilmente mientras termino mi scone.

—¿Sabes que fui la presidenta del Comité de Gala, en su momento? —pregunta Bella mientras me limpio las migas de la barbilla—. Bueno, decidimos reiniciarlo hace unos meses. Hemos recaudado algunos fondos que esperamos sean suficientes para reparar el techo del ayuntamiento, quizás con un poco sobrante. Ese joven, Jack Comosellame, de la finca, dijo que podría aportar un poco. Serías más que bienvenida a unirme al comité si quieres. Podríamos necesitar la ayuda. Oh, sería bueno tener una Gala del Pueblo de nuevo, ¿no crees?

—Um, no estoy segura de que les sea de mucha utilidad —respondo, tratando de mantener la calma a pesar de que mi cara se puso roja instantáneamente al mencionar el nombre de Jack. Bueno, parte de su nombre, de todos modos. Entre esto y la charla sobre el Día de Gala, estoy en un verdadero infierno ahora mismo. Es una suerte que los scones estén sabrosos, porque Frankie definitivamente no me está pagando lo suficiente por esto.

—¿Te refieres a Jack Buchanan? —pregunto con cautela una vez que me he recuperado—. ¿Cómo lo conoces, Bella?

—Och, no lo conozco —responde Bella, levantándose y comenzando a limpiar los platos de la mesa de café. No ha mencionado la caja de nuevo, noto agradecida. Podría salir de aquí sin tener un colapso nervioso después de todo—. He oído hablar de él, sin embargo. Todos lo hemos hecho. Es toda una celebridad por estos lares. Bastante sexy también, aparentemente. Aunque no tan guapo como el pequeño Harry, obviamente.

Me lanza otra de esas miradas perspicaces tuyas, y finjo estar estudiando intensamente el contenido de mi taza hasta que finalmente se rinde.

—En fin —dice, mientras me levanto para ayudarla—, está iniciando una destilería junto al lago, y pensamos que podría ser una buena oportunidad para un poco de promoción cruzada. Hacer que patrocine el Día de Gala a cambio de una pancarta en el ayuntamiento. Se trata de "marketing" estos días, ¿no es así?

Bella puede ser mayor, pero ciertamente no es tonta, eso es seguro.

—¿Crees que lo hará? —pregunto con curiosidad, siguiéndola hasta la cocina con una pila de platos sucios.

—Eso espero. Solo hemos tenido contacto con su asistente hasta ahora, pero por lo que he oído, parece estar bastante comprometido con la comunidad. Ansioso por hacer su parte por el pueblo y todo eso. Bueno, su familia es dueña de la mayor parte, así que tal vez lo ve como su deber señorial.

Me muerdo el labio mientras pongo los platos en el fregadero. No conozco a Jack Buchanan en absoluto, me doy cuenta. Cada vez que pienso que estoy empezando a entender su personalidad, hace algo que me sorprende. Es difícil imaginar al hombre que sacó de la carretera al autobús de Heather Bay y literalmente huyó de nuestra segunda cita queriendo "hacer su parte por el pueblo", por ejemplo, pero luego pienso en la calidez de su voz cuando hablaba de su abuelo, y en la forma en que sus mejillas se marcaban con hoyuelos cuando me sonreía, y de repente ya no estoy tan segura.

Es casi como si hubiera dos Jack Buchanan diferentes. Frunzo el ceño mientras reflexiono sobre esto. ¿Podría Jack tener un gemelo malvado, tal vez? Ciertamente explicaría los dos lados de su personalidad, eso es seguro.

—Deberías considerar unirme a nosotros, Emerald —está diciendo Bella ahora, y me encojo de hombros sin comprometerme mientras empiezo a lavar los platos. No tengo absolutamente ninguna intención de unirme a un comité cuyo único propósito es reiniciar el Día de Gala que inadvertidamente detuve hace más de una década. No quiero ni pensar en ello si puedo evitarlo. Y tampoco quiero pensar en Jack Buchanan. Voy a encerrar todos mis pensamientos sobre él, al

igual que lo que sea que Bella tiene en esa caja suya en la sala de estar. Luego voy a tirar la llave y no volver a pensar en ello nunca más.

Primero, sin embargo, voy a ver rápidamente si Bella tiene más de esos scones...

Capítulo 15

Había esperado que Frankie hubiera olvidado su amenaza de hacerme parte del equipo que limpiaría la casa de Jack Buchanan para su fiesta, pero no tengo suerte. A la mañana siguiente, está golpeando la puerta media hora antes de lo que esperaba, despertando a mamá, papá y Jude, quien inmediatamente destruye uno de los cojines favoritos de mamá en señal de protesta.

Frankie camina de un lado a otro por la cocina mientras me visto, tragando café como si fuera un sistema de soporte vital y preocupándose en voz alta por el trabajo que tenemos por delante. De hecho, sus niveles de estrés son tales que, para cuando bajo las escaleras, mamá está al borde de la histeria y Jude ha defecado en uno de los zapatos de papá.

Va a ser un día muy largo.

—¿Estás segura de que deberías llevar a Emerald, Frankie? —pregunta mamá, retorciéndose las manos ansiosamente mientras observa a Frankie dar vueltas. Una de las características más entrañables de mamá es su capacidad para absorber instantáneamente la ansiedad de otras personas, casi como si fuera suya. (—Soy una de esas empáticas —dice cada vez que la cuestionan al respecto—. Simplemente no puedo evitarlo). Tendrá que acostarse un rato en cuanto nos vayamos, puedo verlo venir—. Es un trabajo tan importante para ti, cariño. Solo me preocupa que...

Se interrumpe cuando papá le lanza una mirada de advertencia.

—Um, estoy justo aquí, ¿saben? —señalo, tratando de no ofenderme. Es decir, *sí* incendié el ayuntamiento, después de todo. No es como si su falta de fe en mí fuera *totalmente* injustificada. Sin embargo, no tiene nada de qué preocuparse hoy, porque de ninguna manera voy a entrar siquiera en la casa de Jack Buchanan, y mucho menos limpiarla. Es demasiado arriesgado, con

toda la situación de la "impostora" y todo eso. Por no hablar de la situación de "Enorme e inapropiado enamoramiento de un hombre que claramente me odia".

Lamentablemente, es demasiado tarde para fingir mi propia muerte —realmente desearía que Frankie me hubiera avisado con un poco más de antelación que hoy sería El Día, o lo habría *planeado*— pero *sí* puedo fingir un dolor de estómago bastante convincente. Por eso estoy actualmente doblada, sujetándome el estómago y...

—Oh, Dios mío, ¿qué es eso?

Me enderezo de repente al pisar algo húmedo y maloliente, que inmediatamente comienza a filtrarse a través de mi calcetín. Al otro lado de la habitación, Jude Paw me mira fijamente, sin parpadear.

—¿Qué es qué, Emerald? ¿Qué ha pasado ahora? —La ansiedad de mamá ha subido un nivel mientras se gira en mi dirección, y me doy cuenta de que no puedo aumentarla diciéndole que no me siento bien, así que, en su lugar, simplemente busco un trapo y limpio el desastre de Jude, optando por mantener un silencio digno mientras planeo la caída de ese pequeño peludo.

—¡Vamos, Emerald, vamos a llegar tarde!

Antes de darme cuenta, Frankie me está sacando apresuradamente de la casa y metiéndome en la furgoneta, mamá y papá nos despiden como si fuéramos a recibir un premio Nobel en lugar de simplemente limpiar la casa de alguien, y no tengo idea de cómo voy a salir de esto ahora que mi plan de "dolor de estómago" ha sido frustrado.

Ninguna.

Mi mente da vueltas mientras avanzamos por los caminos rurales que conectan la casa de mamá y papá con las enormes puertas que marcan la entrada a la Finca Buchanan.

—Anoche soñé que volvía a Manderley —suelto de repente, mientras la furgoneta de Frankie gira hacia el camino privado que conduce a la casa y comienza el recorrido de una milla a través del bosque hasta la mansión.

Frankie, sentada tensamente al volante, pone los ojos en blanco brevemente en mi dirección, pero no dice nada. Está más nerviosa de lo que la he visto nunca, pero aun así no es nada comparado con los nervios que siento yo misma. Sé que Frankie piensa que el futuro de su negocio depende de este trabajo, pero yo solo puedo *soñar* con tener un problema como ese. Mis problemas, sin embargo, no son del tipo "Construir un futuro financiero sólido", desafortunadamente. No, los míos son más bien del tipo "Ser atrapada en el acto de hacerse pasar por una completa desconocida", y, debido a ellos, estoy tan ansiosa que casi siento nostalgia por los días en que mi mayor problema era que mi ex novio me robara todo mi dinero.

Lo cual es *otro* problema que aún no he abordado, en realidad.

Creo... que voy a necesitar otra lista. O tal vez solo releer la original; no es como si hubiera logrado tachar alguno de los elementos de ella, después de todo.

El estrecho camino de entrada que serpentea hacia la casa obviamente ha sido cuidadosamente atendido desde la última vez que lo vi, pero todavía hay algo muy *Rebecca* en el lugar, y me estremezco incómodamente, esperando que no sea una señal de lo que está por venir. Ya he incendiado el ayuntamiento, después de todo; dadas las circunstancias, me sorprende que Frankie me deje siquiera acercarme a este lugar.

La Finca Buchanan —todavía no puedo obligarme a pensar en ella como "la casa de Jack"— se encuentra a orillas del Loch Keld, con su propia playa de guijarros y muelle para botes, además de acres de terreno circundante. Cuando el camino finalmente se abre en la entrada circular, me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración ante la primera vista de la casa, que siempre me ha parecido bastante mágica.

No es un castillo (O, al menos, no *creo* que lo sea. ¿Qué tiene que hacer una casa muy grande para ser considerada un castillo, me pregunto?), pero sí tiene un par de torres satisfactoriamente parecidas a las de un cuento de hadas; una corta y gorda sobre la entrada principal, y otra más alta y delgada a un lado, que supongo es donde Jack Buchanan mantendrá a su esposa loca.

—Pensé que estabas fingiendo estar en *Rebecca*, no en *Jane Eyre*

—¿Qué dices, Frankie? —dice Frankie cuando hago esta observación en voz alta.

—Creí que me estabas ignorando —le respondo, ambas acomodándonos en la suave discusión que siempre hemos usado para calmar nuestros nervios. De todos modos, Frankie se equivoca. Buchanan House no se parece realmente a Manderley *ni a* Thornfield Hall para mí. Es completamente única, como lo ha sido durante casi 200 años, y es casi imposible imaginarla como el verdadero *hogar* de alguien.

—¿Recuerdas cómo solías jurar que el lugar estaba embrujado? —dice Frankie, sonriéndome de repente.

—Solía *desear* que estuviera embrujado —la corrijo mientras salimos de la furgoneta—. Así podría tener una aventura al estilo Nancy Drew y resolver el misterio de la mansión encantada.

—Más bien Scooby-Doo, conociéndote —resopla Frankie, levantando la mano para alzar el enorme anillo de bronce en la puerta principal de la casa. Pero antes de que pueda llamar, la puerta se abre de golpe y nos encontramos frente a una mujer baja y regordeta de rostro amable, con gafas de estilo retro de ojos de gato, que inmediatamente codicio. Y

—Hola —dice cálidamente, abriendo la puerta para dejarnos entrar—. *Highland Maids*, ¿verdad? Adelante. Soy Elaine.

Me quedo congelada a mitad del umbral. Había notado que el coche de Jack no estaba estacionado en la entrada cuando llegamos, y había asumido que eso significaba que no estaba en casa. Sin embargo, me había olvidado de Elaine. Elaine, la asistente personal. Elaine, quien organizó la "cita" con Scarlett. Elaine, que conoce a Finn, que conoce a Scarlett. Scarlett, quien actualmente no conoce a *ninguna* de estas personas (excepto a Finn, aparentemente), debido al hecho de que fui yo quien terminó yendo a la cita en su lugar.

Ups.

—¿Vas a entrar?

Elaine me mira con curiosidad (a diferencia de Frankie, quien me lanza una mirada mucho menos educada detrás de la espalda de Elaine), y entro rápidamente al vestíbulo de la casa, que es apropiadamente vasto, con dos escaleras curvas que suben hasta el descansillo superior, donde me doy una sacudida rápida.

Esta Elaine puede haber organizado la cita de Jack con "Scarlett", pero es poco probable que él le haya contado mucho al respecto; quizás me equivoque, pero simplemente no parece el tipo de persona que cotillea con su personal alrededor del bebedero, de alguna manera, y no hay forma de que ella pueda saber que fui yo quien apareció en su lugar. Y si estoy en lo cierto de que él no está en casa esta mañana, entonces probablemente esté a salvo. Por ahora.

Respira, Emerald. Solo respira.

A pesar de mi advertencia a mí misma, sigo conteniendo la respiración mientras Elaine nos lleva a una oficina que se encuentra a un lado de la entrada, y charla con Frankie sobre la limpieza que haremos. Otras dos *Highland Maids* ya están allí esperándonos; un par de gemelas idénticas, a quienes Frankie presenta como Maya y Mirren, y me miran con sospecha todo el tiempo que Frankie y Elaine están hablando.

—Oh, no te preocupes por ellas —me dice Frankie mientras por fin salimos de la oficina, cada una sosteniendo nuestras respectivas aspiradoras, además de una pequeña cesta con otras herramientas de limpieza—. Solo están molestas porque querían que su hermana Mary tuviera este trabajo, pero te traje a ti en su lugar. ¡Las mejores amigas tenemos que mantenernos unidas!

Trago saliva mientras Maya, ¿o es Mirren?, se gira y me lanza lo que solo puede describirse como una mirada asesina. Me conmueve que Frankie me quisiera con ella para este trabajo; sé lo importante que es para ella. Sin embargo, también sé que Maya y Mirren probablemente nunca me perdonarán por usurpar a su querida hermana, así que me siento aliviada cuando Frankie

sugiere que nos separemos y limpiemos un ala de la casa cada una, antes de continuar. Al menos de esa manera no tendré que seguir dándome la vuelta para encontrar a las hermanas mirándome como las gemelas aterradoras de *El Resplandor*.

Realmente desearía no haber pensado en *El Resplandor* mientras arrastro a Bessie por lo que no puedo evitar pensar como La Gran Escalera, y sigo a Elaine por un largo pasillo que es mucho más *gótico* de lo que esperaba, de alguna manera.

Sin embargo, la habitación que Elaine me muestra es lo suficientemente inofensiva, con una cama con dosel en el centro y una ventana panorámica que da al lago. Es solo una habitación de invitados, pero tiene su propio baño en suite (—Todas las habitaciones lo tienen —me dice Elaine antes de irse—. El señor Buchanan insistió en ello) y es tan cómoda que casi le agradezco por dejarme entrar, antes de recordar que soy una limpiadora, no una invitada.

Imagina ser invitada en esta casa. Imagina vivir aquí.

No puedo permitirme hacer eso, sin embargo. Bueno, dado que la *última* vez que dejé volar mi imaginación en la casa de otra persona, terminé fingiendo ser la dueña, creo que es probablemente mejor si simplemente me concentro en el trabajo que tengo entre manos. Ya sabes, como una persona *normal*.

Así que me pongo los auriculares, selecciono mi lista de reproducción favorita y me pongo a trabajar, deteniéndome solo para quitarme la sudadera y atarla alrededor de mi cintura cuando tengo demasiado calor. Llevo una antigua camiseta negra debajo, en lugar del uniforme reglamentario, pero siempre que me vuelva a poner la sudadera antes de ver a Frankie de nuevo, no lo notará.

Me han asignado todos los dormitorios de esta planta, y de este lado de la escalera. Frankie se está encargando del otro ala, y las Hermanas de la Muerte están en el piso de arriba, probablemente clavando alfileres en un muñeco vudú pelirrojo o algo así mientras se ocupan de las habitaciones de allí. El trabajo no es exactamente agotador. Las habitaciones de mi ala de la casa son todas habitaciones de invitados desocupadas, lo que significa que ninguna de ellas necesita mucha limpieza. Termino rápidamente con las dos primeras antes de abrir la puerta de la última habitación, que se encuentra al final del pasillo.

Entonces me detengo en seco, sorprendida.

Esta habitación no está vacía.

De hecho, esta habitación claramente pertenece a alguien.

Y no necesito ser Nancy Drew —ni siquiera Scooby Doo— para averiguar quién es ese alguien.

Estoy de pie en el dormitorio de Jack Buchanan.

Capítulo 16

*N*o husmees, Emerald. Hagas lo que hagas, no husmees.

Durante un largo momento, me quedo allí en la entrada de la habitación, preguntándome qué demonios se supone que debo hacer ahora. De alguna manera, se siente incorrecto entrar; incómodamente intrusivo, de una forma que limpiar las otras habitaciones en este piso no lo fue.

Aunque, ninguna de las otras habitaciones era la de Jack, ¿verdad?

Desde la entrada, puedo ver casi toda la habitación, que ocupa la esquina completa de la casa, con un mirador que ocupa una gran sección de una pared, y otra ventana igualmente grande en el extremo opuesto. La cama es otra con dosel, vestida con sábanas impecables de calidad hotelera, y no puedo evitar notar que no parece que alguien haya dormido en ella.

¿Por qué la cama de Jack Buchanan no parece usada?

¿Dónde ha estado durmiendo, si no es en su cama?

¿Y por qué me importa, dado que la última vez que lo vi, se estaba marchando de nuestra "cita" sin mirar atrás?

La habitación frente a mí no proporciona respuestas a ninguna de estas preguntas. En realidad, no proporciona respuestas a *ninguna* pregunta que pueda tener sobre Jack, porque, aparte de la pila de revistas relacionadas con el whisky al lado de la cama, y una foto enmarcada de dos niños pequeños sentados junto a ellas, no hay absolutamente nada que distinga esta habitación de cualquiera de las otras que he limpiado esta mañana.

Está meticulosamente ordenada (podría haber adivinado que Jack Buchanan sería un maniático de la limpieza), pero totalmente desprovista de cualquier tipo de carácter, casi como una habitación de hotel. También se siente igual de temporal, de alguna manera; como si la persona que vive aquí supiera que no se quedará por mucho tiempo, así que ni siquiera se molestó en desempacar o sentirse como en casa.

Sin embargo, es su hogar, y eso es lo que me hace dudar en el umbral. Sé que Jack le indicó a Elaine que contratara una empresa de limpieza, así que presumiblemente sabía que su habitación sería limpiada junto con el resto de la casa. Aunque no sabía que yo sería quien lo haría, y ese pensamiento me hace sentir tan incómoda que cuando escucho el bajo murmullo de voces acercándose por el pasillo, casi me siento aliviada por la interrupción.

Luego miro alrededor para ver quién está hablando, y mis piernas casi ceden.

Jack Buchanan viene caminando hacia mí por el pasillo, acompañado por otro hombre, a quien no reconozco, pero, por Dios, que no sea el misterioso Finn McNeil; no estoy segura de que mis nervios puedan soportarlo.

—Dejé los papeles en mi habitación —escucho decir a Jack mientras los dos hombres se acercan—. Solo me tomará un segundo encontrarlos, luego podemos revisarlos juntos.

Está tan concentrado en su conversación que no ha mirado hacia arriba, y su compañero tampoco, así que aprovecho la oportunidad para cerrar silenciosamente la puerta frente a la que estoy parada y abrir la que está directamente detrás de mí, con la intención de entrar en cualquier habitación que sea hasta que Jack esté fuera de vista.

Es un buen plan, creo. Uno sólido. Podría haber funcionado totalmente.

Excepto que la "habitación" resulta ser un armario.

Y el armario resulta contener un lío enredado de escobas y trapeadores, y Dios sabe qué más.

Y el lío enredado está tan precariamente equilibrado dentro del armario que, tan pronto como abro la puerta, todo se viene abajo y cae justo encima de mi estúpida cabeza, con un ruido que suena un poco como me imagino que sonaría un deslizamiento de tierra si estuvieras parado justo frente a él.

Gah.

¿Supongo que Jack probablemente me ha notado, entonces?

—¿Emerald?

Sí. Atrapada.

—¿Emerald, eres tú? ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Me enderezo a regañadientes, permitiendo que los diversos cepillos y trapeadores que me cubren caigan ostentosamente al suelo. Estoy tan segura de que me van a gritar —Jack y Frankie una vez que él le cuente lo que he hecho— que casi tengo miedo de mirarlo a los ojos. Sin embargo, cuando lo hago, la expresión de Jack es más de confusión que de enojo, y siento una tenue chispa de esperanza en algún lugar de mi corazón que late frenéticamente.

—¿Quién, yo? —pregunto estúpidamente, como si posiblemente pudiera estar dirigiéndose a alguna *otra* Emerald, en lugar de la que está parada frente a él. Definitivamente soy yo, sin embargo, y la chispa de esperanza se extingue abruptamente cuando miro el desastre a mi alrededor, dándome cuenta de que realmente no hay manera de explicar lo que estaba haciendo en el armario de escobas de Jack Buchanan sin sonar absolutamente loca. Aun así, al menos todos los artículos de limpieza actualmente esparcidos por el suelo son un excelente camuflaje para Bessie y sus amigas, que no parecen fuera de lugar en medio del caos. Este es el tipo de pequeñas victorias por las que tienes que estar agradecida cuando eres yo.

—Lo siento, eh, creí que este era el baño —murmuro al fin, aferrándome a la primera excusa que se me viene a la mente, sabiendo incluso mientras la digo que simplemente no es lo suficientemente buena. Por una vez, sin embargo, parece que la suerte está de mi lado; el compañero de Jack está aclarándose la garganta y mirando ostensiblemente su reloj en un intento de apresurarlo, y, seamos honestos, cualquier cosa que ayude a distraerlo de mí en este momento tiene que ser una ventaja.

—¿El baño? No, está en la otra ala —dice vagamente, antes de volverse hacia el hombre a mi lado.

—Mira, ¿por qué no vuelves abajo? —sugiere, disculpándose—. Solo voy a coger los papeles de mi habitación y estaré contigo enseguida. Tú no, Emerald —añade con severidad, mientras me preparo para escabullirme, agradeciendo a mi suerte que al menos ya no llevo puesta la sudadera de *Highland Maids*. Eso habría sido bastante revelador, ¿no?

—No me has dicho qué estás haciendo aquí —continúa Jack, ajeno a mi necesidad de estar lo más lejos posible de este lugar—. Aquí, me refiero a mi casa. No aquí como en mi... lo que sea que haya en ese armario.

—Son productos de limpieza —ofrezco servicial—. Aunque probablemente deberías despejarlo un poco. Antes de que alguien se haga daño.

Me callo bajo la mirada de Jack, que definitivamente no es la mirada de un hombre que quiere hablar sobre su armario de escobas, sino más bien la de un hombre que se está quedando rápidamente sin paciencia con la mujer que acaba de encontrar saliendo a trompicones de él.

—Estoy aquí para... para hablarte sobre el Día de Gala de Heather Bay —digo, cuando de repente me llega la inspiración—. Sí, eso es, ¡el Día de Gala! Bella McGowan me envió. Conoces a Bella, por supuesto. *Todo el mundo* conoce a Bella. —La frente de Jack se arruga con confusión, pero continúo rápidamente antes de que pueda interrumpirme—. Ella es la presidenta del comité de Gala, y están buscando patrocinadores para poder volver a organizarlo, después de

que... bueno, después de que se detuviera por un tiempo. Pensó que podrías estar interesado. Ya sabes, como una forma de dar a conocer el nombre de la destilería. Y se enteró de que te conozco... bueno, más o menos... así que me pidió que viniera a hablarte sobre ello.

Hago una pausa para respirar, observando la línea en la frente de Jack para ver si se va a relajar lo suficiente como para que desaparezca, y luego resistiendo la tentación de estirarme para alisarla con mis dedos cuando no lo hace.

—Elaine me dejó entrar —añado, sinceramente, por una vez—. Aunque puedo salir sola. De hecho, lo haré ahora mismo...

Intento esquivarlo, pero él levanta una mano para detenerme. —El Día de Gala —dice, pensativo—. Creo que Elaine mencionó algo sobre eso. Es una especie de festival, ¿no? ¿Con un desfile?

—Y un montón de otras cosas también —digo con entusiasmo, aliviada de estar hablando de cualquier cosa que no sea lo que estoy haciendo en esta casa. Incluso el Día de Gala de Heather Bay —también conocido como mi propio Waterloo personal— es un cambio de tema bienvenido en este momento, lo cual ya es decir mucho—. Hay food trucks, por ejemplo, y muchos eventos diferentes; como bailes de las Highlands, concursos de repostería, y... —Me estrujo el cerebro, tratando de pensar en algo más interesante que las tres cosas que acabo de nombrar, pero sin éxito—. Oh, y normalmente también hay una feria, —añado—. Con una noria y... cosas. Es todo un acontecimiento en el pueblo, créeme. El evento de la temporada.

O al menos lo *era* hasta el año en que me involucré.

—¿No coronan también a una de las chicas del pueblo como reina o algo así? —pregunta Jack, de repente interesado—. De hecho, ¿no fue una de ellas...?

—No creo —digo bruscamente, interrumpiéndolo antes de que pueda seguir por esa línea de pensamiento—. En fin, como te decía, muchos de los negocios locales patrocinan varias partes del día, y Bella pensó que la destilería podría ser uno de ellos. Ayudaría al pueblo, y también ayudaría a la destilería a formar parte de la comunidad local. Bueno para tu marketing, ya sabes.

Estoy siendo Scarlett ahora mismo; canalizando su personalidad completamente imaginaria para reforzar mi confianza y sonar como si realmente supiera de lo que estoy hablando. Lo extraño es que, cuanto más dura esta conversación, más convencida estoy de que esto es realmente una buena idea. Jack obtendría publicidad para su negocio, Bella obtendría fondos para su Día de Gala. Y en cuanto a mí, mientras tanto, tendría la cálida y agradable sensación de saber que de alguna manera había ayudado a reconstruir lo que inadvertidamente había arruinado.

Oh, y también tal vez tendría la oportunidad de salir de esta casa sin que Jack o Frankie descubran que he estado haciéndome pasar por Scarlett Scott de vez en cuando.

Eso sí que sería un resultado.

Solo tengo que convencer a Jack; y sospecho que eso va a ser más fácil decirlo que hacerlo, porque él sigue ahí parado sin decir nada. No está exactamente frunciendo el ceño, pero definitivamente no está sonriendo, y, de repente, ya he tenido suficiente de esto. He tenido suficiente de andar de puntillas a su alrededor, sin saber nunca lo que está pensando, o cómo se siente. He tenido suficiente de preocuparme de que descubra que no soy Scarlett, y que el negocio de Frankie vaya a sufrir como resultado. Sobre todo, he tenido suficiente de preguntarme por qué me dejó sentada sola en su restaurante aquella noche, sin siquiera la cortesía de una explicación.

Pero no se lo voy a preguntar.

Vamos, no soy *tan* estúpida. Sé perfectamente que voy a tener suerte si salgo de esta casa sin que todos los que están en ella se enteren de mi engaño relacionado con Scarlett sin ir por ahí buscando una discusión.

En su lugar, voy a hacer algo aún peor. Voy a actuar un poco fría y distante.

Porque eso le demostraré.

—En fin —digo rígidamente, echándome el pelo hacia atrás por encima del hombro—. Eso es todo lo que tenía que decir. Esa es la razón por la que estaba aquí. Solo eso. No quiero entretenerte de tus asuntos tan importantes, así que me voy ya.

Y, con eso, me doy la vuelta y marchó decididamente por el pasillo.

Ni siquiera tropiezo mientras lo hago.

Capítulo 17

Vale, probablemente podría haberme ahorrado el movimiento de cabello. Eso fue *un poco* exagerado. Y, en lugar de salir inmediatamente de su casa con mi dignidad intacta, acabo de darme cuenta de que voy a tener que esconderme en otro armario o algo así hasta que Jack se vaya, para poder volver por Bessie. Pero, aparte de todo eso, estoy bastante impresionada con lo que acabo de hacer.

Me alejé.

No miré atrás.

De alguna manera logré mantener la boca cerrada y no meterme en problemas.

En *más* problemas, quiero decir.

—¡Emerald, espera!

La voz de Jack me detiene en seco y me giro para verlo caminando a zancadas por el pasillo hacia mí. Tiene la camisa abierta en el cuello, el ceño fruncido y una expresión oscura y pensativa que realmente no debería gustarme, pero que, sin embargo, me hace sentir un poco como una dama eduardiana a punto de alcanzar sus sales aromáticas.

Dios mío, esto es. Va a tomarme en sus brazos y besarme apasionadamente, aquí mismo en el pasillo. Luego me dirá que la razón por la que se fue fue porque no podía manejar la fuerza de sus sentimientos por mí, y luego él...

—Se te cayó esto.

Jack se detiene frente a mí y me entrega un plumero. Es de color naranja neón y nunca lo había visto en mi vida. Mi mejor suposición es que era uno de los objetos dentro del armario de la escoba que abrí por error, pero ¿por qué Jack pensaría que era mío? A menos que solo quisiera una excusa para seguir hablando conmigo. Lo cual... no. Eso es una locura.

¿No es así?

—Además, ¿por qué estás actuando tan raro? —dice, frunciendo el ceño de nuevo, pero esta vez con confusión en lugar de enojo—. ¿He hecho algo para ofenderte? Porque realmente me gustaría saberlo, si es así.

Hago una pausa, mirándolo pensativamente. No debería responder a esto, o al menos no honestamente. Nada bueno saldrá de ello. Lo sé. Y sin embargo... ¿realmente suena como si quisiera saber? ¿Casi como si... le importara?

Bueno. Esto es *inesperado*.

—Me... sentí un poco ofendida por la forma en que me dejaste plantada en ese restaurante —admito al fin, mirando mis zapatos—. Es decir, entiendo que no estás interesado en mí. Pero podrías haber sido un poco más amable al respecto, ¿sabes? Fue... fue *poco caballeroso* —añado, calentándome con el tema—. Incluso canallesco.

—¿Canallesco? —O me lo estoy imaginando, o la boca de Jack se está curvando hacia arriba en lo que pasa por una expresión de diversión para él. Lo cual, en realidad, demuestra mi punto.

—Sí, canallesco. ¿Algo que solo haría un absoluto *canalla*? Un caballero *nunca* trataría a una dama de una manera tan despreocupada, créeme.

De acuerdo, no tengo idea de por qué estoy hablando de repente como si estuviera en una novela de la Regencia. Esta casa, en todo su esplendor gótico, obviamente se me ha subido a la cabeza. O eso, o Frankie tiene razón, y realmente leo demasiadas novelas románticas. Cualquiera que sea la razón de mi desvío aleatorio hacia 'Heroína Despechada', sin embargo, ha ocurrido algo extraño como resultado; Jack está sonriendo de nuevo.

No sonriendo *propiamente*, entiéndase. Quiero decir, Colgate no va a llamarlo para protagonizar su próximo anuncio de pasta de dientes en el corto plazo. (Aunque sus dientes *son* hermosos, para ser justos. En las raras ocasiones en que realmente llegas a *verlos*.) Pero no hay duda; su boca está empezando a curvarse en las comisuras, y esos hoyuelos suyos han aparecido en sus mejillas, lo cual... *Por favor, Dios, no. No los hoyuelos. Puedo resistir cualquier cosa menos eso, lo juro.*

—Lo siento mucho —dice, haciendo un esfuerzo visible por poner cara seria—. No quise... solo... bueno, no *pensé*, es lo que estoy tratando de decir. Y debería haberlo hecho. Lo siento.

Debido a que soy una blanda, mi inclinación natural es simplemente aceptar este extraño intento de disculpa. Eso es lo que habría hecho si fuera Ben quien estuviera frente a mí, en lugar de Jack. Simplemente no habría valido la pena la discusión que habría surgido si lo hubiera desafiado, así que me habría echado atrás, solo para mantener la paz.

Pero Ben me dejó.

Y se llevó todo mi dinero.

Y se escapó a Los Ángeles con él.

Entonces, cuando realmente te detienes a pensarlo, *mantener la paz* no funcionó tan bien para mí con Ben, ¿verdad? Es decir, probablemente nunca voy a mirar atrás y decir: "Jesús, me alegro de no haber cuestionado nunca a ese novio mío cuando estaba actuando un poco sospechoso". Y no solo porque en realidad no hablo así.

En su lugar, entonces, decido probar algo nuevo.

¿Qué haría Scarlett?, me pregunto. ¿Cómo manejaría esta situación mi alter ego mucho más inteligente?

Con impertinencia, supongo. Pero impertinencia tranquila. Scarlett sería educada, claro, pero aun así defendería su posición. Y yo también lo haré.

—Agradezco la disculpa —digo fríamente—. Pero habría preferido que simplemente no te molestaras en invitarme a cenar si no podías soportar pasar más de unos minutos conmigo. Nos habría ahorrado a ambos muchos problemas. Así que, ya sabes, eh, no lo vuelvas a hacer.

Este es un discurso bastante largo para mí, aunque sea corto, y mi corazón late con adrenalina cuando llego al final, admitidamente bastante incómodo. Desesperadamente quiero irme ahora, pero Jack da un paso adelante, con todos los rastros de diversión ahora totalmente desaparecidos de su rostro.

—¿Eso es lo que pensaste? —dice suavemente, parado tan cerca que puedo oler su costosa colonia—. ¿Que no soportaba pasar tiempo contigo? Emerald, lo has entendido todo mal. Recibí un mensaje de mi gerente de destilería mientras cenábamos. Había un problema con uno de los alambiques de whisky, uno bastante serio. Pensé que podría manejarlo, pero se salió de control y terminamos teniendo que llamar a los bomberos. Fue... bueno, fue toda una noche. Y debería haberte llamado después para explicarte, pero ha sido una locura, ¿sabes? Hemos tenido que lidiar con la compañía de seguros, la policía...

Hace una pausa para pasarse una mano exasperada por su pelo al estilo James Dean, y noto el vendaje que la envuelve.

Oh. Mierda.

—¿La policía? ¿Quieres decir que el joven Dougie ha tenido que trabajar un miércoles?

Estoy usando el humor para ocultar el hecho de que estoy confundida como el demonio ahora mismo. Es lo que hago. Frankie dice que es mi cualidad tóxica. Probablemente tenga razón. Afortunadamente para mí, sin embargo, Jack no *entiende* realmente el humor. ¿O quizás simplemente no tiene idea de quién es el joven Dougie?

—No —dice, frunciendo el ceño de nuevo—. Enviaron a alguien desde Glasgow. No creo que su nombre fuera Dougie, era Dylan algo.

—Entonces, supongo que debe haber sido realmente serio, ¿no? Si enviaron a alguien desde tan lejos. ¿Así es como te lastimaste la mano?

Sostiene sus dedos vendados frente a su rostro y los mira como si los viera por primera vez.

—Oh... sí —dice, bajándola de nuevo—. No te preocupes, parece peor de lo que es. Estaré bien.

Lo dudo, de alguna manera. Por primera vez desde que empezamos a hablar, noto que Jack se ve cansado. No lo había notado antes, porque es el tipo de hombre que luce bien el "cansancio". Pero hay leves círculos bajo sus ojos, y si mamá pusiera sus manos sobre él, tendría un plato de pollo sospechosamente verde frente a él antes de que supiera qué había pasado.

Yo, mientras tanto, solo me siento como una mierda. Él ha estado *literalmente* apagando incendios en su destilería, haciendo todo lo posible por salvar su negocio y lastimándose en el proceso, y yo, mientras tanto, he estado haciendo que su silencio fuera todo sobre *mí*. ¿Por qué dejó nuestra cita? ¿Por qué no me ha llamado? ¿Por qué no me quiereee? Soy como Taylor Swift en su era *Red*, y, sin ofender a Taylor, pero no estoy orgullosa.

—¿Está todo bien ahora? —pregunto tentativamente, sintiendo que no tengo derecho ni siquiera a preguntar.

—Más o menos. —Jack se frota los ojos con la mano no lesionada—. La destilería está funcionando normalmente de nuevo, sí. Pero aún no sabemos cómo sucedió, y la policía cree que es sospechoso. Piensan que el alambique podría haber sido manipulado deliberadamente, y yo solo... Lo siento, no quiero agobiarte con todo esto. Estoy seguro de que tienes cosas mucho más importantes en qué pensar.

—En realidad no —digo con sinceridad, agradecida de que no sepa que lo único en lo que tengo que pensar es en el hecho de que realmente debería estar limpiando su habitación ahora mismo, y Frankie se pondrá furiosa si se entera de que no lo hice—. Y esto suena bastante importante. Ojalá lo hubiera sabido. Tal vez podría haber ayudado.

No podría haberlo hecho, obviamente. Todo lo que sé sobre el whisky y su elaboración cabría en el reverso de un... no existe un objeto lo suficientemente pequeño para que pueda terminar esta comparación. Pero la media sonrisa de Jack ha vuelto, y nunca me he sentido más aliviada. Al mismo tiempo, sin embargo, hay una preocupación molesta pinchando en el fondo de mi mente. Algo en lo que realmente no quiero pensar, pero tengo que hacerlo.

McTavish.

¿No pensé que vi a McTavish esa noche en la destilería? ¿Podría él haber...?

No. No, absolutamente no. Sé que McTavish probablemente aún guarda un cariño por mí, pero no haría algo así. ¿O sí?

Sacudo la cabeza bruscamente, como para librarme de este pensamiento incómodo.

—Eso no justifica mi... comportamiento de patán... contigo, sin embargo —está diciendo Jack ahora, mirándome con una intensidad que hace que mi estómago dé un vuelco—. De verdad lo siento, Emerald. Simplemente entré en pánico y corrí a la destilería. Al menos debería haberte explicado.

—No, no, está bien —digo, nerviosa. Puedo sentir un sonrojo subiendo por mis mejillas, y realmente necesito que esta conversación termine antes de que pueda apoderarse de todo mi cuerpo—. De verdad. No debería haber dicho nada. No es tu culpa. Estaba siendo estúpida. Normalmente lo soy.

—No creo que seas estúpida —dice Jack—. Torpe, tal vez. —Señala el desastre de equipos de limpieza esparcidos a nuestro alrededor—. Pero no estúpida.

Está parado tan cerca de mí ahora que si yo fuera cualquier otra persona que no soy yo, realmente pensaría que está a punto de besarme. En cambio, simplemente sigue ahí parado. No hay absolutamente nada en su comportamiento que justifique la forma en que mi corazón ha comenzado a latir, pero me encuentro tomando una respiración profunda de todos modos, para ralentizarlo.

—Emerald, yo... no soy muy bueno con la gente —dice Jack al fin, como si yo no lo hubiera descubierto por mí misma—. Para ser honesto, no me agradan muchas personas. Trabajo demasiado. No siempre pienso en cómo puedo parecer ante los demás. Pero no soy la persona que parece creer que soy. Puede que no sea perfecto, pero no soy un... un *patán*.

—Yo tampoco soy la persona que crees que soy —admito con pesar, preguntándome qué diría si supiera exactamente cuán cierta es esa afirmación—. De verdad que no. No tienes idea, en serio.

Jack me mira con curiosidad. Estamos tan cerca ahora que puedo ver la barba incipiente que ya está empezando a aparecer en su mandíbula. Soy dolorosamente consciente del plumero que estoy sosteniendo como si fuera una batuta y estuviera a punto de dirigir una orquesta con él. Llámame loca, pero este *no* parece ser un buen momento para revelar mi verdadera identidad por alguna razón.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer al respecto?

La expresión de Jack sigue siendo seria, pero su mejilla derecha está empezando a formar un hoyuelo, y ya siento que conozco esa mirada. Es la mirada de un hombre que está empezando a ablandarse. De hecho, si no lo conociera mejor, diría que es la mirada de un hombre que podría realmente *gustar*

mí, y si esa no es una razón suficientemente buena para mantener la boca cerrada —por ahora, al menos—, entonces no sé qué lo sería.

—¿Hacer qué?

Creo *que sé* a qué se refiere, pero, solo para estar segura y evitar más confusiones entre nosotros, voy a hacer que lo explique claramente.

—Bueno —dice, su hoyuelo haciéndose más profundo mientras empieza a sonreír—, parece que necesitamos conocernos un poco mejor, ¿no crees?

Maldita sea. ¿Por qué tiene que hacerme tan difícil odiarlo?

—Me gustaría eso —digo tímidamente—. Bueno, quiero decir, me gustaría conocerte *a ti* un poco mejor, al menos.

No puedo dejar que me conozcas a mí mejor, porque entonces descubrirás que no soy quien crees que soy. Y probablemente nunca me lo perdonarás.

—¿Qué te gustaría saber? —pregunta suavemente, mirándome de una manera que casi hace que se me caiga el plumero.

Hay tantas cosas que quiero saber sobre este hombre. Como por qué está hablando conmigo ahora mismo, por ejemplo, después de que le escupí whisky encima y luego lo acusé de ser un Cadd. O quiénes son los niños pequeños en la foto de su habitación. O qué piensa *él* que sucedió en el Incidente del Paso Dyatlov. Pero sobre todo, quiero saber si realmente *está* pensando en besarme, o si solo me lo estoy imaginando. En balance, creo que esa sería la pregunta más importante en mi mente ahora mismo.

—¿Tienes una esposa loca encerrada en el ático? —suelto en su lugar.

Muy bien, eso es todo, renuncio a hablar por Cuaresma. Y luego por la eternidad.

—¿Una... esposa loca?

Es un mérito suyo que realmente finja tomar esta pregunta en serio, mientras yo busco frenéticamente una manera de retroceder en el tiempo y no hacerla.

—O cualquier esposa —añado apresuradamente—. No tiene que ser loca, obviamente. Solo quiero decir, ¿tienes a alguien en el ático? ¡No! ¡No en el ático! Olvida el ático. No sé por qué dije eso. Solo quería saber...

—Emerald...

Ahora está parado muy cerca. Tan cerca que de repente soy muy consciente de su altura, y de lo pequeña que me siento en comparación; lo cual es inusual para mí, porque mido 1,73 m descalza. Sin romper el contacto visual que se ha convertido en lo más importante de mi universo, lentamente me levanto sobre las puntas de los pies hasta que nuestras caras están al mismo nivel.

Hasta que nuestras bocas están al mismo nivel.

—Emerald, ¿estás tratando de preguntarme si hay alguien más? —pregunta, sus labios casi rozando los míos mientras habla.

Recordando mi resolución de no volver a hablar nunca más, solo asiento en silencio, esperando que el pequeño movimiento no rompa el hechizo que nos envuelve a ambos.

—Bueno, no la hay —dice, con voz baja—. No hay nadie más. Ni esposas locas. Ni cuerdas, tampoco. Y en realidad no sé qué hay en el ático, para ser honesto, pero estoy bastante seguro de que solo serán más de estos.

Toma el plumero de mi mano y lo deja caer al suelo. Nunca antes un humilde implemento de limpieza había tenido tanto significado. O se había sentido tan *romántico*.

Con mis manos repentinamente libres, descubro que no sé qué hacer con ellas, hasta que Jack alcanza mi cintura, y mis brazos se elevan como si hubieran sido programados, enroscándose alrededor de su cuello. Puedo oler el dulce y almizclado aroma de su piel, y lo respiro, sintiéndolo subir a mi cabeza como burbujas de champán mientras los labios de Jack se ciernen sobre los míos.

No es un beso.

Es un *casi*-beso. Un toque ligero como una pluma; tan ligero que apenas tengo tiempo de registrarlo antes de que termine. Dura un nanosegundo, y sin embargo todavía puedo sentirlo en mis labios como un tatuaje, incluso cuando Jack se aparta bruscamente, su cabeza girando en respuesta a algún sonido detrás de nosotros.

¿Eso realmente sucedió? ¿O solo me lo imaginé? Y si lo hice, ¿hay alguna posibilidad de que pueda imaginarlo de nuevo, me pregunto?

Mi corazón late frenéticamente en mi pecho mientras espero sin aliento a que se vuelva hacia mí. Pero de repente otra voz se filtra por las escaleras, la razón por la que nuestro casi-beso terminó antes de siquiera haber comenzado.

—¿Buchanan? ¿Vas a bajar, o tengo que ir a buscarte?

Es el hombre que vi con Jack antes, llamando desde la mitad de las escaleras, y acaba de moverse suavemente al primer lugar justo en la cima de mi lista de enemigos.

No. No, no, no, no, no.

Esto no puede estar pasando.

Jack gime mientras me suelta a regañadientes, y yo salgo de sus brazos, sintiéndome como una niña a la que le han ofrecido un helado, solo para que se lo arrebaten en el último segundo.

No es justo.

Jack y yo nos miramos torpemente, ambos tratando de volver a ser las personas que éramos hace unos minutos antes de... bueno, antes de lo que fuera *eso*.

—Lo siento mucho —dice al fin, pasándose una mano exasperada por el pelo, que se pone en alerta bajo ella—. Ese es mi *mánager* de relaciones públicas, John. Me están llamando lejos de ti otra vez. ¿Continuará, sin embargo? —sugiere, con ojos esperanzados—. ¿Te llamo? Si me lo permites.

—Claro.

De alguna manera logro decirlo como si hubiéramos estado aquí teniendo una conversación totalmente normal, y *ni remotamente* a punto de besarnos.

Pero *estábamos* a punto de besarnos. Estoy segura de ello. Y ni siquiera el Molesto John, el Hombre de Relaciones Públicas, puede quitarme ese precioso pequeño hecho.

Me agacho y recojo el plumero. Rebota alegremente en mi mano mientras Jack vuelve corriendo a su habitación y sale de nuevo con un montón de papeles, que se lleva hacia la escalera.

—Busca a Elaine antes de irte —grita por encima del hombro—. Si le das algunos detalles de esa cosa de la Gala, les echaré un vistazo en cuanto tenga la oportunidad.

—Claro —digo de nuevo, sabiendo con certeza que definitivamente no haré esto—. No hay problema.

Jack sonrío otra vez y luego se va, dejándome allí parada abrazando el plumero de neón como si fuera mi primogénito y sintiéndome como Cenicienta cuando descubre que *sí* irá al baile después de todo.

Y entonces, al igual que a Cenicienta, todo se desmorona.

—Perdón por eso.

La voz de Jack sube por las escaleras hasta donde estoy parada, justo a la izquierda de la enorme escalinata por la que bajó para encontrarse con su gerente de relaciones públicas. No puedo verlo, pero puedo oírlo si escucho atentamente, y me acerco un poco más, incapaz de contenerme.

—Solo un poco de negocio que tenía que atender —le dice Jack a su compañero invisible—. Tardó más de lo que esperaba.

¿Soy "solo un poco de negocio"? ¿Es eso realmente lo que está llamando a lo que casi pasó entre nosotros?

—No te preocupes —oigo decir al otro hombre—. ¿Era esa la periodista que mencionaste? ¿Scarlett algo? ¿La que se supone que escribirá un reportaje sobre la destilería?

—Se supone —viene la respuesta de Jack—. No estoy seguro de si lo hará todavía. No empezamos con el mejor pie, realmente. Aunque espero que aún lo haga. Estoy trabajando en ello.

—Me lo imagino —dice el hombre, con una risa lasciva. Me lo imagino sudando ligeramente en un traje de poliéster; el tipo de hombre que llama a las mujeres "pajaritas" y desea que los periódicos no hubieran eliminado a las chicas de la página 3 con los pechos al aire—. ¿Le estás dando un poco del viejo encanto Buchanan, eh? Bueno, tengo que admitirlo; siempre te funciona.

Las voces se alejan ahora, mientras continúan bajando las escaleras, así que no alcanzo a escuchar la respuesta de Jack. Aunque no necesito hacerlo. Ya he oído más que suficiente.

Mis piernas tiemblan ligeramente mientras me giro para volver con Bessie. Creo que podría vomitar, en realidad.

"La periodista".

Scarlett es una periodista.

Lo que significa que Jack piensa que yo soy una periodista, una a la que tiene que mantener contenta para que escriba una buena reseña de su destilería.

"Un poco del viejo encanto Buchanan".

Hay una fina capa de sudor en mi frente, y es difícil decir si el latido en mi pecho es de ira o de dolor. Entonces recuerdo la otra cosa que dijo el tipo de relaciones públicas, sobre cómo su supuesto "encanto" nunca le había fallado a Jack antes.

Es ira. ¿Cómo se atreve a jugar conmigo así, fingiendo que le gustaba, llevándome a "citas", cuando todo el tiempo solo estaba tratando de convencerme de que escribiera sobre él?

¿Qué es él? ¿Una especie de playboy enfermo, que solo usa a las mujeres para conseguir lo que quiere?

Recojo mecánicamente las cosas de limpieza que aún están esparcidas por el suelo, mi corazón contrayéndose dolorosamente mientras guardo cuidadosamente el plumero de neón de vuelta en su armario, recordando la forma en que lo arrojó a un lado antes de atraerme hacia él.

No, espera: el sentimiento en mi pecho es dolor. Definitivamente es dolor. Y lo sé, porque esto se siente completamente diferente a cuando Ben me dejó. Eso fue solo un shock. Esto es realmente *doloroso*.

¿Cómo puede un hombre al que ni siquiera he besado ser capaz de hacerme sentir como si necesitara irme a casa y encender mi lista de reproducción de 'canciones de ruptura'? ¿Qué demonios me pasa?

—No puedo creer que caí en eso, Bessie —digo con tristeza, mientras desenchufo la aspiradora y enrolló el cable—. No puedo creer que realmente pensé que podría gustarle.

Sorbo ruidosamente, deseando que Bessie cobrara vida y me diera un abrazo. Entonces se me ocurre otro pensamiento; uno que vuelve a encender el interruptor de la ira.

No fue una "cita".

Ninguno de mis encuentros con Jack Buchanan fueron "citas". Fueron reuniones de negocios. Diseñadas para endulzarme a mí —Scarlett— y persuadirme a mí —Scarlett— de escribir una brillante reseña del whisky de Jack.

Lo que significa que Jack tenía toda la razón en lo que me dijo: resulta que realmente *no es* el hombre que yo pensaba que era. Y eso significa que no tiene absolutamente ningún derecho a molestarse cuando descubra que yo no soy quien él pensaba que yo era tampoco.

Capítulo 18

A la mañana siguiente es mi día libre del trabajo, así que tan pronto como me despierto, saco mi portátil y escribo el nombre de Scarlett en el buscador.

Efectivamente, ahí está todo frente a mí: Scarlett Scott, escritora de comida y bebidas para la revista *Culture Focus*, especializada en reseñas de restaurantes y... whisky.

Por supuesto que la mujer a quien he estado fingiendo ser sería una experta en la única cosa que no puedo soportar.

No sé por qué no se me ocurrió buscarla antes; supongo que porque habría arruinado la feliz fantasía que tenía sobre ella y su vida, que también era *mi* vida mientras fingía ser ella. No hay nada como una pizca de realidad para arruinar tu día, ¿verdad?

Ahora que he buscado a la verdadera Scarlett, sin embargo, todo de repente tiene mucho más sentido. Como la pila de revistas junto a la cama de Jack, por ejemplo; la revista de Scarlett, que él debe haber estado leyendo para poder hablar con ella sobre su trabajo. Solo que nunca llegó a hacerlo porque en lugar de *reseñar* su whisky, ella simplemente lo escupió todo sobre él, ¿no es así? Y por "ella" me refiero a mí, obviamente. Yo hice eso. Accidentalmente, por supuesto, pero aun así, este es un desastre monumental, incluso para mis estándares.

—Dios mío, ¿qué voy a hacer?

Aparto el portátil y miro fijamente a Jude Paw, que está tumbado a los pies de mi cama, claramente ofendido por mi presencia en su lugar favorito para dormir. Incluso él, sin embargo, puede darse cuenta de que este no es el momento para meterse conmigo, así que se levanta y se acerca a regañadientes para poner su cabeza en mi regazo.

—¿Qué voy a hacer, Jude? —repito, acariciando sus sedosas orejas—. Dijo que me llamaría. ¿Y si lo hace? ¿Contesto? ¿Lo ignoro? ¿Y si me pide verme? ¿Voy? ¿No voy? ¿Le digo que no

soy Scarlett? Porque solo me va a llamar porque cree que soy ella, y que voy a escribir un artículo sobre su estúpida destilería, ¿verdad?

Jude me mira con disgusto, como si ya se estuviera arrepintiendo de su rara muestra de tolerancia hacia mí.

—¿Emerald? ¿Estás ahí arriba?

Me quedo paralizada de horror cuando la voz de mamá se cuela por las escaleras. He estado haciendo todo lo posible por evitarla durante los últimos días, porque no deja de preguntarme sobre Ben, el estado de ruina financiera en el que me ha dejado y qué pienso hacer al respecto.

—Vigilar cada moneda hace que la moneda vigile el banco, Emerald —me dijo cuando me pilló escabulléndome a la cama anoche. Y, vale, puede que no tenga ni idea de lo que quiso decir con eso, pero *sí* sé que no va a dejar pasar esto hasta que Ben haya sido llevado ante la justicia, como ella dice. Lo cual es un problema, porque mi ex inútil y el dinero que me robó es lo último en lo que quiero pensar. Mamá está más interesada en Ben ahora mismo de lo que yo lo estuve jamás, y su insistencia en que Haga Algo al respecto es, francamente, agotadora.

Sé que tiene razón, sin embargo. Sé que necesito desesperadamente Hacer Algo respecto a Ben y mi dinero desaparecido, y lo haré. De verdad que lo haré. Solo que lo haré mañana, eso es todo. Por ahora, realmente necesito despejar mi mente, así que salto de la cama, cojo algo de ropa de mi guardarropa del suelo, y bajo las escaleras, con Jude Paw pisándome los talones.

—¡Solo voy a sacar al perro a pasear! —le grito alegremente a mamá al pasar por la puerta de la cocina, sin darle oportunidad de responder. Luego agarro la correa de Jude, la engancho rápidamente a su collar, y salgo por la puerta en dirección al lago antes de que ella tenga la oportunidad de detenerme.

Mi plan improvisado es dirigirme a mi lugar habitual y apartado junto al agua, donde puedo sentarme y mirar melancólicamente las olas hasta que todo empiece a tener sentido de nuevo. Sin embargo, no he dado más que unos pocos pasos antes de darme cuenta del fallo en este plan: Jude Paw, quien *no* es precisamente un fan de los paseos, al parecer.

—¿Estás seguro de que eres siquiera un perro? —le pregunto con impaciencia mientras camina delicadamente sobre la hierba empapada de rocío fuera de la cabaña, pareciendo totalmente disgustado de estar aquí—. ¿No se supone que a ustedes les gusta esto?

Jude simplemente me fulmina con la mirada, luego se sienta y se niega a dar otro paso hasta que finalmente me rindo y lo levanto. Metiéndolo bajo mi brazo, como si fuera un pequeño y peludo bolso de mano, camino decididamente colina abajo hacia el agua. No hay forma de que vaya hasta mi lugar favorito con las patas delgadas del perro clavándose en mis costados así, por

lo que, en su lugar, me dirijo a la parte más cercana de la orilla, donde hay un pequeño grupo de cisnes absurdamente grandes que, al mirarlos más de cerca, resultan ser hidropedales con forma de cisne.

Vale. Esto es nuevo.

Ahogo un suspiro de fastidio mientras me dejo caer en la hierba alta junto al lago, colocando a Jude Paw a mi lado. Los hidropedales están amarrados en el agua, presumiblemente esperando a que algún turista desprevenido pague de más por un paseo en uno, y aunque no hay nadie alrededor tan temprano en la mañana, tengo el horrible presentimiento de que no pasará mucho tiempo antes de que alguien aparezca para interrumpir la soledad y evitar que me regodee en mi miseria, como había planeado.

En efecto, solo he estado analizando mi casi beso con Jack ayer durante unos diez minutos, cuando el crujido de pasos en la orilla pedregosa del lago me alerta del hecho de que no estoy sola. Irritada, me doy la vuelta justo a tiempo para ver...

No.

No puede ser.

Realmente *no puede* ser.

Aunque lo es.

Jack Buchanan viene caminando por la orilla hacia mí, con los ojos fijos en el teléfono que tiene en la mano. Lleva puestos unos pantalones deportivos y una camiseta —una camiseta que, no puedo evitar notar, se adhiere a unos músculos espectacularmente definidos— y tiene una sudadera atada a la cintura. Supongo que ha salido a correr por la mañana. Lo cual, casualmente, lo ha traído directo a mi camino.

Otra vez.

Mierda, mierda, mierda.

No puedo dejar que me vea. *No puedo* permitir que me vea hasta que haya tenido la oportunidad de pensar qué demonios voy a decirle cuando finalmente reúna el valor para hablarle. Y también porque estoy *abochornada*; es decir, seamos sinceros. La última vez que lo vi, estaba agarrando un plumero y llamándolo sinvergüenza por huir de nuestra "cita"... que en realidad resultó ser solo una reunión de negocios. O una entrevista para una revista. Lo que sea.

Independientemente de lo que fuera, el hecho de que luego procediera a prácticamente lanzarme sobre él significa que Jack ahora sabe que me gusta. *Tiene que* saberlo. Y, por lo que le dijo a su amigo en las escaleras, está dispuesto a engatusarme para obtener su preciada cobertura de prensa. Lo que en realidad sí lo convierte en un sinvergüenza después de todo, ¿no?

Sin embargo, no voy a volver a discutir eso con él. No, esta vez *realmente* mantendré mi dignidad intacta frente a Jack Buchanan, y lo voy a hacer... subiéndome a este pedal con forma de cisne y esperando que no me vea ahí.

Sí.

Eso servirá.

Aprovechando que Jack aún parece estar pegado a su teléfono, rápidamente pongo a Jude Paw bajo mi brazo y me pongo de pie en silencio. Cruzar la playa de guijarros sin hacer ruido —y con un caniche de juguete apretado contra mi pecho— es un poco complicado, claro, pero de alguna manera lo logro, antes de apretar los dientes y vadear hasta el pedal más cercano, sin dejar de vigilar a Jack con un ojo.

El agua está helada; es del tipo de frío que hace que tu corazón se te suba a la garganta, como si estuviera tratando de escapar del dolor en tus piernas. Todavía llevo puestas mis zapatillas deportivas, y no hay tiempo para quitármelas, así que chapoteo lo más silenciosamente que puedo por el agua poco profunda, antes de subirme agradecida al pedal, donde me agacho en el asiento, agradecida por las enormes "alas" a cada lado, que espero me oculten completamente de la vista.

—¿Emerald?

O, bueno, *tal vez no*.

Contengo la respiración mientras me agacho más en el bote, esperando que piense que se equivocó y que en realidad no hay nadie aquí. Si me quedo *muy* callada...

—¡GUAU!

Con un traqueteo de patas sobre el plástico, Jude Paw salta al asiento a mi lado y comienza a ladrar como un loco. Esta es la última vez que intento llevarlo a algún lado, lo juro.

Arriesgándome a echar un vistazo rápido por encima de las alas del cisne, veo a Jack parado en la orilla, casi a mi altura, con la mano sombreando sus ojos mientras mira en mi dirección. Rápidamente me agacho de nuevo en el asiento, pero es demasiado tarde; incluso si no me hubiera visto, no hay manera de que no haya notado a Jude, cuyos ladridos han alcanzado ahora un crescendo. Bueno, no hay nada que hacer; cuadrando los hombros con determinación, me siento y, sin mirar hacia la orilla, coloco mis pies en los pedales frente a mí.

Es bastante fácil alcanzar el costado del pedal para desatarlo de la boya a la que está amarrado, y, tan pronto como lo hago, presiono con fuerza los pedales, impulsándonos a mí, a Jude y a nuestro gigantesco cisne hacia el centro del lago.

—¡Emerald, espera!

Puedo oír a Jack llamándome por mi nombre, y vagamente me doy cuenta de que, incluso si logro salir de esta sin tener que enfrentarlo, probablemente voy a ser arrestada por robo de pedal ahora. Lo cual realmente no es algo que alguna vez esperé tener que añadir a mi lista de Cosas de las que Preocuparme.

Esto no es bueno.

Esto *realmente* no es bueno.

De hecho, no creo que "catástrofe" sea una palabra demasiado fuerte para lo que está sucediendo actualmente en este lago, y si tú crees que sí, bueno, solo puedo asumir que nunca has intentado secuestrar a un caniche mientras estás sentada en la parte trasera de un cisne sobredimensionado, ¿verdad? Y qué bueno por ti, si es así.

Para el observador casual, probablemente parezco completamente *loca* ahora mismo. Sin embargo, el observador casual no sabe hasta qué extremos estoy dispuesta a llegar para evitar a Jack Buchanan; o cuán humillada me siento cada vez que pienso en él.

El recuerdo de lo que pasó —o *no pasó*— en su casa ayer me ayuda a seguir adelante, y, en unos minutos, me doy cuenta de que he avanzado bastante. Nunca voy a llegar hasta el centro del lago —es demasiado ancho para eso— pero seguramente estoy a una buena distancia de Jack ahora, así que me permito hacer una pausa por un momento para recuperar el aliento.

El pedal se balancea peligrosamente de lado a lado cuando nos detenemos, haciendo que Jude finalmente deje de ladrar mientras se apresura a subirse a mi regazo. Mientras el ruido disminuye, me arriesgo a echar un vistazo rápido hacia la orilla y, sí, Jack sigue allí, y todavía me está saludando con tanto entusiasmo que ya no puedo seguir fingiendo que no lo he visto sin parecer aún más extraña de lo que ya parezco.

¿Por qué a mí, Dios? ¿Por qué siempre me pasan estas cosas a mí?

Por suerte para mí, estoy lo suficientemente lejos de él como para no tener que *hablarle* realmente, así que hago todo lo posible por fingir una mirada de sorpresa mientras levanto el brazo y le devuelvo el saludo, con lo que espero sea mi mejor expresión de «¡Vaya, cielos, no te había visto ahí!».

Y ese, naturalmente, es el momento exacto que Jude Paw elige para lanzarse de cabeza a las heladas aguas del lago Keld.

Capítulo 19

No tengo ni idea de por qué lo hizo.

Dios sabe que Jude nunca ha sido el animal más activo, ni siquiera en sus mejores momentos. De hecho, mamá estaba hablando la semana pasada sobre cómo le gustaría conseguir uno de esos "carritos para perros" para poder pasearlo como si fuera un bebé. Pero considerando que el tonto animal ni siquiera quería caminar sobre la hierba mojada esta mañana, por qué de repente decidió ir a nadar está completamente fuera de mi comprensión.

No es que tenga mucho tiempo para reflexionar sobre ello, claro. Jude cae al agua con un aullido de arrepentimiento e inmediatamente se hunde, antes de salir a la superficie un momento después, con los ojos casi saliéndose de su cabeza por el shock.

No lo pensaste bien, ¿verdad, Paw?

Incluso en verano, el agua del lago está helada, con corrientes anormalmente fuertes que pueden arrastrar a una persona antes de que se dé cuenta de lo que ha pasado. Para un perro tan pequeño como Jude Paw, eso va a suceder aún más rápido de lo normal, así que antes de que tenga la oportunidad de pensar en lo que estoy haciendo, me pongo de pie y me lanzo tras él.

El agua está tan fría que me deja sin aliento. Literalmente, quiero decir. Durante un momento interminable, el aire es expulsado de mi cuerpo y el tiempo parece detenerse.

¿Acaso mi vida está a punto de pasar frente a mis ojos? Porque si es así, se va a parecer un poco a uno de esos videos de "tomas graciosas", y no tengo particular interés en verlo.

Puede que haya estado viviendo en Londres durante los últimos diez años, pero no creces en las Highlands sin saber que el shock por agua fría puede matarte, y aunque soy una nadadora bastante fuerte, para cuando alcanzo a Jude y lo agarro, estoy empezando a entrar en pánico.

Al girarme hacia el pedal, veo que ya está mucho más lejos de lo que pensaba, y empiezo a remar frenéticamente hacia él con una mano, mientras que con la otra sostengo a Jude Paw

contra mi pecho. No hay tiempo para pensar en lo que está sucediendo. Todo lo que puedo hacer es nadar por mi vida, y solo logro mantener la calma porque me niego rotundamente a creer que esto me esté pasando a mí.

Sé lo peligroso que puede ser el lago. Sé con qué facilidad puede vencer incluso a los nadadores más fuertes; por eso McTavish y yo solíamos escabullirnos aquí de niños para practicar cómo "salvarnos" mutuamente, por si alguna vez lo necesitábamos. Mientras lucho contra la corriente, me esfuerzo desesperadamente por recordar algunos de los consejos de McTavish sobre el tema, pero, molestamente, todo lo que me viene a la mente es: "A buen entendedor, pocas palabras bastan", y no *creo* que eso tenga algo que ver con la seguridad en el agua.

Mi respiración ahora viene en jadeos cortos y entrecortados. Mis pulmones se sienten como si estuvieran llenos de hielo, y aunque todavía estoy haciendo todo lo posible por impulsarme hacia adelante, mis brazos y piernas están empezando a volverse pesados por el dolor del frío.

Esto es todo. Así es como voy a morir. A cinco metros de un cisne de plástico y con un caniche de juguete colgado alrededor de mi cuello. Qué obituario tan interesante va a ser ese.

—¡Emerald! ¡Emerald, aguanta, voy en camino!

El grito me saca de mi estupor, y me esfuerzo por girar en el agua para ver a Jack nadando hacia mí, sus brazos tonificados y musculosos cortando decididamente a través de las olas.

Jack. Me había olvidado de Jack.

Afortunadamente, sin embargo, Jack no se había olvidado de mí. En cuestión de segundos está a mi lado, un brazo rodeando firmemente mi cintura mientras toma a Jude Paw de mis brazos y nos gira de vuelta en dirección al pedal. Estoy tan agradecida de verlo —de ver a alguien que pueda sacarme de este lío— que casi empiezo a llorar. Sin embargo, tengo demasiado frío incluso para las lágrimas, así que, en su lugar, me conformo con un sollozo ahogado, que podría haber venido tanto del perro como de mí.

Con Jack sosteniendo mi peso, mis extremidades se sienten menos pesadas. Sin embargo, el pedal todavía parece estar muy lejos, y llegar a él de repente se siente como una tarea absolutamente imposible. Casi como si sintiera esto, Jack cambia a Jude a su otro brazo y nada alrededor hasta quedar frente a mí.

—Emerald —dice, con sus ojos fijos intensamente en mi rostro—. Emerald, mírame.

Lo miro. Su cabello mojado está peinado hacia atrás, haciendo que el azul de sus ojos sea aún más vívido. En otras circunstancias, podría alegrarme de tener una excusa para mirar en sus profundidades, pero estoy tan cansada que apenas puedo mantener mis propios ojos abiertos.

—Emerald, necesito que te concentres —dice Jack, acercándose más hacia él. Su expresión es seria, pero su tono es tan reconfortante que mi ritmo cardíaco disminuye un poco.

—Son solo unos pocos metros hasta el bote —dice Jack de manera tranquilizadora—. Puedes hacerlo, ¿de acuerdo? Estoy aquí mismo; no te dejaré ir, lo prometo. Pero voy a necesitar que me ayudes para poder llevarte a ti y al perro de vuelta al bote. Ahora, quiero que te agarres fuerte a mí, ¿de acuerdo?

Solo asiento, sin palabras. Más tarde, probablemente se me ocurrirán 101 bromas relacionadas con *Titanic* que podría estar haciendo en este momento, pero por ahora me concentro en respirar mientras Jack se dirige hacia el pedal, mis manos congeladas aferradas a sus fuertes hombros mientras me arrastra detrás de él.

Probablemente solo toma cuestión de segundos, pero se siente como una eternidad hasta que Jude y yo estamos de vuelta a salvo a bordo de nuestro cisne sobredimensionado, con un Jack empapado sentado a mi lado.

—Bien —dice enérgicamente, colocando sus pies descalzos en los pedales—. Vamos a llevarte de vuelta a la orilla, y me vas a contar exactamente qué pensabas que estabas haciendo al lanzarte al lago de esa manera.

Mierda.

* * *

De vuelta en tierra firme, Jack se agacha para ponerse las zapatillas deportivas, que aún están en la orilla, junto a su teléfono y una sudadera descartada apresuradamente, que me entrega sin decir palabra. A diferencia de mí, evidentemente se tomó el tiempo de quitarse parte de su ropa más pesada antes de saltar al agua. Aunque, a diferencia de mí, supongo que al menos tuvo la ventaja de *saber* que iba a nadar, mientras que yo pensaba que Jude y yo solo íbamos a dar un paseo rápido en pedal, para quitarnos del camino de Jack.

Estúpida. ¿Por qué demonios harías algo tan estúpido, Emerald?

Ben está de vuelta en mi cabeza otra vez. Esta vez, sin embargo, es difícil no ver su punto. ¿Por qué *pensé* que robar un pedal sería preferible a simplemente hablar con el hombre a mi lado? Sé que parecía tener sentido en ese momento, pero ahora no tiene ningún sentido en absoluto, y mis mejillas arden de vergüenza mientras acepto dócilmente la sudadera y la envuelvo alrededor de Jude, que tiembla tan fuerte que todo su cuerpo se sacude.

—Jack, yo...

Me giro para agradecerle por salvarnos (o intentarlo al menos, porque ¿cómo *encuentras* las palabras para decir "gracias por saltar a un lago helado para salvar a mi caniche"? Estoy bastante

segura de que no hay una tarjeta de Hallmark para eso, ¿verdad?), pero una mirada a su rostro es suficiente para silenciarme.

—¿Qué demonios fue eso?

Parece que el Jack que acaba de sacarme del agua —el Jack agradable, el que nunca me soltó— ha desaparecido en algún lugar entre el pedal y la orilla. En su lugar está el Jack enojado: con los ojos ardiendo mientras me mira fijamente, esperando una explicación que simplemente no tengo.

—Yo... no estoy segura —murmuro, mis labios congelados haciendo difícil hablar—. Nunca ha hecho nada parecido. Simplemente saltó.

—¿Y tú simplemente saltaste tras él? ¿Al lago? ¿Estás completamente loca, Emerald? ¿Sabes lo peligroso que es ahí fuera? Podrías haber muerto. Podrías habernos matado a los dos.

Se pasa las manos por el pelo mojado, su ceño fruncido lo suficientemente frío como para congelar todo el lago. Las lágrimas brotan en mis ojos, y parpadeo furiosamente para detenerlas.

—Lo sé —susurro, sin atreverme a encontrarme con sus ojos por si me convierten en piedra—. Lo sé, Jack. Pero tenía que... tenía que entrar. No podía simplemente dejarlo... dejarlo...

No puedo obligarme a decir la palabra "ahogarse", pero el sollozo que escapa de mis labios lo dice por mí.

—No deberías haber estado ahí en primer lugar —balbucea Jack furiosamente—. ¿En qué demonios estabas pensando, Emerald? ¿No me viste haciéndote señas? Estaba gritando y gritando para que volvieras, pero tú simplemente seguías remando. No lo entiendo.

Sus hombros se hunden en señal de derrota, y se da la vuelta, como si hubiera terminado con esta conversación, o más bien, conmigo.

—Lo siento —me aventuro por fin, mis dientes castañeteando—. Yo... no debería haberlo hecho. No puedo explicarlo. Quiero decir, puedo, pero yo...

En mis brazos, la cabeza de Jude emerge de la sudadera en la que está envuelto, sus ojos negros brillando hacia mí. Lo miro una vez y de repente estallo en lágrimas.

—Oh, por el amor de Dios —murmura Jack. Se queda ahí parado por un segundo mientras los sollozos sacuden mi cuerpo, el shock de lo que acaba de suceder de repente alcanzándome.

Tiene razón. Podría haber muerto. Todos podríamos haber muerto. Y habría sido 100% mi culpa.

Ahora que las lágrimas han comenzado, es como si se hubiera roto una presa, y lloro por todo lo que ha pasado en los últimos días; no solo por mi inesperado chapuzón en el lago Keld, sino por Ben, y por mi trabajo, y por todas las cosas que debería haber hecho de manera diferente, pero no hice. Creo que podría llorar para siempre, en realidad. Esta será mi vida ahora. Esto es lo

que haré. Me quedaré junto a este lago, sosteniendo un caniche envuelto en una sudadera, y lloraré hasta...

—Ven aquí.

La voz de Jack es áspera, pero los brazos que me rodean son fuertes y reconfortantes, y me apoyo en ellos agradecida, mi cabeza descansando en su pecho aún mojado, y Jude Paw acurrucado cómodamente entre nosotros.

En realidad, olvida todo lo que acabo de decir arriba: esto es lo que haré por el resto de mi vida. Esto es mucho mejor que toda esa cosa de "llorar", sin duda.

—Está bien —la voz de Jack es más suave ahora, y viene de justo encima de mi cabeza. Puedo sentir sus labios rozar mi cabello mientras habla, y me convence aún más de que quiero quedarme aquí para siempre.

—Está bien —dice de nuevo—. Estás bien, Emerald. Te tengo. No dejaré que te pase nada.

Mis sollozos disminuyen mientras inclino la cabeza hacia atrás para mirarlo.

—¿Lo prometes? —susurro, las palabras saliendo en un jadeo sin aliento.

—Lo prometo —dice solemnemente, como si estuviera haciendo un juramento sagrado—. Lo prometo.

Antes de que pueda responder, sus labios están sobre los míos, calientes y frenéticos después del frío helado del agua. Mis propios labios aún se sienten entumecidos por el frío, pero su beso los devuelve a la vida, y me aferro a él como si todavía estuviera ahí ahogándome, y él fuera lo único que puede salvarme.

Entre nosotros, Jude Paw se retuerce en protesta, y me aparto un poco para darle espacio. Entonces los labios de Jack están en mi cara, dejando suaves besos en mi frente, mis mejillas, y luego de vuelta a mis labios, que se abren bajo los suyos mientras le devuelvo el beso, el mundo y Jude Paw quedándose obedientemente quietos para nosotros.

¿Morí en ese lago? ¿Es eso lo que está pasando aquí?

Los brazos de Jack me aprietan con más fuerza, y me relajo en ellos hasta que Jude de repente decide que ya ha tenido más que suficiente de toda esta cursilería, muchas gracias, y suelta un ladrido.

Jack y yo nos separamos a regañadientes, y me quedo allí, con el agua aún goteando de mí, preguntándome si quizás acabo de imaginar todo lo que acaba de pasar.

—Estás helada —dice Jack, rompiendo el hechizo mientras extiende sus manos para frotar mis brazos enérgicamente.

Bajo la mirada y veo la piel de gallina en mi piel, que tiene un atractivo tono azul pálido debajo. Ni siquiera lo había notado durante el beso, pero ahora que hay un espacio no deseado entre nosotros otra vez, me doy cuenta de que tiene razón. Tengo tanto frío que ni siquiera puedo sentir mis pies, y abrazo a Jude un poco más fuerte, tratando de calentarnos a ambos.

—Vamos —dice Jack, rodeándonos a ambos con un brazo—. Mi casa no está lejos de aquí. Vamos a calentarte.

Capítulo 20

La cocina de Jack es grande y luminosa, con una enorme mesa de madera en el centro y un horno antiguo muy pulido bajo una de las ventanas. Los armarios y electrodomésticos parecen completamente nuevos, pero el suelo de piedra es obviamente original de la casa, al igual que la inmensa chimenea en uno de sus extremos, con un fuego de leña que crepita alegremente.

Un auténtico fuego de leña. En una auténtica mansión. Me siento un poco como Elizabeth Bennet la primera vez que vio Pemberley.

—Espera aquí un momento —dice Jack, desapareciendo por la puerta que da a la casa. Inmediatamente corro hacia el fuego y me dejo caer agradecida frente a él con Jude en mi regazo. Realmente espero que reanudemos El Beso tan pronto como regrese, pero también empiezo a sentirme casi enferma de frío, así que me alegro cuando Jack reaparece unos minutos después con un montón de ropa y toallas que coloca sobre la alfombra frente a mí. Se ha cambiado a un conjunto nuevo de pantalones de chándal y una sudadera diferente, y, aparte de su pelo mojado, parece casi como si nada remotamente inusual hubiera ocurrido.

—Eh, yo solo... estaré aquí fuera mientras te cambias —dice, sonrojándose ligeramente al ver que miro confundida la ropa en mis manos. Casi se cae por la puerta en su prisa por salir, y yo me pongo de pie cansadamente, demasiado agotada y con frío para preocuparme mucho por el hecho de que estoy a punto de quitarme la ropa empapada en la cocina de Jack Buchanan.

La ropa que me ha dado —otro conjunto de pantalones de chándal y una sudadera grande que se siente sospechosamente como cachemira— es obviamente suya y me queda demasiado grande, pero me la pongo de todos modos y rápidamente doblo las piernas y las mangas para no tropezar con ellas. Luego me hundo de nuevo en la gruesa alfombra frente al fuego y uso una de las toallas para secar el pelaje de Jude Paw.

Para cuando Jack reaparece, Jude está durmiendo pacíficamente junto al fuego, e incluso yo empiezo a sentirme vagamente humana otra vez.

—Te hice un café —dice Jack, entregándome una taza humeante—. No sabía cómo te gusta, así que...

—Está genial, gracias —le digo, aceptando la taza agradecida, y preguntándome si tiene una segunda cocina escondida en algún lugar que usó para hacer esto.

—Tengo una cafetera en mi oficina —me dice, percibiendo la pregunta no formulada—. Viene bien cuando tengo que rescatar a doncellas en apuros del lago.

—Um, sí, sobre eso... —digo, sonrojándome de nuevo mientras doy un sorbo a mi café. Es muy fuerte y muy dulce, y, en este momento, es prácticamente lo mejor que he probado nunca—. Lo siento muchísimo. No puedo agradecerte lo suficiente por venir a rescatarnos. Como dije, no tengo idea de por qué saltó así. —Asiento hacia Jude, que ahora ronca ruidosamente junto al fuego—. Si hubiera pensado que haría algo así, nunca lo habría llevado cerca del agua, créeme.

Realmente desearía saber por qué estamos hablando como si no acabáramos de compartir un beso apasionado junto al agua. O por qué está parado tan lejos de mí.

—No sabía que tenías un perro —dice Jack, mirándolo con curiosidad—. No lo vi cuando estuve en tu casa.

—¡Oh! Um, no, no tengo —digo, inventando rápidamente una mentira—. Estoy... cuidando la mascota. De un amigo.

—¿El tipo del tractor?

La expresión de Jack es ilegible como siempre, pero hay un peso detrás de sus palabras que me hace pausar antes de responderle.

—¿El tipo del tractor? ¿Te refieres a McTavish?

—Si ese es su nombre. Te he visto por el pueblo con él. En su tractor.

Lo miro, confundida. Es cierto que McTavish ha adquirido la costumbre de recogerme del trabajo últimamente. Y también es cierto que se lo he permitido; en parte porque es mucho más confiable que Frankie, quien siempre parece tener algún tipo de emergencia de limpieza que atender, pero también porque es una de las pocas personas en el pueblo que todavía está dispuesta a hablar conmigo. No se puede superar ese tipo de lealtad.

—Parece un... amigo cercano.

Esta vez, no hay duda sobre el tono de Jack. No está simplemente haciendo una conversación educada sobre McTavish y yo. Está preguntando por él por una razón. Y tengo la sospecha de que no es solo un repentino interés en los tractores.

—Es un buen amigo —digo cuidadosamente, observando el rostro de Jack—. Lo conozco desde hace mucho tiempo.

—Oh. Entonces, ¿como un amor de la infancia? Pensé que podría ser algo así cuando los vi juntos.

—Jack Buchanan, ¿estás *celoso*? —digo en tono burlón—. ¿De *McTavish*?

No puedo mentir: estoy encantada con este desarrollo. Aunque sea una locura que Jack realmente piense que hay un gran romance entre McTavish y yo, el hecho de que siquiera haya *pensado* en ello es *enorme*. Por un segundo deseo poder enviarle un mensaje a Frankie y decirle que Jack Buchanan está, como, *totalmente interesado en mí*; luego recuerdo exactamente por qué no puedo, y toda esa esperanza que había estado creciendo en mi pecho se desploma de nuevo, casi derribándome.

—No estoy celoso —protesta Jack, sentándose frente a mí en el suelo—. Yo no me pongo celoso. Solo estoy *interesado*, eso es todo.

En la alfombra junto a mí, Jude Paw abre un ojo y luego lo cierra de nuevo. Extiendo la mano y acaricio su pelaje áspero mientras reúno el coraje para hacer la pregunta que flota peligrosamente en el aire entre nosotros. Realmente no debería ir por ahí. Lo sé.

Pero simplemente *tengo* que hacerlo.

—¿En serio? —digo suavemente, levantando mis ojos para encontrarme con los suyos—. ¿Y eso es porque estás interesado en *mí*, o es solo porque estás interesado en el artículo que quieres que escriba sobre ti?

Hay una larga pausa, durante la cual Jude Paw de repente se pone de pie, se sacude rápidamente y luego se acerca para acurrucarse en el regazo de Jack, desde donde se queda mirándome como si acabara de ganar una apuesta.

Traidor.

—Obviamente quiero que escribas el artículo —dice Jack al fin, luciendo confundido—. Es decir, esa es la razón por la que Finn nos puso en contacto en primer lugar, ¿no?

No tengo idea de por qué Finn nos "juntó" —de hecho, ni siquiera sé quién es Finn—, así que me encojo de hombros sin comprometerme y miro fijamente mi taza de café para no tener que mirarlo a los ojos. Jack me acaba de dar exactamente la respuesta que esperaba, y aun así no puedo evitar sentirme completamente destrozada.

Tengo que reconocerlo, sin embargo, es bueno. Bueno fingiendo que le agradas solo para conseguir que hagas algo por él. Bueno haciéndome sentir que podría estar interesado en mí,

cuando todo lo que realmente le importa es su estúpida destilería. Incluso es bueno haciendo café.

Tiene sentido.

—Gracias por el café —digo abruptamente, poniéndome de pie—. Y por, bueno, salvarme la vida antes. Te, eh, debo una. Bueno, dos, en realidad. —Asiento hacia Jude—. Te debo dos, supongo. En fin, no te entretengo más...

Estoy actuando raro, lo sé. Y definitivamente voy a tener que revisar mi patético intento de "agradecimiento" en algún momento, porque le guste yo o no, el tipo sí acaba de saltar a un lago helado para sacarme a mí y al idiota caniche de mis padres. Realmente le *debo* eso. Ahora mismo, sin embargo, solo quiero salir de aquí. Quiero ir a casa, meterme en la cama y envolverme en mi decepción como si fuera una manta. Quiero deleitarme en ella, con canciones de Taylor Swift y viejos episodios de *Friends*. Además, realmente quiero quitarme esta ropa, porque aunque los pantalones deportivos prestados de Jack están completamente secos, mi ropa interior aún está llena de agua del lago, y eso es tan desagradable como suena. Créeme.

—¡Emerald, espera!

Antes de que pueda darme la vuelta para irme, Jack está parado a mi lado, habiendo desalojado a un indignado Jude Paw, quien camina lentamente de vuelta a su lugar frente a la chimenea.

—Mira, lo expresé mal —dice Jack, pasándose una mano por el pelo, de esa manera agitada suya—. Por supuesto que el artículo es importante para mí. Es mi negocio, y estaría mintiendo si dijera que algo de cobertura decente no ayudaría con el lanzamiento.

Asiento rígidamente.

—Entiendo —digo educadamente. Intento alejarme, pero Jack da un paso adelante al mismo tiempo, lo que nos deja parados prácticamente nariz con nariz.

Incómodo.

—No creo que entiendas —dice suavemente, sin hacer ningún intento de alejarse más de mí—. La cosa es, Emerald, que el artículo no es lo único que me interesa.

—¿No lo es?

—No, no lo es. —Sonríe maliciosamente—. También está todo ese asunto del Día de Gala que mencionaste el otro día.

Me toma un momento darme cuenta de que está bromeando, pero, tan pronto como lo hago, el alivio me inunda, seguido rápidamente por su viejo amigo, la euforia.

—¿El Día de Gala? —pregunto, sonriendo—. ¿Eso es de lo que quieres hablar conmigo?

—No realmente —admite Jack, acercándose de nuevo—. Aunque, dicho esto, tuve una idea sobre eso, y cómo podríamos recaudar fondos para ello en este estúpido baile de máscaras que se supone que debo organizar.

—No me importa el Día de Gala —interrumpo impacientemente—. ¿Cuál es la otra cosa que te interesa? ¡Dímelo!

—Te lo diré si prometes venir al baile, Cenicienta —dice, dando otro paso hacia mí—. Nunca respondiste a mi invitación, ¿sabes?

Hace todo lo posible por parecer herido por esto, y es todo lo que puedo hacer para no saltar hacia adelante y plantar mis labios en los suyos. Está parado tan cerca ahora que sería lo más fácil del mundo simplemente levantarme de puntillas, como lo hice ayer, y...

—Lo siento —digo suavemente, inclinando mi rostro hacia el de Jack hasta que nuestros labios casi se tocan—. Lo olvidé.

—Entonces, ¿vendrás?

Se inclina hacia adelante casi imperceptiblemente. Mi corazón está haciendo algo extraño dentro de mi pecho. Realmente, realmente necesito que me bese de nuevo. Podría tener que insistir en ello, de hecho. Sería cruel dejarme colgada así.

—Claro —murmuro, tratando de elevarme un poco más sobre mis dedos—. Se supone que debemos conocernos mejor, ¿recuerdas? Todavía necesito averiguar cuántas esposas locas tienes en el ático. Y por qué te alteraste tanto ante la idea de que Jude y yo nos ahogáramos.

Estoy tanteando, obviamente. Todo lo que quiero es darle una oportunidad, una excusa para decirme cómo se siente realmente por mí. En cambio, su cuerpo se pone rígido y da un paso atrás, su expresión cerrada. De repente, la temperatura parece haber bajado, y soy incómodamente consciente de mis pantalones demasiado grandes y los calcetines mojados que aún están metidos en mis zapatillas.

—Um, acabo de recordar —dice Jack en el incómodo silencio que sigue—. Elaine debería haber llegado ahora. Dame un segundo y la traeré para que la conozcas. Puedes charlar con ella sobre este asunto de la Gala.

Me da una débil sonrisa, luego desaparece en el pasillo antes de que pueda ver la mirada de consternación en mi rostro.

¿Qué acaba de pasar ahí? Porque seguro que no estaba pensando en el Día de Gala de Heather Bay hace unos minutos, y realmente espero que tampoco estuviera pensando en Elaine.

Espera.

Elaine.

Elaine no puede verme.

No puedo ver a Elaine.

Porque la última vez que Elaine y yo nos encontramos, yo llevaba puesto mi uniforme de limpieza de *Highland Maids* y Frankie me estaba mostrando esta misma casa, mientras yo hacía todo lo posible por evitar a Jack. Supongo que existe una remota posibilidad de que Elaine no me reconozca, pero seamos sinceros, la suerte no ha estado precisamente de mi lado últimamente, ¿verdad? Y si se da cuenta de que soy la limpiadora que envió a la habitación de Jack hace unos días...

No. No puedo permitir que esto suceda. Simplemente no puedo.

Desde el otro lado de la puerta, puedo oír el murmullo bajo de voces mientras Jack habla con Elaine; sin duda contándole todo sobre su maravillosa idea para recaudar fondos para el Día de Gala en su fiesta en casa. Y esperemos que Elaine esté mucho más entusiasmada con ese plan de lo que yo lo estaba, porque mientras esté de pie en el pasillo hablando con Jack, no entrará en la cocina para descubrirme.

Me quedo clavada en el sitio, escuchando atentamente. Las voces no parecen acercarse, y no hay tiempo que perder, así que, sin quitar los ojos de la puerta que da al pasillo, me deslizo rápidamente hacia delante, levanto a Jude Paw de la alfombra y me dirijo a la puerta trasera de la casa, que abro con todo el sigilo posible.

Y, una vez que estoy al otro lado, corro.

Capítulo 21

—¿Adónde fuiste? :(—Estoy de vuelta en mi habitación, habiendo superado con éxito el desafío del pasillo y, de alguna manera, logrado evitar a mamá y sus preguntas, cuando mi teléfono suena con un mensaje de Jack. Ha agregado un emoji de cara triste, lo que me hace sonreír. Siempre es tan serio y reservado que es bueno ver que también tiene un lado más ligero. Especialmente después de la extrañeza de nuestro casi beso en la cocina.

¿De qué se trató todo eso?

—*Lo siento mucho* —escribo rápidamente—. *Prometí devolver al perro a sus dueños antes de las 10. Tuve que correr.*

Me siento en el borde de mi cama observando los tres puntos que indican que está escribiendo algo de vuelta, y solo cuando el teléfono suena de nuevo me permito relajarme ligeramente.

—*Espero que no llueva para esta supuesta fiesta que se supone que estoy organizando. Todos llegan pasado mañana para el primer evento. ¿Vendrás?*

Considero cuidadosamente mi respuesta a esto. Este es el punto donde debería ser honesta, obviamente. Debería decirle quién soy antes de que esto... lo que sea que sea esto... vaya más lejos. Podría hacerlo ahora, por mensaje de texto, luego podría apagar mi teléfono y simplemente fingir que nada de esto sucedió. El problema es que no *quiero* que nunca haya sucedido. Y, si soy totalmente honesta, me gustaría mucho que volviera a suceder. Así que, en su lugar, intento ganar algo de tiempo con la primera excusa que se me viene a la mente.

—*No tengo nada que ponerme para una fiesta en casa* —escribo, avergonzándome incluso mientras lo escribo. Es una excusa pobre, aunque supongo que es cierta. Verme obligada a mezclarme con los amigos ricos de Jack mientras visto la ropa con la que limpio las casas de la gente sería un poco demasiado 'Jane Eyre', incluso para mí.

—Podrías usar ese vestido blanco sobre el que derramaste tu bebida —llega la respuesta, casi al instante—. Era muy... distractor.

Sonríó para mí misma, sintiéndome casi mareada de felicidad. Esta es posiblemente la mejor conversación que he tenido en mi vida. Antes de que pueda responder, aparece otro mensaje:

—De todos modos, el primer evento es al aire libre. Una especie de fiesta de senderismo, aparentemente. Así que puedes usar lo que quieras. Usa mis viejos pantalones de chándal, si quieres. Te quedan mejor que a mí, de todos modos. Aunque no tan bien como te quedaba ese vestido.

Esta vez, mi sonrisa no es tan brillante. Tiene sentido que le guste más con la ropa de otra persona. Ropa que nunca podría permitirme. Ropa que yo-

Oh, Dios mío.

Me detengo, mis dedos congelados en el acto de escribir una respuesta a Jack mientras mi mente tartamudea el final de ese pensamiento.

Ropa que tomé del armario de Scarlett y que aún no he devuelto. Ropa que probablemente cuesta más de lo que gano en una semana, y que actualmente está enterrada entre el montón de ropa limpia en mi piso que no me he molestado en guardar todavía.

Me levanto tan rápido que me mareo. Mi coqueteo con Jack tendrá que esperar. Ahora mismo, tengo que llegar a la casa de Scarlett antes que ella.

* * *

Afortunadamente para mí, Frankie está tan ocupada planeando su próxima misión de limpieza en la casa de Jack —que afortunadamente no me incluye esta vez, ya que es mi día libre— que apenas me dedica un giro de ojos cuando aparezco en la oficina para pedir la llave de Scarlett.

—Dejé algunas de las cosas de limpieza dentro —le digo, cruzando los dedos detrás de mi espalda mientras busca en un cajón—. Solo iré a buscarlas rápidamente; no tardaré más de diez minutos.

En un raro golpe de suerte, mamá logró quitar lo que quedaba de la mancha de Coca-Cola del vestido de Scarlett, usando algo que llamó un 'truco de limpieza' que vio en Instagram.

—Fue esa Ada Valentine —me dijo, sosteniendo el vestido a contraluz para admirar su trabajo—. ¿No la sigues, Emerald? Oh, es una chica hermosa. ¡Y las cosas que sabe! Es de quien saqué la receta del pollo a la menta, ¿recuerdas?

No tengo idea de qué está hablando mamá, como de costumbre, pero quienquiera que sea esta Ada Valentine, le estaré eternamente agradecida por ayudar a mamá a que este vestido vuelva a

lucir como nuevo. Dios sabe en qué tipo de problemas estaría ahora si realmente hubiera logrado arruinar la cosa.

De vuelta en la casa, cuelgo cuidadosamente el vestido en el armario de Scarlett y guardo las sandalias que usé esa noche debajo, sintiéndome un poco como Cenicienta cuando el reloj da las doce.

Adiós, hermosa ropa. Fue un placer conocerte, aunque solo fuera por unas horas.

Con eso hecho, me agacho y saco la bolsa que contiene mi propia ropa de debajo de la cama de Scarlett. Es cuando me estoy enderezando de nuevo, felicitándome silenciosamente por recordar que las había dejado ahí el día de la cita en la destilería, que algo en la mesita de noche llama mi atención.

Culture Focus: la revista para la que escribe Scarlett, según Google.

Curiosa, la tomo y la hojeo rápidamente. Solo hay un artículo de Scarlett, y es un desglose muy aburrido de las mejores destilerías de Escocia, pero mientras leo el texto, puedo entender totalmente por qué Jack querría ser mencionado en algo así. Ninguna de las otras destilerías listadas tiene algo parecido a la historia de fondo que tiene la de Jack, ni el entorno. Scarlett podría obtener una historia fantástica de esto para su revista; si solo estuviera realmente aquí para escribirla, obviamente.

En lugar de Scarlett, sin embargo, solo estoy yo, y mientras estoy allí, hojeando distraídamente las páginas brillantes de la revista, una idea comienza a formarse lentamente. Volviendo a las primeras páginas, encuentro lo que estoy buscando: la página del índice, completa con los nombres de todo el personal de la revista, incluida la editora, una tal Alex McNeil, aparentemente. Cada nombre tiene una dirección de correo electrónico debajo, y saco mi teléfono y rápidamente tomo una foto de la página. Antes de que pueda volver a guardar el teléfono en mi bolsillo, sin embargo, suena en mi mano, con un número desconocido en la pantalla.

—¿Ben?

Es la única persona que se me ocurre que me estaría llamando desde un número que no reconozco, y solo me sorprende un poco la ola de decepción que me invade ante la idea de que mi exnovio se ponga en contacto conmigo. Debería *querer* saber de Ben. Debería querer saber dónde está y qué demonios hizo con mi dinero. Pero el alivio que siento cuando me doy cuenta de que no es él lo dice todo, en realidad.

—¿Emerald? Soy Brian. Brian del banco.

—¡Oh, hola! —digo, con demasiado entusiasmo—. ¿Estás llamando por mi dinero perdido? ¿Descubriste qué pasó con él? Dios mío, ¿lo voy a recuperar?

—Oh, no, no hay nada que podamos hacer al respecto —dice Brian despreocupadamente—. Solo llamaba para preguntar si has tenido noticias de tu ex. ¿Lograste localizarlo? ¿Era la Mafia después de todo?

—Brian, ¿estás seguro de que estás llamando por asuntos del banco? —pregunto con sospecha mientras salgo de la habitación de Scarlett y vuelvo abajo—. Porque realmente no me lo parece.

—No, estoy en mi hora de almuerzo —dice Brian, imperturbable—. Solo estaba interesado. Entonces, ¿lo encontraste? ¿Y lograste salir de ese horrible pueblecito donde estabas atrapada?

Se escucha un fuerte crujido, como si estuviera comiendo una bolsa de patatas fritas mientras habla conmigo. Esto es muy poco profesional. Aunque, por otro lado, es una de las pocas personas con las que puedo hablar realmente sobre mi vida desordenada sin que intenten "arreglarme" de alguna manera. Y no es como si yo estuviera en posición de llamar a alguien más "poco profesional", ¿verdad? No mientras me estoy marchando de la casa de la clienta cuya identidad he estado asumiendo casualmente durante los últimos días, de todos modos. Comparado conmigo, Brian es prácticamente angelical.

—No, no he tenido noticias de él —admito, cerrando con llave la puerta principal de Scarlett detrás de mí—. Aunque, para ser honesta, tampoco lo he intentado realmente.

—¡Emerald! —El grito de horror de Brian probablemente se pueda escuchar hasta Fort William—. ¡Tienes que ponerte en eso! ¡Debes estar desesperada por salir de las Highlands a estas alturas! ¡Todos esos mosquitos! ¡Y el clima!

Es obvio que Brian es de la ciudad. Probablemente piensa que Heather Bay está prácticamente en el círculo ártico.

—No es tan malo —digo, a la defensiva—. Ni siquiera recuerdo la última vez que vi un jején.

Me bajo la manga sobre la muñeca, como si Brian pudiera de alguna manera mirar a través de la línea telefónica y ver el grupo de picaduras que actualmente decoran mis brazos. Lo gracioso es que, aunque Heather Bay esté a kilómetros de la civilización y contaminado por jejenes cada verano, ahora que lo pienso bien, lo que acabo de decirle a Brian es cierto. *No es tan malo*. O, al menos, no es tan malo como esperaba que fuera, al volver a casa. Claro, no he sido exactamente bienvenida de vuelta al seno de la comunidad, pero nadie me ha rechazado activamente tampoco; bueno, nadie excepto Jude Paw, de todos modos. Aún no me han paseado por la calle principal con alguien tocando una campana detrás de mí y gritando: "¡Vergüenza, vergüenza!" Y luego, por supuesto, está el pequeño asunto de cierto terrateniente sexy que casualmente vive aquí.

—¿Realmente quieres oír sobre esto? —pregunto con duda, mientras me dirijo por el camino hacia la parada de autobús más cercana—. Es una historia un poco larga. Y aún no estoy segura

de cómo termina.

—Emerald, voy a dejarte boquiabierta —dice Brian secamente—. Pero trabajar en un banco no es realmente tan emocionante. Esto es lo más interesante que ha pasado en todo el año. Así que, vamos, no me dejes en suspenso.

—Bueno —digo, acomodando cómodamente el teléfono bajo mi oreja—. Todo comenzó con un trabajo de limpieza...

* * *

Le prometí a Brian que iría a la comisaría para presentar una denuncia sobre Ben lo antes posible, así que tomo el autobús desde la casa de Scarlett hasta el centro del pueblo, solo para encontrar todo cerrado.

—¿Olvidaste que es miércoles, Emerald? El joven Dougie tiene su tarde libre. Y todos los demás también.

Me doy la vuelta desde la puerta cerrada de la comisaría para encontrar a McTavish parado detrás de mí, habiendo aparecido silenciosamente allí de una manera que es realmente bastante impresionante para un hombre que viaja a todas partes en tractor.

—Por supuesto que sí —digo, con petulancia—. Porque, ¿cuál sería el punto de abrir tiendas y otros negocios en el apogeo de la temporada turística, después de todo?

—Exactamente —asiente McTavish, sin captar en absoluto mi punto—. ¿Qué estás tramando?

—No estoy tramando nada *ahora* —digo, todavía molesta. Había olvidado que todo en Heather Bay cierra medio día los miércoles, y realmente quiero retractarme de todo lo que acabo de decirle a Brian del banco sobre que el lugar 'no es tan malo'—. *Iba* a hablar con la policía...

—¿Sobre tu dinero robado? —interrumpe McTavish—. Sí, Shona me estaba contando que no has avanzado nada con eso.

—¿Shona? ¿Cómo diablos lo sabe Shona? —pregunto, pero antes de que pueda responder alguien se aclara la garganta detrás de nosotros, y nos giramos para ver a Bella McGowan acercándose hacia nosotros con sus Doc Martens moradas.

—Hola a los dos —dice enérgicamente, deteniéndose a nuestro lado—. ¿Olvidaste que es medio día, Emerald? Ah, bueno, supongo que tendrás que venir a mi casa, entonces. Hay algo de lo que quiero hablarte.

Capítulo 22

Diez minutos después, McTavish y yo estamos apretujados en el sofá de Bella mientras ella revolotea a nuestro alrededor, ofreciéndonos platos llenos, no solo de scones, sino de lo que parece ser toda variedad de pastel imaginable.

—Esto es genial —dice McTavish, aceptando una generosa porción de dulces de nuestra anfitriona—. Estoy tan hambriento que mi estómago se está comiendo a sí mismo.

Dejo mi propio plato de vuelta en la mesa de café frente a mí, mi apetito repentinamente desaparecido.

—Me alegro de haberme encontrado contigo, Emerald —dice Bella mientras toma asiento frente a nosotros—. Me preguntaba si habías tenido la oportunidad de pensar en unirme al comité del Día de Gala del que hablamos.

—De hecho, lo he pensado —digo, inclinándome hacia adelante, ansiosa por poder finalmente dar algunas buenas noticias por una vez—. No creo que pueda estar en el comité en sí, Bella —le digo disculpándome—. Pero hablé con Jack Buchanan al respecto, y...

—¿Hablaste con Jack Buchanan? —interrumpe McTavish, con la boca aún llena de pastel—. ¿Qué estabas haciendo con ese gran tonto?

—Limpiando su casa —digo fríamente—. Soy limpiadora, ¿recuerdas?

—Ya, claro —es el único comentario de McTavish. Ignorándolo, me vuelvo hacia Bella.

—Así que, como decía —continúo—, le mencioné a Jack...

McTavish da un fuerte resoplido.

—Le mencioné a Jack —prosigo, fulminándolo con la mirada—, que estabas buscando recaudar fondos para ello, y pensamos que él podría posiblemente patrocinarlo. O su destilería podría hacerlo. Pronto tendrá un baile de máscaras para lanzar su nuevo negocio. Estaba

pensando que podría ser un buen momento para anunciar el patrocinio. Quién sabe, podrías incluso conseguir que otras personas se unan también.

Estoy improvisando aquí, lo cual generalmente no es mi fuerte. En realidad, no he planteado la posibilidad de hacer un anuncio en el baile con Jack. De hecho, no he discutido realmente la idea del patrocinio con él en profundidad en absoluto. La Emerald del futuro se encargará de todo eso, sin embargo. De alguna manera.

—Emerald, esto es maravilloso —dice Bella. Sus ojos brillan mientras recoge un plato de la mesa—. Absolutamente maravilloso. Realmente nos has ayudado. Toma, come otro pastel. Ups, lo siento, Alfonso se los ha comido todos. Es un buen comedor, nuestro Alfonso.

Se apresura a la cocina para traer más, y McTavish me mira especulativamente.

—¿Estás segura de que quieres involucrarte en todo esto, Emerald? —dice por fin—. ¿No será un poco... desencadenante para ti, después de lo que pasó?

Me encojo de hombros, negándome a encontrar su mirada. La verdad es que lo último que quiero hacer es involucrarme con Heather Bay y su Día de Gala. Pero *tengo* que hacerlo; y no solo porque proporcionó una excusa conveniente para estar en la casa de Jack ese día, sino porque, por primera vez desde que ocurrió La Cosa, puedo ver una manera de empezar a enmendar las cosas.

—Es lo mínimo que puedo hacer, *Alfonso* —digo al fin—. Sé que no compensará lo que pasó...

—Lo que pasó fue un accidente —dice firmemente—. Podría haberle pasado a cualquiera.

Es lo mismo que Bella me dijo en nuestra última reunión, y le doy a McTavish la misma respuesta que le di a ella.

—Sí, pero me pasó a *mí* —digo resignada—. Y mi vida ha sido un completo desastre desde entonces. Es decir, mírame, McTavish. Tengo casi treinta años, y estoy viviendo con mis padres y haciendo un trabajo que mi mejor amiga me dio por pura lástima. Soy un completo fracaso. Y solo quiero intentar compensarlo.

—Caer significa que estás jugando —dice McTavish suavemente. Es uno de sus pocos dichos que realmente tiene sentido para mí. Incluso si estoy fallando ahora mismo, al menos estoy participando. Al menos lo estoy *intentando*. Y si lo intento lo suficiente, tal vez pueda volver a encarrilar mi vida.

Como si fuera una señal, la puerta de la cocina chirría y Bella reaparece. En lugar del plato de scones que esperaba, sin embargo, lleva la misma caja de madera que recuerdo de mi última visita; la que me negué rotundamente a abrir.

Resisto el impulso de esconderme detrás de McTavish mientras Bella coloca la caja reverentemente en la mesa frente a nosotros.

—Vamos, chica —dice, sonriéndome—. Ábrela. Hay algo ahí dentro que creo que te gustará.

Lo dudo mucho, de alguna manera. A menos que esta caja de aspecto poco llamativo contenga algo que me permita rebobinar el tiempo y ser honesta con Jack desde el principio —y algo del dinero que Ben me robó también estaría bien—, entonces probablemente no me ayudará mucho. Y todos sabemos cuántos problemas desató Pandora al abrir una caja, ¿verdad? Bella y McTavish me están observando expectantes, y no quiero decepcionarlos, así que, con un pequeño suspiro de resignación, me inclino hacia adelante y levanto cautelosamente la tapa de madera.

Dentro, encuentro un pequeño montón de fotos que ni siquiera me molesto en mirar, porque estoy demasiado distraída por el objeto que está encima de ellas.

Es una tiara.

Una hermosa tiara vintage.

Mi tiara.

O, bueno, no exactamente *mía*; es la tiara utilizada para coronar a la Reina del Día de Gala de Heather Bay cada año, un artículo que ha estado en posesión del pueblo desde que comenzó el evento, allá por los años 20. No es real, por supuesto. Los "diamantes" que forman la pieza central son falsos, y la pintura plateada que cubre la base de la tiara ha comenzado a descascararse en algunas partes. Sin embargo, la vista de ella todavía tiene el poder de traermé un nudo a la garganta; un nudo de anhelo y arrepentimiento por todo lo que este objeto ha llegado a simbolizar para mí.

—Ni siquiera llegué a usarla —digo, sacudiendo la cabeza mientras Bella la levanta y me la ofrece—. Nunca fui coronada Reina debido a... bueno, ya sabes.

—Ah, siempre serás nuestra Reina de Gala, ¿verdad, Alfonso? —dice Bella enérgicamente, negándose a permitirme volverme demasiado melancólica.

—Sí, así es, Bella —asiente McTavish—. La última reina de Heather Bay.

—Bueno, tal vez no, si esto del baile de máscaras de Jack Buchanan funciona —dice Bella, mirándome esperanzada—. Y sé que no pudiste usarla en la Gala, Emerald, pero pensaba que quizás te gustaría llevarla al baile. Supongo que estás invitada, ¿verdad? Teniendo en cuenta lo bien que te llevas con el señor Buchanan.

McTavish resopla ruidosamente, y yo le doy la espalda con determinación mientras finalmente acepto la tiara de Bella, sosteniéndola como si pudiera explotar en cualquier momento.

—Me han invitado —admito, girando la tiara en mis manos y admirando cómo las piedras atrapan la luz—. Pero no creo que vaya a ir. Eh... No tengo nada que ponerme para algo así.

No puedo contarles a Bella y McTavish la verdadera razón por la que no voy a ir al baile de Jack, así que les doy la misma excusa que le di a Jack esta mañana. Desafortunadamente para mí, Bella la supera con la misma facilidad que Jack.

—Bueno, si eso es lo único que te detiene —dice, poniéndose de pie—, tengo justo lo que necesitas. Ven conmigo.

McTavish y yo intercambiamos miradas confusas mientras la seguimos por el pasillo del pequeño bungalow hasta lo que Bella llama "el dormitorio de atrás". McTavish, puedo notar, está secretamente esperando más bollos, pero, en su lugar, la puerta se abre para revelar hilera tras hilera de vestidos, todos apretujados juntos, en todos los colores imaginables.

—He estado coleccionando estos desde que me convertí en presidenta del Comité de la Gala —dice Bella con orgullo, haciéndonos pasar a la habitación, donde nos quedamos juntos en el único cuadrado de alfombra no ocupado por percheros—. No tengo los trajes de todas las Galas, pero tengo muchos de ellos, desde los años 50 en adelante. Sin incluir el último año, obviamente.

Hace una pausa, incómoda —todos sabemos que soy la razón por la que los trajes de ese último concurso ya no existen— y aclaro mi garganta para cubrir mi vergüenza mientras doy un paso adelante para pasar mi mano por el perchero más cercano.

—Esto es increíble, Bella —digo, absorbiendo el derroche de color y estilos frente a mí. La moda nunca ha sido lo mío —eso siempre fue más cosa de Lexie— pero incluso yo puedo ver cuánto tiempo y cuidado ha puesto Bella en reunir esta colección. La mayoría de los vestidos son de estilo de graduación —vestidos de gala formales hasta el suelo, que supongo que pertenecieron a las diversas reinas de la Gala y sus acompañantes— pero también hay una mezcla de otros estilos, presumiblemente elegidos por los asistentes, como algo especial para usar en el gran día de Heather Bay.

Aclaro mi garganta de nuevo, esta vez para deshacerme del nudo de tristeza que se ha formado allí mientras miro estas reliquias de una época pasada, que parecen devolverme la mirada acusadoramente, La Última Reina de Heather Bay, como me llamó McTavish. Estas ropas fueron una vez preciosas para las personas que las usaron; elegidas con emoción y llevadas con alegría. Pero ahora están atrapadas aquí en el dormitorio de repuesto de Bella, condenadas a no disfrutar nunca más de otra Gala, y todo es por mi culpa.

—Este es hermoso —digo, sacando un vestido verde esmeralda, e ignorando decididamente las lágrimas que amenazan con derramarse de mis ojos en cualquier momento. McTavish hace rato

perdió el interés en la ropa y ha regresado a la cocina en busca de más comida, pero Bella se acerca y sostiene el vestido contra mí.

—Sí —dice, con los ojos brillando de placer—. Es perfecto, sin duda. Hace juego con tus ojos. Pruébatelo, chica. Pruébate cualquiera de ellos, de hecho. Puedes tomar prestados todos los que quieras. Ahora, ¿dónde se ha metido ese Alfonso?

Se dirige a la cocina, dejándome sola con los vestidos y mi culpa. Estoy a punto de volver a colgar el vestido verde cuando un repentino cambio de opinión me hace caminar hacia el espejo en la esquina de la habitación.

Sostengo el vestido contra mí y miro mi reflejo. Bella tenía razón; el vestido es perfecto. El verde del material hace que mis ojos se iluminen y que mi piel parezca de porcelana, en lugar de simplemente pálida. Incluso mi cabello se ve más sedoso, de alguna manera, como si tuviera miedo de avergonzarse frente a la belleza que es El Vestido.

Con este vestido, no solo me veo mejor de lo que normalmente lo hago, con mis viejos jeans y suéteres. Me veo como una persona totalmente diferente. Y sé quién es ella también. Es la yo que existe en mi cabeza. La yo que nadie más ha visto nunca. Es Scarlett Scott.

Y va a ir al baile.

* * *

—Eres como mi Hada Madrina, Bella —digo mientras vuelvo a subir al tractor de McTavish, agarrando una bolsa llena de ropa, más la tiara, que Bella insiste en darme—. Eres increíble. Muchas gracias.

—Oh, no lo menciones —dice, viéndose complacida—. Has tenido una cara de pocos amigos desde que volviste a la Bahía, y sé por Shona que no tienes dinero para comprarte algo bonito, así que tal vez esto te ayude a animarte. Serás como una Emerald completamente nueva con estas cosas. Ya lo verás.

—A mí me gustaba la antigua Emerald —dice McTavish con rigidez mientras nos alejamos del bungalow—. No necesitas ropa nueva y elegante. Estás bien tal como eres.

Pero no lo estoy.

La verdad es que estoy lejos de estar "bien" como soy, y nunca lo estaré, a menos que pueda encontrar alguna manera de cambiar mi vida para mejor. Sé que la ropa en la bolsa que llevo no lo hará, pero ayudar a Bella con sus planes para el Día de la Gala sería al menos un comienzo; al igual que ser sincera con Jack y ver si podemos empezar de nuevo.

Voy a hacerlo mañana, en el primer día de la fiesta en la casa. Ahora mismo, sin embargo, hay una cosa más que puedo hacer para compensar algunas de las mentiras que he dicho, así que tan

pronto como McTavish me deja en la casa de mamá y papá, subo las escaleras, abro mi portátil y empiezo a escribir.

Escribo sobre la destilería y los trabajos que traerá al pueblo. Escribo sobre el abuelo de Jack y el legado que quería dejar a Heather Bay. Y finalmente, escribo sobre el pueblo en sí, y cómo *no está tan mal*.

Cuando termino, me registro para obtener una cuenta de correo electrónico gratuita usando el nombre de Scarlett Scott, y escribo un mensaje al editor cuyo nombre figuraba en la portada de su revista.

—Esto es un poco diferente de lo que suelo escribir —digo—. Pero espero que te guste de todos modos. —Antes de que pueda pensarlo dos veces, adjunto rápidamente la foto que tomé de la vista desde la destilería sobre el lago; esa con la puesta de sol que parece una pintura.

Luego presiono "enviar".

Capítulo 23

Las palabras « *senderismo* » y «fiesta» no deberían aparecer en la misma frase, en mi opinión, y sin embargo, cuando reviso el mensaje que Jack me envió ayer, veo que es exactamente así como describió el evento de hoy.

No puede referirse a que realmente haremos *senderismo*, ¿verdad?

No como lo hacemos en las Tierras Altas, quiero decir.

No, seguramente se refiere a que daremos un *paseo*, supongo. O que daremos una agradable vuelta por el jardín, como en la época de la Regencia. Al menos, eso es lo que Shona McLaren le dijo a mamá cuando se encontraron en la carnicería ayer por la tarde, y si alguien lo sabría, sería Shona.

—Es básicamente una fiesta en el jardín —me dijo mamá con aire de importancia mientras se afanaba en la cocina preparando otro de sus platos de pollo—. Aunque muy elegante. Shona dice que no se ha escatimado en gastos. Al parecer, han traído a los camareros desde Londres para hacer los canapés. Parece que la comida de Heather Bay no es lo suficientemente buena para alguien como Jack Buchanan.

Resopló ofendida antes de abrir la puerta del horno para revelar otro pollo de color neón.

—Pollo a la naranja —dijo con orgullo—. Como te gustó tanto el de menta, pensé en probar algo nuevo. Como te decía, Shona dice que estará allí todo el que es alguien; la crema de la sociedad de las Tierras Altas. Shona dice...

Nunca llegué a saber qué más tenía que decir Shona McLaren al respecto, porque la mujer en cuestión eligió ese momento para llamar a mamá y seguir hablando sobre el tema, y yo aproveché la oportunidad para escapar a mi habitación con algunos de los bollos extra que Bella había metido a escondidas en mi bolsa antes. Me alegró saber que el evento que había elegido para contarle a Jack la verdad sobre mi identidad iba a ser una fiesta en el jardín, no una

«caminata» como él la había llamado, y me alegro aún más cuando me despierto a la mañana siguiente con un cielo inusualmente azul.

Sol. Canapés. Confesiones que destruirán nuestra relación. Vaya día de *Querido diario* que va a ser este, sin duda.

—Tendrás cuidado, ¿verdad, Emerald? —dice papá, con aspecto preocupado mientras me deja en la entrada de la finca—. No sabemos nada de ese chico Buchanan. No queremos que te involucres con otro Ben.

—Sabes bastante sobre él por lo que cuenta Shona —señalo—. Y de una cosa puedes estar seguro: es poco probable que Jack Buchanan intente estafarme todos mis ahorros. Además, no estoy «involucrada» con él. Solo estoy aquí por asuntos del Día de Gala para Bella, como te dije.

Papá parece sospechoso, pero simplemente asiente y se despide con la mano antes de marcharse, con Jude Paw en el asiento del copiloto como de costumbre. Mi estómago se revuelve de nervios mientras camino por el largo sendero que conduce a la Casa Buchanan. He estado despierta más o menos toda la noche, preguntándome cómo demonios voy a soltar la bomba de «No soy Scarlett» a Jack, y sigo sin estar más cerca de saber la respuesta.

Sin embargo, estoy vestida para la ocasión, con un vestido blanco de verano vintage que encontré en la colección de Bella, que he combinado con un sombrero de ala ancha que compré para un viaje a Tenerife cuando tenía diecisiete años. En los pies, llevo unas bailarinas rosa pálido con un enorme lazo en cada punta; preciosas, pero también completamente prácticas para todo el paseo que Shona le ha asegurado a mamá que haré.

Por una vez en mi vida, siento que realmente podría encajar en este evento. Como si finalmente me estuviera convirtiendo en el tipo de mujer que puede aparecer en una fiesta en el jardín, o en cualquier lugar, realmente, y sentirse perfectamente cómoda allí. Me estoy convirtiendo en Scarlett, en otras palabras. Y además, si Jack sí escucha mi confesión y luego me echa sin ceremonias de su casa, al menos estaré bien vestida para ello.

El pensamiento no logra consolarme cuando llego al final del camino y crujo por el camino circular, que me lleva alrededor de la parte trasera de la casa, donde los invitados han comenzado a reunirse para la fiesta.

Piensa en Scarlett, me digo firmemente. *La imaginaria, no la real. Esa es quien eres. Eres inteligente. Eres segura. No vas a hacer el ridículo en absoluto.*

Con la cabeza en alto y los hombros echados hacia atrás, me dirijo con confianza hacia el murmullo de voces.

Definitivamente no es una fiesta en el jardín.

Repito: NO es una fiesta en el jardín.

Me doy cuenta tan pronto como rodeo la esquina de la casa y paso junto al primer grupo de invitados, que están agrupados afuera, junto a un enorme invernadero de cristal que alberga la piscina.

Yo sabía que habría una piscina.

Lo que no sabía, sin embargo, era que Jack *realmente* estaba siendo completamente literal cuando llamó a esto una fiesta de «*senderismo*». Por una vez, parece que la información de Shona McLaren era errónea. Todas y cada una de las personas que paso están vestidas con algún tipo de ropa de caminata, desde mallas y zapatillas deportivas hasta botas de *senderismo* y esos largos bastones que los caminantes serios a veces llevan consigo para demostrar lo mucho mejores que son que tú en *senderismo*.

Soy la única persona vestida para una fiesta en el jardín —probablemente porque soy la única que esperaba una— y mientras la gente se gira para mirarme con curiosidad al pasar, me siento agradecida de darme cuenta de que no reconozco a ninguno de ellos. Los invitados de Jack son una mezcla variada de edades y orígenes; lo único que todos tienen en común, sin embargo, es ese inconfundible brillo de riqueza y éxito, y todos parecen mirarme por encima del hombro, con mi vestido prestado y mis zapatos inapropiados.

Mataré a Shona McLaren la próxima vez que la vea. Lo juro por Dios.

Hasta ahora no hay señales de Jack, así que me quedo nerviosamente en la periferia del grupo, preguntándome si debería darme la vuelta e irme a casa mientras aún tengo la oportunidad. Logré convencer a Frankie para que me cambiara el turno con una de las gemelas para poder venir a esta... *cosa*... lo que significa que si me voy a casa ahora tendré el resto del día para tumbarme en la cama de mi infancia y arrepentirme de todas las malas decisiones que me han llevado a este punto.

O podría, ya sabes, simplemente mantener la cabeza alta y seguir adelante.

Después de todo, no estoy aquí para divertirme. Ni siquiera para impresionar a todos con mi elección de calzado bonito pero ahora excepcionalmente poco práctico. No, estoy aquí para decirle a Jack quién soy realmente, y luego irme. (Aunque obviamente espero que me pida que me quede). Así que eso es lo que voy a hacer.

Primero, sin embargo, voy a ir rápidamente al baño. Porque seamos sinceros, "quien realmente soy" es normalmente alguien con el pelo desordenado y pintalabios en los dientes, y ese no es exactamente el mensaje que espero transmitir cuando finalmente vea a Jack.

Manteniendo mis ojos firmemente en el suelo para reducir la posibilidad de tener que hablar con alguien, me escabullo entre los otros invitados y empujo tentativamente la puerta del invernadero. La habitación está cálida y vaporosa, con plantas de aspecto exótico salpicadas alrededor del borde de la piscina, y una selección de tumbonas acolchadas en una esquina. No vi esta parte de la casa cuando estuve aquí con Frankie, pero espero que la puerta al otro lado de la habitación conduzca a algún lugar con un baño, donde pueda refrescarme antes de ver a Jack. Sin embargo, mis esperanzas son en vano, porque apenas he abierto la puerta cuando veo una figura familiar de pie en el pasillo más allá de ella.

Jack está despreocupadamente apoyado contra la pared, pareciendo en todo sentido el señor de la mansión. De hecho, estoy tan ocupada admirándolo que me toma unos segundos darme cuenta de que no está solo.

Está con Lexie.

Lexie Steele, con su ajustada licra negra y un par de gafas de sol empujadas hacia arriba en su pelo rubio, luciendo glamurosa incluso en ropa de entrenamiento. De repente, me siento aún más fuera de lugar con mi vestido blanco de algodón y mi gran sombrero de paja. Como una lechera del siglo XVIII o algo así, que acaba de entrar en una fiesta de cócteles de lujo.

¿Debería ir a casa a cambiarme?

*¿Debería ir a casa y, no sé, **morirme**?*

Y ¿qué hace Lexie aquí, de todos modos? Con su mano en el... oh Dios mío, ¿le está acariciando el brazo?

Me quedo allí en las sombras, mirando con horror cómo Lexie coloca su mano en el antebrazo de Jack, parándose demasiado cerca de él mientras se ríe coquetamente de algo que acaba de decir. Su cabeza está inclinada hacia arriba, como si esperara que él la besara (Para ser justos, Lexie solo mide unos 1,63 metros, y hoy lleva zapatillas en lugar de tacones. Pero aun así...), y Jack le sonríe, como si no me hubiera besado apasionadamente hace solo dos días. Como si fuera totalmente normal que Lexie tenga su mano en su brazo de esa manera. Como si realmente lo estuviera *disfrutando*.

Coqueteo. Lexie está descaradamente coqueteando con Jack, y creo que nunca he odiado tanto a nadie en toda mi vida.

Voy a tener que actualizar mi lista de enemigos mortales tan pronto como llegue a casa. Y ya sé quién va a ir directamente al primer puesto.

Sé que no tengo derecho a sentirme indignada porque Jack esté coqueteando con otra persona; después de todo, no es mi novio. No es mi *nada*, realmente. Y, sin embargo, me encuentro

indignada. Y bastante enfadada, si soy sincera.

¿Es eso lo que hace, entonces? ¿Simplemente va por ahí coqueteando con diferentes mujeres, una tras otra? Debería haberlo sabido. Porque los hombres tan guapos como Jack Buchanan saben que pueden tener a quien quieran, ¿no? *Las apariencias engañan*, como diría mamá. Y "una cara bonita le sienta bien al trapo de cocina", según McTavish. Lo que sea que eso signifique.

Bueno, Jack es definitivamente guapo y Lexie no es nada si no una cara bonita. (No tengo idea de qué es un "trapo de cocina", pero estoy segura de que también es agradable). Es lógico que eventualmente se encontraran.

Pero no si yo puedo evitarlo.

—¡Jack! —exclamo alegremente, marchando hacia donde él y Lexie están parados, con mi sonrisa más brillante pegada en mi cara—. ¡Aquí estás! ¡Me preguntaba dónde te habías metido!

Está bien, en realidad no planeaba ser tan animada. Es casi como si el espíritu de la Scarlett Imaginaria hubiera habitado mi cuerpo. Y resulta que la Scarlett Imaginaria es del tipo que lucha por su hombre.

—¿Emerald?

El rostro de Jack registra sorpresa, y luego algo que me gustaría pensar que podría ser placer, pero es difícil saberlo con él. Lexie, mientras tanto, ni siquiera se molesta en ocultar su decepción cuando me paro entre los dos, obligándola a quitar su mano del brazo de Jack.

El juego ha comenzado, Lexie. Es tu turno.

Lexie, por supuesto, está a la altura de las circunstancias, como solo Lexie Steele puede hacerlo.

—¡Dios mío, Emerald! ¿Qué llevas puesto? —dice, con una risita tintineante. Mi mandíbula ya me duele por la fuerza con la que la estoy apretando. Este va a ser un día *realmente* largo—. ¿Has venido disfrazada? ¿Se supone que eres una pastora o algo así? Porque Jack me estaba contando sus planes para reintroducir lobos en las Highlands, así que supongo que necesitaremos tus servicios para mantener a las ovejas a salvo de ellos.

Primer asalto para Lexie, entonces.

Y... ¿dijo lobos?

Mis ojos se dirigen rápidamente hacia Jack, pero su rostro está una vez más tan impasible como siempre, y no muestra ninguna sorpresa ante el comentario de Lexie.

Supongo que mejor seguirle el juego.

—Si yo soy una pastora, ¿eso te convierte en el lobo feroz, Lexie? —digo dulcemente, sonriendo con inocencia a ambos.

La sonrisa falsa de Lexie disminuye un poco.

Segundo asalto para mí.

—Ya lo sabes —dice, recuperándose rápidamente y guiñándome un ojo—. Ten cuidado, Emerald; mis dientes pueden ser afilados, ¿sabes?

Vale, ya está. Voy a tener que matarla.

Afortunadamente para Lexie, Jack elige este momento para intervenir.

—Supongo que ustedes dos se conocen —dice, luciendo confundido.

—Oh, sí —dice Lexie, con su sonrisa de vuelta en su lugar—. Emerald y yo nos conocemos desde hace mucho. Fuimos juntas al colegio. Aunque no nos habíamos visto en un tiempo, hasta que Emerald apareció para limpiar mi... ¡AY! ¡Emerald, ten cuidado!

Lexie se agacha para frotarse el dedo del pie que acabo de pisar, y el aliento abandona mi cuerpo al darme cuenta de lo cerca que estuve de que mi doble identidad quedara expuesta. Creo que mi *alma* también podría haber abandonado mi cuerpo; es la única explicación para la forma en que el mundo parece inclinarse a mi alrededor mientras me obligo a seguir de pie, cuando todo lo que quiero hacer es darme la vuelta y correr.

—Alexandra, ¿qué demonios estás haciendo?

Estoy tan segura de que Lexie está a punto de descubrirme que cuando me doy la vuelta y veo a su madre caminando hacia nosotros, casi me alegro de verla.

Casi.

Hoy, Samantha Steele («Llámame Sam, por favor», gorjea, extendiendo su mano hacia Jack y mirándolo exactamente de la misma manera que su hija lo hacía hace unos minutos) lleva unos vaqueros negros ajustados metidos en unas botas de montar muy pulidas, y una blusa de seda color ostra, que está abierta en el cuello para revelar su escote. Debe estar rozando los 60 años ya, pero es obvio que tiene la intención de envejecer de manera escandalosa; como lo evidencia la forma en que ahora está batiendo sus pestañas cargadas de rímel hacia Jack, mientras levanta una mano con uñas rojas para arreglarse su cabello teñido de rubio platino.

—Ha hecho un gran trabajo con este lugar, señor Buchanan —ronronea, ignorando completamente a Lexie, quien parece encogerse casi en presencia de su madre—. Es una gran mejora. Estoy deseando ver la destilería a continuación. Por puro interés profesional, por supuesto. Tenemos que mantenernos al tanto de la competencia, ¿no es así? He oído que las vistas valen la pena por sí solas.

Miro con curiosidad a Jack, quien me devuelve la mirada con una expresión de «sálvame», que ignoro. Si va a coquetear con Lexie, entonces estoy segura de que podrá manejar a Samantha también.

O quizás no, pensándolo bien.

—A Emerald le gustó la vista —dice, responde, luciendo como si prefiriera comerse sus propios pies antes que participar en esta conversación—. ¿Por qué no les muestras la foto que tomaste, Emerald?

Lo miro con enfado, preguntándome por qué demonios me está metiendo en esta conversación, antes de sacar a regañadientes mi teléfono del bolso y desplazarme por la galería de fotos hasta encontrar la foto del atardecer que tomé esa noche.

—Muy bonita —dice Sam, en un tono de voz que sugiere que este no es el tipo de mujer que aprecia un buen atardecer. Probablemente también odie a los cachorros.

—La nuestra puede que no tenga las vistas —continúa Samantha, logrando que suene como si las buenas vistas fueran una moda pasajera que nunca se impondrá—. Pero tenemos décadas de historia detrás para compensarlo.

—El '39 también las tiene —responde Jack, con la confianza de un hombre que sabe que no tiene nada que demostrar—. Como estoy seguro de que sabe. Mi abuelo hizo su primera mezcla más o menos al mismo tiempo que su... debió de ser su padre, supongo, ¿no?

La boca de Samantha Steele se tensa en una línea dura ante este descarado recordatorio de que es una generación mayor que el hombre con el que está intentando coquetear. Afortunadamente para ella, Lexie —quien aún no se ha recuperado del todo de la revelación de que yo he estado en la destilería de Jack y ella no— interviene para salvarla.

—Toma, Emerald, sácanos una foto a los tres —exige, entregándome su teléfono con aire imperioso.

—Y una para mí también.

Sam coloca su propio teléfono en mi mano, luego ambas se colocan alrededor de Jack, cuyos ojos me ruegan silenciosamente que lo ayude mientras permanece allí como una estatua, apretando los dientes con disgusto. Claramente no es un gran fan de las fotos.

—Di whisky —sonrío alegremente, haciendo malabares con los dos teléfonos mientras Jack continúa mirándome con enojo.

Tomo la foto de Lexie primero, luego deslizo hacia arriba en el teléfono de Samantha, que se abre en una galería de fotos llena casi en su totalidad de selfies. Solo dos fotos en la parte inferior de la página no contienen primeros planos del puchero de pato de la mujer —son solo aburridas

tomas de alambiques de whisky, por lo que puedo ver— y me estremezco interiormente mientras obedientemente levanto el teléfono y tomo algunas fotos más para añadir a su galería.

¿Quién necesita tantas fotos de su propia cara?

—Nuestros abuelos eran grandes amigos, mamá me lo estaba contando —le dice Lexie a Jack mientras devuelvo los dos teléfonos—. Mamá dice que incluso hubo conversaciones sobre que se convirtieran en socios en algún momento.

—Sí. Y tal vez tú y Jack aquí —puedo llamarte Jack, ¿verdad?— seréis socios algún día también —dice Samantha, claramente deseando que fuera ella, y no su hija, quien estuviera destinada a ser "socia" de Jack Buchanan.

—Me siento un poco mal —anuncio bruscamente, sin querer escuchar más de esto—. Creo que voy a salir a tomar un poco de aire.

—Te acompaño —dice Jack inmediatamente, aprovechando la excusa—. De todos modos, la caminata está a punto de comenzar.

Lexie abre la boca para decir algo más, pero Jack ya me está guiando lejos de ellas y de vuelta hacia la sala de la piscina. Cuando llegamos a la puerta, no puedo resistir echar un vistazo rápido hacia atrás, y llego justo a tiempo para ver cómo las sonrisas desaparecen simultáneamente de los rostros de Lexie y su madre.

—Ve tras él, niña tonta —oigo a Samantha sisear a su hija mientras nos vamos.

Voy a tomar eso como la tercera ronda para mí, entonces.

Capítulo 24

Tan pronto como volvemos al exterior de la casa, Jack y yo nos detenemos y nos miramos con recelo.

—¿De verdad te sientes mal? —pregunta él, frunciendo el ceño con preocupación.

—Solo de esas dos —admito, señalando con la cabeza en dirección a Lexie y su madre, que acaban de salir del invernadero. Samantha tiene una expresión tormentosa, y Lexie parece haberse encogido aún más, de alguna manera.

Maldita sea. Ahora me da lástima.

—A mí también —dice Jack, sonriendo aliviado—. Bueno, creo que ya he tenido suficiente charla trivial por hoy. Pongámonos en marcha.

* * *

Había supuesto que todos en el grupo de *senderismo* caminaríamos juntos, como una extraña bestia de muchas cabezas, pero aunque empezamos así (yo haciendo lo posible por quedarme al final del grupo, para que nadie note mi ridículo atuendo), no pasa mucho tiempo antes de que Jack me mire, llamándome silenciosamente hacia él.

—Vamos —murmura, guiándome lejos del resto del grupo—. Alejémonos de esta gente.

—¿Te refieres a tus invitados? —pregunto inocentemente, mientras nos dirigimos por el césped en una dirección completamente diferente a la de los demás—. ¿Los que invitaste aquí para el fin de semana? ¿Los que esperan que el señor de la mansión los entretenga? ¿Esa gente?

—No soy el señor de la mansión —responde con naturalidad, negándose a morder el anzuelo—. O, al menos, no me veo así. Y tampoco soy un comité de entretenimiento de un solo hombre. Para eso es que le pago a otras personas.

—Vaya, realmente no bromeabas cuando dijiste que no eras una persona sociable, ¿verdad? —comento, siguiéndolo a través del césped perfectamente cortado y hacia la línea de árboles más

allá de la casa—. ¿De verdad planeas evitar a tus invitados? ¿Durante todo el fin de semana?

—Tanto como pueda —responde Jack, haciendo una mueca—. Estoy seguro de que Elaine y John se encargan de eso, de todos modos. Son buenos en este tipo de cosas. Yo no. Prefiero mantenerme en mi carril.

—Que es... ¿el whisky? —aventuro con curiosidad—. ¿O algo más?

—Aplicaciones —responde Jack, mirándome—. El whisky es solo algo secundario, en realidad; un proyecto apasionante, supongo, aunque me gustaría que fuera más que eso, eventualmente. Paso la mayor parte de mi tiempo pegado a mi portátil, programando. Preferiría estar haciendo eso que... bueno, todo *esto*.

Asiente hacia las espaldas que se alejan del resto del grupo de *senderismo*, que, por suerte para él, están demasiado lejos ahora para darse cuenta de que su anfitrión está ocupado explicando cuánto desearía no tener que verlos.

—¡Oye! —protesto, dándole un codazo en el costado—. Si no estuvieras haciendo esto, no tendrías el placer de mi compañía, ¿sabes?

—Bueno —dice Jack, tan bajo que tengo que inclinarme para oírlo—. *Eso sí* sería una tragedia. Eres una de las muy pocas personas cuya compañía no me molesta.

Es el más leve de los elogios, pero aun así hace que mis mejillas ardan de deleite. Con cada momento que paso con él, puedo sentir cómo mi resolución de decirle la verdad se desvanece lentamente. No quiero arruinar esto. No mientras está siendo amable conmigo. O con Scarlett, de todos modos.

—Entonces, ¿la elaboración de whisky es tu único, eh, proyecto apasionante? —pregunto, avanzando con cautela por el terreno irregular. Hemos dejado el amplio césped de la casa y ahora estamos en el bosque más allá, lo cual son malas noticias para mí y mis estúpidos zapatos—. ¿No hay... alguna *persona* por la que también te apasionas, quizás?

Me estremezco horrorizada por mis propias palabras. Tal vez *no debería* seguir canalizando a la Scarlett Imaginaria ahora mismo, después de todo. Jack, sin embargo, no parece notar mi vergüenza.

—¿Una persona? —dice, frunciendo ligeramente el ceño—. ¿Te refieres a una mujer? ¿No hemos tenido ya esta conversación?

Lexie es a lo que me refiero. Pero no voy a decirlo. Eso solo me haría parecer celosa e insegura.

—Como Lexie, tal vez —digo, queriendo patearme instantáneamente—. Ustedes dos parecían muy amigables en la casa.

Por un momento, Jack no responde, y caminamos en silencio, con las palabras flotando en el aire entre nosotros.

—¿Estabas celosa? —pregunta al fin, sin mirarme—. Porque si no te conociera mejor, diría que estabas celosa.

—No —replico inmediatamente—. No seas ridículo. Por supuesto que no estaba celosa.

Añado un rápido giro de ojos, solo para rematar. Pero no estoy engañando a nadie. Ni siquiera a mí misma.

—Oh —dice Jack, pareciendo herido—. Es una lástima. Esperaba que lo estuvieras.

Su boca se curva hacia arriba en su aproximación a una sonrisa, y yo le devuelvo tentativamente la sonrisa, casi mareada de alivio.

Todavía le gusto. Todo va a estar bien.

—Ni siquiera conozco a Lexie —continúa Jack, reduciendo un poco la velocidad para permitirme alcanzarlo—. Básicamente me emboscó; simplemente se acercó y comenzó a hablarme como si ya nos conociéramos. Solo le seguí la corriente para ser educado. Me sentí tan aliviado cuando apareciste para rescatarme.

Se encoge de hombros como si no fuera gran cosa, pero es exactamente el tipo de cosa que yo habría hecho en su lugar —es exactamente el tipo de cosa que *he* hecho, de hecho— y la realización casi me hace detenerme en seco.

Jack no es perfecto. Es el tipo de persona que finge conocer a alguien solo para evitar tener que preguntarles quiénes son, y que necesita ser rescatado de situaciones sociales incómodas. Él es...

—¡Dios mío! —digo, deteniéndome en seco esta vez—. ¿Eres *tímido*?

Ahora es el turno de Jack de protestar.

—Por supuesto que no —dice, haciendo un ligero puchero—. No soy para nada tímido. Simplemente no soy una persona sociable. Ya te lo dije. Por eso me gusta programar. Sé dónde estoy con el código. Lo entiendo. No entiendo a la mayoría de las personas. Por eso intento evitarlas la mayor parte del tiempo.

Empiezo a caminar de nuevo mientras doy vueltas a esta información en mi mente. Todo es solo una actuación, me doy cuenta ahora. Jack no es gruñón, y no es grosero; o al menos no a propósito. Probablemente tampoco sea realmente *tímido*. Es solo alguien que preferiría que le permitieran ser *él mismo*, en lugar de verse obligado a ser la persona que todos los demás quieren que sea.

¿Y quién no querría eso?

Mientras subimos lentamente la suave pendiente que conduce a Westward Tor, me doy cuenta de que conozco este lugar. Los árboles son más altos y el brezo es más espeso, pero este siempre será el patio de juegos de mi infancia con Frankie. Es un recuerdo feliz, pero no dura mucho. Sin previo aviso, me veo transportada a la última vez que me senté en la cima del Tor, mirando hacia abajo el humo negro y acre que se elevaba desde el pueblo y sabiendo sin duda alguna que nunca podría volver.

Algunas personas queman sus puentes; yo quemé el salón del pueblo, lo que viene a ser lo mismo, realmente.

Pero ahora aquí estoy, justo donde empecé, con todo sintiéndose tan dolorosamente familiar que es casi como si nunca me hubiera ido.

Jack, sin embargo, es un chico de ciudad, nacido y criado, y se ve más que un poco perdido.

—Jack, ¿a dónde vamos *exactamente*? —pregunto de repente. Por lo que puedo ver, hemos estado caminando sin rumbo hasta ahora, pero de repente se me ocurre que Jack, o quien sea que organizó esta caminata, debe haber tenido algún destino *real* en mente.

—La cascada —responde distraídamente, pasándose la mano por el pelo—. Se supone que hay una cascada cerca de aquí. Mi abuelo escribió sobre ella en sus cartas a mi abuela antes de que se casaran. Fue donde le propuso matrimonio al final, creo. Siempre he querido verla.

Lo miro pensativamente, tratando de no pensar en el hecho de que planeaba llevarme al lugar de la propuesta romántica de su abuelo. Eso no significa nada, ¿verdad? Es decir, planeaba llevar a *todos* en esta estúpida fiesta allí, no solo a mí. Es solo una desgracia que no planea un poco más a fondo, porque aquí está el problema: *hay* una cascada en la finca Buchanan, la conozco bien. Pero no está cerca de donde estamos ahora. La cascada está en las colinas, como era de esperar. Nosotros, por otro lado, estamos actualmente mirando hacia el valle. Aquí no hay cascadas. Solo un montón de ovejas y un par de viejas cabañas en ruinas.

Me muerdo el labio mientras reflexiono sobre qué hacer a continuación. Yo sé que estamos caminando en una dirección completamente equivocada. Scarlett, sin embargo, no lo sabría. Porque Scarlett Scott no pasó su juventud entrando sin permiso en la tierra de Jack, ¿verdad? Emerald Taylor tampoco debería haberlo hecho. Pero yo lo hice. Y ahora tengo un dilema. ¿Le digo a Jack que estamos completamente desencaminados y arriesgo que me pregunte cómo lo sé? ¿O simplemente lo sigo y arriesgo que ambos nos perdamos?

Mientras estoy ocupada sopesando los pros y los contras de estas dos opciones, Jack toma la decisión por mí.

—Vamos —dice con decisión, poniendo un pie en el muro frente a nosotros—. Iremos por aquí. Estoy seguro de que está justo más allá de esa colina.

—¿No es ese un campo de un granjero que tenemos que cruzar? —pregunto, fingiendo que no sé perfectamente que lo es. Como para probarlo, justo en ese momento el propio granjero aparece a la vista en un quad, con una oveja muy lanuda trotando obedientemente detrás de él. Incluso desde esta distancia —y, bueno, también por la oveja, obviamente— puedo ver que es Jimmy, mi antiguo némesis del autobús de Fort William, y su fiel compañera, Edna la oveja.

Fantástico. Simplemente fantástico.

—Está bien —dice Jack, saltando el muro y esperando que yo lo siga—. Según el mapa, este es un derecho de paso público. Y de todos modos, estamos en Escocia; tenemos derecho a deambular, ¿sabes? Solo nos detendremos para preguntarle al granjero si está bien primero.

—Y luego nos disparará —respondo, saltando el muro para unirme a él.

—Estamos en Escocia —repite Jack, pareciendo ligeramente divertido por mi ingenuidad—. La gente no se dispara entre sí aquí.

—Lo hacen si están locos —señalo, pensando en al menos dos personas que conozco personalmente (y por "personalmente", quiero decir "a través de la amiga de mamá, Shona"), que han sido disparadas. McTavish casi fue uno de ellos, en realidad, pero, para ser justos, él no *sabía* que la pistola de perdigones estaba cargada cuando se apuntó a su propio pie. Y estoy bastante segura de que una de las otras personas de las que Shona me habló fue "disparada" durante un juego de paintball, ahora que lo pienso.

Tal vez Jack tenga razón. Tal vez Jimmy no nos dispare. Probablemente ni siquiera *tenga* un arma.

Caminamos lentamente por el campo hacia donde Jimmy está sentado esperándonos en su quad, y sí, definitivamente tiene un arma.

—¿Ves? ¡Te lo dije! —susurro entre dientes.

Jack no me oye, sin embargo; ha entrado en modo "señor" completo mientras camina delante de mí, ofreciendo su mano a Jimmy, quien la mira con sospecha, antes de limpiarse la suya en los pantalones y luego inclinarse para estrechar la de Jack.

Afortunadamente para mí, Jimmy está demasiado impresionado de estar hablando con el *verdadero*

Jack Buchanan pensara en dispararnos. En su lugar, pasa los siguientes minutos dándonos una serie de indicaciones muy complicadas para llegar a la cascada (—Oh, no sabéis ni dónde tenéis la mano derecha —dice—. Estáis a kilómetros de esa cascada. Kilómetros.), y diciéndonos qué

campos tienen "bestias" y cuáles no (Por "bestias" sé que se refiere a "vacas", pero está claro por la expresión sorprendida de Jack que él asume que las bestias en cuestión son del tipo mitológico. Como dragones o algo así. Tampoco voy a corregirlo).

—Bueno, muchas gracias —dice Jack al fin, cuando Jimmy finalmente deja de hablar—. Nos aseguraremos de evitar las, eh, *bestias*. Si podemos.

Jimmy asiente, y continuamos nuestro camino, siguiendo valientemente las indicaciones que nos dio el granjero hasta que estamos muy por encima del valle, con el lago brillando debajo de nosotros.

—¿Te apetece nadar? —digo, señalando con la cabeza en dirección al agua. El clima no es precisamente caluroso —nunca lo es por aquí— pero aún estoy incómodamente acalorada por la subida—. Prometo no ahogarme esta vez —añado, volviéndome para sonreír a Jack, que está justo detrás de mí.

—No bromees con eso, Emerald —dice él secamente—. No tiene gracia.

—¿Demasiado pronto? —respondo, esperando que la nube oscura que ha cruzado su rostro sea una que pueda ahuyentar con mi encantadora personalidad—. Lo siento, supongo que debería esperar al menos unos días más antes de empezar a hacer bromas sobre mi experiencia cercana a la muerte.

—Lo digo en serio —dice, sorprendiéndome con la intensidad de su tono—. Para. No estoy bromeando.

Y no lo está, de hecho; puedo notarlo por la expresión de su rostro, que ha adoptado esa mirada cerrada e incommunicativa que pone cuando no quiere hablar de algo. Mi cuerpo se siente repentinamente frío de aprensión, aunque aún hay sudor en mi frente.

—Vale, suéltalo —digo, deteniéndome directamente frente a él y obligándolo a detenerse también—. ¿Qué dije? Dímelo, para saber no hacerlo de nuevo.

Jack se aclara la garganta torpemente, luego se aparta de mí, con los ojos fijos en el agua debajo de nosotros.

—Jack —digo suavemente, poniendo una mano en su brazo—. ¿Qué pasa? Puedes contármelo.

Me mira de manera especulativa, como si estuviera tratando de decidir si puede confiar en mí, y justo en el momento en que creo que va a decidir no hacerlo, se gira y vuelve a mirar hacia el lago.

—Tenía un hermano —dice, tan bajo que tengo que acercarme para oírlo bien—. Alex. Era dos años mayor que yo.

Asiento, pensando en la foto que vi en su habitación aquel día. Los dos niños pequeños con idénticos mechones de pelo oscuro y hoyuelos a juego. Jack y su hermano. Por supuesto.

—¿Qué pasó? —pregunto en voz baja, casi temerosa de escuchar la respuesta.

—Se ahogó —dice Jack bruscamente—. Cuando tenía 17 años. Yo estaba allí en ese momento. Intenté entrar a buscarlo, pero...

Se detiene, su voz quebrándose. Mi corazón se contrae de lástima; por él y por el niño pequeño que se parecía tanto a él. Ni siquiera puedo imaginar cómo debe ser tener que cargar con el dolor que Jack ha tenido que soportar desde que sucedió. Quiero abrazarlo, o al menos tomarle la mano, pero él sigue de pie mirando la vista, con las manos en los bolsillos de su sudadera y los hombros levantados defensivamente. En su lugar, doy un pequeño paso adelante.

—¿Fue...?

Sigue mi mirada hacia el lago debajo de nosotros y niega con la cabeza.

—No aquí, no. Fue en Italia. En el mar. Solíamos ir allí en verano. Nunca he vuelto, curiosamente.

—Oh, Jack —Lo rodeo con mis brazos y lo abrazo fuertemente, sin saber qué más hacer. No hay nada que pueda decir para consolarlo. No hay palabras que ayuden. Así que simplemente sigo abrazándolo y, después de unos segundos, sus brazos me rodean y me devuelve el abrazo.

Ahora entiendo por qué estaba tan enojado cuando salté tras Jude aquel día. No solo porque fue estúpido, sino porque debe haberle traído el tipo de recuerdos que ni siquiera puedo imaginar.

—Lo siento mucho —susurro contra su pecho—. Lo siento muchísimo.

Nos quedamos en silencio juntos por un minuto, abrazándonos fuertemente.

—Fue enterrado aquí, en el cementerio de la iglesia —dice Jack en mi pelo—. Mis padres querían traerlo a casa, aunque este nunca fue realmente su hogar. Ahí es donde iba aquel día que te vi en el autobús, de hecho. No lo había visto antes —realmente no había querido, si soy honesto— pero habría sido su cumpleaños, y simplemente pensé que sería algo bonito de hacer —Se aclara la garganta de nuevo—. Estúpido, realmente —añade—. Como si pensara que era un personaje de una película o algo así.

—No es estúpido —digo con fiereza, parpadeando para contener las lágrimas que amenazan con rodar por mis mejillas—. Creo que es hermoso. Realmente, realmente hermoso.

Iba a visitar la tumba de su hermano. Por eso tenía prisa. Por eso no estaba prestando atención a la carretera. Y yo simplemente me senté allí y lo odié por ello.

—No lo fue —insiste—. Cuando finalmente llegué allí, me di cuenta de que no sabía qué decir o hacer. Era solo una piedra en el suelo. Me sentí estúpido hablándole. Y sabía que él no estaba

allí. Alex nunca habría querido estar atrapado en algún estúpido cementerio. Él estaría aquí fuera, en las colinas, en la naturaleza. Eso era lo que amaba. Es donde me siento más cerca de él.

Mis lágrimas fluyen libremente ahora, a pesar de mis mejores esfuerzos por detenerlas, y entierro mi cabeza contra su pecho en un intento de ocultarlas. No me avergüenza llorar frente a él, pero no quiero que esto se trate de mí y mi culpa por lo mucho que lo odiaba antes de saber quién era. Solo quiero ayudarlo a sentirse mejor.

—¿Es por eso que volviste? —pregunto, una vez que estoy segura de que puedo hablar sin sollozar—. ¿Para sentirte más cerca de él?

—Supongo que sí —su tono es pensativo, y sus brazos me aprietan más fuerte—. Alex nunca vivió aquí —dice—, pero él es quien debería haber heredado esta propiedad. Él es quien debería haber sido el «señor». No yo. Habría sido bueno en ello, además. Era bueno con la gente. Les caía bien. A mí no me aprecian.

—Oh, pero sí lo hacen —le aseguro, pensando en Frankie y cómo instintivamente comienza a arreglarse el cabello cada vez que se menciona su nombre. En las chicas del autobús el primer día que lo conocí. En *Lexie*—. De hecho, a algunas les caes *muy* bien.

Él se encoge de hombros mientras me suelta, mucho antes de que yo esté lista para romper el contacto. Tímidamente, busco su mano en su lugar, sintiendo alivio cuando no se opone.

—Realmente no me importa si les caigo bien o no —dice por fin—. Solo quiero ser mejor en esto... en toda esta cosa de ser «señor». Sé que nunca podré ser como mi hermano, pero me gustaría que estuviera orgulloso de mí. Mi abuelo también. Por eso la destilería es tan importante para mí —continúa, con la voz más animada ahora—. Fue idea de mi abuelo para empezar, como te dije, pero Alex era quien quería revivirla algún día. Era solo un niño cuando murió, pero tenía todas estas ideas, todas estas cosas que quería hacer con su vida. Y de repente ya no estaba, y...

—¿Y ahora sientes que tienes que hacerlas por él?

Me mira con gratitud.

—Sí. Algo así.

Todavía está sosteniendo mi mano. La aprieto suavemente. El hecho de que confiara lo suficiente en mí como para contarme todo esto es enorme, lo sé. Cambia todo; desde esa primera mirada en el autobús, hasta este momento en la ladera, cuando finalmente siento que me ha dejado entrar. Como si lo conociera. Como si incluso pudiera enamorarme de él.

Pero, por supuesto, Jack ha depositado su confianza en alguien que no la merece. Alguien que le ha estado mintiendo desde que lo conoció, y que aún no le ha dicho la verdad. Mi pecho se

aprieta de culpa mientras lo miro. Por un segundo considero simplemente soltar la verdad y acabar con esto. Al menos así podría dejar de sentirme así.

Pero no.

No ahora. No aquí. No cuando acaba de confiarme algo que claramente es tanpreciado para él.

En su lugar, sonrío lo más brillantemente que puedo dadas las circunstancias, y le doy otro apretón rápido a su mano.

—Bien, empecemos por encontrar esa cascada tuya —digo—. Creo que recuerdo el camino...

Capítulo 25

Es posible que haya sobrestimado *ligeramente* la practicidad de mis zapatos.

Para cuando llegamos a la cascada, me duelen los pies, mi cabello está hecho un nudo, y el viento ha arreciado, dejándome temblando en mi poco práctica vestido de algodón.

—Toma —dice Jack, bajando la cremallera de la sudadera que lleva puesta y quitándosela—. Ponte esto. Pareces estar congelándote.

—Pero entonces *tú* te congelarás —protesto débilmente, pero él simplemente se queda ahí sosteniéndola hasta que finalmente cedo y me la pongo agradecida.

—Así —dice, volviéndome hacia él y subiéndome la cremallera—. Eso está mejor.

—Lo está —digo, sonriéndole—. Gracias. Eres todo un caballero.

Espero que me suelte tan pronto como termine de subir la cremallera, pero simplemente se queda ahí, con sus manos aún en la sudadera, que ajusta un poco más a mi alrededor, envolviéndome en su calidez.

—¿Un caballero? —dice, con los ojos brillantes—. Pensé que era un completo Cadd.

La sudadera huele a él, y estar envuelta en ella se siente un poco como recibir un gran abrazo suyo.

Me encantaría recibir un gran abrazo suyo ahora mismo.

—Lo siento por eso —digo avergonzada—. Y por aparecer sin avisar así. Y por caerme al lago, y obligarte a venir a rescatarme.

Y por fingir ser una periodista gastronómica experimentada, cuando en realidad solo soy su limpiadora.

—En fin, lo siento por todo eso —termino torpemente—. No creo que seas un Cadd. Creo que eres... bueno, creo que eres bastante agradable, en realidad. Cuando no estás de mal humor e intentando evitar a la gente, claro.

—¿Bastante agradable? —responde, bromeando—. Me vas a avergonzar con todos estos elogios efusivos, señorita Scott.

Mierda.

Trago saliva nerviosamente.

—En fin —digo, dando un paso atrás a regañadientes, fuera de su alcance—. Ya debemos estar cerca de la cascada, ¿verdad? Creo que puedo oírla...

Sé que puedo oírla. Porque está justo después de la siguiente curva en el camino que estamos siguiendo. Necesito que Jack se *mueva* de nuevo, sin embargo, antes de que intente besarme, pensando todavía que soy Scarlett. Porque, después de nuestra conversación sobre su hermano, estoy más decidida que nunca a decirle la verdad y terminar con esta ridícula charada. Merece saber quién soy realmente. Merece estar con alguien en quien pueda confiar plenamente.

Y, tal como están las cosas, esa no soy yo.

—Entonces, um, ¿era cierto lo que dijo Lexie, allá en la casa? —pregunto, desesperada por romper el incómodo silencio que se ha instalado mientras nos giramos y caminamos en dirección al agua—. ¿*De verdad* estás planeando poner lobos aquí? ¿Como, lobos *de verdad*?

—Sí. —Su rostro no ha perdido del todo la expresión de confusión, pero al menos me está hablando de nuevo—. Es algo en lo que he estado pensando durante años. Otro proyecto apasionante, si quieres.

—¿Te apasionan los lobos?

Tengo *muchas* ganas de hacer una broma sobre Lexie aquí, pero tengo la sensación de que no caería bien, así que lo dejo estar.

—La conservación —dice, volviéndose para mirarme por encima del hombro mientras caminamos. La mirada confusa ha desaparecido ahora, me alegro de ver, y su expresión está animada—. Devolver la tierra a su estado natural es solo un aspecto, pero tiene muchos beneficios, especialmente aquí en las Tierras Altas. Reforestación, biodiversidad...

—Asustar a la gente de muerte... —continúo por él.

Jack se ríe.

—No es peligroso si se hace correctamente —me dice—. He estado trabajando estrechamente con un grupo local de conservación en Fort William, y estamos bastante cerca de establecer algo. Es realmente emocionante, la verdad.

Se vuelve a mirarme de nuevo, y puedo notar por la forma en que su rostro entero se ilumina mientras habla que realmente está tan apasionado con esto como dice. Es bastante entrañable, en realidad. O lo sería, si no estuviéramos hablando de, bueno, *lobos*. ¿Por qué no puede tener un

pasatiempo normal?, me pregunto. Como... no sé, yoga. O tejer. A la gente parece encantarle el yoga y el punto de cruz. Pero no, me tenía que tocar enamorarme de alguien que quiere vivir entre lobos.

—Típico de ti que te gusten más los lobos que las personas —digo en tono de broma—. Aunque no estoy segura de que todas las ovejas de por aquí lo aprueben. Ni los granjeros, de hecho.

Estoy pensando en Jimmy y Edna, obviamente. Realmente no puedo imaginar a Jimmy permitiendo una manada de lobos entre sus "bestias", de ninguna manera.

—No te preocupes, hemos estado consultando con los granjeros locales —me tranquiliza Jack—. Como te digo, mientras se haga correctamente, no debería haber ningún riesgo para sus animales.

Lo dudo mucho, pero estamos a punto de doblar la curva que conduce a la cascada, y quiero ver la expresión de su cara cuando la vea por primera vez, así que me guardo el pensamiento para mí misma.

—¡Vaya!

La cascada no es lo suficientemente grande o impresionante como para aparecer en ninguno de los itinerarios turísticos de la zona —ni siquiera para tener su propio nombre—, pero por la forma en que Jack la mira, pensarías que es las Cataratas del Niágara.

Encuentra a alguien que te mire como Jack Buchanan mira el agua cayendo por unas rocas en las Tierras Altas, supongo.

—Emerald, ¡esto es increíble! ¡Míralo!

Jack mete la mano en su bolsillo. Asumo que está sacando su teléfono para tomar algunas fotos de la cascada, pero, en su lugar, saca su cartera y cuidadosamente retira una vieja foto descolorida que tiene guardada dentro.

—Mira esto —dice, haciéndome señas para que me acerque. Sostiene la foto casi con reverencia, y veo que fue tomada justo en este lugar, hace muchas décadas. En ella, una pareja con ropa de los años 30 sonríe frente a la cascada, con el brazo de él rodeando la cintura de ella.

—Mi abuela estaba embarazada de mi padre cuando tomaron esta foto —me cuenta Jack, alisando una arruga en una esquina del frágil papel—. ¿No es extraño pensar en ellos parados aquí, en el mismo lugar exacto donde estamos nosotros, hace tantos años?

Asiento en silencio, sin confiar del todo en mi voz. La pareja en la foto se ve tan joven, sus rostros iluminados por la felicidad y la esperanza. Casi desearía no conocer el triste final de su historia; cómo ninguno de los sueños que debieron tener para su vida juntos se haría realidad.

—Creo que es maravilloso que estés honrando el sueño de tu abuelo —le digo, tocándole suavemente la mano—. Y el de tu hermano. Obviamente no los conocí, pero... creo que les habría significado mucho saber que estás aquí.

Le aprieto la mano, esperando no haber dicho demasiado. Pero él me mira, y su expresión es suave y nostálgica.

—Mi abuela era muy mayor cuando yo nací —me cuenta—. Se mudó a la ciudad después de la guerra. Decía que simplemente no podía soportar volver aquí sin él. Por eso la casa estaba tapiada. Pero me dio esta foto. Me dijo que este era el lugar donde se sentía más cerca de él cuando estaba en el frente. Así que sí, creo que tienes razón. Creo que estaría feliz de saber que algo de él sigue vivo aquí. ¿Te conté que esta cascada es la fuente de agua para la destilería?

Guarda cuidadosamente la foto en su billetera y se vuelve para mirar las cascadas de nuevo, y yo me paro a su lado, mirando obedientemente la vista como si nunca la hubiera visto antes. Pero hay un nudo en mi garganta mientras estoy allí. Quiero continuar esta conversación; escuchar más sobre su familia y su vida antes de volver aquí. Las cosas que lo motivan. Pero se siente incorrecto acercarme más ahora, animarlo a compartir cosas sobre sí mismo conmigo, mientras todavía le estoy mintiendo siendo Scarlett. Y este definitivamente *no* es el momento para confesar la verdad.

En su lugar, miro la cascada, casi como si la estuviera viendo por primera vez. La última vez que vine aquí, con Frankie y McTavish, cuando éramos adolescentes, recuerdo haberme quejado del frío y no haber apreciado realmente la belleza del lugar. Hace frío ahora también —eso es prácticamente un hecho en las Tierras Altas—, pero estar aquí con Jack hace que todo se sienta diferente.

Ahora, el agua cae en cascada por la ladera, enviando arcoíris a la niebla sobre nosotros, antes de acumularse en las rocas de abajo. El aire huele a piñas y, cuando Jack se vuelve para mirarme, con sus ojos brillando por la pura alegría de estar aquí, puedo ver diminutas gotas de agua atrapadas en sus oscuras pestañas.

—¿Hermoso, verdad? —pregunta, sonriendo, y yo asiento inmediatamente.

—Precioso —coincido—. Absolutamente impresionante.

Y el paisaje tampoco está mal.

Jack toma una foto más, luego extiende su mano para llevarme a la pequeña plataforma de madera que se aferra al borde del acantilado, ofreciendo la mejor vista posible de la cascada. Dudo solo por un segundo —Dios sabe cuándo fue la última vez que se le dio mantenimiento, y

lo último que necesito es ser sumergida en agua helada de nuevo— luego deslizo mi mano en la suya, esperando que mis palmas no estén tan sudorosas como se sienten.

Espero que me suelte cuando lleguemos al borde de la plataforma, pero, en cambio, simplemente se queda allí mirando, con mi mano aún segura en la suya, mientras mi corazón late con fuerza en mi pecho. Estamos parados en lo que debe ser uno de los aires más puros de Escocia, y sin embargo, de repente, no hay suficiente, porque simplemente no puedo respirar adecuadamente. El aire que hay se siente pesado de expectación.

Esto es perfecto. Completamente perfecto, en todos los sentidos imaginables.

Es una lástima que en realidad no sea real.

Mis ojos se llenan de lágrimas al darme cuenta de lo que voy a tener que hacer. Voy a tener que estropear este momento perfecto; arruinar este día perfecto. Voy a tener que decirle a Jack que no soy quien él cree que soy, y voy a tener que hacerlo... um, tan pronto como deje de mirar su teléfono.

Lo cual, quiero decir, *¿en serio?* ¿No es *otra vez* esto, verdad? ¿Yo a punto de confesar, pero siendo frustrada por Jack y ese infernal teléfono suyo, que nunca parece estar lejos de su mano?

Ahora mismo, una de sus manos todavía sostiene la mía, mientras que la otra sostiene el teléfono a la altura de los ojos, desplazándose rápidamente por un mensaje.

—Lo siento —murmura, presumiblemente sintiendo mi desaprobación—. Estaba tratando de apagarlo para que no nos molestara, pero entonces llegó esto... —Se interrumpe mientras continúa escaneando el mensaje, y estoy a punto de apartarme decepcionada cuando de repente me mira, iluminando su rostro con esa sonrisa poco frecuente suya.

—¿No me dijiste que habías enviado tu artículo sobre la destilería? —dice, soltando mi mano en su entusiasmo.

—Yo... oh. Sí. Eso.

Mierda. Me había olvidado de ese estúpido artículo que escribí y envié bajo el nombre de Scarlett. Pero ¿cómo demonios lo sabe Jack?

—Esto es de tu editora —dice, respondiendo a mi pregunta no formulada—. ¡Me dice que el artículo estará en el próximo número de la revista!

—¿Mi... mi editora? ¿Cómo la conoces?

Trago nerviosamente, tratando de ganar algo de tiempo para pensar.

—¿Te refieres a ella?

—¿Ella? —Vuelvo a tragar.

—Sí, ¿Alex McNeil? ¿Tu editora? ¿Tu editora *mujer*?

—Oh, sí, eso es lo que dije —suelto apresuradamente—. Entonces, um, ¿qué dijo? ¿Y por qué te está enviando mensajes, de todos modos?

—Oh, me contactó ayer para programar un momento para enviar un fotógrafo y tomar algunas fotos para el artículo —dice distraídamente—. Le respondí diciéndole que no se preocupara, porque aún no estaba listo, pero acaba de enviarme una copia. Espera, déjame echarle un vistazo rápido...

Sonrío nerviosamente mientras empiezo a alejarme del borde de la plataforma de observación, solo por si acaso mis piernas —que han comenzado a temblar incontrolablemente— me fallan y me envían en caída libre hacia mi muerte. Bueno, dado mi historial de accidentes, no puedo ser demasiado precavida.

Mi corazón se siente como una mariposa atrapada en mi pecho, y lucha por liberarse mientras Jack escanea rápidamente el artículo. Cuando lo escribí, solo estaba tratando de hacer algo bueno por una vez, algo para ayudar con sus planes de la destilería. Realmente no pensé en la posibilidad de que fuera *publicado*, y ciertamente no imaginé que tendría que quedarme aquí como una idiota mientras el sujeto de mis elogios leía la maldita cosa justo frente a mí.

Esto es malo.

Esto es realmente, realmente malo.

—Emerald, esto es bueno.

Parpadeo confundida mientras Jack finalmente baja su teléfono y me mira.

—Esto es *genial*, de hecho. Es...

Hace una pausa, mirándome directamente a los ojos, y en algún lugar en el fondo de mi cabeza, Taylor Swift comienza a cantar. Es *esa* clase de mirada. Intensa. Significativa. Incluso podrías decir *ardiente*, si no te importara sonar como si estuvieras en una novela romántica de Mills and Boon.

—... es fantástico —termina al fin—. Realmente fantástico, Emerald. Captaste perfectamente lo que estoy tratando de hacer aquí con la destilería, por la comunidad. Y la parte sobre mi abuelo...

Hace una pausa, pareciendo luchar con sus emociones por un momento.

—Bueno —termina, recuperando la compostura—. Es simplemente... simplemente fantástico. No puedo agradecerte lo suficiente.

Aunque sí puede. Porque, antes de que pueda descifrar qué decir en respuesta a eso, sus manos están en mi cabello, sus labios están sobre los míos, y me está besando.

Por fin.

Es solo nuestro segundo beso —el tercero si cuentas el incidente del Plumero— y es el tipo de beso que recibes de alguien que ha estado esperando toda su vida solo para besarte. Es un beso que lo consume todo, que te deja sin aliento, que me hace sentir casi como si estuviera flotando. Entonces me doy cuenta de que *realmente estoy* flotando, bueno, más o menos. Las manos de Jack están alrededor de mi cintura, y me ha levantado hasta que mi cara está al nivel de la suya. Me sostiene cerca de su cuerpo, tan fácilmente como si fuera una muñeca, y enlazo mis brazos alrededor de su cuello y me hundo en su abrazo.

No estoy pensando en Scarlett ahora, ni en Ben, ni en Frankie, ni en nada, de hecho, aparte de Jack, y la forma en que sus labios se sienten contra los míos. La forma en que su lengua se aventura experimentalmente contra mi boca, separando mis labios y haciéndome acercarlo aún más, ignorando completamente la niebla de la cascada, que está humedeciendo nuestra piel y probablemente convirtiendo mi cabello en un desastre encrespado.

Sin embargo, no me importa. Ni mi cabello, ni nada más que Jack, y este beso que continúa y continúa, hasta que cada terminación nerviosa en mi cuerpo está viva. Especialmente las de mi muslo derecho, en realidad, que están literalmente *zumbando* con... *oh*.

—Lo siento —digo, separando mis labios relucientemente de los de Jack mientras alcanzo el bolsillo de mi vestido para silenciar mi teléfono, que está zumbando alegremente. Antes de que pueda apagarlo, sin embargo, veo el nombre en la pantalla, y mi corazón se me cae del cuerpo.

Es Frankie.

Llamando, supongo, para preguntar dónde diablos estoy, dado que mi turno debería haber comenzado hace más de una hora.

—Oh, Dios mío —jadeo, horrorizada—. Necesito irme. Yo... olvidé algo.

—¿Olvidaste algo? ¿Qué?

La frente de Jack está arrugada por la confusión. Piensa que es solo una excusa, puedo notarlo. Pero esta situación es muy, muy real, y si no regreso a Heather Bay ahora mismo, Frankie me va a matar.

—Es solo... algo con una amiga —digo, mis ojos suplicándole que simplemente acepte esto. No lo cuestiones. Solo ayúdame, por favor—. Le prometí que estaría allí, y no lo estoy, y, oh Dios, por favor, ¿podemos simplemente...?

Me doy la vuelta y empiezo a trotar de regreso por el sendero por el que acabamos de bajar, y, después de unos segundos, escucho el crujido de ramitas bajo los pies mientras Jack me sigue.

—De acuerdo, mantén la calma —dice desde detrás de mí—. Voy a llamar a Elaine y hacer que envíe a alguien en el Land Rover para recogernos. Te llevaré de vuelta al pueblo tan pronto como

pueda. Estoy seguro de que tu amiga no se molestará demasiado una vez que le expliques.

Me giro para sonreírle agradecida, pero la máscara ha vuelto a bajar, los hoyuelos y las sonrisas reemplazados por su habitual expresión cuidadosamente neutral.

Lo he perdido de nuevo.

El Jack sexy, con hoyuelos y sonriente se ha ido; el Jack serio y malhumorado ha vuelto.

Y ninguno de ellos sabe quién soy realmente.

Capítulo 26

Jack tenía razón: Frankie no está molesta conmigo. Está absolutamente furiosa.

—¿Tienes idea de lo difícil que fue convencer a las gemelas para que cambiaran turnos contigo? —dice cuando finalmente regreso a la oficina—. ¿Y luego ni siquiera te molestas en aparecer?

—Frankie, lo siento muchísimo —jadeo, corriendo al armario de suministros para conseguir una de las aspiradoras de repuesto. No me atreví a ir primero a casa para recoger a Bessie o cambiarme de ropa, así que he llegado aquí con las manos vacías, todavía vistiendo el vestido de algodón y los zapatos con los que ahora apenas puedo mantenerme en pie.

Sería justo decir que este *no es* mi mejor momento como empleada, y eso lo digo como alguien que una vez pasó tres horas encerrada en un armario de papelería sin que nadie notara que se había ido.

—Te prometo que te lo compensaré —digo, poniéndome el uniforme sobre el vestido y recogiendo mi cabello en un moño de "hablo en serio"—. Haré un turno doble ahora, y mañana si quieres. Y yo...

—Olvidalo, Emerald —interrumpe Frankie, luciendo cansada—. Ya tuve que enviar a alguien más al trabajo. Mejor vete a casa. O a donde sea que necesites estar que es más importante que aquello por lo que te estoy pagando.

Está usando su tono de "no estoy enojada, estoy decepcionada", y no puedo culparla. Después de todo, no tenía que darme este trabajo. Probablemente ni siquiera *quería* hacerlo, dado mi historial. Pero lo hizo de todas formas, solo para ayudarme. Solo porque me quiere y siempre me apoya. Y así es como se lo pago: no apoyándola a ella.

—Frankie —digo, acercándome a ella—, de verdad lo siento. No quise fallarte. Es que, fui a la cascada y, bueno, me perdí un poco, así que...

—¿Te *perdiste*? —Resopla con incredulidad—. ¿En Heather Bay? ¿Estás tratando de decirme que esos diez años en Londres te han hecho olvidar completamente de dónde vienes, Emerald? ¿Es eso?

—¡No! ¡No, no es eso en absoluto! —respondo, herida—. Es solo que...

Es solo que estaba con Jack Buchanan, y estaba fingiendo ser alguien más, porque si le digo quién soy realmente, hay una muy buena posibilidad de que tu negocio sea culpado por mi estupidez, y no puedo permitir que eso suceda.

Dejo que mis palabras se desvanezcan y me quedo allí, preguntándome cómo demonios logré pasar de la euforia de besar a Jack a este momento más bajo de todos, en el tiempo que me tomó ponerme mi sudadera.

—¿En serio? —dice Frankie secamente cuando se da cuenta de que no tengo nada más que decir—. Porque podrías haberme engañado, Emerald. ¿Cuánto tiempo llevas de vuelta en la Bahía? ¿Semanas, no? ¿Y cuántas veces has venido a verme, aparte del trabajo? ¿Cuánto tiempo has pasado con McTavish? ¿Con tus viejos amigos?

—He visto a McTavish —protesto débilmente—. A veces me lleva a casa. Y una vez comimos scones en Bella's.

—Ah, es cierto, qué tonta soy —dice Frankie, golpeándose la frente—. ¡Le has hecho el honor a McTavish de dejarte llevar a casa desde el trabajo! Eso sí es un verdadero amigo.

Bueno, puedo estar equivocada, pero *creo* que está siendo sarcástica.

—También estaban los scones... —empiezo a decir, pero Frankie me interrumpe una vez más y, para mi horror, mientras se acerca, estoy segura de que puedo ver lágrimas en sus ojos.

No. Seguramente no. Frankie *nunca* llora. ¿He hecho llorar a mi mejor amiga ruda?

—Oh, ya basta, Emerald —dice, limpiándose los ojos bruscamente con el dorso de la mano—. Solo coincidiste con él, eso es todo. Y apuesto a que fuera lo que fuera que estaban haciendo en Bella's, todo se trataba de ti. Bueno, ¿tengo razón?

Ahora tiene ambas manos en las caderas mientras me mira fijamente. Me recuerda a mamá, en realidad.

Abro la boca para responderle, luego la cierro de golpe al darme cuenta de que tiene razón. Siento que un rubor comienza en mis dedos de los pies y sube por mi cuerpo mientras recuerdo cómo la conversación ese día fue toda sobre mí. Yo y mi dinero perdido, yo y mi culpa, yo, yo, yo. Nunca lo había visto así, pero de repente me siento tan avergonzada que quiero volver a ponerme la sudadera sobre la cara para ocultarla.

—¿Sabías que McTavish ha tenido que empezar a trabajar como taxista porque la granja no está generando suficiente dinero? —continúa Frankie, negándose a bajar la mirada—. ¿Sabías que tuvo que vender parte de su tierra para poder pagar las cuotas de la residencia de ancianos de su abuelo? ¿Sabías que me inscribí en esa página de citas por Internet? ¿O que Maggie Quinn está esperando gemelos?

Ahora, para ser justa conmigo misma, no tengo ni idea de quién es Maggie Quinn. Sin embargo, *debería* saber todas las otras cosas que acaba de decirme. No hay excusa. Ni siquiera una que involucre a un apuesto lord y una vida secreta doble.

—No, eso pensé —dice Frankie bruscamente—. Apuesto a que sabes todo sobre Lexie Steele y lo que ha estado haciendo. Es de todo lo que has hablado desde que regresaste. Lexie, Ben y cómo vas a salir de este pueblucho de mierda que tanto odias. Bueno, ¿adivina qué, Emerald? Algunas de nosotras todavía vivimos aquí. Y de hecho nos *gusta*, así que disculpa si ya no es lo suficientemente bueno para ti.

Hace una pausa para respirar y nos quedamos allí frente a frente, mi cara roja brillante y sus ojos aún sospechosamente húmedos. Es mi mejor amiga en el mundo; la que ha estado ahí para mí desde que nos conocimos en el grupo de juegos cuando teníamos cuatro años. Ahora mismo, sin embargo, se siente como una extraña, y sé que no tengo a nadie más que culpar que a mí misma. Otra vez.

—Frankie, no sé qué decir —balbuceo entre lágrimas—. Yo... lo siento mucho. Sé que tienes razón. Sé que he sido un desastre desde que volví. Te he decepcionado, pero te lo compensaré, lo juro. Sé que no he sido la mejor amiga —hago una pausa para permitir que ponga los ojos en blanco ante esto—, pero puedo cambiar. *Voy a cambiar*. Seré Emerald 2... Emerald 3.0. Lo haré, ya verás.

—Pero no quiero que cambies —dice Frankie con tristeza—. Solo quiero que vuelva Emerald. La verdadera, quiero decir. No esta Emerald 2.0 o quien sea que hayas estado intentando ser desde que volviste. Solo tú. Eso es todo.

Se gira y recoge su bolso del escritorio que está detrás de ella.

—Oh, no sé —dice pensativa—. Tal vez tu madre tenía razón cuando te dijo que no te mudaras a Londres. Te ha cambiado, Emerald, y no para mejor. Siento que ya ni siquiera te conozco.

Me muerdo el labio inferior, sin saber qué decir a esto. He estado intentando cambiar con todas mis fuerzas, eso es cierto. Tratando de hacerlo mejor, de *ser* mejor. He estado intentando ser otra persona, solo para poder escapar de la que ya era: la que metió tanto la pata que sintió que no tenía otra opción más que cambiar.

Pero quizás realmente era mejor como era antes.

Frankie parece pensarlo, al menos. También Bella y McTavish. Y sin embargo, aquí estoy, decepcionando a mi mejor amiga porque estaba fingiendo ser alguien más.

—Lo siento —digo de nuevo, y suena totalmente inadecuado, incluso para mí.

—Mira, tengo que irme —dice Frankie, colgándose el bolso al hombro—. Solo prométeme que pensarás en lo que te he dicho, Emerald. Y no olvides guardar a Bessie en el armario antes de irte.

Asiento con tristeza.

—Lo haré, Frankie —digo—. Lo prometo. Pero, espera. Pensé que *mi* aspiradora era Bessie. ¿Quién es esta otra Bessie, entonces?

—Todas se llaman Bessie, Emerald —me dice Frankie, con expresión afligida—. ¿Crees que tengo tiempo para andar nombrando a todas mis aspiradoras?

Y luego, con un movimiento de su pelo rizado, se va, el efecto de su salida algo estropeado por el hecho de que tiene que volver unos segundos después por las llaves de su coche. Pero al menos lo intentó.

Capítulo 27

Mi penitencia por faltar a mi turno el día de la caminata resulta ser peor de lo que podría haber imaginado.

Frankie me está haciendo volver a casa de Lexie. Y está asquerosa.

Platos apilados en el fregadero porque no han vaciado el lavavajillas. Ropa esparcida por el suelo de la habitación. El mostrador del baño está lleno de lociones y pociones, la mayoría sin tapa, y hay unas bragas colgando de una lámpara, que definitivamente no voy a tocar. Ni siquiera con mis guantes de goma puestos.

Aprieto los dientes mientras me pongo a trabajar, empezando por la cocina. Si no supiera mejor, juraría que Lexie ha hecho esto solo para fastidiarme; una venganza al estilo Lexie por irme con Jack ayer (¿Fue *realmente* ayer?) y dejarla allí plantada con su horrible madre. Entonces recuerdo la forma en que Samantha Steele le habló a su hija, y la mirada de abatimiento en el rostro de Lexie cuando salió de la casa.

No todo gira en torno a ti, Emerald.

—Cállate, Ben —murmuro entre dientes mientras empiezo con los platos en el fregadero—. Me caes mucho mejor cuando estás totalmente ausente de mi vida, ¿sabes?

Aunque, por otro lado, la ausencia total de Ben en mi vida ahora mismo es una de las razones por las que estoy en este lío, y ese pensamiento ocupa mi mente mientras trabajo en la planta baja de la casa de Lexie y subo las escaleras. Estoy limpiando la ducha cuando el sonido de la puerta abriéndose me hace saltar, y me detengo por un segundo mientras el sonido de voces se filtra por las escaleras.

—Perdón por el desorden —oigo decir a Lexie alegremente a quien sea que esté con ella—. La limpiadora viene hoy. De hecho, debería estar aquí ahora. Emerald, ¿estás aquí?

Mierda. Lo último que quiero hacer es enfrentarme a Lexie de nuevo después de lo de ayer, pero no hay nada que hacer. Sabe que estoy aquí, y de todos modos ya he terminado la limpieza, así que me quito los guantes de goma, me coloco el pelo detrás de la oreja y bajo las escaleras a regañadientes.

Lexie está en la cocina, hirviendo agua para preparar una bebida para una mujer que está sentada en la mesa de espaldas a mí.

—Oh, ahí estás, Emerald —dice, sonriéndome como si nuestro encuentro de ayer ni siquiera hubiera ocurrido—. Gracias por ordenar aquí. He estado muy ocupada.

Lo dudo de alguna manera. Sé que técnicamente Lexie está empleada en la destilería de su familia, pero me sorprendería si realmente pasara mucho tiempo allí cuando podría estar haciendo yoga y pintándose las uñas en su lugar. Sé que no estoy siendo justa con ella, así que simplemente le devuelvo la sonrisa mientras empiezo a guardar mis productos de limpieza, que dejé aquí abajo.

—¿Cómo tomas tu café, Scarlett? —pregunta Lexie, haciéndome congelar en el acto de recoger mi caja de productos de limpieza.

¿Scarlett? ¿Dijo Scarlett?

No. No puede ser. Simplemente no puede ser. Es solo una coincidencia, eso es todo. Debe haber docenas de Scarletts en esta parte del mundo. Cientos, incluso.

Tranquilizada, me enderezo y me giro para salir de la habitación, con la pesada caja apretada contra mi pecho.

—Oh, ¿*Highland Maids*? —dice la mujer en la mesa con acento londinense, viendo el logo en mi sudadera—. Qué gracioso. Ese es el nombre de la empresa que contraté para limpiar mi casa también.

Con un estruendo que hace saltar a todos, los productos de limpieza que sostengo caen al suelo, liberando un fuerte olor a desinfectante en el aire cuando una de las botellas derrama su contenido sobre el suelo de piedra.

Bueno, al menos eso me ahorrará tener que limpiarlo de nuevo por un tiempo, supongo.

—¡Lo siento! —exclamo, agarrando mi trapeador y tratando frenéticamente de detener el flujo de líquidos—. ¡Lo siento, lo siento, lo siento! ¡Lo siento mucho, Lexie!

—Sí, ya lo has mencionado —responde Lexie, poniendo los ojos en blanco—. Vamos, Scarlett —añade, entregándole a la otra mujer una taza humeante de café—. Llevemos esto a la sala de estar. Podemos discutir el artículo allí.

Scarlett se levanta de la mesa y obedientemente sigue a Lexie fuera de la habitación, lanzándome una mirada comprensiva mientras se va.

—Muy bien —oigo decir a Lexie desde la habitación de al lado—. Pongámonos manos a la obra, ¿de acuerdo?

La puerta se cierra, y me siento sobre mis talones, apartándome el pelo de los ojos mientras mi mente lucha frenéticamente por ponerse al día con lo que acaba de suceder.

Scarlett Scott.

Es una persona real.

Y, por supuesto, *sabía* que era real. Claro que lo sabía.

Simplemente no esperaba que estuviera aquí, en esta casa. O en *ninguna* casa, realmente. Si soy totalmente honesta, no he estado pensando mucho en Scarlett Scott —la *real*, quiero decir; no la que inventé en mi propia cabeza estúpida— en absoluto mientras he estado fingiendo ser ella. No sé, supongo que el hecho de que ella no estuviera realmente viviendo en Heather Bay la hacía parecer menos amenazante de alguna manera. Y, sin la amenaza de que volviera y me expusiera como la impostora que soy, simplemente me permití creer que podía seguir así para siempre. O al menos hasta que reuniera el coraje para decirle la verdad a Jack.

Pero ahora aquí está, en carne y hueso. Y también con un par de botas realmente bonitas, de hecho; fue prácticamente todo lo que pude ver de ella desde mi posición en el suelo mientras pasaba. Eso y su largo cabello (¿Castaño? ¿Negro? Ni siquiera puedo recordarlo ahora...) y su bonita sonrisa.

Oh Dios, esto es un desastre. Y no me refiero solo a los productos de limpieza esparcidos por el suelo.

Todavía no me he movido del suelo. Me gustaría mucho quedarme aquí; tal vez meciéndome hacia adelante y hacia atrás y gimiendo como la loca que soy.

En su lugar, me encuentro avanzando silenciosamente hasta que mi oreja descansa contra la puerta que separa la cocina de la sala de estar. El bajo murmullo de voces es un poco demasiado indistinto para que pueda distinguir cada palabra, pero después de unos minutos apoyada contra la puerta de madera, estoy completamente al día.

Scarlett está, de hecho, de vuelta en Heather Bay para quedarse, al parecer, habiendo resuelto cualquier tipo de emergencia que la envió de regreso a Londres poco después de mudarse. Lexie, mientras tanto, obviamente ha tomado una página del libro de Jack y está tratando de persuadirla para que escriba un artículo sobre la destilería de su madre.

Bien hecho, Lexie. ¿O podrías intentar tener algunas ideas propias, tal vez, en lugar de simplemente copiar a Jack?

—Es lo más extraño —está diciendo Scarlett ahora desde el otro lado de la puerta—. Honestamente, siento que debo estar volviéndome loca.

Me inclino un poco más cerca.

¿Por qué cree que se está volviendo loca?

—¿Podrías haberlo escrito y simplemente olvidado que lo hiciste? —pregunta Lexie—. ¿Como en piloto automático o algo así?

—Nah —responde Scarlett con decisión. Me la imagino sacudiendo la cabeza—. Definitivamente recordaría haber escrito un artículo entero. Y lo más raro es que ni siquiera es mi estilo habitual. Ojalá lo fuera, en realidad. Es mucho mejor que lo que suelo escribir. Ups, probablemente no debería estar diciéndote esto, ¡considerando que se supone que ahora debo escribir sobre ti! Oh, estoy segura de que es solo un error. Alex debe haberlo asignado a alguien más y luego se olvidó de ello. Es la única explicación. Incluso había una foto con él y todo. Mira, déjame mostrarte...

Hay un breve silencio —presumiblemente para que Scarlett le muestre a Lexie la foto en cuestión— y siento que una parte de mi alma se marchita y muere dentro de mi cuerpo.

Están hablando del artículo sobre la destilería de Jack. *Por supuesto* que están hablando de eso. ¿Realmente pensé que Scarlett simplemente no se enteraría de que alguien había enviado un artículo en su nombre? Su editor le habría dicho, obviamente, probablemente tan pronto como llegó a su bandeja de entrada.

Soy una idiota.

Voy a tener que irme del pueblo. Otra vez. Es la única salida de esto. Seamos honestos, es pura suerte lo que me ha permitido llegar hasta aquí sin que me descubran en mi mentira. Es solo cuestión de tiempo antes de que me alcance, y ahora que Scarlett está de vuelta —y desesperada por saber quién ha estado escribiendo artículos en su nombre, al parecer— probablemente va a suceder más pronto que tarde.

Tengo justo el dinero suficiente de mi trabajo de limpieza para tomar el tren a Edimburgo, creo, haciendo algunos cálculos rápidos en mi cabeza. Después de eso, supongo que tal vez pueda encontrar un hostel barato o algo donde pueda quedarme hasta que encuentre otro trabajo. Ni siquiera me importa lo que sea. Solo necesito alejarme de Heather Bay antes de que haga que todos me odien de nuevo, justo como lo hice cuando era adolescente.

Pero... Jack.

Ha estado enviándome mensajes todo el día. Solo cosas aleatorias de su día, más algunas fotos de, bueno, *lobos*. Que dice que está preparándose para recibir en cualquier momento. No ha mencionado El Beso, ni siquiera se ha acercado a ello. Pero puedo notar que estamos bordeando los límites de esa conversación. Tarde o temprano, vamos a tener que zambullirnos y hablar sobre lo que pasó y lo que significa. Solo que no lo haremos, ¿verdad? Porque no voy a estar aquí. No puedo estarlo.

Pero *quiero* estarlo.

Pero no es solo Jack. Mientras estoy sentada allí en este lío que yo misma he creado —tanto literal como figurativamente— de repente sé, sin duda alguna, que no quiero dejar Heather Bay. No quiero dejar a mamá y papá; ni a Frankie, ni a McTavish. Diablos, ni siquiera quiero dejar a Jude Paw, y él dejó una salchicha medio comida debajo de mi cama la semana pasada, que se quedó allí hasta que el olor me alertó de su presencia.

Ni siquiera *eso*, sin embargo, es suficiente para hacerme querer irme. ¿Cómo puedo, cuando las cosas apenas están empezando a calentarse con Jack? ¿Cómo puedo irme cuando le prometí a Bella que la ayudaría a recaudar fondos para el Día de Gala? ¿Cuando McTavish podría necesitar mi apoyo con todas las cosas que Frankie me contó anoche? ¿Cuando Frankie *definitivamente* me necesitará para ayudarla a arreglar su perfil de citas en línea (No hay forma de que sepa cómo tomar una selfie decente, mucho menos escribir algo que muestre qué alma maravillosa es), y cuando... busco frenéticamente otra excusa... ¿cuando Maggie Quinn, quienquiera que sea, aún no ha tenido sus gemelos?

¿Cómo?

No es justo. No quería volver aquí, y ahora no quiero irme. ¿Quién lo hubiera pensado?

—¡Aaargh!

No estoy totalmente segura de cómo sucede, pero en un minuto estoy sentada allí en el suelo, pensando profundamente sobre Heather Bay, y cómo no lo odio tanto como pensaba, y al siguiente estoy de espaldas, mirando al techo, con Lexie a mi lado, y un montón de papeles dispersos a nuestro alrededor.

—¿Qué demonios...?

—Por el amor de Dios, Emerald —chilla Lexie, sentándose—. ¿Qué diablos estabas haciendo detrás de la puerta? Podrías haberme matado.

—¿Limpiando? —aventuro con cautela, sentándome y moviendo cuidadosamente la cabeza de lado a lado para asegurarme de que aún esté unida a mí—. Estaba limpiando el suelo, ¿recuerdas? Lo siento, no sabía que ibas a entrar justo en ese momento.

—Deberías haber terminado hace siglos —insiste Lexie, con los ojos ardiendo—. ¿Cómo iba a saber que estarías ahí abajo? Prácticamente di una voltereta por encima de ti.

Se frota el codo furiosamente, y trato de reprimir una sonrisa. Está exagerando, por supuesto, pero si alguien pudiera hacer una voltereta frontal sobre otra persona, sería Lexie.

—Lo siento —digo de nuevo, poniéndome de pie con dificultad. Parece ser lo único que puedo decirle a alguien estos días—. Déjame recoger estas cosas por ti.

Me agacho y empiezo a recoger los papeles que llevaba cuando tropezó conmigo. Son fotos, veo ahora. Alambiques de whisky, parece. Deben ser fotos de la destilería de su familia. Una de ellas tiene una especie de logo extraño, como un lobo con los dientes al descubierto, y reprimo otra sonrisa mientras se la devuelvo. Es típico de Lexie querer usar un lobo en su nuevo logo. No puedo negar que le queda bien.

—Aquí, dame eso. —Antes de que pueda comentar sobre el lobo, Lexie me arrebató las fotos de la mano y las pone sobre la mesa de la cocina—. Estoy organizando estas para que Scarlett pueda usarlas en el artículo que está escribiendo sobre la destilería —me dice innecesariamente—. Mamá estará tan contenta cuando salga.

Me mira, casi como si también buscara mi aprobación, pero yo solo me encojo de hombros. No me importa la madre de Lexie ni su destilería. No me importa Lexie en absoluto. Solo quiero irme a casa y estar sola con Taylor Swift y mi miseria.

Pero primero tengo que terminar de limpiar este piso. Con cansancio, vuelvo a coger la fregona y empiezo a empujar el líquido de limpieza de mala gana, mientras Lexie revisa sus fotos en la mesa. Después de unos segundos, Scarlett se une a ella, y la observo con curiosidad por el rabillo del ojo, preocupada de que si ve mi cara, mi culpa estará escrita en ella y mi secreto quedará al descubierto.

Creo que voy a vomitar.

—Bueno, creo que tengo suficiente por ahora —dice Scarlett, tomando las fotos que Lexie le ofrece y guardándolas en un bolso de cuero de aspecto caro—. Y si tengo alguna otra pregunta, puedo hacértela en ese baile de máscaras. Vas a ir, ¿verdad?

Olvida eso. No voy a vomitar. Simplemente voy a morir. Será mucho más rápido y menos doloroso que escuchar el resto de esta conversación.

—Sí, voy —responde Lexie alegremente—. Mi madre también viene. Creo que todos van. Nos sorprendió un poco ser invitados, dado lo que pasó entre mi abuelo y el suyo, pero supongo que quiere aparentar que se lleva bien con los rivales, ¿sabes? Mantén cerca a tus enemigos y todo eso.

¿Enemigos? ¿Jack y la familia de Lexie son enemigos? Es la primera vez que lo oigo.

—Supongo que sí —Scarlett ríe con incertidumbre—. Debo decir que estoy deseando conocer al misterioso señor Buchanan —añade—. Había investigado tanto sobre él para ese artículo que se suponía que iba a escribir. Estoy destrozada porque alguien más se me adelantó. Es un hombre muy interesante.

—Es un hombre muy, muy *atractivo* —responde Lexie, guiñándole un ojo—. Yo también estoy deseando verlo, si sabes a lo que me refiero.

Scarlett se ríe, y las dos vuelven a la sala de estar, dejándome con la limpieza, que abandono de nuevo en cuanto la puerta se cierra detrás de ellas.

Bueno, eso lo resuelve, supongo. Puede que no quiera irme de Heather Bay, pero parece que voy a tener que hacerlo, porque no pueden aparecer *dos* Scarlett Scott en el mismo evento, ¿verdad? Y sé que nunca hubo una posibilidad real de que yo pudiera ir, al igual que nunca hubo ninguna posibilidad de que esta situación en la que me he metido saliera bien. Aun así, me siento como si hubiera llegado a tres cuartos de la película, solo para que la pantalla se quedara en blanco antes de poder averiguar cómo termina.

Pero, por supuesto, ya sé cómo termina, ¿no? Porque ya se ha acabado.

Y Cenicienta definitivamente no va a ir al baile.

Capítulo 28

Pero voy a ir al baile.
Sí, sé que es una idea terrible.

Sí, soy consciente de que existe un gran riesgo de que algo salga catastróficamente mal.

Lo sé. No soy estúpida.

(Bueno, quiero decir, *sí* soy estúpida, obviamente. Solo que no soy tan estúpida como para no *saber* que soy estúpida. Lo cual es importante, estoy segura de que estarás de acuerdo).

Sin embargo, cuando regreso de casa de Lexie, encuentro a McTavish esperándome.

—Emerald, es Alfonso. ¡Esta es tu oportunidad! —susurra mamá emocionada mientras me empuja hacia la sala de estar, donde McTavish está sentado frente a frente con Jude Paw, quien o está intentando intimidarlo o simplemente espera recibir alguna sobra del plato de sándwiches que McTavish sostiene torpemente—. Le he dado uno de esos sándwiches de pollo al limón que preparé anoche, pero eso no lo mantendrá satisfecho para siempre. Quizás tengas que usar algo de tu encanto femenino.

Casi puedo sentir cómo me encojo de pura mortificación ante esto, pero mamá me empuja bruscamente hacia adelante y tropiezo al entrar en la sala de estar, logrando apenas evitar caer literalmente a los pies de McTavish, lo cual sospecho que era la intención de mamá.

Tanto para mi encanto femenino, entonces.

—Hola, Emerald —dice McTavish ansiosamente, dejando los sándwiches con alivio mientras se levanta para saludarme.

—Mira eso, Archie —dice mamá felizmente, dándole un codazo a papá en el costado—. Qué modales tan encantadores tiene Alfonso, ¿no? Solo estoy diciendo qué modales tan encantadores tiene Alfonso, Emerald —repite un poco más fuerte para mi beneficio.

—¡Mamá! —gimo, sintiéndome como si hubiera logrado deslizarme a través de algún tipo de portal del tiempo y emergido como mi yo de 14 años—. ¿Nos darías un minuto, por favor?

—¡Por supuesto! ¡Por supuesto! Iré a... limpiar la pecera —dice mamá, dándole otro codazo a papá—. ¿Verdad, Archie?

—Oh. Sí. Así es —responde papá, siguiéndola obedientemente. Hacen un gran espectáculo al salir de la habitación, pero puedo decir que solo están parados fuera de la puerta, como los Bennet cuando el Sr. Bingley vino a proponerle matrimonio a Jane. Gimo de nuevo mientras cruzo la habitación y me siento junto a McTavish, quien se sienta de nuevo a mi lado.

—¿Qué pasa, McTavish? —pregunto, esperando que no sea algo que vaya a tomar demasiado tiempo, y que *realmente* no esté aquí para proponerme matrimonio, como mamá y papá parecen pensar. Necesito empezar a empacar. Y averiguar qué le voy a decir a Frankie sobre mi partida. Y, bueno, escuchar algunas canciones tristes que me permitan tener un buen llanto mientras lo hago.

McTavish, sin embargo, tiene otros planes.

—Emerald Taylor —dice, innecesariamente formal, dado que nos conocemos desde toda la vida—. ¿Me harías el gran honor de acompañarme al baile de mañana por la noche? El que está organizando ese esnob de Buchanan —añade, como si hubiera docenas de otros bailes ocurriendo en Heather Bay a los que pudiéramos ir en su lugar.

—¿Qu... qué?

Mi corazón se hunde mientras lo miro, mortificada. Siempre he sabido que McTavish tenía debilidad por mí, por supuesto. Lo he sabido desde que éramos niños y solía amenazar con golpear a cualquiera que intentara atraparme cuando jugábamos a las atrapadas. Supongo que nunca esperé que realmente *actuara* en base a eso, y, ahora que lo ha hecho, voy a tener que decirle la verdad y arriesgarme a lastimarlo. Realmente, realmente no quiero lastimarlo. No quiero lastimar a nadie, obviamente; ni a Jack, ni a Frankie, ni siquiera al molesto Finn McNeil, a quien todavía no puedo evitar culpar por todo lo que ha sucedido. Particularmente no quiero lastimar a McTavish. Es demasiado bueno y de corazón puro como para que le suceda algo malo. Sería como patear a un gatito.

Es por eso que la Vieja Emerald simplemente habría dicho que sí, en lugar de arriesgarse a molestarlo. Habría ido al baile con él, y, no sé, probablemente habría terminado *casándose* con él, porque no sabría cómo terminar las cosas. Una vez tuve una relación de 2 meses con un chico que realmente no me gustaba, solo porque no quería herir sus sentimientos. Es el tipo de cosas que hago.

Pero esta vez no.

Esta vez, he terminado con fingir. He terminado con mentir. He terminado con seguir pasivamente las cosas y decirme a mí misma que no tengo elección, cuando la verdad es que *siempre* tengo una elección. Simplemente generalmente elijo la equivocada.

Y es hora de que eso se detenga.

—Mira, McTavish... Alfonso —digo suavemente, volviéndome para mirarlo, e intentando ignorar a Jude Paw, quien nos está observando como si fuéramos su programa de televisión favorito—. Me siento halagada. De verdad. Pero la verdad es... —Tomo un respiro profundo mientras "la verdad" se prepara para salir de mi lengua, por primera vez en semanas—. La verdad es que simplemente no te veo de esa manera. Lo siento.

—¿De qué manera?

Esperaba que McTavish se sintiera herido por lo que he dicho, pero solo parece confundido. Vale, esto no está saliendo según lo planeado.

—Tú sabes. De *esa* manera.

Hago un gesto vago con las manos, como si de alguna manera esto ayudara a aclarar las cosas. McTavish y Jude continúan mirándome fijamente, ambos con la cabeza inclinada hacia un lado mientras intentan descifrar lo que estoy diciendo, y me doy cuenta de que voy a tener que *usar mis palabras*, como Bella McGowan solía decirles a los niños de la escuela del pueblo.

—Simplemente no me gustas de esa forma —suelto, más bruscamente de lo que pretendía—. Quiero decir, solo te veo como un amigo —me corrijo apresuradamente—. Un muy, muy buen amigo, pero *solo* un amigo. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

Mi cara está roja como un tomate ahora, y puedo sentir que mis palmas comienzan a sudar. No estoy hecha para esta vida honesta. De hecho, me estoy preguntando si puedo retractarme y decirle que *sí*

ir con él después de todo, cuando algo extraño sucede.

McTavish empieza a reír.

Sí, *riendo*.

Como si esto fuera gracioso, en lugar de ser completamente *humillante*.

La puerta de la sala se abre solo una rendija, y luego se cierra de golpe inmediatamente cuando McTavish finalmente se controla.

—Emerald, ¿acaso... pensaste que te estaba pidiendo que fueras conmigo al baile? —pregunta, aún riendo.

—Literalmente *me pediste* que fuera contigo al baile —respondo indignada—. ¡Acabas de hacerlo!

—No —dice McTavish, secándose los ojos—. Bueno, sí. Lo hice. Pero me refería a que *tú* me llevaras a *mí*. Porque Shona McLaren dice que tienes una invitación. Pensé que podría ser tu invitado. Solo para que me dejen entrar, ¿sabes?

—No, no "sé" —digo secamente—. ¿De qué demonios estás hablando, McTavish?

—Bueno, verás, es vergonzoso —dice por fin, teniendo la decencia de parecer que por fin se está tomando esto un poco más en serio.

—No puede ser tan vergonzoso como que yo pensara que me estabas invitando a salir si no es así —señalo—. Lo cual, solo para aclarar, ¿no lo estás haciendo, verdad? Invitarme a salir, quiero decir.

—No —protesta McTavish, con demasiada vehemencia para mi gusto—. Emerald, eres como una hermanita para mí. Nunca podría verte de esa manera.

Tenemos la misma edad, pero como sea.

—Y de todos modos, sabes que siempre he estado enamorado de Mary McNamee —añade, como si esto zanjara el asunto.

¿Mary McNamee? ¿La gente va a dejar de decirme nombres sin más y esperar que sepa de quién demonios están hablando?

—Pero ¿qué hay de todas esas tarjetas que solías hacerme? —pregunto, confundida—. ¿Y aquella vez que le hiciste una llave a Charlie Lawson porque me robó el almuerzo?

—Oh, solo estaba siendo amable —dice McTavish tímidamente—. Solo trataba de cuidarte, ¿sabes? Por eso me aseguré de que fueras elegida reina de la Gala aquella vez.

Me detengo en el acto de coger uno de los sándwiches para inspeccionarlo. Como era de esperar, el pollo en su interior tiene un extraño brillo amarillo radioactivo. Lo vuelvo a dejar rápidamente mientras me giro para mirar a McTavish a los ojos.

—Tú... *¿qué?* —digo por fin—. ¿Hiciste... *qué?*

—El Día de la Gala —dice alegremente—. Sabía que querías ser reina, así que lo arreglé para ti. No fue ningún problema. Simplemente me ofrecí como voluntario para recoger todos los votos, y luego, cuando nadie miraba, los metí en mi bolsillo y los reemplacé por otros con tu nombre.

Mi corazón late con fuerza en mi pecho mientras recuerdo ese día. Todos en la clase tuvieron que escribir el nombre de la persona por la que votaban como reina de la Gala en un trozo de papel, todos los cuales fueron recogidos y luego contados por el Comité de la Gala. Todavía

puedo recordar la conmoción en el rostro de todos cuando leyeron mi nombre. Incluso la profesora no pudo ocultar su sorpresa. Simplemente no parecía real, y ahora sé por qué.

No lo era.

Nada de eso era real.

Nunca se suponía que yo fuera la reina de la Gala ese año. Que mi nombre saliera del sombrero no fue solo un truco aleatorio del destino, y definitivamente no fue una señal de mi repentina popularidad. Todo fue obra de McTavish. Y ahora que lo sé, no estoy segura de si quiero reír o llorar.

El evento que cambió mi vida fue el resultado de un acto aleatorio de bondad mal orientada por parte de mi amigo, quien, por supuesto, no podía haber sabido la fatídica cadena de eventos que acababa de desencadenar.

Pensé que Bella era mi Hada Madrina, pero resulta que fue McTavish todo el tiempo.

En cuanto al resto, sin embargo... bueno, eso fue todo culpa mía, ¿no?

Porque McTavish pudo haber encendido la mecha, pero fui yo quien quemó el Ayuntamiento con ella. Y no tiene absolutamente ningún sentido que me enoje con él por eso ahora.

—Entonces, ¿no fui votada como reina? —pregunto con voz pequeña.

—Bueno, no —admite McTavish, luciendo avergonzado—. En realidad fue Lexie. Aunque yo voté por ti. Y también lo hizo Frankie.

Por supuesto que lo hicieron. Leales hasta el final, los dos. Y apenas les he preguntado cómo están desde que volví.

—No me dijiste por qué quieres ir al baile —digo suavemente, esperando cambiar de tema.

—Ah, esa es la parte vergonzosa —responde, mirando sus pies—. Frankie te habrá contado sobre mi pequeño problema con el dinero, seguro.

—Lo hizo. Lamento oírlo —digo con seriedad.

—Bueno, ya sabes lo que es no tener dinero —asiente McTavish—. El asunto es, Emerald, que tengo un pequeño terreno que espero vender. Limita con la finca Buchanan, y esperaba que tu hombre de allí me lo comprara.

—No es mi hombre —digo automáticamente—. Pero sí, supongo que podría. Vale la pena intentarlo, de todos modos.

—Bueno, ahí es donde entras tú —dice McTavish—. Verás, alguien como yo nunca se acercaría al lord. Pero tú lo conoces. Así que esperaba que me llevaras a este baile suyo, y tal vez cuando esté allí, pueda encontrar una manera de hablar con él. Ya lo intenté una vez antes. Fui a

esa destilería suya en el tractor, pero entonces te vi con él, así que simplemente me escabullí de nuevo.

Así que eso era lo que estaba haciendo en la destilería esa noche.

Por muy malo que haya sido mi día, y por muy desanimada que me sienta ahora mismo, no puedo evitar reprimir una sonrisa al pensar en McTavish acercándose casualmente a Jack en un baile de máscaras y entablando una conversación; probablemente sobre cerdos u ovejas, que, seamos sinceros, son las cosas sobre las que McTavish suele entablar conversaciones con más frecuencia.

No es que vaya a estar allí para verlo.

La sonrisa desaparece de mi rostro al darme cuenta de que no puedo hacer lo que McTavish me está pidiendo. Porque me voy. Y nunca volveré. Y este pequeño favor, lo único que me ha pedido en su vida, tendré que rechazarlo.

Me muerdo pensativamente una uña mientras reflexiono sobre cómo decírselo. Antes de que pueda tomar una decisión, mi teléfono suena y bajo la mirada para ver un mensaje de Frankie:

—Emerald, sé que es mucho pedir dada la situación entre nosotras ahora mismo, pero realmente necesito tu ayuda. Los gemelos han enfermado por intoxicación alimentaria y se suponía que iban a ayudar en el baile mañana por la noche. Al parecer, han llegado algunos invitados extra y Elaine necesita que limpiemos las habitaciones mientras todos están en la fiesta. ¿Puedes sustituirlos? No te lo pediría si no estuviera desesperada. Fx

Frunzo el ceño. Frankie mencionó algo sobre tener que estar disponible la noche del baile para cualquier tarea de limpieza de última hora. Para ser honesta, no estaba prestando mucha atención porque dijo que lo tenía cubierto. Ahora, sin embargo, parece que no es así.

—¿Emerald?

McTavish sigue esperando mi respuesta. Antes de que pueda dársela, mi teléfono suena de nuevo. Esta vez es Jack.

—Confesión: estoy algo aterrado por lo de mañana por la noche y este discurso que tengo que dar frente a todos. Por favor, dime que definitivamente estarás allí. Tengo la sensación de que voy a necesitar apoyo moral...

Incluso ver su nombre en mi teléfono hace que la sangre se me suba a la cabeza. Esto es tan injusto. Siento como si de alguna manera me estuvieran poniendo a prueba. Y nunca he sido particularmente buena bajo presión. Sin embargo, antes de que pueda responderle tampoco, hay otro ping. Frankie de nuevo:

—Por favor, Emerald, estoy desesperada. No puedo encontrar a nadie más que pueda sustituirlos. ¡Cuento contigo! Fx

—McTavish, ¿qué pasó con tus dientes? —pregunto impulsivamente, dejando el teléfono otra vez—. Nunca me lo contaste.

—Me los arrancaron durante el incendio del ayuntamiento —dice con naturalidad, como si no fuera gran cosa—. Salí bien, pero volví a entrar para asegurarme de que tú estabas bien, y un trozo del escenario me cayó encima. Ah, no es nada —añade, viendo la expresión afligida en mi rostro—. Solo son dientes. Siempre fui feo, de todos modos. Entonces, ¿qué dices sobre el baile? ¿Me llevarás?

Miro el teléfono, con sus tres mensajes sin responder, y luego vuelvo a mirar a McTavish, con sus ojos amables y su expresión esperanzada. *Cuento contigo*, dice el mensaje de Frankie. Ella cuenta conmigo, y también McTavish, quien *literalmente* volvió corriendo a un edificio en llamas para buscarme. Jack también cuenta conmigo, aparentemente, aunque no tengo ninguna ilusión de que no pueda arreglárselas sin mi presencia. Sin embargo, sé que Frankie realmente tendrá problemas sin mí. Y McTavish no podrá ir en absoluto.

Mis amigos me necesitan. Les he estado fallando desde que volví a Heather Bay, demasiado consumida por mi propio drama como para pensar en alguien más. Pero, tal como le dije a Frankie, puedo cambiar. Puedo arreglar esto.

Y de repente, sé cómo hacerlo.

Capítulo 29

Y así fue como me encontré de pie frente al espejo de mi habitación de la infancia, vistiendo el vestido más hermoso que he visto jamás y sintiéndome como la mayor farsante del mundo.

Lo cual, en cierto modo, soy.

—Te ves preciosa, cariño —dice mamá detrás de mí, con la voz extrañamente temblorosa—. ¿No se ve preciosa, Archie?

—Sí —dice papá, sorbiendo ostentosamente—. Tan bonita como una pintura.

Están actuando así porque después de la conversación que escucharon —perdón, espionaron— entre McTavish y yo, piensan que esto es lo más cerca que estarán de ser padres de la novia. Y probablemente tienen razón, dado lo desastrosa que ha resultado ser mi vida amorosa.

Sin embargo, debo admitir que me he arreglado mejor de lo habitual. El vestido verde que le pedí prestado a Bella me queda como si hubiera sido hecho para mí, y la máscara de mascarada que sostengo sí fue hecha para mí; por mamá, nada menos, usando un tutorial que encontró en el Instagram de Ada Valentine, aparentemente.

Llevo un par de sandalias doradas y brillantes de tacón alto en las que estoy un 89,7% segura de que no tropezaré, y aunque mi cabello está tan rebelde como siempre (Ada Valentine no tenía un tutorial para realizar milagros, lamentablemente), aún se ve mejor de lo habitual, porque sentada encima está la pieza de resistencia, en forma de la corona de Reina del Gala de Bella. Papá ya ha hecho varios chistes sobre mi "corona de gloria", y sospecho que habrá varios más antes de que termine la noche.

Sin embargo, no me importa, porque, por lo que debe ser la primera vez en mi vida, la imagen de mí misma que veo en el espejo se parece exactamente a la imagen que llevo en mi cabeza. Puede que mis rodillas estén temblando y que haya tenido que retocar mi antitranspirante dos

veces ya, pero al menos *parezco* la persona que siempre he querido ser. Y puede que me parezca a Scarlett, pero me *siento* 100% Emerald. Y así es como voy a permanecer.

Solo para probarlo, metida dentro del bolso de noche con cuentas que mamá desenterró para mí de su propio armario, hay una carta para Jack, que escribí —y luego reescribí— tan pronto como McTavish se fue anoche. La carta lo explica todo. Cómo estaba probándome la ropa de Scarlett cuando él llamó a la puerta; cómo tomé la decisión equivocada de intentar proteger el negocio de Frankie; cuánto lo siento por no haber tomado la decisión correcta. Intenté mantenerla corta —cubrir solo lo básico y conservar un poco de dignidad—, pero antes de darme cuenta, todo el resto de la historia había salido a borbotones también: Ben, y el Día de Gala, y el hecho de que, por más que lo intente, nunca, nunca parezco hacer las cosas bien.

Hasta ahora.

Mi plan, concebido apresuradamente a las 2 de la madrugada de esta mañana, mientras Jude Paw roncaba suavemente al pie de mi cama, es darle la nota a Jack tan pronto como llegue —o tan pronto como lo haya presentado a McTavish, de todos modos— para que no pueda acobardarme más tarde. Luego iré a buscar a Frankie, la ayudaré a hacer lo que necesite, y luego... en realidad, hasta ahí he llegado en mi planificación.

No sé qué viene después de darle la nota a Jack.

Lo que *sí* sé es que, pase lo que pase, esta noche es la noche en que empiezo a decir la verdad.

Y solo estoy alrededor de un 98% aterrorizada por ello.

—¡Emerald, Alfonso está aquí!

Recojo la larga falda de mi vestido y bajo las escaleras, con todos los dedos cruzados esperando que McTavish no esté esperando al final con un corsage, como si estuviéramos en una película de baile de graduación americana. Afortunadamente, aunque McTavish está, de hecho, esperando nerviosamente en el pasillo, flanqueado por una radiante mamá y papá y un Jude Paw de aspecto malhumorado, no hay corsage a la vista. Sin embargo, hay algo aún más asombroso; porque cuando se gira y me sonríe, noto que está sonriendo con una dentadura completa.

—¡McTavish, tus dientes! —exclamo al llegar al final de las escaleras, agradecida de no haber tropezado con mi vestido, que era mi otro gran temor para la noche—. ¿Qué pasó?

—Los arreglé —sonríe, luciendo orgulloso como un pavo real—. En realidad, había estado pensando en hacerlo desde hace tiempo. Tuve suerte de que Mike, el dentista, pudiera atenderme con tan poco aviso. Me debía un favor.

No quiero preguntar qué tipo de favor podría deberle Mike el dentista a McTavish, así que simplemente pongo una mano en su brazo y lo aprieto de manera tranquilizadora.

—Bueno, creo que te ves fantástico —le digo, ignorando la mirada cargada de intención que mamá le da a papá—. Quiero decir, ya te veías bien antes, obviamente, pero ahora te ves aún más fantástico.

Y es cierto. Lleva la vestimenta de las Highlands completa, con kilt y todo, y su cabello está pulcramente peinado hacia atrás, haciendo que sus ojos resalten aún más contra su rostro, que está ligeramente bronceado por todo el tiempo que pasa al aire libre. En realidad es bastante guapo, me doy cuenta con sorpresa. ¿Cómo no me había dado cuenta antes?

Sin embargo, no hay tiempo para pensar en McTavish y su transformación al estilo Clark Kent, porque antes de darme cuenta, mamá nos está empujando hacia la puerta, papá está tocando la bocina del coche con impaciencia, y McTavish y yo estamos corriendo afuera en un torbellino de tartán y tafetán.

Vamos al baile.

Y la mismísima Cenicienta no podría haberse sentido más nerviosa.

* * *

La casa de Jack está iluminada como el Reino Mágico. Los árboles que bordean el camino que lleva hasta ella están entrelazados con luces de hadas, y cuando llegamos a la casa misma, hay reflectores apuntando hacia las torres, haciéndola parecer el Castillo de Cenicienta, solo que un poco más *escocés*.

La gente deambula en pequeños grupos, tanto dentro de la casa como aquí en el jardín, todos vestidos para impresionar y luciendo como si estuvieran en un set de filmación. Todo es muy al estilo de 'El Gran Gatsby', solo que sin los acentos americanos. Y, bueno, sin toda la *muerte*, espero. Aunque realmente no puedo *contar* con ello dadas las circunstancias, ¿verdad?

Por una vez, el clima está de mi lado, y es una noche perfecta y templada de pleno verano, con el sol aún alto en el cielo a pesar de que son casi las 7 de la tarde.

—Va a haber tormenta —murmura papá sombríamente desde el asiento del conductor mientras nos detenemos frente a la casa.

—Sí. Y una fuerte —comenta McTavish, desplegándose del asiento del copiloto —por una vez parece que Jude Paw ha sido desplazado— y viniendo a abrirme la puerta. No digo nada. Sé que papá es un ex pescador y McTavish es un granjero, así que presumiblemente saben más sobre el clima que yo, pero para mí, esta tarde parece perfecta. O al menos lo sería, si no fuera por todo el asunto de "la impostora a punto de confesar".

Está eso.

Tragando los nervios que han empezado a subirme por la garganta, tomo el brazo que McTavish me ofrece y me coloco la máscara sobre los ojos antes de que subamos las escaleras hacia la puerta principal, entregando mi invitación al caballero de traje —¿es eso un *mayordomo*? ¿Jack tiene en serio un *mayordomo*?— que se adelanta para abrirnos.

El mayordomo (No, todavía no puedo creer que tenga un *mayordomo*...) toma la invitación y nos mira a ambos con curiosidad, pero no comenta nada. Suspiro aliviada mientras nos hace pasar al enorme vestíbulo que recuerdo del día que vine aquí a limpiar con Frankie. He superado el primer obstáculo. El traje alquilado en la puerta me ha aceptado como Scarlett Scott, y ha aceptado a McTavish como mi invitado, aunque la invitación *técnicamente* no decía que pudiera traer a alguien.

Estoy dentro.

Ahora solo tengo que encontrar a Jack, darle la nota, hacer una rápida limpieza de la casa y averiguar qué demonios pasa después.

Pero primero, voy a necesitar una copa. Una grande.

* * *

McTavish y yo estamos parados incómodamente junto a la escalera, cada uno sosteniendo una copa de champán (que McTavish dice que sabe a "orina hervida". No le pregunto cómo lo sabe), cuando lo veo.

Jack baja por la escalera opuesta a la que estamos parados, sus ojos oceánicos escaneando la multitud debajo de él. Con su pajarita negra y su traje de gala, parece en toda regla el señor de la mansión. Solo yo sé que en realidad no se siente así, y mi corazón se conmueve cuando lo veo dudar por un momento en el último escalón, antes de avanzar con confianza, con la mano extendida mientras comienza a dar la bienvenida a sus invitados.

Nunca adivinarías cuánto odia todo esto.

A diferencia de todos los demás aquí, Jack no se ha molestado en usar una máscara de mascarada. No es que hubiera importado incluso si lo hubiera hecho. No es como si esas cosas *realmente* ocultaran tu identidad, ¿verdad? No es como cuando Clark Kent se pone sus gafas de nuevo y de repente nadie puede decir que es realmente Superman. Si ese tipo de cosas realmente funcionara en la vida real, no me sentiría ni una fracción tan nerviosa como me siento ahora.

—Estas no son muy buenas, ¿verdad? —murmuro a McTavish, agitando mi propia máscara frente a mí en su palito—. Mamá hizo un gran trabajo, no me malinterpretes. Pero no es mucho disfraz, realmente. Especialmente cuando tienes un pelo como el mío que me delata.

Es cierto. Ya he visto a Bella McGowan, a Doreen de la oficina de correos, y estoy bastante segura de que ese tipo de allí es un presentador de noticias; me resulta muy familiar. Sin embargo, una persona que aún no he visto es Scarlett Scott, y el pensamiento hace que mi corazón lata aún más rápido en mi pecho. Puede que aún no esté aquí, pero sé que llegará pronto. Lo que significa que tengo que llegar a Jack antes que ella, de lo contrario... Bueno. Ni siquiera necesito terminar esa frase, ¿verdad?

—¿Por qué querrías disfrazarte, de todos modos? —empieza a decir McTavish, pero no estoy escuchando, porque en el tiempo que me tomó averiguar en qué canal he visto al tipo de las noticias, Jack ha encontrado una nueva amiga, que se aferra a su brazo y lo mira adorablemente.

Lexie.

¿Por qué no me sorprende?

—Vamos, McTavish —digo firmemente, agarrándolo por la manga de su chaqueta—. Vamos a entrar.

* * *

Lexie se ve increíble.

Malvada, por supuesto —la mujer está hecha de pura maldad, después de todo— pero aun así: increíble.

Su cabello rubio dorado está peinado en una onda al estilo Grace Kelly, sin un solo mechón fuera de lugar. Sus labios son de un rojo brillante, a juego con su vestido de noche sin tirantes, y su delineador está perfectamente alado. Lo sé porque, aunque lleva una máscara de ojos dorada incrustada de joyas, tampoco se molesta en usarla. Bueno, ¿tú te cubrirías la cara si se pareciera a la de Lexie? Exactamente.

Parece una estrella de cine de los años 50, y aunque el vestido que llevo puesto probablemente sea de esa época, al lado de Lexie me siento anticuada y un poco aburrida.

—Hola Emerald —ronronea, mirándome de arriba abajo cuando nos ve acercarnos—. Alfonso.

Sus ojos se fijan en mi tiara vintage, la que debería haber sido suya. Intenta mantener su sonrisa, pero se quiebra de ira.

McTavish y yo asentimos al unísono, como marionetas, y veo los ojos de Jack iluminarse y luego oscurecerse de nuevo cuando nos nota.

—¡Emerald, lo lograste! —Se inclina hacia adelante, como si estuviera a punto de besarme en la mejilla, luego mira a McTavish y retrocede de nuevo, con las manos firmemente entrelazadas detrás de la espalda.

—Te ves hermosa —dice, sonando como si hablara a punta de pistola. Además, parece que está mirando a McTavish, en lugar de a mí, mientras lo dice. Lo cual, está bien, no es *exactamente* el efecto que esperaba que tuviera este vestido, pero...

—*Realmente* hermosa —dice de nuevo, esta vez mirándome a los ojos y logrando sonar un poco más como si lo dijera en serio. Esta vez, hay la más leve sugerencia de una sonrisa en algún lugar detrás de sus ojos. No una sonrisa *real*, por supuesto, pero como si estuviera *pensando* en sonreír, pero aún no se ha decidido del todo.

Le devuelvo la sonrisa con incertidumbre. Lo único en lo que puedo pensar es en la carta y en cómo no quiero dársela. Definitivamente no lo haré frente al público de Lexie y McTavish.

—¡Ah! —digo, recordando una de las razones por las que estoy aquí en primer lugar—. Jack, este es mi amigo McTavish. ¿Recuerdas que te lo mencioné?

Pongo un fuerte énfasis en la palabra "amigo" y le doy a Jack lo que espero sea una mirada significativa, para recordarle nuestra conversación sobre McTavish y yo, y cómo en realidad no estamos teniendo el tórrido romance que Jack pensaba.

—¿Tienes algo en el ojo, Emerald? —pregunta Lexie dulcemente, mientras Jack estrecha la mano de McTavish con evidente renuencia—. Tienes una expresión muy extraña en la cara.

Me giro y le muestro los dientes en una aproximación de sonrisa.

Esto es horrible. Voy a tener que hacer algo.

—Miren, ¿no es ese Jett Carter? —digo emocionada, señalando a un hombre que está justo al otro lado de la sala. El pobre tipo no se parece en nada al actor más famoso del mundo —ni siquiera con máscara—, pero la distracción que proporciona mientras las tres personas con las que estoy se giran para mirarlo (la cabeza de Lexie moviéndose más rápido, no puedo evitar notar...) es suficiente para que saque la carta de mi bolso y la deslice en el bolsillo de Jack.

Ya está.

Está hecho.

Ya no hay vuelta atrás. Va a leerla y sabrá exactamente quién soy. Entonces probablemente estallará de ira y se irá corriendo con Lexie, mientras declara que nunca más quiere ver mi estúpida cara. A menos que...

En el segundo en que la carta deja de estar en mi posesión, sé que necesito recuperarla. De repente, la carta parece el camino del cobarde. No puedo dejarlo así. No puedo dejarlo a *él* así. Necesito saber si existe alguna posibilidad de que realmente le guste por quien soy, en lugar de por quien he estado fingiendo ser. Sé que es poco probable, pero aun así...

Mientras todos se alejan del hombre que no es Jett Carter, y Lexie deja clara su decepción, comienzo a deslizar subrepticamente mi mano de vuelta hacia el bolsillo de Jack y esa carta traidora. Sin embargo, el pequeño movimiento llama su atención, y se gira para mirarme, sus ojos encontrándose con los míos con una intensidad que hace que el tiempo se detenga. Durante un largo y delicioso momento, nos quedamos ahí mirándonos, como si fuéramos las únicas dos personas en la habitación, y Lexie y McTavish no estuvieran justo a nuestro lado, discutiendo suavemente sobre Jett Carter y su última novia.

El momento se alarga y me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración en anticipación. La ceja de Jack se levanta casi imperceptiblemente en una pregunta no formulada, que me esfuerzo por descifrar. ¿Se estará preguntando si he estado pensando en el beso? (Sí.) ¿En él? (Oh, sí.) ¿En *nosotros*? (Definitivamente sí.) ¿O solo se estará preguntando qué hace mi mano junto al bolsillo de su chaqueta? O tal vez se esté preguntando...

—¿No es ese tu teléfono? —pregunta, señalando con la cabeza hacia mi bolso, que, efectivamente, está emitiendo un fuerte zumbido.

Realmente debo empezar a poner esta cosa en silencio.

—¡Ups! —digo, sintiendo cómo el rubor sube por mi cara mientras meto rápidamente la mano en el bolso, saco el teléfono y echo un vistazo rápido a la pantalla.

Frankie.

Me olvidé por completo de Frankie.

Capítulo 30

—¿Qué demonios, Emerald? ¿Qué rayos llevas puesto?

Resulta que solo llego un par de minutos tarde cuando me encuentro con Frankie en el lugar designado, justo frente a la casa. Si pensaba regañarme por mi tardanza, tendría que haber esperado hasta que dejara de reírse de mi atuendo.

—¿Acaso... pensaste que tenías que vestirme como si realmente fueras al baile? —balbucea por fin, secándose los ojos—. ¡Dios mío, solo tú te pondrías un vestido de gala y una tiara, Emerald!

—Ja, ja, sí, solo yo —respondo, sonriendo débilmente—. ¿Cómo soy?

—Bueno, ya no hay nada que podamos hacer al respecto —dice Frankie, quien, por supuesto, lleva el uniforme de trabajo completo, que ha sido cuidadosamente planchado para la ocasión—. Menos mal que solo tenemos un par de habitaciones que limpiar. Imagínate si tuvieras que hacer toda la casa vestida así.

Comienza a reír de nuevo, y me permito relajarme un poco. Al menos todavía me habla. Después de nuestro último encuentro, no estaba tan segura de que lo haría.

—¿Estás bien? —pregunta bruscamente, mientras nos giramos y caminamos de vuelta hacia la casa.

—Sí. ¿Y tú? —Esto es lo más cercano a una conversación sincera sobre nuestra última charla que Frankie y yo vamos a tener. Las grandes demostraciones de emoción no son su estilo, por eso su arrebató de la otra noche me sorprendió tanto.

—Sí —dice ahora—. Estaba disfrutando bastante viendo a toda la gente elegante llegar a este evento mientras te esperaba —continúa, riendo—. Había una mujer a la que no dejaban entrar porque no tenía invitación. Insistía en que alguien debía habérsela llevado, porque definitivamente se suponía que estaba "en la lista". Oh, mira, ¡ahí está!

Señala hacia donde una mujer alta de cabello oscuro está de pie, hablando furiosamente por teléfono, mientras lanza miradas furiosas al tipo de la puerta, quien simplemente niega con la cabeza, cansado. Parpadeo cuando de repente me doy cuenta de a quién estoy mirando.

Es Scarlett.

Y la razón por la que no pudo entrar a la fiesta es que su invitación está actualmente en mi bolso de noche.

—Un momento —murmuro a Frankie—, tengo que hacer algo.

Entonces, antes de que tenga la oportunidad de pensarlo dos veces, me coloco la máscara sobre los ojos y corro por el camino de entrada hasta donde está Scarlett, sacando la invitación mientras voy.

—Um, disculpe; creo que se le cayó esto —murmuro con timidez mientras se la entrego. Scarlett mira la invitación con sorpresa y luego vuelve a mirarme.

—Gracias —dice, luciendo confundida—. ¿Disculpa, nos conocemos? Siento que te he visto en algún lado.

Antes de que pueda darse cuenta de dónde, me doy la vuelta y corro de regreso con Frankie, quien está demasiado ocupada revisando su teléfono como para haber notado a dónde fui.

—Vamos —digo, tirando de su manga—. Vayamos por atrás. Conozco el camino.

* * *

Paso los siguientes noventa minutos viviendo mi propio infierno personal mientras me apresuro entre Frankie y McTavish, limpiando habitaciones con uno, bebiendo champán con el otro, y haciendo todo lo posible para que ninguno de los dos sepa lo que estoy haciendo.

Ah, y también estoy haciendo todo lo posible por evitar a Jack, Lexie, Scarlett y, bueno, a cualquier otra persona que pudiera conocerme.

En cuanto a fiestas, para ser honesta, no es la mejor a la que he asistido.

Una cosa que me ha demostrado de una vez por todas, sin embargo, es que esto de la "doble vida" no es para mí. Simplemente no sé cómo lo hace la gente. Todos esos hombres de los que se oye hablar que tienen una esposa e hijos en una ciudad, y luego otra familia completa en otra, sin que ninguna sepa de la otra. ¿Cómo lo logran? ¿Y tal vez podría obtener algunos consejos aquí? Porque ni siquiera llevo dos horas y ya estoy agotada. *Agotada*. No solo por el esfuerzo de mantener el engaño, que ya es bastante difícil, sino también por saber que Jack está aquí, bajo el mismo techo que yo, y con una bomba de tiempo en su bolsillo en forma de mi carta.

Mientras limpio, converso y cambio de identidad en un abrir y cerrar de ojos, desarrollo una especie de sexto sentido que me permite saber exactamente dónde está él en la habitación en

cualquier momento; una conciencia que me eriza la piel ante su presencia, casi como si estuviéramos atados por algún tipo de hilo invisible. Así es como sé cuándo empieza a pensar en venir a hablar conmigo de nuevo, y aunque rápidamente le entrego mi copa de champán a McTavish (ahora estoy en modo "invitada a la fiesta", mientras Frankie está arriba, puliendo uno de los grifos del baño...) e intento escapar, no soy lo suficientemente rápida. Antes de darme cuenta, está de pie frente a mí otra vez, y cuando trato de alejarme, me doy cuenta de que mis piernas no quieren moverse.

Va a decir algo sobre la carta. Debe haberla leído ya, ¿verdad?

—Voy a dar mi discurso pronto, para lanzar la nueva marca —dice Jack, tirando de su pajarita. Me toma un segundo que mi cerebro procese esto y registre que la "marca" de la que está hablando es The 39, es decir, la razón por la que todos estamos aquí.

Entonces... ¿supongo que no la ha leído?

—Estaba pensando que luego podrías decir algo sobre la recaudación de fondos del Día de Gala justo después —continúa, totalmente ajeno al hecho de que mi corazón ha dejado de latir ante sus palabras—. Elaine ha instalado a tu Bella McGowan en la otra habitación con una pila de papel y algunos bolígrafos, así que está lista para tomar los datos de cualquiera que esté interesado en ayudar. Todo lo que tendrías que hacer es decir unas palabras sobre el evento y lo que significa para el pueblo. Podrías...

—No.

La palabra sale de mi boca antes incluso de que tenga tiempo de pensarlo. Jack se detiene en medio de su frase y me mira, frunciendo el ceño.

—¿No?

—Quiero decir... bueno, quiero decir "no" —le digo disculpándome—. No puedo... no hablo en público. Soy demasiado tímida.

Jack arquea una ceja ante esto pero no comenta nada, así que sigo tropezando con mis palabras.

—De todos modos —añado—, creo que sería mejor si Bella lo hace. Después de todo, ella es la presidenta del comité.

—De acuerdo —se encoge de hombros, como si nada de esto pudiera importarle menos—. ¿Al menos te quedarás para darme algo de apoyo moral? Yo tampoco suelo "hablar en público", ¿sabes?, y estoy un poco... bueno, para ser franco, estoy aterrado. ¿No te apetece ponerte esa máscara y fingir ser yo?

Lo miro boquiabierta, horrorizada.

¿Significa eso que ha leído la carta? ¿O es solo uno de sus intentos aleatorios de humor?

La camisa de Jack está abierta en el cuello, y sigue tirando irritado de su pajarita, lo cual es peligroso para mí, porque ese look de "camisa abierta, corbata deshecha" es una debilidad particular mía. Sus ojos se encuentran con los míos, y algo inescrutable pasa entre nosotros. Algo que me gustaría mucho descifrar, si tan solo tuviera el tiempo.

—¿Hace calor aquí? —murmura—. ¿O soy solo yo?

Me relajo tanto como alguien a punto de ser expuesta como mentirosa *puede* relajarse en estas circunstancias.

No lo sabe. O al menos no todavía.

—Ojalá pudiera hacerlo por ti —le digo honestamente—. Aunque no creo que hiciera un lord muy convincente.

—Yo tampoco estoy seguro de hacerlo —dice con pesar—. Aunque me alegro de que estés aquí, Emerald. —Su mirada se suaviza de repente—. Puede que no puedas hacerlo por mí, pero solo saber que estás aquí es de gran ayuda, ¿sabes? Al menos sé que habrá una cara amiga entre el público. Eres como mi amuleto de la suerte.

Me dedica una de esas raras sonrisas suyas, y mi corazón explota silenciosamente dentro de mi pecho.

No puedo hacer esto. No puedo quedarme a ver cómo esa hermosa sonrisa se desvanece cuando descubra que le he estado mintiendo. Pero tampoco puedo dejarlo en la estacada. No cuando cuenta conmigo para estar ahí por él.

Tengo que estar ahí por él.

Afortunadamente para mí, me ahorro la agonía de responder cuando un sonido de campanilla llena el aire. Todos miran hacia donde el hombre al que Jack se refirió como su gerente de relaciones públicas (o "el hombre de las escaleras", como yo lo llamo) está de pie en un pequeño escenario que se ha erigido en el extremo más alejado de la sala.

—Si pudiera pedirles a todos que se reúnan, por favor —llama, golpeando nuevamente un tenedor contra su copa de champán—. El Sr. Buchanan desea decir unas palabras.

—Bueno, allá vamos —murmura Jack, mientras todos los ojos de la sala giran para mirarlo a él y, por asociación, a mí, con curiosidad.

—¡Jack! —exclamo su nombre antes de poder contenerme, pero, cuando se vuelve para mirarme, sé que no puedo contarle sobre la carta ahora mismo, con todos observando. En su lugar, doy un paso más cerca, luego me pongo de puntillas para enderezar su pajarita, mientras él se queda ahí, luciendo ligeramente desconcertado, pero no obstante complacido.

—Listo —digo torpemente, alisando su solapa—. Ahora estás perfecto.

Siempre fuiste perfecto.

—Oh, se me olvidó decirte —dice por encima del hombro mientras se aleja—. ¡Finn está aquí! Volvió de Glasgow esta mañana, aparentemente. Debería estar por aquí en alguna parte...

Y con eso, se da la vuelta y se aleja, dejándome con la horrorizada comprensión de que hay otra persona aquí esta noche que podría fácilmente descubrir mi tapadera en cualquier momento.

Realmente debería haberme ido cuando tuve la oportunidad. Malditos McTavish y Frankie por convencerme de venir aquí.

Jack sube al escenario, toma un micrófono del hombre a su lado y se vuelve para enfrentar a la multitud.

—Por derecho propio —comienza, con voz baja pero clara—, debería ser mi hermano quien estuviera frente a ustedes esta noche...

Mis ojos pican con lágrimas contenidas mientras continúa hablando sobre cómo había sido idea de Alex algún día revivir la destilería de su abuelo, y lo emocionado que habría estado al ver que finalmente sucediera. De alguna manera logra decir esto sin un atisbo de la emoción que mostró aquel día en la colina, cuando se abrió conmigo sobre Alex, pero, mientras habla, sus ojos buscan los míos entre la multitud, y cuando los encuentra, sonrío, dirigiendo el resto de su discurso directamente a mí, como si fuera la única persona en la sala.

O la única que importa.

Pero no lo soy, por supuesto: y mientras Jack se hace a un lado para permitir que John, el gerente de relaciones públicas, diga unas palabras, mi mente vuelve a todas las otras personas en esta multitud que podrían acercarse en cualquier momento para exponerme como la impostora que soy. Como Finn McNeil, por ejemplo. ¿O la misma Scarlett, que seguramente debe estar muy cerca de la mujer que accidentalmente ha robado su identidad ahora mismo?

Mientras estoy ahí de pie, con una sonrisa rígida en mi rostro fingiendo escuchar el discurso del tipo de relaciones públicas, imagino ojos taladrando la parte posterior de mi cráneo, susurros llenando el aire, el aliento de alguien en la parte posterior de mi... en realidad, no, espera, realmente *hay* alguien parado tan cerca detrás de mí que puedo sentir su aliento en la nuca. Me giro rápidamente, pero, para mi alivio, es solo Lexie, quien sonrío dulcemente. Por una vez, me alegro de verla. Luego habla.

—Hola, Scarlett —dice.

Capítulo 31

Se escucha un jadeo, que parece provenir de mí, y luego el mundo parece inclinarse sobre su eje, el suelo bajo mis pies moviéndose como si estuviera en un barco en alta mar. La sangre se me sube a la cabeza, y luego baja instantáneamente a mis pies, como si intentara escapar de la escena de un crimen. *Mi crimen.*

—¿Qu-qué?

Algunas de las personas más cercanas a nosotras se voltean para mirarnos, y alguien nos chista, molesto por la interrupción. Lexie se acerca hasta que sus labios casi tocan mi oreja. —Perdona, ¿me equivoqué? —susurra, con los ojos abiertos de falsa inocencia—. Es que, podría jurar que últimamente te hacías llamar Scarlett.

Las palabras flotan ominosamente en el aire entre nosotras mientras la miro, horrorizada.

—¿Cómo? —es todo lo que logro decir—. ¿Cómo lo supiste?

—Oh, eso fue bastante fácil —susurra Lexie, sonriendo venenosamente—. Scarlett me mostró una foto el otro día que alguien había enviado a su revista, junto con un artículo que supuestamente era de ella. Lo curioso es —se acerca aún más— que Scarlett no lo escribió en realidad. ¿Te lo puedes imaginar? Alguien más lo escribió, haciéndose pasar por ella.

Se aparta lo justo para dejarme ver la mirada burlona en sus ojos antes de continuar.

—Cuando me mostró la foto —dice, aún hablando tan suavemente que solo yo puedo oírla—, sentí que la había visto antes. No fue hasta esta mañana que recordé dónde: en tu teléfono, el día de la caminata.

Quiero darme la vuelta y correr, pero mis piernas no se mueven. Es como si estuviera atrapada en una de esas pesadillas donde intentas escapar de un peligro invisible, pero tus piernas se sienten como si estuvieran cargadas de plomo. En lugar de eso, solo puedo quedarme allí de pie, con lágrimas picándome en el fondo de los ojos, mientras Lexie continúa.

—Todavía no estaba 100% segura, por supuesto —dice, pensativa—. Quiero decir, parecía una cosa realmente extraña de hacer, incluso para ti, Emerald. Pero luego me encontré con Scarlett de nuevo hace unos minutos, y me dijo que te habías acercado a ella y le habías entregado una invitación para esta misma fiesta. Una con su nombre. ¡Imagínate!

Pero no tengo que imaginármelo. Sé exactamente lo que he hecho. Lo que no sé —y desesperadamente *necesito* saber— es qué va a hacer Lexie al respecto.

—¿Podrían callarse ustedes dos?

El hombre justo delante de nosotras se gira y nos mira con furia, y Lexie y yo obedientemente nos volvemos hacia el frente de la sala, donde Jack está de nuevo en el micrófono, dirigiéndose al público. Ahora está hablando de su abuelo; de cómo fue él quien creó la mezcla original del whisky que estamos aquí para lanzar, y de cómo murió antes de poder ver su sueño hecho realidad.

—Puede que no esté aquí para verlo —dice Jack—, pero me gustaría pensar que estaría orgulloso del whisky que hemos creado en su honor.

Creo que probablemente soy la única persona en la sala que puede oír el nudo en su garganta. Es difícil de detectar, pero está ahí, sin embargo, y, solo por un segundo, una emoción distinta al terror se abre paso hasta el frente de mi mente.

Orgullo. Incluso a pesar de mi situación actual, estoy tan orgullosa de él y de lo que ha logrado, que quiero estallar en aplausos; hacerle saber lo bien que lo ha hecho. En su lugar, me obligo a quedarme allí en silencio, con el aliento de Lexie aún húmedo en mi piel, mientras Jack camina hacia una gran pantalla que ha sido instalada a un lado del escenario improvisado.

—Bueno —dice, con esa sonrisa de niño que tanto amo—, allá vamos. ¡Damas y caballeros, The 39!

Presiona un botón en su mano, y aparece en la pantalla una foto de la destilería, superpuesta con un logo: un círculo con el nombre de la mezcla alrededor de los bordes y un dibujo estilizado de un lobo en el centro.

Un lobo.

Un dibujo de un lobo.

Ahora, ¿dónde he visto *eso* antes?

Frunzo el ceño, tratando de recordar. Y, de repente, me viene a la mente.

Parece que Lexie no es la única con buena memoria para las fotos.

—Lexie —digo amablemente, aprovechando el aplauso que resuena por la sala mientras se revela el logo—. ¿Por qué tenías fotos de los alambiques de whisky de Jack en tu casa el otro

día?

Hay un largo silencio detrás de mí, durante el cual finalmente se apaga el aplauso, y la respiración en mi nuca se vuelve repentinamente entrecortada.

—¿Lexie?

Me giro, esperando ver sus ojos ardiendo de desafío y mirando directamente a mi tiara. Sin embargo, están llenos de miedo.

—Por favor, Emerald, no se lo digas a nadie —susurra desesperadamente—. No puedes decírselo a nadie. Por favor, te lo suplico.

Vaya, vaya, vaya. Qué rápido han cambiado las tornas.

—¿Qué quieres decir, Lexie? —siseo, agarrándola por el codo y arrastrándola hacia la parte trasera de la sala, lejos de la multitud—. ¿Estás diciendo que fuiste tú quien saboté la destilería de Jack? ¿Hiciste algo con los alambiques? ¿Es por eso que tenías esas fotos?

—Yo no —balbucea Lexie, toda su bravuconería anterior repentinamente desaparecida—. Juro que no fui yo quien lo hizo. Tienes que creerme, Emerald. Yo no lo hice.

—Déjame adivinar —digo, cruzando los brazos sobre el pecho y mirándola fijamente—. Fue tu madre, ¿verdad? Tratando de deshacerse de la competencia, supongo.

Espero a que responda, pero simplemente mira con aire taciturno sus pies. Su hermoso rostro está pálido bajo el maquillaje, el lápiz labial rojo destacando como un tajo de sangre carmesí en la nieve.

—Por favor, no se lo digas a nadie —dice de nuevo al fin—. No puedes decírselo a nadie, Emerald. Ella se pondrá furiosa conmigo. Y no sé con certeza si tuvo algo que ver. Solo encontré las fotos en su casa, y eso realmente no prueba nada, ¿verdad? ¿Verdad?

Me mira suplicante, desesperada por que la tranquilice diciéndole que su madre no hizo esto.

Pero lo hizo. Lo sé tan bien como Lexie, y aunque no pueda probarlo, estoy absolutamente segura de que tengo razón.

—Lexie —digo con firmeza, apartándome el pelo de los ojos—. ¡Eres tú quien debería estar furiosa con ella! ¡Ella hizo esto! ¡Ella! No tú. Aunque... —Mis palabras se desvanecen cuando otro pensamiento me golpea—. Puede que no lo hayas hecho —digo en voz baja—. Pero obviamente lo sospechabas, ¿no?

Lexie sacude la cabeza lentamente, pero es más una confirmación que una negación.

—¿Te das cuenta de lo grave que es esto, Lexie? —pregunto, con mi voz elevándose peligrosamente—. ¡Jack podría haber resultado gravemente herido esa noche! ¡Y también su personal! ¿Realmente crees que la persona que hizo eso merece ser protegida?

Es como si Lexie se estuviera encogiendo ante mis ojos, su confianza derritiéndose como la Bruja Mala del Oeste cuando Dorothy le arroja el cubo de agua encima. No es una sensación agradable estar arruinando a alguien así. Pero pienso en sus palabras hacia mí hace solo unos minutos; la satisfacción burlona en sus ojos cuando me dijo cómo había descubierto mi secreto. Y, en ese momento, veo rojo.

—Se lo voy a decir a Jack —digo rotundamente—. O a la policía. O a *alguien*

. Lo siento, Lexie, pero no puedes ir por ahí jugando con las vidas de las personas así y esperar salirte con la tuya. Ni tú *ni* tu madre.

—¿Qué, como tú pensabas que te saldrías con la tuya haciéndote pasar por Scarlett Scott? —Lexie sisea en respuesta, recuperando de repente parte de su antiguo espíritu—. Porque, seamos sinceras, Emerald, no es como si tú fueras una especie de ángel aquí, ¿verdad? Y si le cuentas a Jack mi secreto, bueno, el secreto de mamá, puedes estar segura de que le contaré el tuyo. —De repente se lanza hacia mí intentando agarrar mi tiara—. ¿Qué coño estás haciendo? —digo mientras forcejeo para quitármela de encima.

—Eso debería haber sido mío y lo sabes. —Lexie me espeta mientras señala furiosamente la tiara.

En el escenario, Jack está pasando por algunas diapositivas más, todas mostrando escenas típicamente escocesas; brezos, montañas y ciervos... todo, por supuesto, acompañado por una botella de la nueva malta de Heather Bay.

—Mi abuelo estaba orgulloso de ser parte de esta comunidad —está diciendo Jack ahora—. Amaba Heather Bay y todo lo que representaba para él: familia, amistad y, sobre todo, hogar. Y quería, más que nada, devolver algo al pueblo que amaba.

Mi mente da vueltas mientras escucho sus palabras. Desde justo enfrente del escenario, Bella McGowan lanza un grito de aprobación. A su lado, McTavish sonríe de oreja a oreja, sus mejillas coloradas por todo el whisky que ya ha probado. No lejos de ellos, veo que Frankie se ha colado, tomando un descanso de sus tareas de limpieza para asentir con las palabras de Jack, sus rizos rubios rebotando en señal de acuerdo.

Siento un nudo duro en la garganta mientras los miro a todos. Esta es la comunidad a la que di la espalda hace tantos años. La gente a la que planeo dar la espalda de nuevo, tan pronto como termine esta noche. Y, ¿sabes qué?

Realmente no está tan mal.

—Lo digo en serio, Emerald —murmura Lexie a mi lado. Ahora se ha recuperado completamente de su shock, veo, y sabe muy bien que me tiene acorralada. Si le cuento a

alguien, *a quien sea*, que la madre de Lexie fue responsable del allanamiento en la destilería, ella inmediatamente les dirá que he estado haciéndome pasar por Scarlett, y de esa manera ambas perderemos. Sin embargo, si no le cuento a nadie, estaré defraudando a mis amigos y a mi comunidad una vez más.

Estaré defraudando a Jack.

Y simplemente no voy a hacerlo.

—Para honrar ese deseo —está diciendo Jack desde el escenario—, me complace anunciar que The 39 patrocinará el Día de Gala de Heather Bay, que regresará el próximo año por primera vez en una década.

La sala estalla en aplausos, y Jack sonríe sorprendido ante la emoción que acaba de generar. —Me gustaría agradecer a Bella McGowan aquí —dice, asintiendo hacia donde se puede ver la cabeza puntiaguda de Bella entre la multitud—, por presidir el comité que ha trabajado tan duro para traer de vuelta este evento tan querido a Heather Bay. También me gustaría...

Dejo de prestar atención de nuevo mientras me giro para enfrentar a Lexie, quien me observa con el aire de una mujer que sabe que ha ganado.

Bueno, esta vez no, zorra.

—Lo siento, Lexie —digo sin rodeos—. Pero tengo que decírselo. Puedes hacer lo que quieras conmigo. Realmente ya no me importa.

Los ojos de Lexie arden con una intensidad que nunca le había visto.

—¿Ah, sí? —dice fríamente, dando un paso hacia mí—. Creo que podrías llegar a arrepentirte de eso, Emerald. De verdad que sí.

Puedo ver exactamente el momento en que decide hacerlo. Está escrito por toda su cara insoportablemente bonita y, lo siguiente que sé, es que su mano se cierra alrededor de mi muñeca como una esposa, y empieza a arrastrarme hacia el escenario, casi haciéndome caer de mis tacones altos con el movimiento repentino.

—¡Oye, Jack! —llama alegremente mientras me pone a su nivel—. ¿No hay alguien más a quien quieras agradecer por su duro trabajo? ¡Todos, démosle un aplauso a Scarlett Scott! ¡Y aquí está!

Con un solo empujón brusco por detrás, me impulsa hacia adelante, justo al frente del escenario, y todo el camino de vuelta en el tiempo, a cuando tenía dieciocho años y estaba a punto de ser coronada reina de la Gala de Heather Bay.

Capítulo 32

Diez años antes

El Día de Gala huele a césped recién cortado y algodón de azúcar. A manzanas acarameladas y lluvia de media tarde. Huele a esperanzas frustradas y decepción; y también huele a humo de tabaco rancio, gracias a Lexie Steele y el paquete de cigarrillos que le había robado a su madre esa mañana.

—¿Quieres uno?

Estoy parada detrás del escenario que han montado en el ayuntamiento, retorciendo nerviosamente la tela de mi vestido de gala entre mis dedos mientras espero mi gran momento. Pensé que esto era lo que quería, pero ahora que está sucediendo realmente, estoy tan nerviosa que daría cualquier cosa por cambiar de lugar con Lexie, a quien le han pedido que ayude tras bastidores, pero que en realidad solo ha estado ahí parada fumando, por lo que puedo ver.

—Toma, agarra uno. Te ayudará a calmar los nervios. Confía en mí.

Lexie está parada a mi lado ahora, ofreciéndome el paquete de cigarrillos. Las cuatro frases cortas que acaba de dirigirme cuentan como la conversación más larga que he tenido con ella, y aunque en realidad aún no he contribuido a ella, el hecho de que la chica más popular de la escuela me esté hablando es casi tan emocionante como la idea de ser coronada reina de la Gala.

Lo cual sucederá en solo unos minutos.

Mi estómago se contrae con ansiedad, emitiendo un gruñido bajo. Literalmente moriré si Lexie escuchó eso. No, lo digo en serio. Moriré. Literalmente.

—Toma.

Ignorando la interrupción de mi vientre traidor, Lexie me acerca los cigarrillos de nuevo. Dudo mientras miro el paquete abierto. Realmente quiero que le agrade. Quiero, más que nada — incluso más que ser la Reina de la Gala— ser el tipo de persona que le agrada a Lexie Steele.

El problema es que no fumo.

Ni siquiera **quiero** fumar.

Mamá me ha dicho frecuentemente que me matará si alguna vez empiezo a fumar, y no tengo absolutamente ninguna duda de que lo dice en serio.

Pero Lexie me está ofreciendo un cigarrillo, y no soy tonta: sé que es más que eso. Es aceptación lo que me está ofreciendo. Pertenencia. Y la aceptación es lo que más anhelo, así que, con lo que espero sea un aire de confianza, tomo el cigarrillo que me ofrece y me lo pongo en la boca, inclinándome hacia adelante para dejar que lo encienda.

El humo llena instantáneamente mis pulmones, haciéndome toser. Me estoy ahogando. Creo que probablemente me estoy muriendo, en realidad. Está bien, sin embargo, porque Lexie me está sonriendo. *Bienvenida al club*, dice su sonrisa. *Adelante, pasa*.

Con un esfuerzo de voluntad que no sabía que tenía en mí, me enderezo, reprimo la tos y le doy otra calada vacilante al cigarrillo. Esta vez el humo no quema. No está tan mal, en realidad; y, incluso si lo estuviera, aquí estoy, codo a codo con Lexie Steele, finalmente una de las chicas geniales.

Eso definitivamente es algo para celebrar.

El momento, sin embargo, es demasiado breve, porque antes de que pueda dar otra calada, hay una oleada de aplausos desde el otro lado del escenario, y la voz incorpórea de Bella McGowan resuena por el salón del pueblo, diciéndole a todos que es hora de dar la bienvenida a la nueva reina de la Gala de Heather Bay.

Yo.

—Rápido —dice Lexie, empujándome fuerte por la espalda—. Es tu momento, Emerald. Te están esperando.

No quiero ir, pero Lexie me empuja de nuevo, y mis piernas no tienen más remedio que avanzar tropezando. Mientras avanzo, me doy la vuelta y le entrego apresuradamente el cigarrillo a Lexie, quien extiende la mano para tomarlo, antes de darme un último empujón que me impulsa a través de la cortina del backstage y me saca al escenario.

Con mi vestido en llamas.

Literalmente, quiero decir.

No es solo una mala metáfora de lo genial que me veo. Quiero decir que la falda de mi vestido de gala está **realmente** en llamas, el humo sale de mi trasero de una manera que casi sería cómica si no significara que mi vida está en peligro mortal.

Los aplausos que habían comenzado cuando aparecí en el escenario rápidamente se convierten en gritos de horror cuando todos se dan cuenta de que la reina de la Gala está aquí... y está en llamas.

Es toda una entrada, para ser justos. No creo que haya habido una igual antes. Déjenmelo a mí para traer el drama.

Por una fracción de segundo, me quedo ahí parada mirando estúpidamente mi vestido, y de repente Lexie está detrás de mí, tirando con fuerza de la falda, que se separa dramáticamente del corpiño con un sonido de desgarró obscenamente fuerte que puedo escuchar incluso por encima del ruido del público sobreexcitado. En algún momento del futuro, probablemente querré agradecer a Lexie por salvarme la vida con su rápido pensamiento. Ahora mismo, sin embargo, acabo de cumplir dieciocho años, soy tan tímida que me sonrojo cuando alguien intenta hablarme... y estoy parada en un escenario frente a todos los que conozco, vistiendo solo la parte superior de mi vestido y mis bragas favoritas de la marca *flying Haggis*.

(Mira, son mis bragas de la suerte, ¿de acuerdo? *Por supuesto* que las iba a llevar puestas. No es como si esperara que toda la ciudad las viera...)

El silencio atónito que sigue a esta lamentable situación probablemente solo dura una fracción de segundo, pero para mí se extiende indefinidamente, y no tardo en darme cuenta de que viviré dentro de este momento por el resto de mi vida. En él, envejezco unos 100 años. Paso de ser la esperanzada joven Reina del Gala a ser solo una chica parada frente a todos los que conoce en su ropa interior no muy bonita. Soy Carrie en su noche de graduación. Soy Emerald Taylor; y nunca más podré mostrar mi cara en este pueblo.

Después de lo que parece una eternidad parada allí congelada en el escenario, finalmente me libero de mi trance y me doy la vuelta para correr tras bastidores, segura de que al menos las cosas no pueden empeorar más.

Y es entonces cuando alguien me arroja el cubo de agua encima.

Agua fría.

Helada, de hecho.

—Lo siento —jadea Lexie, mientras grito por la impresión—. Solo quería asegurarme de que el fuego estuviera apagado.

*Vale, **ahora** sí que las cosas no pueden empeorar más.*

Sollozando tan fuerte que apenas puedo ver a través de mis lágrimas, de alguna manera logro tropezar de vuelta a través de las cortinas detrás del escenario y entrar en el área de vestuarios,

donde agarro apresuradamente mi abrigo, poniéndomelo y envolviéndolo fuertemente alrededor de mi cuerpo, como si de alguna manera pudiera protegerme de lo que acaba de suceder.

Pero no puede. Nada puede; y mientras corro ciegamente hacia la calle, mis tacones altos casi me hacen tropezar, solo quiero alejarme de este lugar lo más posible.

No es hasta mucho después que me entero de lo que sucedió después de que me fui. Cómo una chispa de mi vestido había caído sobre las cortinas en la parte trasera del escenario, que se habían consumido sin que nadie lo notara durante un tiempo antes de incendiarse, y las llamas se extendieron rápidamente al escenario de madera sobre el que acababa de estar parada.

Para cuando llegaron los bomberos, llamados desde Glenroch, a dieciséis kilómetros de distancia, el fuego se había afianzado firmemente y continuó ardiendo durante horas, hasta que todo lo que quedó fue un cascarón vacío; un poco como yo misma, ahora que lo pienso.

O eso es lo que escuché, de todos modos. Para cuando el fuego tomó fuerza, yo estaba en la cima de Westward Tor, mirando hacia el pueblo, ya no segura de si la humedad en mis mejillas provenía de mis lágrimas o de la lluvia que había comenzado a caer. Ya había decidido irme; aceptar la plaza universitaria que me habían ofrecido en Londres, en lugar de la que hubiera preferido en Edimburgo, y nunca, jamás volver. Lo había decidido incluso antes de enterarme del incendio, pero cuando finalmente bajé de esa colina y me dirigí a casa, donde encontré a mamá y papá esperándome con sus caras de "malas noticias" firmemente en su lugar, supe que no había otra opción.

Fue el cigarrillo, por supuesto; el que Lexie me dio. Debí haberlo dejado caer sobre mi falda cuando me giré para dárselo.

Pero... ¿lo hice realmente?

¿Es eso realmente lo que sucedió? ¿O es solo lo que me dijeron, horas después del hecho, cuando Lexie ya había dado su declaración a la policía? ¿Fui realmente la responsable del incendio que quemó el salón del pueblo y cambió el curso de mi vida para siempre?

¿O fue...?

Capítulo 33

—TÚ.

De alguna manera he terminado en el escenario del baile de máscaras, con Jack a un lado, luciendo confundido, y Lexie al otro, aún sujetando mi muñeca con un agarre tan fuerte que puedo decir que dejará moretones.

—Tú —digo de nuevo, hablando entre dientes mientras me giro para mirarla con furia—. Tú fuiste quien tiró el cigarrillo, ¿verdad? ¿Lo hiciste a propósito? ¿O fue solo algún tipo de "accidente"?

Lexie ni siquiera se molesta en responder a eso. En su lugar, simplemente me mira desafiante, luego se gira para dirigirse al público frente a nosotros, que nos observa con el tipo de interés que sugiere que todos presienten que está a punto de desarrollarse un drama. Por el rabillo del ojo, veo a McTavish tratando de abrirse paso entre la multitud, su expresión seria. Detrás de él, los ojos de Frankie son "Os" redondas de asombro.

Esta realmente no es la forma en que quería que Jack —a quien ni siquiera me atrevo a mirar— se enterara de que he estado haciéndome pasar por Scarlett Scott desde que lo conocí.

—¿Qué dicen todos? —exclama Lexie alegremente—. Demos un gran aplauso a SCARLETT SCOTT, quien es responsable de traer de vuelta el Día de Gala a Heather Bay.

Levanta mi mano en señal de triunfo, pero en lugar de los aplausos que pidió, hay un solo momento de silencio, y luego una voz áspera que reconozco como la de Jimmy el granjero se eleva desde el fondo de la sala.

—Espero por Dios que no —grita Jimmy, quien obviamente ha bebido demasiado a lo largo de la noche—. Porque esa no es quien tú crees que es, Lexie. Esa es Emerald Taylor. La que quemó el salón, ¿sabes?

Hay un murmullo general de acuerdo ante esto, pero no puedo ver las reacciones de nadie a mi alrededor, porque tengo los ojos fuertemente cerrados, como una niña pequeña que piensa que si ella no puede ver a nadie, entonces nadie puede verla a ella.

Ojalá.

—Emerald, ¿qué es esto? —dice la voz de Jack en mi oído—. ¿Qué está pasando aquí? ¿Alguien quiere explicármelo?

Abro la boca, pero antes de que pueda hablar, otra voz resuena, clara como una campana.

—No tengo idea de quién es esa en el escenario —dice la voz—. Pero yo soy Scarlett Scott. Y no sé nada sobre un Día de Gala. ¿Lexie?

—Yo soy Scarlett Scott —grita McTavish de repente. Abro los ojos de golpe para verlo parado con ojos desorbitados al frente del escenario. Dios mío, está tratando de hacer *Espartaco*. Todo lo que necesito ahora es que Frankie declare que *ella* es Scarlett Scott también, y entonces esta noche realmente descenderá a la farsa.

—¿Puede alguien por favor decirme qué está pasando? —espeta Jack. Tiene que gritar para hacerse oír por encima del zumbido de chismes que ha comenzado a extenderse por la sala mientras los asistentes a la fiesta intentan averiguar qué está sucediendo, y por qué tres personas diferentes están afirmando ser alguien de quien nadie en Heather Bay ha oído hablar nunca.

Bueno, nadie excepto Jack.

Con esfuerzo, levanto los ojos para encontrarme con los suyos. A juzgar por su expresión, puedo decir que todavía está en la etapa de "confusión" del viaje emocional que está a punto de emprender. Muy pronto, sin embargo, esa confusión se convertirá en ira, y la ira probablemente permanecerá por mucho tiempo, sospecho. Posiblemente para siempre.

En cuanto a mí, mientras tanto, una extraña sensación de calma ha descendido ahora que mi secreto ha salido a la luz. La sensación no durará; lo sé. Mis piernas ya están amenazando con abandonar su misión de continuar manteniéndome erguida, de hecho. Ahora mismo, sin embargo, mi sentimiento de indignación hacia Lexie y lo que me ha hecho —tanto ahora como en el pasado— supera todo lo demás. Es lo único que me mantiene en pie. Y también es lo que me permite finalmente apartar mi mano de la suya y aclarar mi garganta para hablar.

—Jack, la madre de Lexie fue la persona que sabotó la destilería —digo, hablando tan clara y calmadamente como puedo—. Encontrarás las fotos que lo probarán en la casa de Lexie, pero tendrás que llegar a ellas antes que ella, obviamente.

Un recuerdo repentino me viene del día de la caminata; yo tomando el teléfono de Samantha Steele y viendo todas esas selfies en la galería de fotos. Selfies y...

—También hay algunas fotos en el teléfono de su madre —agrego, antes de darle la espalda al público y hablar en voz baja, para que solo él pueda oír.

—Todo lo demás que necesitas saber está en la carta que encontrarás en el bolsillo de tu chaqueta —le digo, con la voz temblorosa—. Y no vas a querer hablarme de nuevo una vez que la hayas leído, así que te diré ahora que lo siento; por todo, pero sobre todo, por decepcionarte. No quise que nada de esto sucediera. De verdad que no. Pero ha sucedido ahora, y solo espero... solo espero que no me odies, es todo. Por favor, intenta no odiarme. Cada palabra que te dije fue la verdad. Simplemente no era la persona que creías que la estaba diciendo.

Mi voz tiembla de emoción cuando termino este breve discurso y me preparo para bajar del escenario. Antes de irme, sin embargo, me doy cuenta de que hay una cosa más que quiero decirle.

—Tu hermano estaría orgulloso de ti, Jack —digo suavemente, extendiendo la mano y tocándolo ligeramente en una mejilla mientras él permanece allí, completamente desconcertado por todo lo que está sucediendo—. Y tu abuelo también. Yo estoy orgullosa de ti. Solo quiero que lo sepas.

Con la visión borrosa por las lágrimas, me alejo de él con renuencia. Una parte de mí está secretamente —bueno, no tan secretamente— esperando que extienda la mano para detenerme. Que saque la carta de su bolsillo y simplemente la haga pedazos ante mis ojos, diciéndome que no le importa lo que he hecho, porque me ama de todos modos, y siempre lo hará.

Pero, por supuesto, estoy pensando en romances de película, ¿no? De cuentos de hadas. Y esta es la vida real, donde esas cosas no suceden. Donde, cuando la fastidias, tienes que vivir con las consecuencias.

Bueno, supongo que bien puedo empezar con eso.

Echo un último vistazo a los rostros escandalizados que me miran fijamente desde el pie del escenario, y mi mente retrocede diez años, a aquel momento en el escenario del salón comunal de Heather Bay. La misma gente, las mismas miradas de horror; solo que en un escenario diferente, y un accidente completamente distinto.

Supongo que ya está resuelto el cotilleo del pueblo para la próxima década. Shona McLaren va a tener un infierno tratando de mantenerse al día con este.

Bajando del escenario, me dirijo directamente hacia Scarlett, quien parece mucho más calmada de lo que se esperaría, dadas las circunstancias. O tal vez es simplemente que no tiene ni idea de lo que está pasando.

La multitud se aparta para dejarme pasar, y hago mi mejor esfuerzo por ignorar las miradas y los susurros que me rodean mientras camino directamente hacia la mujer cuya vida he estado fingiendo vivir, y la miro directamente a los ojos.

—Lo siento, Scarlett —digo, haciendo una mueca ante la insuficiencia de las palabras—. Sé que probablemente esto no tenga ningún sentido ahora mismo, pero lo tendrá, y cuando lo tenga, quiero que sepas que lo siento, y que te lo compensaré de cualquier manera que pueda. Me pondré en contacto con tu editora en cuanto llegue a casa y le diré que fui yo quien escribió ese artículo, también.

Scarlett me mira con aire especulativo. Estoy esperando que se enfade, pero, por alguna razón, no lo hace.

—Tienes razón —dice por fin, con su acento londinense más pronunciado que nunca—. No tengo ni la más remota idea de lo que está pasando aquí, pero debo decir que es la noche más entretenida que he tenido en mucho tiempo. Y yo que pensaba que las Highlands iban a ser aburridas.

—No —digo con cansancio, sacudiendo la cabeza—. No, Heather Bay no es aburrido. Sinceramente, estoy empezando a desear que lo fuera.

Es verdad. Nunca más me quejaré de lo aburrida que es mi vida. Nunca más desearé ser otra persona, viviendo una vida diferente. Simplemente no estoy hecha para eso; y tan pronto como todo esto termine, voy a volver a ser la simple y vieja Emerald Taylor.

Quienquiera que sea ella.

—Mira —dice Scarlett, rebuscando en su bolso de noche—. Entiendo que este no es un buen momento, pero la periodista que hay en mí intuye una historia increíble aquí, y de todos modos he estado pensando en tomarme un pequeño descanso de los temas de comida y bebida. Entre tú y yo... —se inclina hacia mí en tono confidencial—, ni siquiera me *gusta* el whisky.

Le devuelvo la sonrisa con incertidumbre, su inesperada amabilidad de repente me dan ganas de llorar.

Me cae bien.

No esperaba que me cayera bien.

La vergüenza burbujea dentro de mí, tornando mi piel de un rojo tomate («*Eso contrastará horriblemente con tu pelo, Emerald*»), dice mi ex novio Ben en mi cabeza. Confiaba en que él eligiera este momento en particular para reaparecer...), mientras Scarlett me entrega una tarjeta de visita.

—Lláname cuando puedas —dice amablemente, dándome una palmadita en la mano—. Tengo la sensación de que tenemos mucho de qué hablar.

Solo asiento en respuesta, sin confiar en mí misma para hablar sin llorar. Realmente quiero abrazarla, pero parece inapropiado, así que, en su lugar, simplemente meto la tarjeta que me ha dado en mi bolso y me doy la vuelta para echar un último vistazo a Jack.

Está leyendo mi carta.

A su alrededor, la sala es un caos. La madre de Lexie ha aparecido de la nada y le está gritando a su hija, quien tiene ambas manos sobre sus oídos, como una niña pequeña que ya no quiere jugar más. Tanto la asistente Elaine como John, el de relaciones públicas, están en el escenario junto a Jack, aparentemente compitiendo por su atención. Incluso el viejo Jimmy se ha unido a la refriega y está abriendo sigilosamente una de las botellas de The 39, que están dispuestas en una mesa detrás de Jack, listas para su lanzamiento, que yo he arruinado.

En medio de todo esto, Jack permanece completamente inmóvil en el escenario; el único punto quieto en la sala, con los ojos fijos en el papel frente a él. Mientras observo, parece llegar al final de mis divagaciones, y finalmente levanta la mirada. Mientras sus ojos recorren la multitud de gente frente a él, buscando a alguien —a mí, supongo—, cruzo los dedos con fuerza detrás de mi espalda, deseando que no me odie ahora que sabe la verdad.

La sala es un alboroto. Alguien me empuja el codo, casi tirándome al suelo mientras pasa. A poca distancia, veo a Frankie tratando decididamente de abrirse paso hacia mí, empujando a la gente con los codos mientras se abre camino entre la multitud.

—¿Quién coño es Scarlett Scott, de todos modos? —oigo que alguien grita por encima del ruido general.

Los ignoro a todos. Por ahora, solo estamos Jack y yo, solos en esta multitud. Cuando nuestras miradas se encuentran, es como si alguien hubiera presionado el botón de silencio del mundo; la sala y todos los que están en ella desaparecen, dejándonos solos.

Aunque en realidad no estamos solos. No somos Darcy y Elizabeth, ni Jane Eyre y el señor Rochester. Ni siquiera somos Maxim DeWinter y... la segunda señora DeWinter. Lo cual habría sido un poco insatisfactorio, claro —nunca valoré mucho su relación—, pero aun así mejor que *esto*.

Porque Jack Buchanan no me está mirando como un héroe mira a su heroína. Para nada. Incluso desde esta distancia, puedo ver el dolor ardiendo en sus ojos azules mientras me mira fijamente. La traición. Lo irrecuperable de todo esto. Y, por si tenía alguna duda al respecto, dobla la carta una vez, luego la dobla de nuevo, convirtiéndola en un cuadrado pulcro, que se

mete en el bolsillo del pecho antes de darse la vuelta y alejarse a grandes zancadas, con Elaine y John apresurándose tras él.

No mira atrás.

Para entonces, Frankie casi me ha alcanzado, y salgo del trance en el que he estado para ver a McTavish pisándole los talones.

—Bien —dice Frankie enérgicamente, alcanzando mi mano—. No sé qué has hecho esta vez, pero vamos a sacarte de aquí cagando leches. Podemos hablar de ello en el coche.

Pero no lo haremos, porque simplemente no puedo hacerlo. No puedo irme con Frankie y McTavish, y volver a casa de mis padres, como si esto fuera solo algún "accidente" aleatorio mío del que nos reiremos en los años venideros. «¿Recuerdas aquella vez que nuestra Emerald fingió ser periodista?», se reirá papá, y mamá sacudirá la cabeza con cariño, y seguirá con la igualmente divertida historia de aquella vez que casi incendié Heather Bay.

Pero no. Esto no es algo de lo que esté lista para hablar; ni ahora, ni probablemente nunca.

—Frankie, lo siento —digo, mientras el sollozo que había logrado contener hasta ahora finalmente escapa de mi garganta—. Te explicaré todo, lo prometo, pero ahora mismo necesito estar sola.

—Está bien, Greta Garbo —dice Frankie, sonando confundida mientras me suelta. Sin embargo, apenas la escucho. Porque si Jack realmente no va a hablarme —lo cual no es más de lo que merezco, por supuesto— entonces simplemente ya no quiero estar aquí.

Es hora de irse.

Capítulo 34

La tormenta eléctrica de la que me advirtieron papá y McTavish se ha acercado sigilosamente mientras estaba dentro de la casa, y las primeras gotas gruesas de lluvia comienzan a caer mientras bajo torpemente los escalones del exterior.

No sé adónde voy ni qué haré cuando llegue allí; solo sé que necesito no estar más aquí.

Y entonces corro.

Y corro.

Sigo corriendo hasta que llego al territorio familiar del lago, que yace, oscuro y amenazante, justo más allá del césped trasero en pendiente de la casa, donde me detengo por un segundo para recuperar el aliento. Los sollozos fluyen más libremente ahora mientras recuerdo cómo Jack saltó al agua cerca de aquí para salvarnos a mí y a Jude, cuando estúpidamente intenté escapar de él en un pedal.

¿Por qué quería escapar de él?

¿Por qué alguna vez querría no estar cerca de él?

No puedo pensar en eso ahora, sin embargo, o simplemente me tiraré aquí mismo en la orilla del lago y lloraré. Así que me detengo solo el tiempo suficiente para quitarme las sandalias de tacón alto, que amenazan con romperme ambos tobillos en la playa de guijarros del lago, y luego corro hacia casa.

Corro a ciegas y sin pensar, a través de la lluvia que se está convirtiendo constantemente en un aguacero. La casa de mamá y papá está en la orilla opuesta del lago, pero no hay un camino fácil hacia ella. En esta orilla, los acantilados al pie del Tor caen casi hasta la playa, dentados y amenazantes contra el cielo que se oscurece rápidamente. Puedo ir por encima de las colinas o rodearlas. La segunda opción, sin embargo, significa meterse en el agua misma, y puede que no

esté pensando con claridad, pero no estoy lo suficientemente mal como para la misión suicida que sería intentar nadar en el lago de noche.

Mi vestido está empapado y mis pies ya están cortados y sangrando por las piedras sobre las que he tenido que tropezar para llegar hasta aquí —no es que mis frágiles tacones hubieran sido mucho mejores, eso sí—, pero, afortunadamente para mí, conozco tan bien esta tierra que literalmente podría encontrar mi camino con los ojos vendados.

O eso pensaba, de todos modos.

Las Highlands en verano se ven agraciadas con largas horas de luz diurna; la luz nunca parece abandonar el cielo por completo, incluso una vez que se ha puesto el sol. Esta noche, sin embargo, las nubes oscuras que han descendido como una manta sobre Heather Glen han robado el sol. Si hubiera suficiente luz para ver con claridad, sé que las cimas de las colinas junto a mí estarían envueltas en niebla. Tal como está, sin embargo, la oscuridad es tan impenetrable que es como un obstáculo sólido en mi camino. Y por primera vez desde que dejé la casa de Jack, mi emoción predominante ya no es el desamor.

Es miedo.

No tienes que vivir en las Highlands por mucho tiempo para saber lo peligroso que puede ser aquí arriba; cómo el clima puede cambiar en un abrir y cerrar de ojos, y cómo las colinas que parecen dóciles y amigables bajo el sol adquieren una personalidad completamente diferente en la oscuridad.

Podría morir aquí realmente.

El pensamiento me golpea como si cayera desde la cima de las montañas mismas. Y una vez que aterriza, está decidido a quedarse.

De todos los errores que he cometido y accidentes que he tenido, este tiene que ser el más estúpido hasta ahora.

Entonces, de repente, mi teléfono empieza a sonar dentro de mi bolso.

¡Mi teléfono! ¡No puedo creer que olvidé que lo tenía conmigo!

Sacándolo de mi bolso, me lo pego a la oreja, casi dejándolo caer en mi excitación.

—¡Jack! —grito en él, el viento se lleva instantáneamente mis palabras—. ¡Jack, ¿eres tú?

La línea crepita ominosamente, luego una voz débil se escucha.

—¿Jack? No, soy Brian. ¿Brian del banco? ¿Eres tú, Emerald? ¿Estás bien?

La decepción recorre mi cuerpo. Deseaba tanto que fuera Jack al otro lado de la línea que me toma uno o dos segundos registrar que, sin importar quién me esté llamando, pueden ayudarme a bajar de esta colina.

—Brian, escucha —digo con urgencia, luchando por mantenerme en pie sobre el terreno irregular—. Estoy al pie del Westward Tor y necesito llegar a casa. Está demasiado oscuro para ver. Necesito que llames al rescate de montaña por mí, ¿de acuerdo? ¿Brian? Brian, ¿sigues ahí? ¿Puedes oírme?

No hay respuesta; la línea se ha cortado.

Tragándome mi decepción, aparto el teléfono de mi oreja y miro la fuerza de la señal sin mucha esperanza. La recepción nunca es genial aquí arriba, ni siquiera en el mejor de los casos, pero mi ánimo se eleva ligeramente al notar una sola barra y una batería casi llena.

¡Sí! ¿Será que mi suerte finalmente está a punto de cambiar?

Como si respondiera a esa pregunta, el teléfono se desliza de mis dedos entumecidos y cae alegremente colina abajo. Mientras me quedo ahí sin palabras en la oscuridad, estoy segura de escucharlo estrellarse contra las rocas.

—¡No!

Ni siquiera planeé gritar nada —después de todo, no tiene mucho sentido—, pero se siente extrañamente satisfactorio, así que grito una y otra vez—. ¡NONONONONO!

Hago una pausa, escuchando el débil eco de mi propia voz que regresa a mí.

Estoy sola, entonces. Sin teléfono, sin ayuda, sin... sentido en terminar ese pensamiento. Solo vibras positivas, como le gusta decir a Frankie.

Frankie.

Mientras me abro paso hacia adelante en la oscuridad, pienso con nostalgia en la cálida furgoneta de Frankie, en la que podría estar sentada ahora mismo. En la acogedora cocina de mamá y papá, que solo tiene una *vista* de las montañas, en lugar de este encuentro cercano con ellas.

El pensamiento de mi hogar me impulsa hacia adelante. Puede que esté asustada, pero no estoy lejos del otro lado de los acantilados, después de los cuales es un camino recto hacia la cima de la colina relativamente suave que conduce a casa.

Puedo hacer esto.

Soy una mujer fuerte e independiente, que está absolutamente harta de tener "accidentes". Esta caminata nocturna no será uno de ellos.

Es entonces cuando escucho el gruñido.

Es tan bajo, y la lluvia es tan fuerte que al principio creo que debo estar imaginándolo. Pero entonces la tormenta se calma por un segundo, y no, ahí está de nuevo: el inconfundible sonido de un animal, uno enojado, por lo que parece.

Lobo.

Tan pronto como escucho el tercer gruñido, sé lo que es. Mi mente retrocede frenéticamente a mi conversación con Jack durante nuestro paseo; aquella en la que habló sobre sus planes de reintroducir lobos en las Tierras Altas. Renaturalización, lo llamó él. *Locura*, sin embargo, sería una palabra mucho más apropiada. Porque si ese es un lobo que puedo escuchar en la oscuridad más allá de mí, entonces parece que todo lo que sucedió en el baile de máscaras esta noche será la menor de mis preocupaciones.

Suponiendo, claro está, que siquiera viva para contarlo.

Tomando una respiración profunda y temblorosa para tratar de calmarme, avanzo lentamente, sin querer alertar al lobo de mi movimiento. —No es peligroso, si se hace correctamente —dice la voz de Jack en mi cabeza, un eco de nuestra conversación anterior. Parecía tan seguro de que este plan suyo era bueno, y sin embargo, aquí estoy, casi a la vista de casa... pero con un lobo gruñendo a mis espaldas.

Supongo que Jack realmente no esperaba que hubiera mujeres empapadas en las colinas en medio de la noche.

En ese momento, el primer trueno estalla en el aire, y algo dentro de mí se quiebra.

Con el corazón en la boca, me apresuro hacia adelante, cayendo sobre mis manos y rodillas en mi prisa por alejarme del lobo. Otro trueno sigue al primero, y un relámpago destella casi inmediatamente.

Menos de un segundo entre los dos. Significa que la tormenta está justo encima. Solo puedo esperar que sea lo suficientemente ruidosa como para ahogar el sonido de mis gritos cuando mis manos entran en contacto con los afilados fragmentos de piedra debajo de ellas.

Sangre. ¿Pueden los lobos oler la sangre? Porque siento que eso es algo que podrían hacer, y de repente me siento enferma del estómago al darme cuenta de lo mucho que estoy en problemas.

Resulta que *no puedo* hacer esto, después de todo.

Detrás de mí, algo cálido y peludo de repente hace contacto con la parte posterior de mi pierna, y el pánico se apodera de mí.

La colina es demasiado empinada y traicionera bajo la lluvia como para que correr sea una posibilidad, pero es asombroso lo rápido que puedes moverte con un lobo *de verdad* pisándote los talones, y nunca en mi vida he estado más motivada que en este momento.

Siento, más que ver, al lobo detrás de mí mientras lucho por avanzar. Sé que voy en la dirección equivocada —necesito ir *colina abajo*, en lugar de hacia arriba—, pero dar la vuelta

ahora me enviaría directamente a las fauces de la bestia, así que no hay otra opción más que seguir subiendo.

Arriba y arriba vamos, hacia la cima de la colina. Si mi cerebro estuviera funcionando racionalmente, estoy segura de que tendría algo que decir sobre lo absurdo de esta situación (—Típico de Emerald —murmura Ben en mi cabeza. Juro que si de alguna manera salgo viva de esta, encontraré a ese hombre y le retorceré el cuello, aunque sea lo último que haga), pero ahora mismo me estoy moviendo en piloto automático, mis piernas cansadas llevándome por este sendero que debo haber recorrido cientos de veces antes. Aunque nunca con un lobo como compañía, hay que decirlo.

Después de lo que parece una cantidad interminable de tiempo, finalmente veo la piedra que marca la cima de la colina. Las nubes se abren brevemente, permitiendo que se filtre algo de luz de la luna, y me detengo un momento, mirando hacia abajo al pueblo, sus luces esparcidas por el valle como joyas sobre terciopelo.

Lo he visto así antes, por supuesto; la última vez fue la noche de la Gala, cuando subí la colina para gritar mi frustración al cielo y jurar que nunca volvería aquí.

Qué drama.

Qué drama innecesario, especialmente dado que la arquitecta de mi caída resulta no ser mi propia estúpida persona, sino Lexie. Lexie y sus celos, poniendo en marcha una cadena de eventos que han terminado conmigo justo donde empecé: en la cima de esta colina a medianoche, con el pueblo extendido ante mí, y mi vida una vez más destruida.

—Tú ganas, Lexie —murmuro débilmente, permitiéndome caer de rodillas. El suelo está embarrado y mojado, pero no puedo hacer que me importe. Mi vestido ya está arruinado. Todo está arruinado, y lo único que quiero hacer es quedarme aquí tumbada en la oscuridad e intentar convencerme de que nada de esto está sucediendo realmente.

Así que eso es lo que hago.

El lobo ha estado en silencio durante un tiempo. Podría haberlo perdido de alguna manera, o podría estar simplemente sentado allí en las sombras, esperando el momento adecuado para atacar. No lo sé. Lo que sí sé es que he llegado al final del camino: literalmente. No hay ningún lugar al que ir ahora más que hacia abajo. No hay dónde refugiarse de la tormenta, y no hay nadie que venga a salvarme, porque nadie sabe dónde estoy.

Así que simplemente me quedo ahí tumbada, con la lluvia golpeando mi cara, el corazón hecho pedazos, esperando descubrir qué viene después.

Es una luz.

Una luz brillante y cegadora, brillando justo encima de mí, visible incluso a través de mis párpados cerrados.

Vale, estoy muerta.

Debo estarlo.

Es la única explicación. Y, seamos sinceros, no es del todo inesperada dadas las circunstancias.

Yaciendo en el suelo mojado, considero esto. Por ahora, la muerte no parece esperar nada de mí. No es dolorosa ni aterradora, posiblemente porque he perdido toda sensación en mi cuerpo a estas alturas, pero aun así. En realidad, es bastante reconfortante, lo cual no es ni remotamente lo que pensé que sería. *Interesante.*

Aprieto los ojos con fuerza contra la luz. Pensaba que el viento había amainado, pero aún puedo sentirlo soplando sobre mi cuerpo, que parece estar elevándose hacia... espera, ¿estoy flotando?

Estoy flotando.

Me estoy elevando en el aire, como si fuera ligera como una pluma.

Vale, esto lo confirma; definitivamente estoy muerta.

Un sollozo escapa de mi garganta. En realidad, no estoy segura de estar bien con esto. Puede que no sea doloroso, pero sigue siendo la *muerte*, y aunque huele dulce y un poco picante, y con un ligero aroma almizclado que me recuerda a... Mi cerebro lucha con un repentino recuerdo sensorial antes de finalmente descifrarlo.

Jack.

Me recuerda a Jack.

Mis ojos se abren de golpe.

Espero ver nada más que luz blanca, como en las películas.

En su lugar, me encuentro mirando el azul profundo del mar. Jack me sostiene fuertemente en sus brazos, su ceño fruncido con preocupación mientras mira intensamente mi rostro. Detrás de él, veo la forma oscura y voluminosa de un helicóptero posado en la cima de la colina, un foco de búsqueda brillando desde el frente, y sus aspas giratorias creando el viento que puedo sentir en mi piel.

Jack está diciendo algo mientras me mira, pero el viento se lo lleva, y de todos modos no importa.

Él está aquí.

Ha venido a salvarme.

Y mientras sus labios se encuentran con los míos en un perfecto beso empapado por la lluvia, de repente no hay ningún otro lugar en la tierra donde preferiría estar.

Epílogo

Un año después

Este año el Día de Gala huele a whisky y rosas. Huele a brezo y sol, y a esos extraños perritos calientes en palito con los que todos parecen estar repentinamente obsesionados.

También huele a la loción de afeitar de Jack Buchanan, lo cual es al menos un 100% mejor que todas esas cosas juntas.

Sería justo decir que muchas cosas han cambiado en los últimos doce meses.

Sin embargo, algo que no ha cambiado es el simple hecho de que no hay lobos en Heather Bay.

Y nunca los hubo.

Mientras Jack y yo nos besábamos en la cima de la colina aquella noche de tormenta, una pequeña forma peluda de repente se lanzó hacia adelante y aterrizó en mi regazo: una forma que, una vez que el terror disminuyó lo suficiente como para poder enfocarme, resultó no ser el feroz lobo de mi imaginación, sino un caniche miniatura extremadamente mojado y muy asustado.

—Jude simplemente no se calmaba —dijo papá más tarde, mientras todos nos acurrucábamos alrededor del fuego de la cocina, con el brazo de Jack aún firmemente alrededor de mi hombro, como si temiera que fuera a salir corriendo de nuevo hacia la montaña.

—Al principio pensamos que solo estaba molesto por la tormenta —continuó papá—. Los perros pueden sentirlos venir, ¿sabes? Pero no dejaba de ladrar a la puerta, y cuando tu madre finalmente la abrió para mostrarle que no había nadie allí, salió corriendo hacia la noche. Nunca había visto nada parecido.

Mamá cree hasta el día de hoy que el sexto sentido canino de Jude lo alertó del hecho de que yo estaba en peligro y lo envió corriendo a salvarme. Yo, mientras tanto, creo que es más probable que sintiera el drama y quisiera estar en medio de todo. Sea cual sea la razón, he

borrado su nombre de mi lista de enemigos mortales y lo he puesto en mi lista de Muy Buenos Chicos. Y ahí se quedará, sin importar cuántas veces se haga pipí en mis zapatos.

Así que no era un lobo acechándome en la colina esa noche; no fui yo quien encendió el fuego que quemó el salón del pueblo; y nadie en Heather Glen me odia.

Bueno, nadie excepto Lexie, obviamente.

Y, está bien, su madre. Quien realmente, *realmente* me odia, aunque solo tiene que culparse a sí misma por todo lo que pasó esa noche.

(Todavía no estoy convencida sobre Edna la oveja tampoco, para ser honesta, pero ella no puede hablar para defenderse, así que le estoy dando el beneficio de la duda).

Al final, Jack decidió no presentar cargos contra la familia Steele por lo que hicieron en la destilería, decidiendo que prefería intentar seguir adelante y no tener la destilería envuelta en un escándalo local antes de que siquiera estuviera abierta para el negocio.

—¿A menos que quieras que lo haga? —dijo, sus ojos fijándose en los míos mientras nos sentábamos junto a la orilla del lago una tarde, unos días después de El Incidente, como ya había empezado a pensar en ello—. Te lastimaron mucho más a ti que a mí, después de todo. La destilería se puede arreglar; no estoy seguro de que tú puedas.

—Ya estoy "arreglada" —dije firmemente, acurrucándome en sus brazos—. Ahora sé que el incendio no fue mi culpa, y eso es suficiente para mí. Ya no tengo que cargar con la culpa. Puedo empezar de nuevo. Contigo, espero.

Se inclinó y me besó a modo de respuesta, y pasó mucho tiempo antes de que pudiera formular pensamientos coherentes de nuevo.

—De todos modos —le dije, cuando finalmente nos separamos—, creo que la humillación pública que ambos sufrieron en el baile es castigo suficiente. Confía en alguien que lo sabe.

Me estremecí, a pesar del calor del día. Sabía muy bien lo que es ser la persona más odiada del pueblo; cuán transformador puede ser el peso de esa culpa. No se lo desearía ni a mi peor enemigo. Ni siquiera a Lexie.

(Tal vez a Samantha, sin embargo. Oh, *vamos*, puede que haya aprendido mucho de mi experiencia como impostora, pero no me ha convertido en una *santa*).

No es que Lexie esté aquí para ser odiada o perdonada, eso sí. En un movimiento que no pudo evitar recordarme a mí misma, diez años antes, dejó el pueblo poco después del baile; literalmente desapareció de la noche a la mañana, como una de esas personas de las que lees que simplemente se esfuman un día y nunca más se las vuelve a ver.

Como Ben, de hecho.

De Ben no se ha vuelto a saber ni ver desde que salió de nuestro piso, recordándome que apagara las luces. Como Lexie, se ha ido sin dejar rastro. Cuando finalmente le conté toda la historia a Jack, inmediatamente se ofreció a pagar la deuda que Ben me dejó, pero lo rechacé. No quiero su dinero. Solo quiero su confianza; y la de Frankie también, por lo que volví a mi trabajo en Highland Maids poco después de mi desventura en la colina, y he estado trabajando allí desde entonces. En los últimos meses, he estado asumiendo más responsabilidades gerenciales para darle un descanso a Frankie. Sorprendentemente, realmente lo disfruto. Creo que podría estar más hecha para la gestión que para la limpieza. Simplemente hay mucho menos margen para accidentes de esa manera.

No es que haya tenido muchos accidentes últimamente, eso sí. Creo que podría haberlos dejado para siempre, en realidad. Se lo prometí a Jack, después de todo, durante la larga conversación de corazón a corazón que tuvimos después del baile. La conversación "sin reservas", sin caniches miniatura saltando al lago, sin asistentes que nos interrumpieran y definitivamente sin plumeros.

—No estaba enojado contigo cuando leí la carta —dijo Jack, tomando mi mano entre las suyas—. Confundido, sí; pero sobre todo me sentí mal por ti, por haber tenido que pasar por todo eso con Ben, y el incendio, y por no haber sentido que podías decirme la verdad. Lo habría entendido, ¿sabes? Te habría ayudado. Por eso fui tras de ti esa noche.

Y lo hizo. Resulta que solo había dejado la habitación para llamar a la policía, no al joven Dougie, sino al detective de Glasgow que había estado investigando el incidente en la destilería, y luego salió corriendo tras de mí.

—Cuando encontré tus zapatos en la playa, pensé...

Hizo una pausa, sacudiendo la cabeza ante el recuerdo.

—¿Que me había tirado al lago otra vez? —Alcé la mano y acaricié suavemente su rostro, sabiendo exactamente lo que pensaba y deseando poder volver atrás en el tiempo para ahorrarle ese dolor—. Bueno, supongo que no habría sido la primera vez.

—Entonces recordé lo que me habías dicho sobre el Tor, aquella noche en la destilería —continuó—. Sobre cómo siempre ibas allí para estar a solas con tus pensamientos. Supe que estarías allí. Porque si hay alguien en el pueblo lo suficientemente loco como para subir esa colina en medio de una tormenta, esa serías tú.

—En realidad no tenía intención de subirla —protesté, dándole un golpecito juguetón en el brazo—. Fue el "lobo" el que me empujó hasta allí. Me alegro de que lo descubrieras.

—Bueno, Brian y yo —dijo Jack, sonriendo—. Después de todo, él llamó a Rescate de Montaña.

—Y nunca dejaré que nadie lo olvide —asentí, pensando en lo feliz que había estado Brian de tener aunque fuera un pequeño papel en mi drama—. ¿Te conté que está pensando en venir aquí de vacaciones pronto? Dice que ha oído tanto sobre este lugar que tiene que verlo por sí mismo.

Nos quedamos sentados un largo rato, mirando el agua. Debemos habernos contado esta historia cientos de veces ya; cómo pensé que me estaba muriendo, y cómo Jack pensó que yo también lo estaba, cuando finalmente me alcanzó aquella noche. Probablemente la seguiremos contando el resto de nuestras vidas. Quizás incluso se la contemos a nuestros nietos algún día.

—La próxima vez que decidas hacerte pasar por alguien, intenta que sea alguien que no suba corriendo las colinas —dijo Jack, dejando caer un suave beso sobre mi cabeza.

—Créeme, nunca volveré a hacer eso —le aseguré, con los ojos sospechosamente húmedos—. Honestamente, no pensé que me perdonarías jamás cuando supieras quién era realmente. No creí que pudieras amarme tal como soy.

—Oh, pero puedo —me aseguró, con voz suave—. Te amo *por* quien eres. Solo tú. Nadie más. Y en realidad solo mentiste sobre tu nombre. Todo lo demás que dijiste era verdad. Todo lo que realmente importaba, de todos modos.

—¿Acaso... acaso acabas de decir que me amas? —dije, deseando que hubiera alguna manera de detener el rubor que sentía arder en mis mejillas—. Porque no tienes que hacerlo, ¿sabes? No lo dije para que tú...

Me silenció con otro beso.

—Lo dije porque lo sentía —dijo al fin—. No digo cosas que no siento. Y creo que soy bastante buen juez de carácter, también. Así que puede que no supiera tu verdadero nombre, o dónde vivías, pero supe quién eras aquí —me tocó suavemente la frente— tan pronto como te conocí. Supe que eras alguien que valía la pena conocer. Y tenía razón, además.

—¿Tan pronto como me conociste? —dije en tono de broma—. ¿Cuando te estaba acusando de casi matar a un autobús lleno de gente?

—Sí —dijo, asintiendo—. Incluso entonces. Pensé que eras lo más hermoso que había visto jamás. No podía dejar de mirarte. Y no podía creer mi suerte cuando resultaste ser mi cita a ciegas al día siguiente.

—¿Cuando estaba cubierta de Coca-Cola y rociándote de whisky?

—Como dije, soy un excelente juez de carácter.

—Yo no lo soy —repliqué con pesar, pensando en Ben, y Lexie, y todas las otras personas en las que he confiado a lo largo de los años, solo para que demuestren sin lugar a dudas que no las

conocía en absoluto—. Soy terrible juzgando el carácter. Quiero decir, cuando te conocí, pensé que eras... bueno, un imbécil, realmente.

—Y eso es lo que me gusta de ti —respondió, estallando en carcajadas—. Nunca tienes miedo de decir lo que piensas, ¿verdad? Incluso cuando estás claramente equivocada.

—Definitivamente estaba equivocada sobre ti —dije tímidamente—. No eres un imbécil. Quiero decir, *sí* conduces demasiado rápido; eso es cierto.

Jack asintió solemnemente.

—Anotado.

—Pero no eres un imbécil —continuó—. Eres la mejor persona que conozco, de hecho. Y conozco a mucha gente. Y perros. Y ovejas.

—¿Es esa tu manera de decir que tú también me amas? —preguntó Jack, apartándose el pelo de la frente.

—Lo es —admití, recostándome en sus brazos—. Te amo. Y yo tampoco digo cosas que no siento, ya no, así que puedes confiar en eso. He dejado el juego de la impostora para siempre. Ya es suficiente problema ser yo misma, sin intentar ser alguien más al mismo tiempo.

—Estoy completamente de acuerdo —dijo Jack, con la boca temblando—. Y puedes creerme cuando te digo que "solo tú" es más que suficiente para mí.

* * *

—¡Tierra llamando a Emerald! ¿Siquiera me estás escuchando? Juro que pasas la mitad de tu vida soñando despierta. Creo que está a punto de empezar.

La voz de Frankie me saca de mis pensamientos. Está de pie a un lado mío en la calle principal de Heather Bay, mientras Jack me toma de la mano del otro lado. A lo lejos, podemos oír el sonido distante de la banda de gaitas que encabezará la procesión a través del pueblo, hasta el ayuntamiento recientemente renovado, donde habrá más comida y bebidas —incluyendo los famosos scones de Bella McGowan, y la segunda mezcla de The 39 de Jack— de las que incluso McTavish puede manejar.

Este año, sin embargo, no habrá coronación de la Reina del pueblo.

Una vez que se supo toda la verdad sobre cómo Lexie había iniciado el incendio deliberadamente, en un intento de humillarme por robarle el papel que quería para sí misma, Bella y el resto del comité acordaron discretamente no someter a más chicas locales al concurso de popularidad en que se había convertido la Gala. En su lugar, solo habrá una gran fiesta, con todos bienvenidos.

No se permitirá fumar, ni qué decir.

A medida que el sonido de la banda se acerca, y una oleada de emoción recorre la multitud ante la idea de la primera Gala de Heather Glen en más de una década, siento que la mano de Jack aprieta la mía.

—¿Estás bien? —susurra, con sus mejillas formando hoyuelos mientras me sonrío.

Asiento con la cabeza, felizmente. Estoy muy bien. Y cuando el gaitero principal aparece al final de la calle, me golpea otra revelación. Ya no hay voces en mi cabeza; ni la de Ben, ni la de Scarlett, ni la de Lexie, ni la de nadie.

Solo soy yo. Solo Emerald.

Y no lo querría de ninguna otra manera.

FIN

Si te gustó el libro, déjame una calificación en Amazon. Soy un autor autopublicado y significaría mucho para mí. Pasa la página y lee gratis el primer capítulo de mi próximo libro.

Novia Impostora

Pero qué pasó con Ben?

¿ A Emerald también le gustaría mucho saber la respuesta a eso. Pero entonces, en lo que debería ser el momento más feliz de su vida, recibe un mensaje anónimo: *NO CONFÍES EN JACK*

... y de repente su vida vuelve a sumirse en el caos.

¿En quién debería confiar? Y, aún más importante: ¿con quién debería *casarse*?

Obtén todas las respuestas en **Novia Impostora**: Lee el capítulo 1 a continuación...

Capítulo 1

Lista maestra de Emerald de cosas por hacer antes de la boda:

Encontrar el vestido de mis sueños. *El* vestido. El Vestido para Gobernarnos a Todos. El vestido que cambiará mi vida y me hará lucir como una Grace Kelly pelirroja, casándose con su príncipe de la vida real.

¿O quizás debería optar por algo más elegante y discreto, como Carolyn Bessette-Kennedy, por ejemplo?

Probablemente debería decidir eso primero, dado que la identidad que elija será la que me acompañará en las fotos de la boda por el resto de mi vida. Como mi atuendo de fantasma, básicamente.

Cabello. Encontrar la manera de domarlo. ¿O tal vez simplemente comprar una peluca?

No. Conociéndome, se me caería mientras camino hacia el altar. Definitivamente nada de peluca, entonces; solo cabello real, pero una versión totalmente diferente y 100% mejor. Esto debe ser posible, ¿verdad?

Hacer una lista de peluqueros de celebridades ubicados en las Tierras Altas de Escocia. Probablemente sea una lista muy corta, obviamente, pero tal vez Brian pueda ayudar. Por alguna razón, parece saber sorprendentemente mucho sobre cabello.

¿Una gran boda que involucre a todo el pueblo o una ceremonia íntima y pequeña solo con la familia y amigos más cercanos?

¿Debería invitar a Lexie o simplemente me prenderá fuego de nuevo?

Pedirle a Frankie que sea mi dama de honor.

Comprometerme.

Termino de escribir mi lista y luego subrayo dos veces con rojo el punto número diez: que realmente debería ser el número uno, obviamente. Porque ese es el más importante, ¿no? La única cosa de la que depende todo lo demás. No puedes tener la boda perfecta sin la propuesta perfecta primero, ¿verdad? Y, honestamente, a estas alturas me conformaría incluso con una propuesta *imperfecta*. No soy exigente. Sé que Jack no es del tipo que va por grandes demostraciones de afecto llamativas, y estoy bien con eso; yo tampoco lo soy.

Solo... solo espero realmente que esa sea la única razón por la que aún no me lo ha pedido. Porque cuando me pidió que me mudara con él hace unos meses, todos dijeron que el compromiso sería lo siguiente. Shona McLaren incluso publicó en su Instagram, especulando sobre qué tipo de anillo me conseguiría y cuánto tiempo me tomaría perderlo.

(Lo cual no fue justo, realmente: no pierdo cosas *tan* a menudo. Es decir, está bien, *sí* hubo esa vez que dejé mi billetera en el tren a Inverness y tuve que hacer un viaje de ida y vuelta de 320 kilómetros para recuperarla. Y cuando mi mejor amiga Frankie y yo fuimos a Edimburgo por su cumpleaños el mes pasado, terminamos pasando casi tres horas buscando el coche porque había olvidado dónde lo había estacionado. Pero esas cosas le podrían pasar a cualquiera, *Shona*. Mis días de tener accidentes quedaron atrás, lo juro. Y también mis días de pedir prestado el coche de Jack, aparentemente, pero ese no es el punto.)

Pero luego pasaron semanas y no hubo propuesta, para gran decepción de mi madre, quien ya eligió un sombrero y mira significativamente mi dedo anular cada vez que la veo. Y también para decepción *mía*, realmente. Porque puede que no tenga el cabello perfecto o la figura perfecta (Eso es otra cosa que necesito agregar a mi lista pre-boda, en realidad: inscribirme en el gimnasio...), pero *sí* tengo al hombre perfecto. Y por mucho que sepa que soy una mujer fuerte e independiente, que no necesita un anillo en su dedo para ser feliz (No, en serio, *lo soy*...) el hecho es que aún *me gustaría* uno. *Cualquiera*. Incluso la anilla de una lata de Irn Bru serviría.

La cosa es que no se trata de *anillos* en absoluto, ¿verdad? No, se trata de Jack y de mí, y de cómo quiero que estemos juntos para siempre. Y se trata de cómo, ahora mismo, no puedo permitirme creer que eso realmente va a suceder. ¿Por qué lo haría? ¿Por qué Jack Buchanan, el señor local, que podría tener a cualquier mujer que quisiera, se conformaría conmigo: Emerald Taylor, el hazmerreír local y un desastre andante?

Pero eso fue en el pasado. Como dije, ya no tengo accidentes. Han pasado años —está bien, *semanas*— desde que alguien se rió de mí de manera *maliciosa*. Y desde que Jack me dijo que tenía una sorpresa para mí, y que hoy sería el día en que finalmente la vería, no he podido evitar preguntarme si esto podría ser *Eso*. La cosa que he estado esperando, casi desde el momento en que empezamos a salir. La cosa que me hará creer que no solo ha estado *finjiendo* que le gusto, como parte de alguna apuesta extraña o algo así, sino que realmente me *ama*, y que va a ser mío para siempre. Incluso si sigo perdiendo su coche.

—¿Emerald? ¿Estás aquí?

Como si fuera una señal, la cabeza de Jack aparece por la puerta. Estoy sentada en el escritorio de su estudio, sintiéndome terriblemente fuera de lugar entre todas las superficies de madera pulida y las estanterías meticulosamente ordenadas, y salto culpablemente cuando se abre la puerta, aunque sé que tengo todo el derecho de estar aquí.

Vivo aquí ahora. No me he colado finjiendo ser una limpiadora. No estoy aquí bajo ningún tipo de falso pretexto. Soy la novia de Jack. Y juro por Dios que nunca me acostumbraré a decir eso.

—¿Estás lista?

Jack entra en la habitación, su cabello oscuro despeinado, como si hubiera estado pasándose las manos por él hace unos segundos. Lo cual probablemente ha hecho, en realidad: es lo que hace cuando está nervioso o emocionado, y, ahora mismo, parece la mezcla perfecta de ambos.

También se ve perfecto *en general*. Han pasado dos años, pero sigue siendo el hombre más guapo que he conocido en la vida real; y una vez conocí a Jett Carter, el ídolo de Hollywood y novio de mi mejor enemiga, Lexie, así que sé de lo que hablo por una vez.

—Sí. Tan lista como puedo estar —digo, cerrando mi cuaderno de golpe antes de que pueda ver lo que he escrito dentro—. ¿Dónde dijiste que íbamos otra vez? Es que no estaba segura si necesitaría arreglarme para la ocasión, o...

—No lo dije —interrumpe Jack, sonriendo—. Es una sorpresa, ¿recuerdas? Y te ves perfecta para ello. Increíble, de hecho. Aunque para mí siempre te ves increíble.

Se acerca y me da un beso ligero como una pluma en los labios, lo que me hace sonreír, aunque no estoy totalmente convencida por su tranquilidad. Tengo un historial de siempre llevar puesto lo incorrecto. Y aunque es amable de parte de Jack fingir no recordar la vez que fui de *excursión* con un vestido de cóctel, el hecho de que las fotos sigan apareciendo en el grupo de Facebook del pueblo hasta el día de hoy me dice que probablemente es el único.

Vuelvo a poner el cuaderno en el escritorio, asegurándome de alinearlos perfectamente con el borde de la mesa antes de levantarme, sin querer arruinar la perfección de la habitación con mi tendencia natural al caos.

Mantengo todo bajo control, ¿sabes?

Frunzo el ceño para mis adentros. Eso es algo que solía decir mi ex novio, Ben. (Y él sí mantenía todo bajo control, a pesar de lo que sé que consideraba mis mejores esfuerzos por hundirlo). Pero no he pensado en Ben en años; de hecho, no desde que Jack y yo empezamos a salir. ¿Por qué su voz está de repente de vuelta en mi cabeza, justo en el momento en que todo finalmente me va bien?

Ahora no, Ben. Ahora no...

—Vamos, entonces —dice Jack, levantándose, completamente ajeno a la repentina reaparición de mi ex más significativo en mi mente—. Estoy tan emocionado por esto, Emerald. No puedo esperar para mostrártelo. He estado pensando en ello durante semanas.

Sonríe de nuevo, luciendo adorablemente despeinado y juvenil, y mi estómago da un vuelco de repentina emoción.

Oh Dios mío, realmente va a hacerlo. Desearía haberme puesto otra cosa ahora. ¿Y si ha contratado a un fotógrafo para capturar el momento mágico? ¿O ha reunido a todos nuestros amigos y familiares para presenciar la alegría de nuestra unión? Me pregunto si tengo tiempo de ir a cambiarme. Me pregunto si...

—Emerald.

Jack me mira como si pudiera leerme la mente. Lo cual sería súper incómodo, especialmente después de todas esas cosas sobre mi estúpido atuendo, así que sonrío brillantemente mientras lo sigo hasta el coche, haciendo mi mejor imitación de una persona totalmente normal.

Que podría estar a punto de comprometerse con el amor de su vida.

Creo que voy a vomitar de la emoción.

Sin embargo, las mariposas en mi estómago se calman cuando Jack nos saca del pueblo y nos lleva a las colinas que lo rodean, y se mueren por completo cuando el coche se detiene frente a

un conjunto de puertas metálicas poco notables escondidas entre los árboles, que habría pasado de largo sin siquiera notarlas.

¿Por qué me traería *aquí* si iba a pedirme matrimonio? ¿Por qué *esta* colina en particular? Si me hubiera llevado a Westward Tor, por ejemplo, eso habría tenido sentido, porque Jack una vez tuvo que rescatarme de la cima durante una tormenta. (Aunque no *desde* entonces. Porque ese sería exactamente el tipo de "accidente" que *no tengo*. Para nada.)

Sin embargo, esta colina no tiene un significado especial para ninguno de nosotros, hasta donde yo sé; y aunque la vista es bonita, es la misma vista que se obtiene desde casi todas partes por aquí, así que no es como si fuera particularmente especial. Y tampoco lo es, hay que decirlo, la enorme boñiga de vaca en la que piso tan pronto como intento salir del coche.

Bien hecho, Emerald. Eso definitivamente añadirá romanticismo al momento. Si es que va a haber un momento romántico, claro; lo cual parece cada vez menos probable, de alguna manera.

Jack, sin embargo, solo sonrío misteriosamente mientras desbloquea la cadena que mantiene cerradas las puertas dobles, antes de tomarme de la mano y guiarme a través de ellas, hacia el camino embarrado más allá. Me aferro a él con fuerza, esperando desesperadamente que no pueda oler el estiércol de vaca en mis zapatos mientras caminamos una corta distancia a través del bosque, esquivando charcos en el suelo removido a medida que avanzamos.

—Perdón por el desastre —dice Jack mientras paso cuidadosamente sobre lo que parece ser la huella de un neumático de tractor, que ha dejado surcos profundos en el suelo—. Ha habido mucho tráfico yendo y viniendo en las últimas semanas. Pero el camino será pavimentado pronto.

Lo miro confundida.

¿Tráfico? ¿Aquí en las colinas? ¿Qué camino será pavimentado pronto? ¿Y qué demonios tiene que ver todo esto conmigo y el compromiso totalmente imaginario que he estado planeando en mi cabeza desde que me habló de esta supuesta 'sorpresa' suya?

—No entiendo —digo, dando un grito ahogado cuando aterrizo en un charco inesperadamente profundo y salpico barro por todas las piernas de mis jeans—. ¿A dónde me llevas, Jack? ¿Qué está pasando?

—Solo espera —responde, sus ojos brillando de emoción—. Solo unos pasos más y lo verás.

Salimos de los árboles hacia un área despejada cerca de la cima de la colina. Desde aquí, podemos ver todo el camino de vuelta hasta el pueblo y el mar más allá, que brilla bajo el sol, un poco como el diamante que lentamente pierdo la esperanza de que esté escondido en el bolsillo

de Jack. Pero eso no es lo que estoy mirando. Porque, justo frente a mí, hay un enorme letrero; uno de esos rústicos, de madera, que se supone que parecen tener cientos de años, pero que en realidad cuestan una pequeña fortuna encargar a un taller muy moderno.

En el letrero hay lo que parece ser un mapa —uno pequeño, que muestra un camino sinuoso que conduce a lo que parecen ser alrededor de diez casitas— y sobre el mapa está mi nombre. O *la mitad* de mi nombre, en todo caso.

EMERALD VIEW, dice, en letras mayúsculas bellamente talladas. *BIENVENIDOS*.

Me doy la vuelta para mirar a Jack, todavía sin entender qué, exactamente, se supone que debo estar viendo aquí, pero sabiendo con certeza que definitivamente no es un anillo de compromiso.

—¿Has... puesto mi nombre en un letrero? —digo estúpidamente, tratando rápidamente de arreglar mi rostro en la expresión de gratitud y emoción que él claramente espera de mí—. ¿Me compraste un letrero?

—No solo un letrero —responde Jack, su sonrisa ahora tan amplia que sus hoyuelos están en plena fuerza—. Es mucho más que eso, Emerald. Echa un vistazo detrás.

Obedientemente doy un paso a la derecha, para poder ver detrás de la gigantesca losa de madera, que ha estado bloqueando la mayor parte de la vista.

Es... una colina. Con, bueno, un par de tractores, y algún tipo de excavadora agrupados un poco más abajo, pero aún así... solo una colina. Bastante embarrada, además. Y a menos que Jack esté planeando usar la maquinaria frente a nosotros para literalmente desenterrar un diamante del suelo para mí —lo cual es *tan* improbable que ni siquiera me molesto en intentar imaginarlo— puedo sentir mis sueños de la propuesta perfecta deslizándose tristemente.

—Sigo sin verlo —digo, mirando colina abajo hacia donde el mar brilla más allá, y tratando de limpiar disimuladamente mis pies en el pasto para deshacerme de la boñiga de vaca—. Vas a tener que ayudarme aquí.

—No lo estás viendo, porque aún no está aquí —dice Jack, rodeando mi cintura con sus brazos desde atrás y apoyando su barbilla en mi hombro—. Pero pronto, este será el sitio de la comunidad de cabañas de troncos más exclusiva de las Highlands.

Se escucha un crujido de papel mientras saca algo de su bolsillo, que definitivamente no suena como una caja de anillo.

—Mira esto —dice, soltándose y poniendo un montón de papeles frente a mi cara. Sonríó débilmente mientras los tomo y empiezo a hojear un conjunto de imágenes fotocopiadas de cabañas de troncos, todas con sus propias bañeras de hidromasaje al lado. Tengo que admitir que

se ven bien. Elegantes. Lujosas, incluso. Pero... ¿una *comunidad de cabañas de troncos*? ¿Esa es mi gran sorpresa?

Al menos no desperdicié uno de mis mejores atuendos en esto.

—Esto... esto se ve fantástico, Jack —digo, devolviéndole los papeles—. Aún no entiendo del todo, sin embargo. ¿Vas a alquilarlas? ¿Como alojamientos vacacionales?

—Esa es la idea básica —dice, su rostro iluminado de emoción mientras escanea las páginas, que ya puedo decir que le son muy familiares—. Pero es mucho más que eso, también. Es una eco-comunidad, Emerald. Vida sostenible, pero con un toque de lujo. Todo aquí será de la más alta calidad imaginable, obtenido aquí mismo en las Highlands.

Continúa un rato, hablando sobre cómo ha estado trabajando con un equipo de desarrolladores durante meses, y mientras escucho, hago mi mejor esfuerzo por invocar algo de gratitud por todo esto.

No todos los días a una chica le regalan una comunidad entera de vida ecológica, después de todo. O una —tomo una de las páginas de él para escanearla— "armoniosa mezcla de diseño sofisticado y encanto rústico" en forma de una lujosa cabaña de troncos, con espacio para dormir 6 personas.

Así que eso es... increíble.

Parece que el camino hacia la felicidad todavía está en construcción. Bastante literalmente, si este lugar es una indicación.

—¿Y todo esto es para mí? —pregunto, tratando de no pensar en cómo vine aquí esperando que me propusiera matrimonio, pero ahora solo estoy parada en un campo embarrado, con mierda en mis zapatos—. ¿Quieres que ayude a administrarlo? ¿Es por eso que me trajiste aquí?

—Bueno, no. Quiero decir, no es *solo* para ti —dice Jack, frunciendo ligeramente el ceño—. Es para nosotros, Emerald. Es nuestro futuro.

Asiento con incertidumbre. Personalmente, no había imaginado mi futuro en una cabaña de troncos. Ni siquiera en una con una bañera de hidromasaje ecológica hecha a mano y una terraza envolvente.

—Este era el sueño de mi abuelo —está diciendo Jack ahora, colocando su mano reverentemente sobre el letrero de madera—. Y vamos a hacerlo realidad.

—¿Tu abuelo soñaba con bañeras de hidromasaje? —pregunto, sorprendida—. Pensé que su sueño era iniciar una destilería. Pensé que por eso iniciaste The 39. Para rendir homenaje a su memoria haciendo el whisky que no vivió para ver.

—Lo era —dice Jack, sus ojos brillando mientras se vuelve para mirarme—. Era su sueño; y se convirtió en el mío también. Pero él también quería construir una comunidad aquí en las Highlands; dar a la gente una razón para quedarse, en lugar de siempre poner la mira en algún lugar nuevo. Y Emerald View puede ser eso. Puede ser todo eso. O ese es el plan, de todos modos. Solo piensa en los visitantes que traerá al área; los trabajos, las oportunidades. Algo como esto realmente podría poner a Heather Bay en el mapa.

Asiento de nuevo. No estoy totalmente segura de cómo un montón de cabañas de troncos de Airbnb va a evitar que la gente abandone las Highlands, realmente. Y Heather Bay ya fue puesto en el mapa el año pasado cuando Jett Carter vino al pueblo con Lexie, y los paparazzi del mundo decidieron seguirlos. Afortunadamente, la campaña de Shona para renombrar el pueblo *Heather Slay* fue derrotada por un estrecho margen, pero, aun así, no estoy segura de que el pueblo realmente *necesite* más turistas.

(Además, nunca se lo admitiría a nadie más que a Frankie, pero si soy totalmente honesta, me estoy cansando un poco del abuelo de Jack y sus sueños que deben cumplirse a toda costa. La destilería era una cosa, claro, y sé cuánto significaba para Jack hacer que eso sucediera. Pero esto es algo completamente distinto. Esperemos que no esté a punto de revelar que el *siguiente* sueño de su abuelo era regalar todas sus posesiones terrenales y convertirse en nudista, porque hay un límite de lo que una chica puede soportar en nombre de la familia, ¿sabes?)

Pero quiero ser una novia comprensiva aquí. De verdad que sí. Porque lo amo. Quiero que sea feliz. Y está tan emocionado con esto —tanto que creo que ni siquiera ha *notado* el olor a estiércol de vaca que nos ha estado siguiendo durante los últimos diez minutos, a pesar de mis esfuerzos por eliminarlo— que no puedo arruinárselo. Simplemente no puedo.

Si las cabañas de troncos son el sueño de Jack, entonces las haré *mi* sueño también. Puedo hacerlo. Soy bastante adaptable. Una vez pasé un año entero respondiendo al nombre de 'Emily' en el trabajo, porque mi jefe me entendió mal cuando intenté presentarme, y no pude reunir el valor para corregirlo. Así que fingir que siempre he querido dirigir una pequeña comunidad de cabañas de troncos solo para hacer feliz a Jack será *pan comido*, en serio.

Y supongo que tendré mucho tiempo libre ahora que no tengo una boda que planear, ¿no?

Así que. Emerald View será, entonces. *Totalmente* puedo convertirme en una chica que dirige una comunidad de cabañas de troncos. Podría comprar una... ¿una camisa a cuadros, tal vez? ¿Y unas botas? O, ya sabes, lo que sea que use la gente de las cabañas de troncos.

—Creo que es increíble —miento, poniéndome de puntillas para besarlo—. *Tú* eres increíble. No puedo esperar para ver cómo se verá cuando esté terminado. ¿Cuándo crees que será eso?

Lo suelto y me vuelvo hacia los tractores, fingiendo encontrarlos fascinantes mientras intento aplastar las esperanzas de boda blanca con las que vine aquí hasta darles la forma de una cabaña de troncos.

—Oh, unos pocos meses, supongo —dice Jack casualmente—. Justo a tiempo para la boda, espero.

—¿La... la qué?

Mi corazón, que ha estado latiendo cómodamente, ocupándose de sus propios asuntos, de repente se detiene y contiene la respiración.

¿Qué acaba de decir?

Me giro para mirarlo, sobre piernas que parecen haber desarrollado voluntad propia.

Jack está de rodillas, sin importarle el barro en el que se está arrodillando, con un pequeño objeto cubierto de terciopelo que es inconfundiblemente una caja de anillo en su mano.

Dios. Mío.

—Este lugar era el sueño de mi abuelo, Emerald —dice—. Pero tú eres el mío. Tú eres mi sueño. Siempre has sido mi sueño, desde el primer momento en que te conocí. Estaba parado en el barro entonces también, ¿recuerdas?

Dejo escapar un sonido que no puede decidir si quiere ser una risa o un sollozo mientras recuerdo nuestro primer encuentro; yo mirándolo con furia desde el autobús que acababa de sacar de la carretera, mientras él me devolvía el ceño fruncido desde una zanja.

—Pero no me importaba —continúa, sonriéndome—. No me importó entonces y no me importa ahora, porque tú eres lo único que veo. Y me gustaría seguir viéndote para siempre, si te parece bien.

Mi corazón ha vuelto a latir, pero de alguna manera parece haberse hinchado al menos al doble de su tamaño normal, lo que me hace imposible hacer otra cosa que no sea quedarme ahí luchando por encontrar palabras mientras Jack abre la caja en su mano para revelar el anillo de esmeralda más deslumbrante que he visto en mi vida. No es que haya visto muchos anillos de compromiso de esmeralda en mi vida, entiéndeme. Este es el primero, de hecho. Pero no necesito ser una experta para decirte que aunque viva otros cien años, nunca veré nada ni la mitad de precioso que este. Porque este está a punto de ser mío.

—Es de origen ético —dice Jack seriamente, una declaración que es tan *típica de él* que me hace estallar en carcajadas; una risa que instantáneamente se mezcla con las lágrimas que de repente corren por mis mejillas.

—Espera —digo mientras se pone de pie—. Um, solo para que quede claro: *me estás* pidiendo que me case contigo, ¿verdad? Esto no es solo... no sé, ¿un regalo realmente extravagante o algo así? Porque *acabas* de anunciar que nos has comprado a ambos una comunidad de cabañas de troncos, así que solo quiero estar segura de que no estoy malinterpretando las cosas. Porque eso sería *tan* típico de mí, y...

—Por supuesto que te estoy pidiendo que te cases conmigo —interrumpe Jack, sonriendo—. ¿No lo dije? Oh mierda, no lo dije, ¿verdad? Lo siento. Sabía que debería haber practicado esto primero.

Empieza a arrodillarse de nuevo, pero me adelanto para detenerlo, casi cayéndome de cara en el proceso.

—No lo hagas —digo, todavía haciendo esa extraña mezcla de risa y sollozo, que voy a tener que editar de mis recuerdos de este momento, junto con la mierda de vaca en mi zapato—. No necesitabas practicar. Fue perfecto. De verdad.

—¿En serio? —Su rostro se ilumina con exactamente el tipo de sonrisa que me hizo enamorarme de él en primer lugar—. Gracias a Dios por eso. Entonces, ¿eso significa que estás diciendo que sí?

Me atrae hacia él y saca el anillo de la caja.

—¡Sí! —digo, riendo—. ¡Sí, por supuesto que sí! ¿De verdad necesitas preguntar?

Desliza el anillo en mi dedo, y lo miro fijamente, apenas atreviéndome a creer que es mío. *Él es* mío. Y, por una vez en mi vida, la realidad es incluso mejor que cualquier cosa que pudiera haber imaginado.

—Quiero hacer esto juntos, Emerald —dice Jack, de repente serio—. No solo este proyecto, sino todo. La vida. Todo. Porque te amo tanto, y no podría hacer nada de esto sin ti. Sería como tener media vida. Tú y yo contra el mundo, ¿verdad?

Entonces me toma en sus brazos y me besa de una manera que parece el final de una película, pero que ahora sé que es en realidad solo el comienzo. Puede que no haya sucedido exactamente como lo había imaginado, pero fue la propuesta perfecta, barro y todo; y mientras lo beso de vuelta, no estoy pensando en mi vestido de novia, ni en mi cabello, ni siquiera en la estúpida boñiga de vaca, que definitivamente no he logrado limpiar tan bien como pensaba.

No, estoy pensando en él. En *esto*. Este precioso momento, en el que todo en mi vida finalmente ha encajado, y en el que todo es tan perfecto como puede ser.

Hasta que, de repente, ya no lo es.

Porque, mientras Jack y yo caminamos de la mano colina abajo, sus rodillas cubiertas de barro y mis pies aún embarrados de estiércol de vaca, mi teléfono suena con un mensaje.

Casi no me molesto en mirarlo, no queriendo arruinar el momento. Pero entonces pienso en Frankie, que ha estado esperando impacientemente todo el día para saber cuál es la gran sorpresa de Jack, y saco el teléfono de mi bolsillo, lista para tomar una foto rápida del anillo para enviársela.

Es entonces cuando lo veo.

El mensaje ha sido enviado desde un número desconocido, y contiene solo tres cortas palabras, que hacen que mi momento perfecto se haga añicos a mi alrededor:

NO CONFÍES EN JACK.